





la quinta columna

# ANATOMÍA DE UN DILEMA

Francisco Pomares



la quinta columna

# ANATOMÍA DE UN DILEMA

**Francisco Pomares**

prólogo de Manuel Hermoso  
notas de Lorenzo Olarte







**Francisco Pomares** nació en Madrid en 1957 y vive en Canarias hace treinta y cinco años. Estudió Filosofía en la Universidad de La Laguna. Periodista desde 1979, fue cronista parlamentario de La Provincia-Diario de Las Palmas, y director de la revista Papeles Canarios y de la Agencia Ideapress. En 1999, fundó el periódico La Opinión de Tenerife, que sigue dirigiendo en la actualidad. Ha publicado ensayos en revistas especializadas en política internacional y varios libros, entre los que se cuentan “Canarias: el año del Pacto”, “En Babel”, “Como hacer un presidente en 50 días”, “Radiografía de una crisis” y “Episodios Regionales”, todos ellos sobre aspectos diversos de la vida política canaria.

**la quinta columna nº 19**  
**Francisco Pomares**  
**Anatomía de un dilema**

**Diseño de la colección y la cubierta:** Antonio Luis Jorge,  
sobre una fotografía de José Luis González

**Copyrights:**

- © Francisco Pomares, 2004
- © del prólogo: Manuel Hermoso, 2004
- © de las notas: Lorenzo Olarte, 2004
- © de la colección: **Ediciones IDEA**, 2004

**Edita:**

**Ediciones IDEA**

- San Clemente, 26-6º, Edificio El Pilar  
38002 Santa Cruz de Tenerife  
922.283332\*, 922.278206 fax
- Leon y Castillo, 39, 4º B  
35003 Las Palmas de Gran Canaria  
928.373637, 928382196 fax

**Impresión y encuadernación:** PUBLIDISA.

**Depósito Legal:**

**ISBN:** 84-96161-73-0

Impreso en España. *Printed in Spain.*

**Ediciones Idea** no comparte necesariamente las opiniones expresadas en las páginas de **la quinta columna** por los autores de los libros que componen esta colección

**Todos los derechos reservados.**

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotográfico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor y editor.



Para Carlota, Camila y Manuel,  
que no existían cuando ocurrieron  
los hechos que narra este libro.  
El mundo era peor entonces.



## **Pomares y el primer dilema del nacionalismo canario**

---

---

Hacer periodismo político, y hacerlo de tal forma que ese periodismo interese a los lectores es algo realmente difícil de lograr. Francisco Pomares, periodista profesional a todas horas y escritor vocacional en sus horas de trabajo, ha querido enfrentarse a ese reto utilizando las armas de la literatura, sus mecanismos y su estilo. Pero no por la vía de novelar los acontecimientos —eso sería incompatible con el rigor y la precisión al contar los hechos que se exige a sí mismo un buen periodista— sino recurriendo a la humanización de los personajes, a la intriga en la presentación de los sucesos y procurando encajar los distintos acontecimientos —incluso los más incomprensibles— desde el respeto y la comprensión a lo que hacemos los políticos, respeto y comprensión no exentos de una constante ironía que a veces llega incluso al sarcasmo.

Francisco Pomares se ha atrevido ya en varias ocasiones a lo largo de su dilatada carrera profesional a asumir el reto de contarnos lo que de verdad ha pasado en los momentos más difíciles de la historia política de Canarias. Mientras algunos de sus colegas hacían guardia para escuchar las declaraciones de los políticos después

de nuestras interminables y agotadoras reuniones, Pomares prefería colarse por la puerta de atrás en nuestras casas, se iba a tomar copas con nuestras secretarias o alquilaba la habitación de al lado en el hotel dónde estábamos reunidos y pegaba la oreja a la pared. Eso hacía, o al menos eso es lo que se cuenta que hacía.

Durante las largas jornadas de crisis y pactos que durante los años previos al acceso al poder del nacionalismo definieron la vida política en Canarias, Pomares se convirtió en un personaje habitual en todas las crisis, un conocido más que a veces hasta parecía formar parte de los equipos negociadores. Un tipo que lograba enterarse de qué estaban hechos los sándwich que habíamos comido en una reunión, o como se llamaba la azafata del vuelo que nos llevaba de una isla a otra o cuantos kilómetros marcaba el contador del coche después de que uno hubiera dicho que se pasó toda la tarde en casa, cuando en realidad estaba negociando en otro municipio. Observación y una curiosidad inagotable, un interés obsesivo por lo que hacíamos. Esas eran las argucias de quien nos contaba día a día la complicada historia de la negociación del Gobierno de Canarias. Una historia en la que ninguno de los actores -ni siquiera aquellos que fuimos actores principales- tuvo nunca todas las cartas y todas las claves de lo que de verdad estaba ocurriendo. Porque las negociaciones políticas tienen también, con todas sus grandezas y miserias, algo de partida de póker, en la que nuestros compañeros de mesa ocultan su juego o juegan de farol. Pomares fue recogiendo una a una todas las cartas, inmediatamente después de acabar cada partida, cada reunión, cada encuentro, cada decisión. Con ellas, con su intuición y su oficio reconstruyó el enorme puzzle de lo que de verdad ocurría y lo sazonó de todo tipo de datos relevantes o no.

Con esos datos, con cientos de conversaciones cruzadas y con un conocimiento profundo del alma humana y de las pasiones del poder, que algo tendrá que ver con sus pasadas militancias, Pomares aborda la creación de sus reportajes seriados, siempre en paralelo con los momentos de especial interés ciudadano por la vida política. Con la obvia intención de editar luego esas series -publicadas simultáneamente por Diario de Avisos y La Provincia- en forma de libro.

*Anatomía de un dilema* es una de esas series. Estuvo a punto de ser publicada en libro, y fue anotada sobre la marcha, apenas unos meses después de los acontecimientos narrados en el libro, por el propio Lorenzo Olarte, el mayor perjudicado por el acuerdo entre las Agrupaciones Independientes de Canarias y el PSOE de Jerónimo Saavedra, que –contra todo pronóstico– le sacó de la Presidencia del Gobierno. Esas notas enriquecen el texto y aportan una verdadera curiosidad, la de conocer qué partes de la narración reciben el visto bueno de Lorenzo y qué otras reciben la crítica de Olarte.

Desconozco el motivo por el que un texto con el valor literario y testimonial de éste, anotado además por uno de sus protagonistas centrales, que no se reprime a la hora de contradecir al periodista cada vez que lo cree necesario, no llegó a ver la imprenta en su momento. Supongo que a Pomares le pudo la actualidad –dos años después ya estábamos en otra crisis, de la que surgiría Coalición Canaria–, y la recopilación de los acontecimientos pasados dejó de interesarle. Lo que me lleva a pensar que Pomares, al fin, es más periodista que escritor, más dado a vivir de la actualidad que a recrearse en la crónica del pasado.

La serie había sido escrita al hilo de los resultados de las elecciones de 1991 y la negociación política que le siguió hasta que se cerró un acuerdo entre las Agrupaciones Independientes y los socialistas que convirtió a Saavedra en presidente del Gobierno de Canarias por segunda vez, y a mí mismo en vicepresidente de un Gobierno de centroizquierda muy complicado, en el que se vivieron momentos de extrema tensión. El relato contenido en las páginas de este libro narra precisamente uno de los momentos más difíciles de mi vida pública, el que supuso mi abandono de la política local, a la que me había dedicado con todo entusiasmo en el Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, y el inicio de mi dedicación a la política regional.

El repaso de esos días me ha traído a la cabeza el recuerdo de una situación especialmente compleja, en los que las Agrupaciones Independientes de Canarias –como partido– y yo mismo –como persona y como dirigente político– nos vimos obligados a tomar decisiones que, aún respondiendo a la situación concreta a la que nos

enfrentábamos, fueron realmente muy duras. Siempre me quedó el resquemor de no haber logrado alcanzar un acuerdo final diferente al que se llegó. Las circunstancias lo impidieron entonces. Nos vimos obligados a elegir entre lo que queríamos hacer, construir una alternativa nacionalista para toda Canarias, o ser barridos del mapa por una confluencia de fuerzas políticas, intereses y circunstancias que jugaban en contra nuestra.

Ése es sin duda el dilema al que se refiere Pomares en el título de su libro y a lo largo de las reflexiones y análisis que trufan el texto. Un dilema que se resolvería dos años más tarde, y que Pomares volvió a contarnos desde los periódicos en un nuevo serial *El clan de los tramposos*, en el que puede decirse que no nos dejó muy bien a ninguno de los que integramos eso que los periodistas llaman *la clase política*.

Pero volvamos a este libro: la historia contada en *Anatomía de un dilema* por Francisco Pomares responde a las circunstancias de una negociación y a los datos y reuniones que se esforzó en conocer casi al dedillo. Es una historia que hay que leer teniendo en cuenta que fue escrita con la urgencia propia de las entregas periodísticas, con sus servidumbres horarias y su obligatoriedad de entrega cada día. Como en otras ocasiones, tampoco ha querido esta vez Pomares retocar la narración primitiva para darle otra perspectiva distinta —más adaptada a la realidad de hoy, por ejemplo— o para incluir nuevos detalles, situaciones o interpretaciones que pudo conocer una vez pasados aquellos momentos de intensa negociación política.

Para mí, Pomares ha hecho bien al no modificar el texto periodístico, porque nació como tal y ahora no se trata de rescribir la historia ni de dar una visión distinta de aquel trabajo. Es un acierto presentárnoslo unido y seguido, para facilitar la lectura y el recuerdo de una historia que mantiene intacto el espíritu fresco, ácido y atrevido de su primera publicación.

**Manuel Hermoso Rojas**

---

# 1

## Parador Nacional, punto cero

---

---

Todo comenzó en Fuerteventura. Y también Fuerteventura se convertiría, muchos, muchos años después, en la clave fundamental para resolver aquél viejo dilema. Fue en mayo de 1991, en la madrugada del día 27, cuando la atención de todos se volvió otra vez hacia la isla. El voto de dos diputados majoreros, Miguel Cabrera, el hombre que con su secreta abstención salvó la piel de Lorenzo Olarte durante el debate de los créditos de las Cajas<sup>(1)</sup>, y Tomás Chochó, que estrenaba acta de diputado, podía inclinar la balanza del poder regional en un sentido o en otro. Canarias había despertado de su sueño electoral entrando directamente en la pesadilla de una bipolarización muy diferente a la que las urnas habían provocado en el resto del país. Un ajustado empate entre las fuerzas de la izquierda y del centro derecha, junto al avance de las Agrupaciones Independientes y la inesperada dimisión de Adolfo Suárez sólo unas horas después de conocerse el veredicto de las urnas, habían detenido el tiempo de las negociaciones precisamente en la vertical de Puerto del Rosario. Podía ser el reencuentro inmediato con aquella gran operación del centro que la convocatoria de las elecciones había impe-

dido. Pero también podía ser sólo un espejismo más, flotando sobre el paisaje desértico de la isla...

Seis, quizá siete meses atrás, antes de aquella noche esquizoide, dos amigos, uno frente al otro, estaban sentados ante una mesa del bufet del Parador Nacional de Puerto del Rosario. Uno de ellos era José Emilio García Gómez, un médico tinerfeño que inició su carrera política enfrentándose a Manuel Hermoso y acabó convirtiéndose en su mano derecha y en dirigente de las AIC. El otro era José María Martín Paredes, un sorprendente personaje sacado de una novela de Marcial Lafuente Estefanía, empresario polifacético y más bien misterioso, antiguo cabo legionario, que había aterrizado de carambola en las AIC por amistad con Ildefonso Chacón.

García Gómez había llegado esa misma mañana directamente desde Los Rodeos en un vuelo de Binter. Paredes fue a esperarle al aeropuerto, le llevó en su coche hasta el Parador y se quedó para acompañarle a desayunar. Paredes sólo tomó un café. García Gómez fue más generoso: se sirvió unos huevos revueltos y algo de beicon y unas salchichas y un zumo de naranja y también café con leche, y luego remató la faena con un poco de queso y un cóctel de frutas en almíbar. Se había levantado esa mañana, justo con los minutos contados para llegar desde su casa de Guamasa al aeropuerto y no había tenido tiempo de desayunar. Durante el vuelo, cuando la azafata le pasó la bandeja con las chokolatinas Tirma y los caramelos, hizo trampa y cogió dos chocolates. Hacía ya varias semanas que había mandado a hacer gárgaras aquél cuidadoso régimen bajo control médico con el que logró adelgazar casi cuarenta kilos en un par de meses. Ahora andaba preocupado porque los trajes recién comprados comenzaban a venirle algo estrechos, pero no se sentía con fuerzas para seguir soportando el calvario que se había impuesto a sí mismo.

Meses antes de aquél desayuno en el Parador, José Emilio García Gómez, hijo de un concejal y nieto de un alcalde, se había mirado al espejo después de pesarse en la báscula del baño y había decidido tentar por última vez



sus fuerzas. "Estás demasiado gordo para dar el pego como alcalde", le habían dicho en guasa los amigos de ATI: "Va a ser difícil que te voten con esa barriga, los vecinos van a pensar que tienes que alimentarte a su costa..."

Seguramente las chanzas no tuvieron mucho que ver con la decisión, pero entre esas bromas y las de su compañera Pilar, algo hizo que García Gómez se impusiera la dura tarea de quemar grasa y se tomara el asunto con una disciplina castrense. A medida que pasaban los meses, los colegas de ATI no daban crédito a sus ojos: el analista de la Plaza Ireneo González parecía otra persona distinta, apenas un remedo escuálido del tipo orondo e inflado que había sido. Algunos dejaron de llamarle por su nombre de guerra en el partido, *El Gordo*, y comenzaron a referirse a él como *El Flaco*. Tampoco era para tanto.

Ocurrió precisamente en los meses previos a la gran decisión sobre la continuidad de Manuel Hermoso al frente de la alcaldía. Muchos en ATI consideraban que Hermoso debía renunciar, y se barajaban para sustituirle ante las elecciones municipales del 91 los nombres de García Gómez y de Miguel Zerolo, el joven y activo consejero nombrado en el reajuste del verano de 1990 tras la expulsión de los *populares* del Gobierno. Zerolo había logrado hacerse conocido a base de convertirse en una suerte de *animador cultural* del turismo en crisis, y su nombre aparecía en todas las quinielas, sin más motivo para ello que su buen hacer con las gentes de la prensa. García Gómez, sin embargo, sí aparecía como el virtual candidato a la sucesión más apetecible entre las gentes de ATI. Pero él no estaba precisamente con los partidarios de esa retirada *estratégica* de Hermoso: él creía más en la conveniencia de mantener al alcalde en el ayuntamiento y en la batalla electoral de Santa Cruz. Consideraba, eso sí, -y lo había comentado en algunas reuniones internas- la necesidad de que Hermoso no volviera a presentarse como candidato a la Presidencia regional. Precisamente sobre ese asunto estaba hablando con Martín Paredes, firme defensor de la candidatura de Fonfín Chacón al sillón de San Bernardo. Paredes quería obtener un compromiso, alguna suerte de

palabra dada sobre las posibilidades de Fonfín en la batalla que en los próximos meses habría de abrirse por la sustitución de Hermoso. Pero García Gómez se limitaba a asegurarle que contaría con su apoyo para que Hermoso no repitiera como candidato “si él no quiere”. García Gómez no comprometía ningún nombre: “Manolo dice que no puede seguir. Dice que no quiere continuar ni en el Parlamento ni en la alcaldía. Está cansado de este trajín y harto de perder dinero y de que el PSOE le persiga a través de sus empresas. Pero es nuestro principal activo. No va a tener más remedio que aguantar. Quizá no sea el único candidato posible para la alcaldía, pero es el único con el tirón suficiente para arrastrar los votos que garanticen el Cabildo. Y sería también un buen candidato a la Presidencia si hubiera jugado un papel regional más activo. Pero sólo ha hablado un par de veces en el Parlamento, no ha viajado lo suficiente por las islas... y genera un rechazo excesivo en Las Palmas. No ha querido ser el hombre adecuado, no ha jugado el papel que tenía que haber jugado...”

Esa era la primera parte de la conversación. Pero sólo la primera parte. De hecho, pasarían meses antes de que estallaran los rumores y el nombre de Fonfín surgiera durante unos días como posible alternativa a Hermoso. García Gómez no se había desplazado a Fuerteventura a hablar de eso. Estaba allí para compartir con Martín Paredes los secretos de una conspiración que consideraban inevitable desde algunas semanas atrás, cuando los datos de un sondeo encargado al Instituto Perfiles por IF, la agrupación mayorera de AIC, había revelado lo que muchos intuían ya en la isla sin necesidad de encuesta alguna: el PSOE estaba creciendo en Fuerteventura. Y crecía de una forma imparable.

Todo había empezado cuando Eustaquio Santana, diputado regional y alcalde de Puerto del Rosario, decidió abandonar Asamblea Mayorera para continuar manteniéndose en la alcaldía. Para hacerlo, necesitaba contar con el voto de los escindidos de Asamblea que habían constituido un partidete de transición al que llamaron Alternativa

por Fuerteventura. El coordinador de AM, José Miguel Barragán, y el Presidente del Cabildo, José Juan Herrera Velázquez, habían detectado tras la escisión un acercamiento de los antiguos *izquierdistas* de AM a las posiciones del PSOE. Alternativa por Fuerteventura acabaría fusionándose e integrándose en el partido de Pablo Iglesias, y los dirigentes de AM no querían tolerar el protagonismo que Eustaquio les permitía en el ayuntamiento. Después de una escisión partidaria, el principal enemigo es *el traidor*, y AM quería laminar a sus traidores. Exigieron a Eustaquio Santana, por entonces alcalde merced a los votos de AM, que se librara de los escindidos. Y Santana hizo sus cuentas como el maestro diligente que es: echar de la comisión de gobierno a los concejales escindidos podía suponerle perder una alcaldía que los votos de AM ya no podían garantizarle tras la ruptura de la coalición en dos grupos enfrentados. Por eso prefirió pactar con los escindidos, con el CDS y con los casi inexistentes independientes, y mantener la alcaldía contra viento y marea. Su indisciplina le costó la expulsión automática de AM, pero Santana no derramó demasiadas lágrimas por el asunto. Con la alcaldía asegurada y haciendo un uso meditado y cauteloso de su voto en el Parlamento de Canarias, navegó durante unos meses entre las aguas del CDS y las del PSOE, apoyando en el Parlamento en la mayoría de las ocasiones las propuestas de la izquierda, pero absteniéndose en beneficio de los proyectos del Gobierno de Lorenzo Olarte cuando su abstención podía resultarle singularmente rentable. Ese juego no podía durar mucho: el PSOE se había fijado en él y había descubierto en su doble condición de alcalde y diputado y en sus juegos cortesanos las características de un político hábil y ambicioso, y el nervio y la raza de un caballo ganador en el que apostar para la carrera de Fuerteventura. A fin de cuentas, el PSOE no contaba con nadie realmente de peso en la isla.

Además, Santana había dejado Asamblea llevándose consigo el secreto del éxito político de AM. Durante su etapa de alcalde de la agrupación majorera había llegado a dominar los mecanismos que habían hecho podero-

sa a la coalición: un discurso situado a medio camino entre la demagogia y el progreso, el juego del populismo y la tradición de mantener una clientela agradecida y satisfecha. Cuando por fin decidió fichar por el Partido Socialista, tras largas y muy claras conversaciones con Jerónimo Saavedra, Santana, ofreció no solamente su prestigio personal como alcalde, sino también la posibilidad de quebrar la larga hegemonía de los hombres de Asamblea en Fuerteventura, utilizando exactamente sus mismo métodos, que conocía a la perfección. Y esa era precisamente la oportunidad que los socialistas habían estado buscando desde 1983. Tuvieron que pagar un precio escaso: reconvertir a Eustaquio Santana al socialismo y entregar en manos de los escindidos y *represaliados* de AM las siglas del PSOE en la isla. Desterrar a la vieja guardia del control del aparato socialista en Fuerteventura no supuso para el PSOE demasiado esfuerzo. Era un aparato anticuado, anclado en la radicalización e incapaz de lograr el entendimiento con ninguna de las restantes fuerzas de la isla, que hasta entonces se había revelado escasamente valioso. Desde las elecciones de 1983, la dirección insular del PSOE majorero había llevado al partido al aislamiento y a la derrota.

Con Eustaquio en la alcaldía y con la incorporación al PSOE de los escindidos de Asamblea, todo empezó a cambiar. Podía olerse en las calles de Puerto del Rosario, en las plazas acondicionadas con los dineros de Obras Públicas, en los campos del malpaís, en las interminables playas de la isla. Podía escucharse en los debates de Radio Archipiélago y en los de su competidora, la radio de Domingo González Arroyo, el Marqués de La Oliva. Se hablaba de ello hasta en los cuartos de bandera del Tercio, dónde Santana -"este chico, Eustaquio, el maestro"-, tenía mucha mejor prensa que el resto de los rojos y cristianos que desde Asamblea se opusieron a la continuidad de la Legión.

El control por parte de Santana y sus fieles del aparato del partido, era un cambio inevitable que no pudieron impedir los gritos y disputas en las reuniones del Comité Insular, cada día más enfrentado y dividido entre los parti-

darios de los recién llegados y los seguidores del antiguo secretario general, Pedro Cabrera. Y ahora, cuando habían pasado ya unos meses desde la incorporación de Santana y de la gente de Alternativa por Fuerteventura, ese cambio se traducía en un espectacular crecimiento de las expectativas del voto socialista en la isla.

Paredes y García Gómez lo habían detectado como tantos otros en el ambiente. Por eso habían encargado un sondeo para que les confirmara lo evidente. Y ahora, con los datos del sondeo en la mano, entre los restos de los huevos revueltos y las salchichas, estaban decidiendo qué podía hacerse.

Esa decisión, que se materializaría en una arriesgada y precipitada moción de censura contra Eustaquio Santana, sería la primera evidencia de que se estaba preparando una cuidadosa operación para aglutinar al CDS y a las AIC en una gran federación de centro nacionalista que se convirtiera en el principal partido político de Canarias. Una operación que -para ser realmente eficaz- tenía necesariamente que cuajar antes de las elecciones regionales de 1991, y sobre la que comenzaba a hablarse en las redacciones y los mentideros incluso antes de que sus principales protagonistas hubieran comenzado a tejer sus hilos. Una operación destinada a impedir el triunfo electoral del Partido Socialista y que desde las AIC se contemplaba como el cierre de un proceso iniciado muchos años atrás precisamente en la capital histórica de Fuerteventura y de Canarias, en Betancuria, cuando siete agrupaciones insulares, entre ellas la ya desaparecida AIGRANC, constituyeron aquel engendro que recibió el nombre de FRAIC: un proyecto surgido al calor del arrasamiento de la UCD y destinado a aglutinar sus restos dispersos por toda la geografía regional, desde la conciencia de que en Canarias era posible mantener de alguna manera el tirón electoral del centro.

Y para hablar de esa operación, precisamente de ese proyecto, detrás de los aspectos concretos de la moción de censura contra el alcalde Eustaquio, detrás de la hipotética retirada de Hermoso, detrás de la posible candi-

datura de Fonfín, era para lo que el ex legionario Paredes y su compadre, el padrino de una de sus hijas, *el Gordo* García Gómez, se habían citado a hablar en el Parador Nacional aquella mañana.

---

<sup>(1)</sup> Mi silencio al respecto no implica conformidad con lo que se dice en el texto. Ni disconformidad tampoco.

La moción de censura contra Eustaquio Santana cuajó con precisión matemática. Se preparó durante algo más de un par de semanas, en contactos con Asamblea Majorera y con el CDS, y el mismo día que tenía que entrar en el registro, Martín Paredes se presentó en el despacho del alcalde Santana para evitar que se enterara por un funcionario. “Te vamos a echar”, le dijo, “Tomás Saavedra va a ser el próximo alcalde”. Santana se puso pálido. Apenas pudo esbozar un par de frases. La entrevista fue muy corta y cuando acabó, el alcalde dejó el despacho sin dar explicaciones y se fue a su casa. Cuentan que se puso enfermo.

El plazo previsto para debatir la moción de censura concluía el 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes: seguramente se trataba de alguna clase de broma macabra de los ideólogos de IF, pero la fecha se convirtió en una premonición de que la decisión de acabar con Eustaquio Santana convertiría al alcalde en un mártir ante los vecinos de Puerto del Rosario, facilitando su regreso a la alcaldía tras las elecciones.

Sin embargo, esa última no era la visión que en ese momento tenía en el PSOE. Hasta el último momento intentaron evitar que prosperara la censura, y desarrollaron conversaciones al máximo nivel con el CDS para mantener

en su puesto al alcalde. Durante la luna de miel entre la Federal del PSOE y el CDS de Suárez, llegaron a Canarias algunos recados directamente enviados desde Madrid para que Eugenio Cabrera y el Marqués impidieran que la censura llegara a materializarse. Sin embargo y a pesar de las presiones de la dirección regional del CDS ante sus hombres en Fuerteventura, el acuerdo de suaristas, independientes y majoreros, era ya un hecho que ni siquiera los esfuerzos de Julio Bonis pudo impedir<sup>(1)</sup>. Cabrera y González Arroyo habían llegado a un acuerdo preciso con IF.

La censura que acabaría por convertir a Eustaquio Santana en la primera víctima de la *operación centro* era sólo la punta de un iceberg que se había ido gestando al calor de las reuniones y contactos entre las AIC y el CDS en toda la región. Sin embargo, la derrota de Eustaquio no era en sí misma una de las piezas de esa operación. Se trataba tan sólo de un ajuste precipitado en el que las fobias y las filias personales características de la política majorera tuvieron más peso que otro tipo de consideraciones. De hecho, tanto Olarte como la plana mayor de su partido no eran partidarios de adelantar acontecimientos. Aún no habían terminado de digerir el desafío que los independientes les habían lanzado en Lanzarote pocos días antes.

El dos de diciembre, domingo, en el salón de actos del hotel Oásis de Costa Teguisse, el polémico alcalde de Teguisse, Dimas Martín, se había convertido por decisión propia y con el respaldo unánime de la dirección regional de las AIC en presidente del PIL, un partido de corte insularista-nacionalista creado para mayor lucimiento del alcalde estrella. El PIL había absorbido en sus nuevas siglas y bajo un emblema verde y carmín con tunera y cochinilla, a la vieja Agrupación Insularista de Lanzarote. Dimas Martín, amigo personal de Olarte y -desde la *debacle* de Rafael Stinga- su hombre en Lanzarote<sup>(2)</sup>, había decidido romper con su integración en las AIC su teórica independencia. Dimas se había servido de esa presunta neutralidad política en las filas del centro, sin decantarse por las AIC o por el CDS (partido al que apoyó en 1987, integrándose



en las listas centristas al Cabildo), para contar con el apoyo de ambas formaciones políticas en su personalísima campaña al Senado.

Para Dimas, obtener el acta de senador del Reino suponía no sólo su proyección definitiva como líder carismático de toda la isla de Lanzarote, sino también lograr el reconocimiento y la inmunidad que los socialistas le habían negado desde que optó por dedicarse a la actividad política. Algunos *pecadillos* de juventud del senador -extrañas operaciones comerciales y algún que otro talón bancario sin fondos-, convenientemente aireadas por sus adversarios políticos de la izquierda, hicieron que Dimas pusiera el Senado por encima de cualquier otra consideración. Pero una vez con el acta de senador en el bolsillo, la equidistancia entre el CDS y las AIC dejó de tener valor y su conversión al nacionalismo se produjo sin más demora.

El congreso fundacional del PIL, que había entregado a Dimas todo el poder en la isla de Lanzarote, encerraba dos grandes mensajes: uno dirigido al interior de la isla, a los votantes que habían convertido al denostado Dimas en el senador proporcionalmente más votado de Canarias. Era el mensaje del voto útil contra el PSOE, del voto contra la izquierda. El otro mensaje era el de la integración, dirigido a los hombres del CDS en toda Canarias, señalando el camino del éxito electoral.

Dimas había montado aquel congreso, que debía ser el de su definitivo lanzamiento al ruedo político más allá de sus gastados ropajes de alcalde, demostrando que él era todo en el centro de la isla. Para dejar pública constancia de ello, primero destrozó al hombre fuerte de los independientes en la isla, Honorio García, alcalde de Yaiza y teórico compañero de viaje suyo, cuyo protagonismo en el recién constituido PIL redujo Dimas hasta extremos humillantes, convirtiendo a Honorio en simple vocal del comité ejecutivo por el municipio de Yaiza. Después desafió abiertamente al CDS de Jesús Morales y Nicolás de Paiz, recordándoles desde su discurso de presidente del PIL, que fuera del nuevo *nacionalismo* de las AIC que él y sólo él encarnaba en Lanzarote, todo iba a ser un desierto intransi-

table. Por último, recordó que dejaba una puerta abierta: la puerta de la *confederación* con aquellos grupos políticos “estrictamente canarios” que renunciaran a cualquier obediencia de tipo nacional. En esa parte del discurso, hablaba no sólo por su boca, sino también por boca de las AIC, decididas a mantener hasta el mismo límite de lo posible la oferta de confederación a un CDS reciclado y desvinculado del despacho de Suárez en Antonio Maura.

Algunos en el CDS conejero, Fiestas Coll, por ejemplo, trabajaron hasta el final por ver prosperar un acuerdo que -en la perspectiva de las AIC- habría laminado al PSOE en Lanzarote, asegurando el poder regional a las fuerzas nacionalistas y sus socios.

Lo mismo ocurrió en Fuerteventura, dónde el Marqués no sólo se limitó a apoyar con armas y bagaje la defenestración de Eustaquio, sino que intentó por todos los medios y con escasa fortuna reeducar su lenguaje en algo distinto al insulto. González Arroyo procuró tragarse todos los sapos que permitieran llegar a un acuerdo con las gentes de Fonfín, al que en sucesivas campañas electorales había zaherido utilizando el insulto personal, la descalificación y el más cruel de los sarcasmos. El Marques trabajó con denuedo para muñir aquel acuerdo: durante algunos meses se dijo que había llegado a registrar el nombre de un nuevo partido político, el Centro Independiente Majorero, que habría de servir de plataforma para la integración de los suaristas y los independientes. Pero el acuerdo en Fuerteventura no avanzaría nunca más allá de la censura contra Eustaquio.

En la Palma, las conversaciones entre el CDS y la API de Castro Cordobez, Gregorio Guadalupe y Rafael Darana <sup>(3)</sup> eran más que públicas, aunque la estrategia obligaba a negarlas en los medios de comunicación. Llegaron a barajarse listas conjuntas, que jamás se formalizarían.

En la Gomera, sin embargo, no fueron necesarias demasiadas reuniones: estaba ya todo hecho. El pragmatismo del diputado suarista Esteban Bethencourt, alcalde de Valle Gran Rey, ex dirigente de AGI y bien relacio-

nado con los insularistas, hacía posible la reedición sin ningún trauma de una coalición electoral entre el CDS y las AIC que ya había sido experimentada con éxito en las elecciones del 87.

En el Hierro, el objetivo principal era llevarse al irreductible Tomás Padrón al huerto. Su anuncio público de no presentarse a la reelección, y sus confidencias sobre las presiones de UNELCO -la empresa pública bajo control del PSOE, de la que es empleado el pequeño Padrón-, para que renunciara a la actividad política, le convirtieron en un socio por decisión propia poco activo en las negociaciones para la gran coalición. En Tenerife, ATI había pronunciado ya el todo o nada: si Olarte quería cerrar la operación, el CDS tenía que renunciar a sus siglas en Tenerife y llegar a un acuerdo con los independientes de Rafael Pedrero en Gran Canaria.

Faltaba sólo que Olarte estuviera dispuesto a eso.

---

<sup>(1)</sup> Lo que se dice no es cierto. No se hizo ninguna presión para intentar evitar tales acuerdos.

<sup>(2)</sup> Más correcto sería decir que yo fui letrado de Dimas Martín, y como tal, por exigencias procesales, dilate un procedimiento contencioso-electoral promovido a instancias del PSOE.

<sup>(3)</sup> Darana fue el responsable de que en La Palma API y nosotros no fuéramos en coalición. Gran error por su parte, ya que la coalición electoral podría haber sido el germen de otras cosas...

---

### 3

## Montando la 'operación alcaldes'

---

---

La *gran operación* del centro canario estaba preparada. Falta que Olarte se decidiera a tomar la iniciativa y comenzara el proceso de acercamiento a las AIC. Pero Olarte tenía sus propios planes, y no coincidían precisamente con los de los nacionalistas. Acostumbrado al regate corto y a jugar con ventaja, Olarte confiaba aún en el tirón electoral de Suárez y en el peso específico de su partido en la provincia de Las Palmas. Un acercamiento a las AIC, por cuidadoso que fuera, podía restarle votos en Gran Canaria. Y Gran Canaria era la apuesta de Olarte, su feudo personal. Por eso centró todos sus esfuerzos en el éxito de la *operación alcaldes*.

Desde el mes de septiembre, y tras la expulsión del PP del Gobierno, Olarte había dirigido sus pasos a lograr la integración de los alcaldes independientes de Gran Canaria en el CDS. La primera reunión formal con ellos se produjo en el domicilio de Olarte en Tafira, un sábado de septiembre por la tarde. Participaron los alcaldes de Guía, Moya, Mogán, San Bartolomé de Tirajana y Vega de San Mateo<sup>(1)</sup>. El objeto del encuentro de Olarte con los alcaldes, que habían participado con escaso éxito en las elec-

ciones generales del 89 bajo las siglas de Independientes de Gran Canaria, era lograr la integración del mayor número posible de grupos municipales en las candidaturas suaristas al Cabildo grancanario y al Parlamento regional, bien como independientes integrados en las listas centristas o bien dentro de una federación del CDS con un partido o grupo que podría mantener las siglas de Independientes de Gran Canaria.

La operación había sido consultada por el propio Lorenzo Olarte con Adolfo Suárez, y contaba con ciertas reservas de la dirección nacional del CDS. Suárez, consciente del peligro de que el CDS canario fuera absorbido por la creciente marea del *nacionalismo*, había manifestado a Olarte su preocupación por la posible *distorsión* del proyecto político centrista y le había pedido garantías de que esa distorsión no llegaría a producirse.

El presidente nacional del CDS había recibido varios recados de la ejecutiva federal del PSOE sobre la *complicada* situación que podía producirse en Canarias, si Olarte continuaba avanzando en la línea de un entendimiento con las AIC. Las advertencias más agrias sobre la situación del CDS en las islas habían partido directamente de la sede del PSOE en Ferraz, con la que los hombres de Suárez mantenían por aquellas fechas una relación de privilegiada proximidad.

Pero el aviso más directo de que en Canarias iba a resultar muy difícil aplicar la estrategia de acuerdos con el PSOE diseñada por Suárez para después de las elecciones, le vino directamente del principal responsable de esa estrategia, el secretario general del CDS, José Ramón Caso.

Caso se desplazaría a Canarias justo la semana después del encuentro de Olarte con los alcaldes, para participar en unas jornadas municipales organizadas por los centristas grancanarios. Suárez se disculpó por no aceptar la invitación de Olarte para venir a Canarias<sup>(2)</sup>, alegando agotamiento (estaba en plena campaña electoral en el País Vasco) y una supuesta molestia dental que le tenía recluido en su casa de Avila.

Durante las jornadas, Olarte se manifestaría absolutamente reacio a alcanzar cualquier tipo de acuerdo con los socialistas, demostrando su oposición a que en Canarias se aplicara la política de estrategias aprobada en el Congreso de Torremolinos. En un aparte de la reunión, hablando con un preocupado concejal de un pueblo del sur de Gran Canaria, Olarte fue meridiano: “una cosa es que Suárez mantenga un idilio con Felipe González y otra muy distinta es que yo me vaya a liar a estas alturas con Jerónimo Saavedra. No es precisamente mi tipo”. Caso no escuchó esa conversación. Quizá por eso, y en un momento de su intervención ante los compromisarios de las jornadas, detrás del atril de la segunda planta de la sede recién estrenada del CDS, Olarte frenó en seco su discursito sobre los éxitos de su Gobierno, se volvió hacia la mesa presidencial, ocupada por Caso, por Vicente Alvarez Pedreira y por Jesús Morales y sentenció: “¿Acaso alguien puede pensar que aquí estamos trabajando para Jerónimo Saavedra...?”. Un noooooo así de grande, pronunciado a coro por los ciento y pico presentes, respondió a su pregunta. Caso debió coger el recorte, porque un par de horas después, en el despacho habilitado en la sede para el Presidente, pidió puntual información a Olarte sobre el desarrollo de las negociaciones con los alcaldes: Olarte le explicó como estos le habían manifestado su preferencia por un acuerdo que les permitiría la mayor autonomía a la hora de confeccionar las candidaturas a los ayuntamientos, candidaturas que habrían de ser completamente independientes y no *amparadas* en las siglas del CDS. Los alcaldes habían manifestado unánimemente a Olarte su deseo de repetir en sus ayuntamientos la fórmula electoral que les había llevado a la alcaldía, pero aceptaban la presentación conjunta con el CDS al Cabildo y al Parlamento de Canarias para reforzar el *voto útil* centrista, frente al PSOE y al Partido Popular.

Olarte aseguró a Caso que la operación estaba “muy avanzada”, y que gracias a ella, el CDS esperaba contar con el apoyo electoral de la mayoría de los grupos y partidos centristas de carácter municipal... toda una constelación de

siglas entre las que Olarte esperaba amarrar a la Unión del Pueblo de Guía, de Oscar Bautista, a la Agrupación Moganera Independiente, de Francisco González, a la Agrupación de Vecinos de San Bartolomé de Tirajana, de Paco Araña y a la Agrupación de Vecinos de la Vega de San Mateo, presidida por Paco Ojeda. La operación, según Olarte, contaría también con el apoyo del grupo municipal de Moya y de su alcalde, Santiago Isidro Galván, y con el de los grupos municipales mayoritarios de San Nicolás y Tejeda que, sin embargo, no habían asistido a la reunión de Tafira celebrada la semana antes<sup>(3)</sup>. Otros grupos que podrían incluirse en la operación, pero con los que todavía no se habían mantenido contactos formales, eran los de los independientes de Valsequillo<sup>(4)</sup>. La participación en las candidaturas suaristas de Carmelo Vega, el alcalde *franquista* de Santa Brígida, quedaba sin embargo totalmente descartada.

Caso apuntó algunos nombres a la medida que Olarte los comentaba. Luego preguntó sin rodeos por Hermoso. Olarte le contestó secamente: “Que yo sepa, y nadie mejor que yo puede saberlo, de momento no hay nada. Nada de nada.” Todavía era absolutamente cierto. A finales del mes siguiente dejaría de serlo. El lunes 22 de octubre, Olarte cerró en el hotel Reina Isabel, tradicional lugar de encuentro del CDS grancañario, lo que la prensa de un par de días después calificaría como “un principio de acuerdo” con los alcaldes independientes. Pero lo que la prensa no contaría hasta algunas semanas más tarde, es que en la reunión con los alcaldes de IGC había estado también el director general de la Vivienda, Rafael Pedrero, brazo derecho de Fonfín Chacón en Obras Públicas y hombre clave de las AIC en Gran Canaria<sup>(5)</sup>.

Ni Olarte ni Julio Bonis habían prestado nunca demasiada atención a aquél joven político que poco a poco logró ganarse la confianza de los alcaldes de IGC, hasta convertirse en su único interlocutor ante el CDS. Pedrero, con una moral acorazada, había optado desde años atrás por hacer nacionalismo moderado en una isla donde el nacionalismo moderado no había tenido nunca demasiada

suerte. Dentro de las AIC, la gente había terminado por respetarle el lento y esforzado trabajo de vertebración política que en torno a los alcaldes independientes intentaba desarrollar en Gran Canaria. Pero en el CDS no se le tenía en gran consideración. Su esfuerzo por introducir las siglas de AIC y el remozado nacionalismo de la federación insularista en Gran Canaria, se consideraba tan estéril como masoquista: desde el punto de vista del CDS, la operación que se pretendía montar conjuntamente con los independientes sólo podía prosperar si se distanciaba explícitamente de cualquier veleidad de proyecto nacionalista o regional y se convertía lisa y llanamente en una *operación* para evitar que Saavedra volviera a San Bernardo. Pedrero, sin embargo, es un hombre más cercano por generación y por talante al PSOE que a la derecha. Dentro de las AIC siempre había estado del lado de los proclives a un entendimiento postelectoral de todo el centro con el PSOE, un proyecto del todo incompatible con el mantenimiento del liderazgo de Olarte.

En cualquier caso, la reunión del Reina Isabel dio mucho de sí: el acuerdo se materializó formalmente en un documento con correcciones del puño y letra de Paco Araña, documento que conservó Julio Bonis, y en el que se incluía la determinación del CDS y los alcaldes de presentarse conjuntamente a las elecciones regionales, contando además con el apoyo de los votos (escasos votos que se calculaban entonces en algo menos de un tres y medio por ciento), que respaldan en Gran Canaria a las AIC de Hermoso. La operación se completaba con la participación de algunas personalidades del centro y la derecha, por aquél entonces sin partido político. La presencia en aquella reunión del empresario y diputado José Miguel Suárez Gil, aclaraba a qué se refería Olarte al hablar de “nuevas incorporaciones” <sup>(6)</sup>.

Ni Lorenzo Olarte ni Luis Hernández, que también participó en el encuentro, al que habría de incorporarse durante su desarrollo el ex alcalde José Vicente de León, hicieron en aquella ocasión del mantenimiento de las siglas del CDS una cuestión innegociable. El objetivo parecía ser *resuci-*



tar una gran fuerza política centrista en Gran Canaria. La nula defensa de sus siglas realizada por Olarte, sorprendió a alguno de los alcaldes independientes que asistieron a la cita, a la que habían acudido los primeros ediles de Guía, Mogán, San Bartolomé de Tirajana, San Nicolás de Tolentino, Tejeda y Vega de San Mateo.

Una parte importante del desarrollo de la reunión, estuvo dedicada a la búsqueda de una fórmula que permita a los independientes grancanarios participar en las candidaturas de Olarte sin integrarse en el CDS. Se barajaron diversas posibilidades, entre las que Olarte manifestó su preferencia por una integración de los alcaldes y sus grupos municipales en las candidaturas suaristas, como independientes. Los alcaldes y Pedrero plantearon por contra la formación de una federación centrista, en la que participaran bajo unas siglas nuevas tanto los representantes del CDS como ellos. Durante la reunión se llegaron incluso a barajar algunos posibles nombres para este nuevo proyecto político, como los Centro Canario o Federación Canaria de Centro, sin que Olarte se opusiera a ninguno de ellos<sup>(7)</sup>. Sólo dijo “es pronto todavía para discutir sobre nombres. Primero vamos a ayudar a nacer a la criatura, y luego la bautizamos”.

Acordaron dejar pendiente la cuestión del nombre y pasaron a analizar la presentación conjunta con los efectivos de Olarte al Cabildo y al Parlamento de Canarias, y el tipo de campaña que resultaba conveniente hacer. Acabarían coincidiendo todos con el diseño de campaña defendido por los centristas, basada en la figura de Olarte como presidente del Gobierno. Cuando se planteó la necesidad de que esa campaña netamente *presidencialista* contara con el apoyo de las Agrupaciones Independientes, Pedrero puso la primera pega realmente importante: “Aún no está claro que ATI renuncie a presentar a Hermoso como candidato a la presidencia del Gobierno. Para eso habría que llegar a un acuerdo en toda Canarias”. Más o menos en ese punto se levantó la reunión.

Por primera vez se había llegado al centro del problema: o la operación se hacía al completo, o las dificulta-

des irían surgiendo una detrás de otra. Olarte quería solo un acuerdo parcial, para reforzarse en Gran Canaria. Y eso era justo lo contrario de lo que pretendían las AIC.

Mal empezaba la cosa.

---

(1) Moya y Vega de San Mateo no irían finalmente con IGC. De hecho, no tuvieron nunca la menor intención de presentarse con ellos

(2) Eso no es cierto. Suárez no fue invitado.

(3) El alcalde de San Nicolás de Tolentino fue el más tenaz defensor de la *operación alcaldes*, desde el principio.

(4) El grupo de Nicolás Sánchez Grimón siempre tuvo la evidencia de que el alcalde, ex cedesero, estaba en secreto en connivencia con el PSOE, tal y como se demostraría fehacientemente más tarde.

(5) Durante el desarrollo de todas las negociaciones, Pedrero, aunque nunca lo llegó a plantear claramente, pretendía convertirse en el candidato número tres de la lista grancanaria al Parlamento.

(6) José Miguel Suárez Gil se convertiría en el *agraciado* con el tercer puesto en las candidaturas del CDS. Hoy es diputado.

(7) No es exacto. Yo siempre rechacé la utilización del término *Federación*, y mantuve la necesidad de una *coalición*. Intentaba entonces no afectar a la personalidad jurídica de mi partido, algo que no admitía la cúpula nacional del CDS.

Para terminar de cerrar los aspectos pendientes de la integración de los alcaldes grancanarios y del CDS en una única candidatura electoral, el CDS decidió encargar a Luis Hernández las gestiones necesarias. Pedrero, interlocutor por IGC, se sintió satisfecho. A fin de cuentas, Luis Hernández había sido compañero de Olarte en aquella aventura que fue la creación de Unión Canaria, un partido político montado de prisa y corriendo<sup>(1)</sup>, con el objetivo de aglutinar nombres y apoyos que permitieran al entonces procurador en Cortes Lorenzo Olarte, entrar con fuerza en las candidaturas de UCD, preparadas por Suárez y Martín Villa desde el poder, para ganar las primeras elecciones de la democracia.

Unión Canaria había sido una plataforma *ad hoc*<sup>(2)</sup>, sin más base social que la voluntad de un grupo reducido de grancanarios de no quedar al margen de la fiesta democrática que Suárez estaba preparando. Pero fue también el primer lugar de encuentro de algunos de los participantes en la reunión del Reina Isabel. De los mismos que, años después, habían de dar soporte social y apoyo económico al *montaje* que preparaba Olarte para intentar continuar en la Presidencia del Gobierno, más allá del 91...

Por desgracia para Olarte, resucitar Unión Canaria o una fórmula similar, implicaba una ruptura definitiva con sus jefes madrileños. Olarte estuvo acariciando esa posibilidad durante meses, consultando sondeos y apalabrando acuerdos, sin llegar a decidirse. A medida que se agotaba el plazo para la convocatoria electoral, Olarte se iba convenciendo de que el CDS sufriría una gran derrota política en todo el país, y en conversaciones privadas con Julio Bonis y Luis Hernández, gustaba de referirse al “encefalograma plano del Duque”<sup>(3)</sup>. Sin embargo, y a pesar de esa intuición que los sondeos trasformaban en certeza, no llegó a dar el paso definitivo. Quienes le conocen dicen que optó por mantener la fidelidad al Duque y su agotado proyecto porque le repugnaba la idea de abandonar a su jefe y viejo amigo en un momento de derrota. Otros, menos *comprensivos* con las motivaciones profundas de Olarte, aseguraban que su decisión última obedecía a un cuidadoso estudio de la reacción del electorado ante una *traición* de última hora. Según esas opiniones, Olarte, enfrentado a Canarias 7 desde que reveló las dependencias del matutino grancanario con la Caja Insular, temía una nueva campaña de descalificaciones, y temía que esa campaña pudiera disminuir sus posibilidades electorales.

Fuera por lo que fuera, al final Olarte renunció explícitamente a romper su vinculación con el proyecto de Suárez, y apostó por una solución híbrida de alineamiento con los alcaldes, cuyo verdadero objetivo era dejar fuera a las AIC y rentabilizar el voto independiente en la isla. El partido de los alcaldes no pertenecía a las AIC y por tanto, un acuerdo con él aunque fuera *bien visto* por Hermoso y su equipo, no podría ser entendido por la opinión pública como un desembarco ático en las filas centristas. O al menos eso era lo que creía Olarte.

Las AIC no tardaron demasiado tiempo en darse cuenta de que la intención del CDS en las negociaciones con los alcaldes no iba más allá de lograr el refuerzo de las candidaturas centristas grancanarias. Aún así, decididos a participar en la política de la única isla en la que no contaban con presencia, mantuvieron las negociaciones con el CDS

durante algunas semanas más, hasta que las condiciones impuestas por los negociadores centristas se hicieron inasumibles. Después de múltiples tiras y aflojas, las negociaciones quedaron bloqueadas sólo unos días antes de la celebración del congreso regional del CDS, al que acudió Suárez como invitado de excepción.

La confección de las listas al Parlamento había sido el principal elemento de tensión en las negociaciones: el CDS exigía que la coalición con IGC pasara por la aceptación de la capacidad de veto de Olarte en la elaboración de las candidaturas regionales<sup>(4)</sup>. Julio Bonis manifestaría a los medios de comunicación que los problemas surgidos en las negociaciones no estaban relacionados “con la presencia de IGC en las listas al Parlamento”, sino con la negativa de este partido de capacitar a Olarte para designar a quienes le acompañarían como candidatos al Parlamento.

Antes de que se celebrara el Congreso centrista, Olarte intentó por última vez desbloquear la situación. Convocó a todos los alcaldes independientes de la isla, tomando personalmente la iniciativa de continuar las conversaciones que días antes habían quedado “interrumpidas indefinidamente” por parte de IGC. A la reunión con Olarte asistieron, además de los tres alcaldes de IGC, los alcaldes independientes de San Mateo, Tejada, Moya y La Aldea. Araña comentaría más tarde que “hubo, antes que nada, un expreso deseo de pactar, si bien no a toda costa”. Olarte insistió durante la reunión en que si no se admitía su capacidad de veto para designar a los candidatos al Parlamento regional “no sería posible el acuerdo”<sup>(5)</sup>. Olarte sabía ya que contaba con los alcaldes no adscritos a IGC, y forzó las cosas al máximo. Araña fue categórico: “aun deseando pactar, no vamos a hacerlo sin contar con IGC, que es el partido que hemos fundado nosotros mismos”<sup>(6)</sup>. El resto de los mandatarios municipales se inclinaron a converger como independientes en las listas del CDS, si bien concurrirían a las elecciones locales en agrupaciones independientes del todo ajenas a siglas suaristas. Olarte se negó a discutir siquiera la presencia de Pedrero en la lista regional. Y es que Olarte tenía ya decidido que ese puesto iba a ser pa-

ra Suárez Gil, el diputado regional expulsado del PP por mantener una posición *heterodoxa* en el debate sobre la integración comunitaria. Para Olarte, la inclusión de Suárez Gil en las listas era un *guiño* a los empresarios grancanarios disconformes con la integración, mientras que Pedrero no aportaba nada<sup>(7)</sup>. O eso creía.

Porque fue la negativa a discutir la *cuestión Pedrero* lo que rompió las negociaciones. Ocurre a veces que los grandes acuerdos se pierden por asuntos menores. Y esta fue una de esas veces. Rotas las conversaciones, Julio Bonis explicaría cínicamente que habían comprobado “que IGC es ATI” y que por tanto “no podía llegarse a acuerdos bajo esa tutela”. Sin embargo, la sospecha que comenzó a hacerse fuerte en medios de AIC era la de que el CDS había llegado a acuerdos con el PSOE para pactar tras las elecciones, perspectiva que entraba en frontal colisión con el proyecto de la *operación centro canario*, cuya resolución tras las elecciones significaba la reedición del Pacto de centroderecha que ha gobernado en las islas los últimos cuatro años. Aunque las AIC se habían mantenido formalmente al margen de la operación, el fracaso del acuerdo en Gran Canaria puso el freno definitivo a las negociaciones con Olarte en el resto de Canarias.

Con el fracaso de las negociaciones, el grupo de alcaldes quedó dividido en sus adhesiones partidarias: los vinculados a IGC -los de San Bartolomé de Tirajana, Mogán y Guía- optaron por la integración de lleno en las AIC, mientras que otro importante sector de municipios pactaron con el partido centrista. Olarte los definiría como “los verdaderos alcaldes independientes”, pero lo cierto es que él sabía que los votos que andaba buscando se habían quedado con las AIC. Desde el punto de vista de IGC, la ruptura de las negociaciones fue considerada como “el fracaso de un proyecto político de centro canario, imputable únicamente a Lorenzo Olarte”. IGC llegó a difundir un comunicado en el que utilizaba un tono de inusitada dureza para Olarte<sup>(8)</sup>. Con ese comunicado, los independientes grancanarios empezaron su propia precampaña electoral, pero con ataques no tanto dirigidos hacia la oposición al centro

derecha como a los coaligados de las AIC en el Gobierno regional. Los independientes grancanarios daban por “desaparecido” al CDS “del panorama político nacional”, y la presencia de Suárez en el congreso regional de su partido celebrado el 10 de marzo, era interpretado como “la confirmación de su participación decidida como vocero del PSOE”<sup>(9)</sup>. Las conversaciones entre IGC y CDS habían servido para demostrar “nuestra absoluta incompatibilidad con los planteamientos de dependencia centralista que Olarte ha puesto de manifiesto en sus últimas apariciones públicas”. Este pronunciamiento se acordó, además, en presencia del sector de la dirección de las AIC encargado de buscar lo que se había dado en llamar la *pata grancanaria* que la federación nacionalista buscaba para completar su implantación regional.

Y es que, perdida la posibilidad de entrar en Gran Canaria de la mano de Olarte, había que intentar hacerlo por otra vía. ¿Por cual? Bueno... estaban los alcaldes independientes. Pero también estaban los empresarios.

---

(1) y (2) Es absolutamente incierto que Unión Canaria se montara como plataforma personal mía. En aquellos tiempos, nadie pensaba que algún día pudiera existir UCD. Unión Canaria nació con vocación regional, y contó desde el principio con Rafael Stinga en Lanzarote y en Fuerteventura con Miguel Sánchez Velázquez. Curiosamente, Unión Canaria sería el origen de Asamblea Majorera en Fuerteventura, al no llegar a presentarse a las elecciones legislativas de 1977.

---

<sup>(3)</sup> Jamás hice esa manifestación o alguna similar.

<sup>(4)</sup>, <sup>(5)</sup> y <sup>(6)</sup> Nunca planteé el veto al que se hace referencia a lo largo de este capítulo. No tengo la menor idea de quien puede haber ideado tal cosa.

<sup>(7)</sup> Suárez Gil se convirtió en diputado gracias a su habilidad personal, que utilizó a costa del novato Pedrero.

<sup>(8)</sup> El comunicado en cuestión resultó paradójico. En el se me acusaba de querer pactar con el PSOE. ¡Nada menos!

<sup>(9)</sup> Los independientes tenían motivo para quejarse, en virtud de lo que Suárez dijo en la rueda de prensa celebrada durante el Congreso en el Hotel Reina Isabel de Las Palmas. Los grandes esfuerzos realizados por el CDS-Canarias en el Congreso, un Congreso que nos parecía todo un éxito político antes de las elecciones, se los cargó Suárez en sólo dos minutos de su intervención en rueda de prensa. Suárez explicitó con toda claridad su intención de pactar con el PSOE tras las elecciones regionales, algo que cayó sobre los centristas canarios como un auténtico jarro de agua fría. Las declaraciones de Suárez motivaron mi decisión de anunciar públicamente antes de la campaña que nunca pactaríamos con el PSOE, y retando a Manuel Hermoso a que se comprometiera públicamente a no dar nunca sus votos a Jerónimo Saavedra.



---

## 5 La conexión empresarial

---

El escenario era el domicilio de Rafael Pedrero, el hombre de AIC en la operación alcaldes. Un piso no muy grande en un barrio residencial de Las Palmas. Pedrero tuvo que colocar todos los tresillos y sillones del ajuar familiar en torno a la gran mesa del salón para que sus invitados pudieran acomodarse. Sobre la mesa, preparados por su mujer, unos platos con tortilla, sangüiches y croquetas, güisquis y coca-colas.

El anfitrión parecía especialmente nervioso esa noche: había convocado personalmente a un selecto grupo de empresarios para que participen por primera vez en un encuentro con los jefazos de las AIC. Es el martes cinco de marzo, son las diez de la noche, y los empresarios han comenzado a llegar de uno en uno a la casa de Pedrero: acuden a la cita el presidente de la Confederación, José Suárez Mejías; el de la Federación de Hostelería, José Moriana; el de la Construcción, Carmelo Sosa; el de la patronal de los coches, Sergio Alonso, y también Alberto Cabré, vicepresidente de la Confederación y representante *ad hoc* de los publicitarios. También aparecerá Angel Ferrera, presidente de la Cámara de Comercio.

Pedrero, por su parte, había decidido descubrir definitivamente sus cartas. Durante meses, mientras actuaba

como negociador de los alcaldes de IGC con el CDS, había procurado evitar que su vinculación con las Agrupaciones Independientes fuera pública. Pero las negociaciones se habían interrumpido definitivamente. No existía ya posibilidad de llegar a ningún acuerdo, y su papel como hombre de las AIC en Gran Canaria podía revelarse por primera vez. Por eso Pedrero se hizo acompañar esa noche por los mandamases de la federación independiente en la provincia oriental: estaba Dimas Martín, presidente del PIL recién integrado en las AIC, y estaba Martín Paredes, secretario de organización de IF. También estaba Fonfín. Y para reforzar a los hombres de AIC en la provincia oriental, había acudido el consejero de Hacienda, José Miguel González.

Era la primera reunión formal de las AIC y la patronal grancanaria y se quería dar al encuentro el mayor empaque posible. Se trataba de una reunión montada sobre la marcha, apenas veinticuatro horas después de haberse roto definitivamente los contactos entre las IGC y el CDS. Apenas veinticuatro horas después de que el propio Pedrero y el circunspecto Matos, presidente del partido de los alcaldes, abandonaran airados el vetusto palacete que sirve de sede insular al CDS grancanario en la calle Juan de Quesada.

Se trataba por tanto una reunión decidida sin tiempo de planificar nada más que las precisas llamadas telefónicas a los líderes de las federaciones empresariales. No se había invitado, por supuesto, al presidente de Fedalime, Suárez Gil, que ya había jugado su carta a tercero en las candidaturas olartianas.

El encuentro, a pesar de haber sido montado a toda prisa, daría de sí lo suficiente, prolongándose hasta pasadas las dos de la madrugada. En esas cuatro horas, las gentes de la patronal romperían por primera vez el tabú del entendimiento con los *apestados* de AIC y escucharían de sus labios la explicación del desacuerdo con el CDS: al vetar los negociadores centristas a Paco Araña y a Rafael Pedrero como candidatos al Parlamento<sup>(1)</sup> y al negarse a aceptar la participación del partido de los

alcaldes en la comisión de listas que había de cerrar la operación, el CDS apostó por la ruptura de la única estrategia que podía haber dado al conjunto de las fuerzas de centro la victoria sobre el PSOE. De forma unánime, los empresarios irán destilando su sorpresa y frustración por el golpe de timón del CDS al romper un acuerdo que tenía que haber significado el disparo de salida del *Centro Canario*.

Por eso, esa misma noche, José Suárez Mejías, con un refresco de cola en la mano, insistirá en afirmar que el CDS ha hecho justo lo contrario de lo que había anunciado que iba a hacer y ofrecerá tímidamente su mediación para hacer prosperar un arreglo. Y también por eso mismo, dos días después, el propio Suárez Mejías y todos los demás mantendrán una segunda *reunión tumultuosa* con Olarte en el Reina Isabel: sería un desayuno.

En él, Olarte les explicará que la ruptura ha sido la consecuencia directa de la actitud de los independentes: “No puedo colocar a Araña en las candidaturas. Está demasiado desprestigiado. Dudo incluso que consiga ganar la alcaldía sin nuestro apoyo”<sup>(2)</sup>. Olarte conseguirá sembrar la duda entre las gentes de la Confederación. Amagará incluso con la presencia de Suárez Gil en las candidaturas suaristas, presencia que todavía no es pública y que sólo se materializará cuando Suárez Gil renuncie a su escaño en el Parlamento de Canarias, porque “nosotros no llevamos a tránsfugas en nuestras candidaturas”. Olarte creará esa noche que su conversación con Suárez Mejías ha sido suficiente para ganarse a los empresarios y apartarlos de las malas influencias de AIC.

Pero Olarte sólo había logrado dividir a los empresarios en dos bloques. Por un lado, los partidarios del acuerdo, que terminarán apoyando de forma subrepticia a las AIC, y por otro los neutrales, que se mantendrán al margen.

El 12 de marzo, dos días después de la clausura del Congreso del CDS en Las Palmas, cuando ya estaba meridianamente claro que era imposible cualquier acuerdo, el empresario Carmelo Sosa, convocó un nuevo encuentro en su chalé de Altavista. Carmelo Sosa, di-

rigente de la patronal de la construcción grancanaria, había sido el primer empresario con peso en Las Palmas, capaz de manifestar de forma pública su vocación *nacionalista*. Sosa había jugado desde tiempos pretéritos un extraño papel de muñidor del nacionalismo en Gran Canaria: no en vano fue en los despachos de la Federación de la Construcción dónde se inventó aquel partido tan coqueto pero tan poco práctico que resultó ser Aigranc, cuyo secretario general, Jorge Rodríguez, compartía sus funciones con las de secretario general de la federación inmobiliaria. Las malas lenguas aseguran que Sosa, amigo personal de Manuel Hermoso, es desde hace años el hombre de AIC en el mundo de la empresa en Las Palmas. Pero él lo había negado siempre, sin renegar por ello de su ideología nacionalista o de sus *amistades peligrosas*.

Sosa había invitado a su casa a Paco Araña, a Francisco González, a Oscar Bautista y a Domingo Mendoza. En torno a su mesa, los ediles más cotizados de Gran Canaria se encontraron con Fonfín Chacón, Martín Paredes, José Emilio García Gómez, Pedrero, José Miguel González y el ático Paulino Rivero, alcalde del municipio tinerfeño de El Sauzal, y uno de los *hombres fuertes* de ATI. No se trataba, desde luego, del primer encuentro de las AIC con los alcaldes de IGC en aquellos largos meses de fintas y refintas, en los que el CDS había venido jurando que tenía a los alcaldes en el bolsillo para descubrir luego que lo que tenía en el bolsillo era sólo un descosido.

Meses y más meses de negociaciones y la historia se les fue al garete por una cuestión de desconfianza: durante las negociaciones, el CDS exigió para Olarte la capacidad de hacer las listas, y las AIC aceptaron, pero con la condición de que quedara claro desde el principio el tercer puesto en el Parlamento para Pedrero. Los del CDS dijeron que sí, que de acuerdo, pero que no firmaban nada, y los negociadores de AIC pensaron que Olarte quería dejarles con el trasero al aire colocando en el último momento a Suárez Gil en lugar reservado a Pedrero. Entonces se rompieron las negociaciones<sup>(3)</sup>.

A partir de ese momento, las AIC iniciaron una maniobra envolvente que dejó al CDS con la boca abierta: se dedicaron a montar una tenaza hacia los alcaldes y para cerrarla contaron con el decidido apoyo de Paco Araña, enfadado con Olarte por haberle vetado en las listas regionales. Pero también contaron con los empresarios. Y les salió bien. Tan bien que el encuentro que había de sellar definitivamente el acuerdo entre los alcaldes de IGC y las Agrupaciones Independientes se firmó en casa de uno de los dirigentes más significados de la Confederación.

Eso no significaba, a pesar de los esfuerzos de AIC por hacer creer lo contrario, que la Confederación Empresarial en bloque estuviese dispuesta a apostar por las AIC.

Pero lo cierto es que la *operación alcaldes* del CDS se había quedado en una operación a secas y con el muerto encima de la mesa del quirófano. Mala cosa para el CDS, que había hecho de la captación de los alcaldes el objetivo fundamental de la campaña. Y peor todavía para ese invento del *centro canario*, al que Olarte se refirió doce veces en su discurso de clausura en el Congreso del CDS. Con la ruptura de negociaciones, lo del *centro canario* se había quedado sólo en palabras. Mientras él esperaba arrastrar a los alcaldes independientes de Gran Canaria, para asegurarse con esos 15.000 votos el quinto diputado en su circunscripción, un profundo cambio se estaba produciendo en todas las islas -menos en la de Gran Canaria- en el electorado centrista: el proyecto nacionalista de las AIC estaba cuajando en La Palma, en Tenerife, en Lanzarote, en Fuerteventura, y avanzaba posiciones en La Gomera. En El Hierro, la AHI de Tomás Padrón garantizaba la vertebración del proyecto de federación nacionalista. Una federación decidida a crecer a costa de un CDS ausente de liderazgo nacional y en franco declive en todo el país.

Olarte no creyó que el golpe iba a ser tan fuerte hasta que no pudo evitar darse cuenta la misma noche de las elecciones, cuando los ordenadores del Parque Cultural

Viera y Clavijo, sede oficial del recuento en Santa Cruz de Tenerife, comenzaron a escupir uno detrás de otro los datos de la derrota del CDS.

---

<sup>(1)</sup>y <sup>(3)</sup> Reitero que nunca solicité derecho a veto sobre los candidatos.

<sup>(2)</sup> Jamás hice tales afirmaciones sobre Francisco Araña del Toro. Es cierto que se habló sobre él en esa reunión, pero no que yo dijera lo que el autor me atribuye.

---

## 6 El comienzo de la ruptura

---

Había rumores incluso desde días atrás: como un run-run de ida y vuelta, escuchándose en los mentideros de la Corte. Rumores sobre un supuesto enfriamiento de las relaciones entre Adolfo Suárez y Lorenzo Olarte, su principal reserva de votos. En Canarias, la primera clave del desentendimiento llegó con una grabación accidental, casi al final mismo de la campaña electoral. El 23 de mayo, el Duque había ofrecido una rueda de prensa en un hotel del Médano, en el sur de Tenerife, antes de partir para un acto en Gran Canaria. Las gentes de la tele acudieron a grabar las declaraciones, siguiendo instrucciones directas de Juan de la Cruz.

Suárez habló para los periodistas: volvió a repetir por enésima vez, con la fe del carretero, su confianza en el proyecto del centro, e insistió nuevamente en que él no estaba solo. No lo estaría, pero ni siquiera Olarte se había molestado en aparecer por allí para hacerle compañía. El Presidente del Gobierno había preferido mandar a Vicente Álvarez Pedreira para que recibiera en el aeropuerto Reina Sofía a su viejo compañero de travesía del desierto. Olarte se quedó en San Bernardo, preparando el mitin de la tarde en Santa Lucía. No siguió las declaraciones de Adolfo Suárez por la radio. De todas formas

no habría podido escuchar lo que sucedió cuando los periodistas dejaron de hacerle preguntas al Duque y se apagaron los focos de la televisión. Fue entonces cuando Suárez cruzó un par de frases con Vicente Álvarez, cabeza de lista por la circunscripción de Tenerife. Lo hizo en la confianza de que nadie le estaba escuchando, pero no todo el mundo había apagado los casetes y las palabras del Duque quedaron grabadas: "Vicente... ¿Es verdad lo de Lorenzo?", preguntó. La respuesta de Álvarez Pedreira, alejado del micrófono abierto, no llega a escucharse en la grabación. Pero sí una reflexión final de Suárez ante la respuesta: "Lorenzo me lo está poniendo muy difícil Vicente, muy difícil..."

Era cierto. Lorenzo Olarte se lo estaba poniendo realmente difícil a su jefe de filas desde que, con el comienzo de la campaña electoral, decidió no seguir la única recomendación de campaña emanada de la dirección nacional del CDS. Precisamente aquella que pedía a los suaristas *de provincias* no pronunciarse en contra de ningún acuerdo postelectoral, y especialmente en contra de ningún acuerdo con el PSOE.

Olarte basó su campaña justo en el mensaje contrario: Repitió una y otra vez ante los electores aquella pregunta malévola que ya se había hecho en público delante de José Ramón Caso para que el secretario general del CDS se la trasladara a Suárez: "¿Es que alguien puede creer que en el CDS de Canarias estamos trabajando para Saavedra?". A juzgar por la campaña del CDS en las islas, una campaña absolutamente presidencialista basada en la figura de Olarte, estaba claro que no. Y por si a alguien le quedaran dudas, Olarte no tuvo el menor recato en asegurar durante los quince días que duró la juega preelectoral, en mítines y encuentros con la prensa, que Jerónimo Saavedra no sería nunca presidente con sus votos.

Para Suárez, convencido aún y a pesar de los sondeos de que el CDS sería la llave de las grandes comunidades y ayuntamientos, las declaraciones de Olarte eran algo más que un fastidio. Uno de los objetivos del CDS



era poder colocar en la almoneda de los pactos con el PSOE, la fuerza del centrismo en Canarias, como garantía de la hipoteca. No es que Suárez y Caso hubieran pensado en entregar por nada la cabeza de su principal líder en activo, Lorenzo Olarte. Pero esa cabeza, sustituible en Canarias por la de Jerónimo Saavedra, era uno de los ases en la manga que Adolfo Suárez guardaba para las negociaciones por la alcaldía de Madrid, en las que el CDS quería basar toda su política de pactos y acuerdos en el conjunto del país.

La sospechosa retirada de Agustín Rodríguez Sahagún había colocado al CDS en unas pésimas condiciones para afrontar el reto de las elecciones en la capital de España. Aún así, el sueño de los estrategas del centro era lograr obtener en Madrid los tres o cuatro concejales suficientes para garantizarle la alcaldía-totem a Juan Barranco. Si el CDS se convertía en la llave para la cerradura de Madrid, eso serviría para lograr a partir de ahí una importante presencia centrista (al lado del PSOE) en la mayor cantidad de municipios posibles, adelantando un paso más el proceso de satelización del CDS que permitiera mantener vivo el proyecto de centro, al menos hasta las próximas elecciones legislativas. Después de esas elecciones, según pensaban Suárez y Caso, el centro lograría, por poca que fuera su representación en el Congreso de los Diputados, convertirse en la bisagra necesaria para apoyar una nueva legislatura de Felipe González. Y eso lo iban a vender muy caro, incluyendo en el precio las deudas contraídas por el CDS en los últimos años. Esa era la operación pensada por el Duque<sup>(1)</sup>.

Para ir montando esa operación de desguace era para lo que Adolfo Suárez necesitaba a Lorenzo Olarte, o al menos su silencio y su docilidad en las negociaciones posteriores a las elecciones regionales. Pero Olarte, claro, no estaba en absoluto por esa labor. Para demostrar su independencia de la dirección nacional había montado el domingo 19 un gran mitin central de campaña en el Estadio Insular de Las Palmas, al que no fue siquiera

invitado Adolfo Suárez, y que se convirtió por obra y gracia de la infraestructura de partido del CDS grancañario en la mayor concentración de masas de toda la campaña. Y es que Olarte había decidido poner toda la carne en el asador de ese acto, que se celebraba unos días antes del que había de contar con la asistencia de Suárez ante los aparceros de Santa Lucía. Lo hizo así, al margen de Suárez, para demostrar que en Gran Canaria el CDS era él, Olarte: él y nada más que él.

La noche de las elecciones los primeros resultados confirmarían a Olarte esa certeza. Confirmarían el mantenimiento del CDS en Gran Canaria y su cataclismo en todo el país. Pero también confirmarían algo todavía más importante para el futuro político del dirigente centrista. Durante los últimos meses de la legislatura, había considerado imposible su continuidad como Presidente al frente del Gobierno, y esa noche, mientras los ordenadores comenzaban a ofrecer las primeras proyecciones matemáticas de resultados, los primeros datos de la cuenta del fracaso del CDS nacional, supo que aún le quedaba algún cartucho por quemar. El primer indicio lo recibió del conductor de su coche oficial, nada más llegar a Los Rodeos en vuelo desde Las Palmas, a eso de las siete y media de la tarde. Cuando el chofer le explicó que las emisoras de radio nacionales estaban ya dando resultados de sus sondeos, sin respetar la diferencia horaria con Canarias, Olarte primero se indignó, pero luego puso atento oído a los datos. Los resultados cantaban a gritos la derrota del CDS en todo el país, comunidad por comunidad, pueblo por pueblo. Entonces llamó a su mujer María Lecuona, desde el teléfono privado de su coche, y le dijo que volvería a ser Presidente: “ahora es cuando puede ser. Antes no, pero ahora sí.”

Un par de horas más tarde, ya en el Parque Viera y Clavijo, un viejo colegio de las monjas Asuncionistas, convertido en parque cultural por Manuel Hermoso y utilizado la noche de las elecciones como sede del recuento, Olarte retrasó su comparecencia hasta que se

produjo la intervención de Adolfo Suárez ante las pantallas de televisión anunciando su dimisión como presidente del CDS.

Poco después, Olarte se presentó por primera vez esa noche ante los medios de comunicación, para adelantar el triunfo de las AIC y del PSOE, y asegurar con una impresionante mezcla de cinismo y frialdad que estaba decidido a iniciar conversaciones para presidir el Gobierno de Canarias. Le preguntaron si había sabido -antes de que Suárez lo anunciara por televisión- que el Duque iba a dimitir: “Si, me llamaron de Madrid”, dijo. Y era cierto que le habían llamado desde Madrid. Pero no había sido el Duque <sup>(2)</sup>. Fue José Ramón Caso quien habló con él para decirle que Suárez había decidido retirarse. Cuando colgó el teléfono tras la conversación con Caso, miró durante unos segundos a Guillermo Aguado, presente en el despacho donde se produjo la conversación telefónica: “Me lo está poniendo a huevo. A huevo”, dijo. Luego conectó la televisión para escuchar la rueda de prensa de Suárez.

Vio a un Adolfo Suárez muy diferente del que él había conocido, incluso en los peores momentos de la travesía del desierto: aquella noche, acompañado del fiel Caso, Adolfo Suárez ofrecía la imagen precisa de un hombre desbordado por los acontecimientos y aferrado a la dimisión como única posibilidad de salvar dignamente el tipo tras unos resultados que barrían al CDS del mapa político nacional. Cuando le escuchó afirmar su retirada inmediata de la dirección del partido, sin esperar siquiera la celebración de un Congreso Extraordinario, Olarte masculló sólo un par de frases: “Nos está pidiendo que le dejemos solo. Es el sálvese quien pueda”. Cuando el Duque terminó su intervención, Olarte volvió a hacerle un comentario a Guillermo Aguado: “¿Has visto? Ni siquiera se ha referido a los resultados en Canarias...”

Después de eso pidió el último avance de resultados, preparado por una empresa especializada que, por encargo del Gobierno de Canarias, se había hecho cargo de la proyección de los datos de recuento. Estudió los da-

tos durante casi media hora y habló al menos en dos ocasiones con su gente de Las Palmas, refugiados en el chalé de Juan de Quesada. Luego se encaminó hacia el salón de conferencias del Viera y Clavijo.

---

(1) Esto fue tan así, que durante la campaña electoral, y en tierras de Castilla, Benegas, secretario de organización del PSOE, llegó incluso a decir que España necesitaba al CDS, y que quienes no votaran al Partido Socialista tenían que votar centrista. No se si lo hizo con esa intención, pero su comentario perjudicó enormemente al CDS.

(2) Calculé bien la respuesta, para no mentir, y al tiempo no reconocer en aquellos momentos que Suárez no se había puesto en contacto conmigo antes de anunciar su decisión. Creo recordar que lo que dije exactamente fue: "Recibí una llamada de Madrid". Los periodistas interpretaron que había sido una llamada de Adolfo Suárez.

Estaban sentados frente al televisor. Ya habían escuchado los primeros datos de las encuestas, y aún hacían cábalas, pendientes de los resultados canarios, escuchando atentamente al gobernador civil de Las Palmas, Anastasio Travieso<sup>(1)</sup>. Y entonces apareció Suárez, encerrado mismamente dentro de un tubo catódico, como en las grandes ocasiones, y les rompió el corazón a todos. Se iba. Y a ellos les tocaba quedarse ahora con la empresa montada y los clientes a la puerta, pero sin producto alguno que ofrecer. Unos minutos después de que Suárez terminara, cuando aún no se habían recuperado del susto, un despistado se acercó a preguntar al grupo cuando iba a empezar a tocar *La Sonora Tropical*, que habían contratado para amenizar la juerga de la noche electoral en la sede de Juan de Quesada. “Ahora no, ahora no, no es momento de bailes”, le dijeron.

Sin embargo, el baile había comenzado ya. Primero fue el baile de los votos. Los votos que en todas las circunscripciones, excepto en Gran Canaria y La Gomera, habían abandonado al CDS para instalarse cómodamente en las filas de AIC, dejando al centrismo reducido a una percha para el traje que Lorenzo Olarte se había empeñado en vestir hasta el final. Muy fuerte.

Y tras ese primer baile, el otro. El baile agarrado de los pactos. Julio Bonis, José Vicente León y Luis Hernández se encerraron detrás de la puerta del despacho de Lorenzo Olarte, en la planta baja del chalé, para hablar con el Presidente en Tenerife y solicitar instrucciones.

Olarte les pidió calma: “Hay que esperar hasta que los datos sean oficiales. El Gobierno puede depender de uno o dos diputados. No vamos a salir tan mal como parece <sup>(2)</sup>”, les dijo. Y en eso acertó. A lo largo de la larga noche, los primeros datos facilitados por Olarte atribuyendo al CDS seis diputados (incluyendo entre ellos al herreño), fueron mejorando hasta los siete definitivos, dejando al herreño Juan Padrón en sus propias cuentas, de las que Olarte lo había sacado para dulcificar el amargo sabor de una derrota más grande de la esperada. Cuando tuvo los datos más o menos definitivos, a eso de las tres de la madrugada, Olarte haría una llamada telefónica a Fuerteventura, para localizar al presidente del Cabildo majorero, José Juan Herrera Velázquez. Esa fue su primera gestión para tantear la posibilidad de reeditar el pacto de centroderecha.

Esa misma noche, un par de horas después de la primera comparecencia olartiana ante los medios de comunicación, en el sótano de la sede de recuento montada por ATI en unos bajos de la calle Miraflores, en plena *zona de tolerancia* de la capital chicharrera, los áticos celebraban su victoria. Habían logrado mantenerse en el Cabildo y en la circunscripción de Tenerife, y eso empañaba una cierta y evidente melancolía por la caída de cinco concejales en Santa Cruz, que ellos habían calculado en sus previsiones como mucho menor. A lo largo de la noche habían ido apareciendo por la sede Elfidio Alonso, Manuel Hermoso, Paco Ucelay, Toni Bello, cuñado de Olarte y concejal santacrucero, los alcaldes, sus mujeres, todos los concejales y consejeros del Cabildo, José Miguel González, Miguel Zerolo, el diputado Luis Mardones... el ambiente era de absoluta fiesta. Sólo José Emilio García Gómez, parecía serio: “Si pasamos los dieciséis diputados nos quedamos fuera del Gobierno”, decía, precisamente mientras las pantallas de televisión adjudicaban diecise-

te a las AIC. Era la mismo que había venido comentando desde semanas antes. José Emilio sólo estuvo un rato en la sede. Luego se esfumó sin decir adiós siquiera.

Sentados todo los demás en una suerte de saloncito reservado a los dirigentes y al personal que se encargaba del recuento, montado en un sótano con el acceso protegido por un par de fornidos afiliados, frente al televisor se dedicaban a piroppear a la dirección de Televisión Española en Canarias. Se quejaban de la ausencia de intervenciones de dirigentes de las AIC y del monopolio socialista en las ondas oficiales, pero aún así no levantaban la vista de un monitor Melvox que les servía de televisor. Cada vez que salía Jerónimo Saavedra en pantalla -y eran muchas- las chanzas iban subiendo de tono. A juzgar por los comentarios, no parecía la plana mayor ática muy dispuesta a un entendimiento con el PSOE. Cuando Olarte apareció nuevamente en pantalla para leer las últimas proyecciones, fue Victoriano Ríos quien pronunció la que habría de convertirse en la frase profética de la noche: "Olarte es capaz hasta de ganar con nuestros diputados", dijo. Se refería el presidente del Parlamento al segundo diputado de la lista CDS-AIC en La Gomera, que durante un rato estuvo bailando en las pantallas de los ordenadores para acabar siendo adjudicado definitivamente al PSOE. Pero hasta que los resultados comenzaron a hacerse firmes, aquél segundo diputado que Olarte se apuntaba, tampoco era de él, era de las AIC, merced al único acuerdo de la *operación centro* que había llegado a cuajar. Un alcalde de pueblo que andaba cerca del presidente Ríos, con su güisqui en la mano y una sonrisa de oreja a oreja ante los resultados en su ciudad, le replicó: "No digas eso ni en coña. No vaya a ser que se convierta en cierto". Ambos se rieron. Pero se habrían reído menos si hubieran sabido que Olarte estaba ya haciendo cálculos para la integración de sus parques efectivos en las AIC. Se habrían reído menos si hubieran visto como Olarte contaba ya con los votos áticos para intentar volver a la Presidencia de la mano de Hermoso, que esa misma noche le invitó formalmente desde la televisión a integrarse en la coalición nacionalista. Se habrían reído menos,

en fin, si hubieran visto a su alcalde en aquél preciso momento: con las estadísticas de Luis Suárez, el sociólogo de ATI, a las dos y media de la mañana, Hermoso estaba sumando diputados para calcular las posibilidades de reeditar un pacto de centroderecha. Le salía el treinta a treinta. Apoyado en una columna de otra de las habitaciones del sótano, mientras en la planta alta de la sede de recuento las gentes manteaban a Adán Martín al grito de “¿Presidente, presidente!”, Hermoso contaba los diputados y hacía la primera quiniela. Se detuvo un segundo ante los datos de Asamblea Majorera que aseguraban ya los dos diputados para los insularistas de izquierda en Fuerteventura. Sumó nuevamente las dos columnas y el empate quedó roto. Ahora eran veintiocho a treinta y dos. Entonces se volvió y preguntó los nombres de los majoreros electos. Cuando le dijeron que eran Miguel Cabrera y Tomás Chocho, Hermoso hizo por tachar uno de los diputados de su segunda suma. Pero se contuvo. Luego volvió a preguntar: “Y ese tal Chocho... ¿Quién es ese?”. Nadie supo contestarle.

Mientras tanto, en la sede del PSOE, instalada en el pub A Bordo, frente al muelle de Ribera de Santa Cruz, el ambiente no era demasiado festivo. Las primeras noticias que llegaron no resultaban especialmente buenas. Las mesas electorales que entregaron antes sus actas, habían sido como siempre las de Santa Cruz y La Laguna, y las proyecciones de esas mesas -especialmente en las candidaturas al Cabildo- resultaban singularmente favorables a las AIC. En un momento de la noche, las pantallas daban ocho consejeros en el Cabildo de Tenerife, cinco diputados al Parlamento y sólo cinco concejales en el Ayuntamiento de Santa Cruz. Fue en ese momento cuando Santiago Pérez, candidato al Cabildo, se fue a su casa.

Volvería un par de horas más tarde, cuando las cifras se habían equilibrado también en la sede del PSOE en el treinta a treinta fatídico. En el Cabildo, la candidatura de Santiago Pérez había remontado el colapso y alcanzaba los diez consejeros, situándose exactamente en las cifras del año 87. Santa Cruz contaba con un sexto concejal socialista, pero ese no era precisamente motivo de ale-



gría: el frustrado candidato a alcalde, Francisco Medina, no había logrado atraer más que a uno de los cinco concejales que perdió ATI en el Ayuntamiento. Medina, a pesar del tirón general del PSOE tinerfeño, a pesar del sexto diputado al Parlamento, conseguido gracias al derrumbe del CDS, no había logrado superar el listón mínimo que él mismo se había impuesto.

Aún así, alardeaba ante los periodistas de haber derrotado a Manuel Hermoso: “Hemos conseguido un descenso espectacular de ATI en su feudo natural. Hermoso se ha pegado un batacazo en su propio ayuntamiento.” Y añadía: “Ahora soy el líder de la oposición en el Ayuntamiento. Tengo once concejales detrás de mí”. José Juan Rodríguez, secretario de organización de la ejecutiva regional y coordinador de la campaña, era más cauto en sus apreciaciones sobre el retroceso municipal de ATI en Santa Cruz. Se refirió al descenso de Hermoso y a la *apertura* del Ayuntamiento a nuevas fórmulas de oposición “más representativas, más europeas”, dijo.

Juan Alberto Martín, rodeado por tres corresponsales grancanarios, Carmen Ruano, del Diario de Las Palmas, Salvador Lachica, de La Provincia, y Carmen Merino, de Canarias 7, hacía sus cuentas, flanqueado por Francisco Medina: “Como se vería un *pacto de limpieza* en la prensa?”, preguntó. “¿Y eso que es?”, le replicaron a coro los periodistas. Y Juan Alberto: “Sería un acuerdo entre nosotros, el Partido Popular e ICAN. Un acuerdo por la decencia que devolviera el prestigio a las instituciones”. Uno de los periodistas contestó: “Ese es el pacto más difícil de tragar. ¿No lo estarás diciendo en serio...?”

Juan Alberto no contestó. Lo hizo por él el propio Francisco Medina: “Por si las moscas, yo voy a invitar a Fufú a comer mañana”. Eso dijo.

Empezaba el baile.

---

(1) Travieso hablaba como Delegado del Gobierno

(2) Lo dije en condicional. Lo que dije fue “puede que no salgamos tan mal como parece”.

A las seis de la mañana del lunes, no quedaba ya nadie en las sedes de recuento. Apenas un par de borrachitos que habían acudido a Miraflores a beber gratis alguna cerveza en la *barra libre* montada por los afiliados de ATI. A esas horas, uno de los borrachos, apoyado en un container de basura, con un cartón abierto de don Simón en la mano, canturreaba “Viva don Manuel Hermoso, viva el alcalde”. Lo decía como repitiendo las alegrías de la noche, pero el no estaba alegre en absoluto. Más bien parecía amargado. Era la imagen adelantada de una premonición: la de la resaca de la victoria.

Unas horas después, esa misma mañana, Lorenzo Olarte y Manuel Hermoso hablaron por teléfono. Hermoso le preguntó a Olarte si había escuchado sus declaraciones pidiéndole que se integrara en las AIC, retransmitidas por la televisión y por todas las radios. Olarte le contestó que sí, que las había escuchado y que le agradecía “enormemente” las formas corteses y caballerosas con la que Hermoso había reaccionado ante el bajón del CDS.

“Te reitero nuevamente lo que te dije por televisión”, insistió Hermoso, “tu eres un político necesario para Canarias, y ésta puede ser la oportunidad que todos andábamos buscando”. (Se refería a la dimisión de Suárez).

Olarte agradeció nuevamente los cumplidos y ambos charlaron un rato sobre la necesidad de replantear un pacto de centroderecha. Hermoso volvió a insistir en el *pase* de Olarte a las AIC: “Con nosotros podrías seguir en la Presidencia”, le dijo<sup>(1)</sup>. Sabía que esas eran precisamente las palabras que Olarte estaba esperando<sup>(2)</sup>.

En los días previos a las elecciones, las AIC habían barajado la posibilidad de contar con un grupo fuerte en el Parlamento. Un grupo que podría estar integrado hasta por dieciséis o diecisiete diputados. Para Hermoso lo más importante era contar dentro de ese grupo con Rafael Pedreo, el primer diputado de AIC en Gran Canaria. En esa tesitura, Hermoso había preparado una estrategia *calcada* de la utilizada por el PNV para convertir a Ardanza en lehendakari. La estrategia era llegar a un acuerdo con el PSOE y absorber al CDS desde las AIC, o barrerlo del mapa. Ese acuerdo debería contar con un presidente de las Agrupaciones Independientes. De las AIC, no del CDS. Acostumbrados a ganar siempre, la gente de Hermoso y el propio alcalde creían que ya había llegado la hora de sentar a un independiente en San Bernardo y demostrar a toda la región que las AIC eran algo más que la plasmación política del resentimiento tinerfeño. Desde el principio, y a pesar de los discursos y las palabras, Hermoso conocía perfectamente la dificultad de convertirse él mismo en presidente del Gobierno de Canarias, y más en una legislatura como la del 91, en la que la Presidencia del Gobierno radicaría en Las Palmas. Problemas familiares y empresariales retenían al alcalde en Tenerife: tanto su mujer como los restantes miembros de su familia querían ver a Manuel Hermoso dedicarse de una vez por todas a su trabajo al frente de MAHER, una empresa en la que la crisis turística y un cuidadoso boicot económico dirigido desde el socialismo de Adeje, habían hecho considerable mella. Hermoso no estaba todavía en la ruina absoluta, a pesar de la quiebra de Isla Verde, una de las empresas cercanas a su grupo. Pero su dedicación preferente a la cosa pública le estaba acercando peligrosamente a una situación crítica. La enfermedad de su hijo Jorge, que le

había tenido viajando desde Pamplona a Estados Unidos durante varios meses, abriendo una profunda tragedia familiar, tampoco favorecía precisamente el que pudiera considerarse el candidato más idóneo de su partido para asumir nuevas responsabilidades en un territorio considerado hostil, como Las Palmas. Había estado incluso a punto de tirar la toalla en Santa Cruz, y sólo se contuvo porque le obligaron los amigos de ATI.

Por todo eso, en las AIC habían diseñado un mecanismo para poder  *aupar* a la presidencia regional al secretario general del partido, Adán Martín, presidente del Cabildo de Tenerife y uno de los políticos más carismáticos y con más futuro de toda la isla. Adán Martín, poco amigo de conjuras y secretismos, había aceptado a regañadientes el diseño de operación montado por Hermoso y García Gómez, consistente en colocarlo de número diez en las candidaturas al Parlamento, de tal forma que si llegara el momento, un par de dimisiones de los candidatos electos hiciera correr la lista, permitiendo que Adán se convirtiera en diputado. El propio Hermoso era uno de los que se retirarían del Parlamento -y quizá hasta del Ayuntamiento- para asumir el papel de un Arzallus chicharrero liderando el proyecto sin responsabilidades institucionales. Una vez logrado eso, sin que Hermoso fuera un obstáculo, la candidatura de Adán Martín a la Presidencia por las AIC sería  *im- puesta*  al PSOE como única posibilidad de un acuerdo de centroizquierda, por el que la mayoría de las gentes de AIC, y especialmente el sector nacionalista, apostaban decididamente. La operación, mantenida en riguroso secreto hasta un par de días antes de las elecciones, cuando comenzaron a circular algunos rumores sobre ella, se basaba en la certeza de ATI de obtener la mayoría absoluta en el Cabildo de Tenerife, lo que permitiría a Adán ceder los trastos de matar a su segundo en el Cabildo, José Carlos Francisco.

La noche del recuento, cuando las proyecciones de datos reflejaban una holgada mayoría de quince consejeros en el Cabildo de Tenerife y los afiliados manteaban a Adán Martín al grito de ¡Presidente, Presidente!, algunos

sabían que la presidencia a la que se estaban refiriendo, no era precisamente la de la corporación insular. Pero aquella misma noche, cuando los quince y dieciséis consejeros se convirtieron en sólo trece, justo a uno de la mayoría, cuando quedó demostrado que Rafael Pedrero no conseguiría su acta de diputado en Gran Canaria y que las AIC volvían a tropezar con el mismo muro de siempre, tanto Adán Martín como Manuel Hermoso supieron de sobra que la operación *Ardanza* no podría repetirse en las islas. Faltaban para poder hacerlo dos cosas: presencia de AIC en la isla redonda y un candidato a Presidente que no fuera frontalmente rechazado por Las Palmas. Fue entonces cuando Manuel Hermoso hizo la oferta pública a Olarte para que se integrara en las AIC, y también cuando empezó a barajar seriamente la posibilidad de convertirle de nuevo en presidente del Gobierno.

Por eso, en la conversación que tuvo con Olarte, se lo dijo claramente: “Puedes volver a ser presidente, pero tienes que serlo como miembro de las AIC”.

Cuando terminó de hablar con Hermoso, Olarte llamó a su amigo Blas Rosales. Rosales, uno de los canarios más influyentes en la dirección nacional del renovado PP, y al tiempo un personaje muy próximos a Olarte, salía ese mismo día para Madrid y debía convertirse en el mensajero de una buena nueva para Aznar y Alvarez Cascos: a pesar del nulo crecimiento del Partido Popular en las islas, los resultados de las elecciones podían permitir que la estabilidad del Gobierno regional pivotara sobre un acuerdo con el PP. Pero para que el PP formara nuevamente parte del Gobierno, era necesario neutralizar a Fernando Fernández, que sólo unas horas antes ya había comentado -de momento sólo en privado- la posibilidad de un *pacto de limpieza* del Partido Popular y el PSOE, que excluyera a las Agrupaciones Independientes y al CDS. Rumores muy fuertes, propalados fundamentalmente por Juan Alberto Martín tras una conversación de urgencia esa misma mañana con Fernando Fernández, aseguraban ya que el Partido Popular podría abstenerse en la investidura de Jerónimo Saavedra, si esa investidura no llegaba a contar con el apo-

yo de los herreños, que habían vuelto a convertirse, junto a los majoreiros de AM en la dovela del arco parlamentario. Si el acuerdo de centroizquierda entre el PSOE e ICAN, con el apoyo herreño, no llegaba a cuajar, tanto Juan Alberto Martín como Fernando Fernández tenían otro pacto posible como repuesto.

Ese pacto, que en medios periodísticos y políticos se definía más bien como *pacto de la Venganza*, había sido acariciado por Fernando Fernández desde que, tras perder la cuestión de confianza de noviembre del 88, intentó llegar a un acuerdo con el PSOE para continuar siendo presidente del Gobierno. Fernández había reiterado durante la campaña electoral su intención de apoyar un pacto de centroderecha, pero un pacto liderado por el PP. Con los resultados electorales, ese liderazgo -y el suyo propio entre los populares- había quedado totalmente en entredicho. Puestos a impedir la continuidad de Hermoso y de Olarte, sus dos enemigos de siempre, cualquier fórmula podía resultar válida. Y entre ellas, la misma que su paisano el palmero Juan Alberto Martín había aventurado casi al mismo tiempo que él la noche antes: “un pacto de decencia para limpiar Canarias de especuladores y golfos”.

Para adelantarse a cualquier movimiento de Fernández en ese sentido, Lorenzo Olarte envió con Blas Rosales su recado a Madrid, y le permitió llevarse una zanahoria en la faltriquera, como demostración de su buena fe: esa zanahoria era la cabeza de Luis Hipólito Hernández<sup>(3)</sup>, alcalde socialista de Arucas y consejero de la Caja Insular de Ahorros, que había quedado rozando la mayoría en su pueblo. El CDS, con sólo un concejal, se había convertido en la llave de la nueva mayoría, que podría llegar a incluir al Partido Popular. Luis Hipólito, maestro de profesión y uno de los hombres más activos del Consejo de Administración de la Caja Insular había cometido el pecado de llevar a un tráfuga del CDS en sus candidaturas, y Olarte había advertido que el CDS no pactaría con ningún partido que hubiera aceptado tráfugas centristas, aún cuando el propio CDS, en Tenerife, había roto esa consigna estatutaria integrando al ex popular y ex

ático Antonio Daroca en sus listas al Cabildo.

Lo cierto es que el asunto de los tránsfugas era lo de menos: Olarte pensaba cobrarse en la cabeza de Luis Hipólito alguna de las muchas trastadas que Juan Francisco García y las gentes de la Caja Insular le habían hecho durante los últimos años, especialmente desde las páginas del Canarias 7: “Luis Hipólito no será alcalde mientras yo mande algo en el CDS”, le había dicho a Blas Rosales <sup>(4)</sup>. Y Blas Rosales partió hacia Madrid con la cabeza del Bautista como presente olartiano de buena voluntad.

---

<sup>(1)</sup> Es cierto que hable con Manuel Hermoso y que me ofreció integrarme en AIC. A su oferta yo conteste que no estaba dispuesto a continuar siendo Presidente del Gobierno a costa de integrarme en las AIC, realizando tras las elecciones un acto de transfuguismo moralmente inaceptable.

<sup>(2)</sup> Quizá Hermoso *creyera* que ese era el ofrecimiento que yo estaba esperando, pero no podía *saberlo*. Fundamentalmente porque no era así.

<sup>(3)</sup> Luis Hipólito era también vicepresidente del Cabildo grancanario y uno de los hombres de confianza de Carmelo Artilles o, lo que es lo mismo, nada simpático a ojos de Saavedra.

<sup>(4)</sup> Blas Rosales, nacido en Arucas y aruquense por los cuatro costados, como toda su familia, estaba realmente encantado con la idea, aunque al final se confirmara a costa de colocar a un hombre de ICAN en la alcaldía, como ocurrió efectivamente.

---

## 9

## Marcando posiciones

---

---

Hermoso y Adán Martín pasaron la tarde juntos, encerrados en la alcaldía, tras dar instrucciones a la secretaria, para que no les pasara llamadas telefónicas. Estuvieron analizando la situación postelectoral en Tenerife, sobre la base de unos datos preparados por el gabinete de Prensa del Cabildo. Fue entonces cuando decidieron que los pactos había que comenzar a cerrarlos por abajo, por los ayuntamientos, para enganchar el máximo posible de voluntades: en Santa Cruz no había necesidad de pacto alguno, aún cuando Adán parecía favorable de romper el grupo opositor ofreciendo al Partido Popular o a ICAN alguna delegación de servicios, y evitando así que Francisco Medina pudiera capitalizar *sus* once concejales.

En La Laguna sí era necesario llegar a acuerdos: la posibilidad de cerrar con Pedro González, tras los exiguos resultados del pintor, parecía carecer de interés. Mejor esperar a que se extinguiera por sí mismo. Quedaban ICAN y los populares. Pero negociar con los populares, ya fuera pueblo a pueblo o por arriba, iba a resultar muy difícil con Fernando Fernández entorpeciendo cualquier entendimiento. Esa misma tarde, Hermoso se puso en contacto a través de un amigo madrileño con la dirección nacional del PP, intentando lograr garantías de que Fernán-



dez no sería nombrado representante en las negociaciones. Sin Fernández en las negociaciones, las posibilidades de un acuerdo de centroderecha eran reales. Pero con él dentro, cabildeando con el PSOE, quizá se vieran forzados a apostar por un proyecto distinto -un gobierno nacionalista con los majoreros y la gente de ICAN-, para el que ni Hermoso ni Adán Martín consideraban todavía preparadas a las AIC.

Saavedra, por el contrario, no estuvo el lunes muy ocupado. Apenas un par de conversaciones telefónicas, una de ellas con Hermoso, para quedar para el jueves, Día de Canarias. Por la noche aprovechó y voló a Madrid. El martes tenía una reunión en Ferraz de los secretarios generales de las federaciones socialistas de todo el país, para valorar los resultados electorales. Por la mañana todos ellos habían de encontrarse en un almuerzo con Felipe González en La Moncloa. En medio de la melé organizada por los resultados, y tras dar instrucciones a José Juan Rodríguez para que iniciara tanteos con las AIC, Saavedra retrasó su regreso hasta la mañana del miércoles, para asistir en Madrid a un concierto de Plácido Domingo. Genio y figura.

Jota se la pasó dejando recados a García Gómez en el Ayuntamiento y en el laboratorio, pero no consiguió localizar al *gordo*. Quería hablar con él precisamente porque hacía ya años, durante la crisis de la cuestión de confianza fernandina, lo había tenido de interlocutor en las negociaciones y había logrado familiarizarse con su estilo y su seriedad como negociador. Sabía además que García Gómez, al igual que él mismo, era partidario de un entendimiento entre las AIC y el PSOE. Sin embargo, no lo encontró en ninguno de los cinco o seis teléfonos que guardaba grabados en su agenda electrónica de bolsillo. García Gómez se había tomado el lunes de descanso y había desaparecido de la circulación.

Ante la inutilidad de sus esfuerzos por contactar con nadie importante en AIC, Jota decidió suspender un viaje previsto a Madrid para asistir a los trabajos del Senado. Llamó al grupo parlamentario en la Plaza de la Marina Es-

pañola, para justificar su ausencia y evitar la multa con la que el PSOE castiga religiosamente a sus parlamentarios absentistas. Se la pondrían de todas formas. Aún así, Jota sabía que no era el momento de irse él también a Madrid. Entre otras cosas, tenía que ocuparse del control de las impugnaciones que sabía se iban a presentar en algunas mesas. Pero, sobre todo, estaba pendiente de descifrar si el anuncio realizado por Hermoso de que intentaría llegar a un acuerdo de centroderecha era una finta o un anuncio con base real. Tardó sólo un día en llegar a la conclusión de que Hermoso iba en serio, y de las AIC querían dejar al PSOE fuera.

No llegó a esa conclusión por el análisis de los primeros posicionamientos. En el PSOE intuían que Hermoso tenía que anunciar inmediatamente después de las elecciones su intención de apostar por reeditar un acuerdo de centroderecha: se lo debía a su clientela electoral, con un fuerte peso antisocialista. Pero Jota creía que todo se trataba de una pura escenografía, necesaria para ganar tiempo y justificar ante el público tinerfeño y palmero -básicamente ante ese público- la conveniencia de un acuerdo estable con el principal partido de la región.

Pero los acontecimientos se estaban precipitando: Lorenzo Olarte había comenzado a hacer el mismo lunes algunas declaraciones escoradas radicalmente hacia un inusitado nacionalismo. Esas declaraciones indicaban que las AIC y el CDS podían intentar montar un frente conjunto en las negociaciones, para hacerse con el control de la Presidencia del Gobierno, y Jota, un hombre del PSOE por encima de todo, pero también un hombre crecido en política a la sombra de Saavedra, comenzó a percibir que las AIC no le entregarían fácilmente la máxima representación regional a su jefe y mentor.

El martes por la tarde, después de pensarlo detenidamente a lo largo de todo el día, hizo las primeras declaraciones oficiales sobre política de pactos: el PSOE, partido al que correspondía la responsabilidad de iniciar las negociaciones para la formación del Gobierno, solamente había recibido una oferta, la de ICAN. Por tanto, la ejecu-

tiva regional que habría de reunirse al día siguiente, aprobaría el inicio de las conversaciones con la izquierda, con vistas a la formación de un Gobierno sustentado en un nuevo Pacto de Progreso. “Si ellos juegan a asustarme con un pacto de centroderecha, yo los asusto con uno de izquierda.”, confesaría después a un amigo de la prensa. “Y que se anden con ojo, porque si las negociaciones con ICAN prosperan, nosotros no vamos a romperlas. Que tengan cuidado”. En sus declaraciones, por si acaso, tuvo la precaución de destacar que no habían recibido oferta alguna “hasta las ocho de la tarde” de ese martes. Era una forma elegante de decir que estaban dispuestos a considerar las que pudieran llegar. Pero no llegaron. No podían llegar: esa misma tarde, mientras Jota se esforzaba en dejar abiertas las puertas a un entendimiento que aún creía posible con las AIC, un miembro de la ejecutiva regional del PSOE llamó por teléfono a una redacción de Las Palmas para filtrar una información destinada a bloquear cualquier posibilidad de negociación con Hermoso y su gente. El filtrador, decidido partidario de un pacto con ICAN y con el apoyo externo del Partido Popular, no dio demasiados datos sobre el asunto, que habría de iniciar una etapa de brutal crispación entre el PSOE y las AIC. El filtrador sí contribuyó, sin embargo, a iniciar la búsqueda de las pistas necesarias: “Circula por ahí el rumor de que se va a decretar el procesamiento de Manuel Hermoso mañana mismo.”, dijo. “Es por su participación en el caso *Floreal*. Investiguen a ver si es cierto”.

Y era cierto. Vaya si lo era.

Cuando Jerónimo Saavedra volvió de su viaje a Madrid, el miércoles por la mañana, la carajera ya estaba organizada. Coincidiendo con la publicación en La Provincia y Diario de Avisos del inminente procesamiento de Hermoso, se había decretado también el secreto del sumario del caso *Floreal*, aunque eso sólo se sabría al día siguiente. Jota habló con Saavedra para ponerle en antecedentes de lo que había ocurrido durante su ausencia. Le comentó sus sospechas sobre la autoría de la filtración, que perjudicaba enormemente cualquier posibilidad de acercamiento entre

el PSOE y las AIC, y le explicó los motivos de su apuesta en la prensa por un pacto de izquierdas: “es la única manera de evitar que nos dejen absolutamente aislados. Podemos pararlo si ATI nos hace una oferta. Pero de momento hemos cogido la iniciativa, y eso es lo único que puede evitar que nos quedemos fuera”. Saavedra sonrió: “Fino olfato político”, le dijo.

Antes de la reunión de la ejecutiva, celebrada en el hotel Santa Catalina de Las Palmas, Juan Alberto Martín mantuvo un encuentro con cuatro representantes de ICAN. Estuvieron presentes José Carlos Mauricio y González Viéitez por ICU, José Mendoza por ACN y Miguel Cabrera por Asamblea. La gente de ICAN le expresaron su disposición a llegar a un acuerdo de Gobierno con el PSOE, siempre que fuera un acuerdo *global* que implicara también negociar la gobernabilidad de las corporaciones locales. Mauricio recordó durante el encuentro que el CDS había planteado la posibilidad de un pacto a tres bandas entre ellos, el propio CDS y el PP, que sacaría al PSOE del Ayuntamiento y del Cabildo grancanario. Lo dejó caer para que Juan Alberto cogiera recortes. Miguel Cabrera, en quien habían convergido todas las miradas por su condición, junto a Tomás Chocho, de potencial bisagra en un pacto de centroderecha, estuvo más bien callado durante el encuentro. Apenas afirmó que él era un socio leal de ICAN y que no rompería la coalición de izquierdas.

La ejecutiva del PSOE, con las informaciones proporcionadas por Juan Alberto Martín, por Jota y por el propio Saavedra, se decantó con un ligero matiz por la propuesta anunciada el día antes a la prensa. En vez de hablar de un pacto de izquierdas, se decidió que se hablaría de un pacto de centroizquierda con ICAN, abierto a “posibles incorporaciones”. Uno de los miembros de la ejecutiva preguntaría medio sorprendido que quien era el centro en el acuerdo con ICAN. Y otro de ellos, absolutamente en serio, le contestó: “¿Quién va a ser? El centro somos nosotros”. Sobre las “posibles incorporaciones”, en los pasillos del Santa Catalina se comentaba abiertamente un supuesto tanteo realizado por mensajeros del PSOE

a José Miguel Suárez Gil, presidente de la patronal de la alimentación en Las Palmas y diputado independiente en las candidaturas del CDS, que habría manifestado su “disposición a colaborar en la investidura de Jerónimo”. Según los *tanteadores* esa disposición de Suárez Gil obedecía a la vinculación del diputado con las empresas de José Sánchez Peñate, a las que en el PSOE se considera favorables a un Gobierno presidido por Saavedra.

Pero en la ejecutiva no sólo se marcaron las posiciones de partida y se nombró a la comisión negociadora que quedó integrada por Jota, Juan Alberto Martín, Tano Navarro, José Segura y Emilio Fresco. En la reunión del Santa Catalina también sucedieron más cosas.

En su primera reunión para abordar la política de pactos, el miércoles 29 de mayo, los socialistas dedicaron una buena parte de su tiempo a analizar el asunto del día: la ejecutiva había tenido conocimiento por la prensa de la filtración sobre el procesamiento de Hermoso. Jota la consideró “un error estúpido” por parte de quien hubiera sido el responsable, y señaló ambiguamente como posibles filtradores a “los que quieren impedir que se produzca un acuerdo entre el PSOE y las AIC”. Nadie se dio especialmente por aludido, aunque Juan Alberto Martín le contestó calificándole de “malévolo”. Entre malévolos y estúpidos andaba sin duda la cosa.

Esa misma tarde, mientras los socialistas despachaban su acuerdo de centroizquierda, con ellos en el centro, la gente de AIC también tuvieron una reunión de su mesa federal. Acudieron al local de la calle Galcerán, frente a la plaza militar de Santa Cruz de Tenerife, los representantes de todos los partidos y agrupaciones federadas en las AIC. Estuvo Antonio Castro, y Fonfín Chacón, y Gregorio Guadalupe, y Victoriano Ríos, y Rafael Pedrero, y Martín Paredes, y Dimas Martín, además de la dirección de ATI.

La reunión de la mesa federal dió poco de sí. Apenas valorar el éxito de las elecciones, reiterar la invitación a Olarte para que se convirtiera en el *hermano grancanario* y refrendar el anuncio de Hermoso de que se intentaría reeditar un pacto de centroderecha. La Mesa Federal dió comienzo a eso de las ocho de la tarde, después de una rueda de prensa ofrecida por Manuel Hermoso, que el alcalde calificaría más tarde como “la más triste de mi vida”.

En ella, Hermoso, visiblemente emocionado y serio, se limitó a leer una declaración escrita sobre su procesamiento por el *caso Floreal*, acusando veladamente a los socialistas de intentar manipular la justicia y de pretender hurtarle en los tribunales lo que las urnas y la voluntad de los ciudadanos le habían confirmado.

La noticia sobre su procesamiento la había recibido el alcalde la misma noche del martes, mientras se encontraba reunido con un grupo de colegas de partido entre los que estaban Adán Martín, Miguel Zerolo y a la que se sumaría rápidamente uno de sus abogados, el letrado Aldo Pérez Duque. Un periodista del Diario de Avisos le había llamado para comentarle la información e intentar obtener unas declaraciones que Hermoso se negó a hacer, al menos hasta que tuviera constancia del asunto.

La noche del martes, tras saber que iba a ser procesado en un par de días, a eso de las once y media, Hermoso abandonó sólo la sede de las AIC en Galcerán y se encaminó hasta la esquina de la plaza Weyler, donde cogió un taxi Peugeot para volver a su casa de Vistabella. El taxista, un hombre joven de unos treinta años, votante de la Agrupación Tinerfeña “desde siempre”, se encontró con un Hermoso absolutamente hundido “que daba la impresión de haber envejecido diez años”.

La postración de Hermoso, que llegó a sobrecoger tanto a Miguel Zerolo como a Adán Martín, no le duraría sino hasta la reunión de la mesa federal del día siguiente. El cansancio y la frustración ante un procesamiento que el alcalde juzgaba como netamente político, habían dado paso en la mente de Hermoso y de sus compañeros de ATI a una indisimulada indignación, dirigida fundamental-

mente al PSOE y en menor medida a “los jueces que le hacen el trabajo sucio a los socialistas”.

Durante las horas previas a la rueda de prensa, en la sede de ATI se intentaron encontrar conexiones, connivencias y amistades entre los instructores del sumario de los 14.000 folios en que se había convertido el *caso Floreal*, y el polémico abogado Francisco Medina, concejal electo de Santa Cruz que había jurado un día acabar con la carrera política del alcalde. En ATI se pasó de la indignación al desvarío: alguien habló de supuestas relaciones entre el juez Valentín Sanz y un hermano de Francisco Medina. Otros comentaban la “excesiva diligencia” de un magistrado que “pretende pasar a la historia como el juez Garzón de Canarias”. El ambiente de crispación había dejado totalmente de lado el motivo principal de la reunión, que tendría que haber sido al análisis de la política de pactos, para centrarse en una crítica muy dura de la actuación del PSOE y una desconfianza generalizada sobre la *independencia* de las diligencias judiciales.

El motivo principal de esa crispación radicaba en que la mayoría de los reunidos consideraban directamente responsable de la filtración a Francisco Medina. Su relación personal y profesional con el abogado de la acusación en el *caso Floreal*, Edmundo González (un hombre histriónico pero sin duda constante con el que el concejal Medina comparte secretaria y gastos en un bufete de abogados de la calle Bethencourt Afonso), habían convertido a Medina en centro de todas las sospechas. Pero no sólo en las AIC.

También en el PSOE, la *oportuna* filtración, ocurrida sólo un día antes de que se hiciera pública la decisión de declarar secreto el sumario, había sido motivo de serias tensiones, y no únicamente en las reuniones de la ejecutiva regional. En una reunión de urgencia del *petit comité* director de la insular tinerfeña, las críticas a Medina fueron muy duras: “inoportuno”, “primadonna”, “loco” e “inconsciente”, fueron algunos de los calificativos manejados en una reunión informal en la que estuvieron presentes Víctor Alamo, Juan Carlos Alemán y Emilio Fresco.



La mañana del miércoles, con la noticia del procesamiento en los kioscos de prensa, Medina se dedicó a llamar a las redacciones jurando que él no tenía nada que ver con la historia. Llegó a cruzar palabras fuertes con al menos dos periodistas a los que acusó de intentar implicarle y enfrentarle con la gente de su partido. A otros les explicó que “algún día, Tenerife me agradecerá el proceso de limpieza que he iniciado”. Con el secretario de Organización del PSOE, José Juan Rodríguez, llegaría a tener una agarrada telefónica que acabó en insultos mayores y menciones a las madres respectivas.

Medina tenía una parte de razón en su enfado, y tenía además motivos para perder los nervios. El no había sido el autor de la filtración. Quizá, y a pesar de haberse convertido desde el primer momento en el centro de todas las sospechas, ni siquiera estuvo directamente vinculado a la misma. Pero en su largo y crispado enfrentamiento con Manuel Hermoso, resultaba el principal beneficiario de una descalificación pública, que además coincidía plenamente con la tesis de un acuerdo de Gobierno que dejara fuera a las AIC, tesis que él había defendido hasta el último momento. Su obsesión por descalificar a sus adversarios en la Casa de los Dragos, le habían producido al menos dos desautorizaciones públicas durante la campaña electoral, y varias reprimendas privadas por parte de la dirección socialista.

El propio Jerónimo Saavedra llegó a censurar en rueda de prensa unas declaraciones en las que Medina había afirmado que ATI tendría que implorar al PSOE para poder participar en el Gobierno que surgiera de las elecciones. Una cuña radiofónica de su particular campaña electoral contra Manuel Hermoso, en la que se acusaba a ATI de intentar desmontar el Puerto de Santa Cruz respondiendo a intereses económicos de sus dirigentes, le había sido retirada por decisión expresa de la coordinación de campaña del PSOE, tras una queja oficiosa de ATI y una gestión personal realizada por Miguel Zerolo ante la dirección del PSOE.

Pero eso no era lo más grave. Lo peor era que tras las elecciones, había quedado además demostrado que Me-

dina era un caballo perdedor que no había logrado tan siquiera aglutinar en torno a la candidatura municipal socialista, el numeroso caudal de votos que habían manifestado su rechazo a la gestión municipal de ATI.

Habiendo fracasado en Santa Cruz, Medina se convertía en un afiliado más de ese curioso sindicato integrado por Fernando Fernández, Juan Alberto Martín y alguno más, decididos a instrumentar el *Pacto de la venganza*, al que eufemísticamente habían denominado *de la limpieza*.

Con esos antecedentes y con la amargura de un procesamiento que consideraban injusto y absurdo, pesando como una losa sobre las negociaciones del Pacto de Gobierno, los dirigentes de AIC no estaban por ofrecer a Medina el beneficio de la duda. En comentarios privados, y en una conversación con uno de los miembros de la ejecutiva socialista tinerfeña más proclives al acuerdo PSOE-AIC, llegaron a plantear que cualquier negociación pasaba por quitar a Medina de la circulación. El propio Adán Martín, tradicionalmente un hombre moderado en sus relaciones personales, plantearía la cuestión con enorme claridad en una conversación nada casual, propiciada expresamente por Leopoldo Cólogan, el activo presidente de ASAGA, durante la clausura de las Jornadas Agrarias organizada por la patronal de los agricultores. Adán Martín le plantearía a Saavedra, pocos días después de iniciarse el conflicto, y durante ese breve encuentro, la necesidad de depurar responsabilidades: “Nosotros, a nuestros *loquitos* nos los quitamos de en medio. En eso somos más serios que ustedes.”

Era el lenguaje del cabreo. Un cabreo sordo y ciego que se había instalado en las gentes de ATI y en el importante sector de la sociedad tinerfeña que les respalda. Un cabreo que partía desde la sede de los independientes en Galcerán, irradiándose hacia todos los puntos de influencia de ATI en la isla. Un cabreo que sólo un par de días más tarde encendería la mecha de una crispación insensata.

La mañana del jueves 30 de mayo, Día de Canarias, la atención estaba centrada en los actos del Parlamento, donde por primera vez tras las elecciones iba a ser posible cazar a la clase política regional en pleno. Victoriano Ríos había forzado la máquina para poder ofrecer como despedida de legislatura y muy posiblemente de su mandato como segundo presidente del Parlamento de Canarias, algunas novedades *parlamentarias*. Primero fue la estatua de Martín Chirino, una espiral de bronce sobre un monolito de cemento, representando los vientos atlánticos que sacuden la región. Unos vientos que esa mañana soplaban asombrosamente tranquilos sobre la capital tinerfeña, quizá en secreta premonición de la tempestad que Lorenzo Olarte iba a desbocar esa tarde con la lectura de un barroco discurso, milimétricamente medido y repasado.

Tras la inauguración de la estatua de Chirino, Victoriano Ríos inauguró los *jardines canarios* del Parlamento, sicalíptica descripción de unos miserables parterres plantados con algunos ejemplares más bien ajados de la flora autóctona de las islas. También inauguró una nueva sala del edificio de Teobaldo Power, *robada* después de años de esfuerzo a la vieja almoneda de la Caja de Ahorros de Santa Cruz, que linda pared con pared con el antiguo conser-

vatorio santacruceño hoy sede de la cámara legislativa. Algunos diputados bromistas, por tratarse de una sala que albergó el Monte de Piedad y casa de empeño del Santa Cruz del siglo pasado, bautizaron automáticamente el salón de mármol blanco como *salón de los Pactos*.

Pero los pactos no se estaban celebrando precisamente en esa sala. Por allí podían verse a sus señorías poniéndose las botas con canapés traídos directamente del restaurante Amós y güisquitos generosamente servidos por camareras *ad hoc*. Los pactos estaban en otro lado. Esa misma mañana, nada más terminarse los floridos discursos del presidente Ríos, estaban por ejemplo en una habitación de la segunda planta del hotel Mencey, dónde Manuel Hermoso se había dirigido a toda prisa para encontrarse con un selecto -y muy solicitado- grupo de invitados. En su precipitación por llegar a tiempo, casi tropezó en un pasillo con el regatista José Luis Doreste, hospedado en el Mencey a la espera de esa tarde, en la que habría de recibir en el Teatro Guimerá la medalla de Oro del Gobierno de Canarias.

En la habitación alquilada por José María Martín Paredes, se encontraban a eso de las dos y pico de la tarde el propio Hermoso y Fonfín Chacón. Con ellos, la plana mayor al completo de Asamblea Majorera: el coordinador Barragán, el diputado Miguel Cabrera, el presidente del Cabildo, José Juan Herrera Velázquez y el cabeza de lista de Puerto del Rosario, Domingo de León.

Estuvieron reunidos una hora y media. Apalabraron el apoyo de Asamblea Majorera a un pacto vertebrado en torno a las AIC, que podría igualmente ser de inspiración nacionalista o de centroderecha. Herrera Velázquez se manifestó abiertamente partidario de ese segundo acuerdo. Pero todos coincidieron en que hacía falta tiempo para instrumentar y escenificar una posible actuación autónoma de Asamblea Majorera. Primero era necesario hacer una oferta al conjunto de ICAN, para desbloquear la exclusividad de las negociaciones con el PSOE.

Asamblea Majorera se pondría por su parte de acuerdo con Tomás Padrón para garantizar una actuación con-

junta de las dos agrupaciones *periféricas* que impidiera una negociación por separado. Hermoso les aseguró que Padrón no era ningún problema, porque ya se había hablado con él. Los majoreros le contestaron que lo sabían, que ellos también habían hablado con Padrón y que volverían a hacerlo con más calma esa misma tarde. En realidad era Padrón el que había hablado con todos. Por la mañana, entre canapé y canapé, el herreño también se había puesto de acuerdo con Juan Alberto Martín para *hablar* con el PSOE por la tarde. El pequeño Tomás nunca pierde el tiempo.

Los majoreros plantearon a Hermoso que era conveniente precipitar la oferta a ICAN, hacerla cuanto antes, para evitar innecesarias pérdidas de tiempo que permitieran avanzar la negociación con el PSOE más allá del punto de ruptura. Se pusieron de acuerdo en formalizar la oferta en cuanto las AIC se reunieran formalmente con el CDS, para hacerla conjuntamente.

Cuando los majoreros se fueron, Hermoso habló durante unos minutos con Martín Paredes y con Fonfín Chacón:

- "Tenías razón. No les creía, pero tenías razón.

Y Paredes y Fonfín, al unísono: - "Ya te lo habíamos dicho.

Y Hermoso: - "Ya, ya, pero me costaba creerlo.

Y ellos: - "Los majoreros no pactarán nunca con el PSOE. Nunca. Hay demasiadas heridas abiertas.

Hermoso abandonó el Mencey para asistir a la primera comunión de una de las hijas de Pilar, la compañera de José Emilio García Gómez. Se fue corriendo porque tenía mucha prisa. Y es que esa misma tarde había quedado también con Jerónimo Saavedra para el primer intercambio.

El encuentro con Saavedra se produjo en *Nose Lar*, el chalé adosado que el alcalde tiene en Vistabella. Asunción Varela, la mujer de Hermoso, había dejado preparado café. Hermoso habló con Saavedra claramente y sin muchos rodeos: le dijo que estaba dispuesto a negociar un acuerdo con el PSOE para formar un Gobierno sólido y estable, un Gobierno apoyado por 46 diputados y con el pre-

sidente que decidieran las AIC.

Saavedra le garantizó que un acuerdo entre ATI y el PSOE, con 39 diputados apoyando al Gobierno, “es más que suficiente”. Podía firmarse “esta misma tarde, si quieren”. Pero no era posible ninguna otra fórmula: “Con Lorenzo no puedo entrar en el Gobierno. Y tampoco estamos dispuestos a ceder la Presidencia. Eso es imposible”.

Se despidieron muy cortésmente. Saavedra se interesó por el procesamiento de Hermoso y le garantizó que el PSOE no tenía nada que ver con la filtración producida dos días antes. Hermoso no quiso extenderse sobre el asunto. No le parecía correcto decir en ese momento lo que pensaba de la participación del PSOE en el caso *Floreal*. Las relaciones de Hermoso y Saavedra siempre habían sido muy correctas, a pesar de las críticas que de cara a la galería electoral ambos vienen haciéndose desde años. Se despidieron. Pero no por mucho rato: ambos tenían que asistir a la entrega de los Premios Canarias en el Teatro Guimerá.

Y fue precisamente esa tarde cuando Olarte destapó claramente sus cartas. Hasta la misma lectura del discurso institucional del Día de Canarias, que Olarte convirtió en un discurso netamente político, aún existía la incógnita de que haría el todavía presidente del Gobierno con sus siete diputados. Algunos, especialmente en Las Palmas, consideraban la posibilidad de que Olarte intentara una aproximación al PSOE, o intentara jugar de *libero* el gran partido del Pacto. Se equivocaron. Olarte había hecho sus cuentas, había hablado con sus compañeros de partido en Canarias y había decidido apostar por una integración pactada en las AIC, que le permitiera resolver el dilema de su futuro político.

Se trataba de una apuesta sin precedentes, que Olarte se había resistido a hacer cuando las AIC intentaron forzarle a un acuerdo preelectoral. Pero entonces existían dos condicionantes que dificultaban esa apuesta. Una era la lealtad a Suárez, convertida por Olarte casi en una patente de marca de su propio discurso personal. La otra era la sensación de que un acuerdo con las AIC podía hun-

dirle en Gran Canaria.

Ninguno de esos dos condicionantes existía ya: Suárez se había retirado a una cómoda dignidad de derrotado, abandonando a la suerte de los malditos su escasa y dispersa pléyade. Y en cuanto a las AIC... ahora no se trataba ya de elegir entre una posición mejor o una peor. No se trataba de optar por cuatro diputados solo o por tres mal acompañado. Se trataba de decidir entre continuar en la cosa pública, codirigiendo el proyecto político más ambicioso surgido jamás en Canarias, o retirarse al bufete de la calle Rafael Cabrera. La elección no dejaba mucho sitio para la duda. Las *dudas metódicas* de Olarte daban paso así a una serie de certezas que conducían a la permanencia en activo y quizá -sólo quizá- a la Presidencia del Gobierno.

Ahora, se trataba de instrumentar los mecanismos que hicieran lo menos traumática posible la necesaria transición desde las estructuras centralistas del CDS hasta un nuevo grupo político, fundado sobre los restos del centrismo suarista en Canarias, que acabara primero coaligándose y finalmente integrándose en las AIC.

Tomada la decisión, lo primero era acordar con Hermoso los plazos y los tiempos. El *timing*, que diría Julio Bonis unos días más tarde en la primera reunión mantenida con las AIC para acordar los calendarios. Lo segundo era generar la confianza suficiente en los futuros socios para que le permitieran seguir siendo presidente. Y si lo primero era más importante, por ser -realmente- la solución definitiva al viejo dilema que enfrenta la política y el territorio en las islas, para eso había tiempo. Al menos algunos meses de tiempo. Los suficientes para convencer a las bases, montar el nuevo partido y forzar una integración cantada. Sin embargo, para lo segundo, para generar la confianza necesaria, para convencer a las AIC de que él ya era uno de ellos, los minutos y las horas estaban comenzando a contar.

Era como una carrera en la que el ganador tenía que estar claro el día de la constitución del Parlamento. Y el disparo de salida de esa carrera iba a ser su discurso.

Un discurso que se inició con referencias a la unidad de Canarias, “necesaria frente a las incomprensiones históricas y a las discriminaciones tradicionales que tanto daño nos hacen”, siguió refiriéndose a la unidad de toda la nación, “más auténtica cuanto más radicalmente excluya cualquier resabio colonialista y más rigurosamente contemple la historia de cada pueblo”, y que terminó con una dura crítica a las “omisiones de la política estatal” para con Canarias, en referencia expresa a la ausencia de protagonismo canario en los actos del Quinto Centenario.

Fue el discurso de un político reconvertido al nacionalismo. El discurso de “un nacionalista precipitado”, según comentarios de un indignado dirigente del PSOE. Un discurso que el gobernador civil de Las Palmas, Anastasio Travieso, se negó ostensiblemente a aplaudir. Saavedra, sin embargo, sí lo hizo. Apenas un par de palmadas corteses y quizá preocupadas. Y es que Saavedra había escuchado en ese discurso al Olarte que más teme: el Olarte desatado.



El viernes a las nueve en punto de la mañana, el ex Director general de Deportes , Víctor *Floreal* Concepción, acompañado de su abogado, cruzó las puertas del Juzgado de Instrucción número ocho de Santa Cruz de Tenerife, en el edificio Velázquez, para atender una citación remitida por el magistrado Valentín Sanz. Solo treinta minutos más tarde, volvió a cruzar esas mismas puertas, esposado y acompañado de la policía, y con destino a la Prisión Tenerife II. El Juez había decretado prisión incondicional, en espera de juicio. El encarcelamiento de Floreal, el hombre de ATI en el mundo del deporte, se convertiría en un rumor a gritos esa misma mañana. Pero los gritos no habían hecho sino empezar.

La noche antes, al terminar la recepción ofrecida por el Gobierno de Canarias en el Viera y Clavijo, un grupo de dirigentes de AIC se refugió en el pub Tasca Tosca, en la Avenida de Anaga. Miguel Zerolo y Adán Martín se encontraron en el pub con el subdirector de La Provincia, Angel Tristán, que había acudido a Tenerife para cubrir informativamente los actos de la jornada. Sentados en torno a una mesa, junto a las mujeres de Adán y de Zerolo, estuvieron comentando durante un buen rato las incidencias del día. Tristán quería saber algo sobre la políti-

ca de pactos de AIC, pero una vez tras otra, tanto Adán como Zerolo le contestaron que “ese asunto ha quedado totalmente bloqueado con el procesamiento de Manolo”.

Era cierto. Desde hacía un par de días, la plana mayor de ATI parecía haber perdido todo interés por los pactos, centrada en el seguimiento del procesamiento de Hermoso. “Que sea lo que tenga que ser con los pactos”, decía Adán. “Ahora no estamos para ocuparnos de eso. Primero vamos a ver si arreglamos lo de Manolo, y luego ya se verá”.

Desde el inicio del *caso Floreal*, en febrero de 1990, nadie en ATI, excepto quizá los implicados directos en el sumario, habían prestado demasiada atención a un asunto que les quedaba lejos y resultaba enormemente desagradable. Todos ellos habían sido amigos y compañeros de Floreal, el hijo de un estanquero que había logrado hacerse un nombre en el mundillo de las federaciones deportivas tinerfeñas, y que por esa misma razón había terminado por convertirse en Director General de Deportes.

Cuando el concejal socialista Miguel Angel Quevedo denunció a Floreal, nadie creyó que la cosa fuera muy en serio. “Víctor es un desastre, seguro que ha estado repartiendo dinero sin ton ni son. Pero es un hombre honrado”, decían.

Cuando se descubrió que el problema no era únicamente de mala administración, las gentes de ATI pusieron cara de pasmo: “Víctor es incapaz de quedarse un duro... si es un pobre hombre”. Después comenzaron a surgir una tras otra, oportunamente aireadas por el abogado del concejal Quevedo, Edmundo González, las pruebas de la actuación fraudulenta de Floreal. Y entonces un silencio denso y oprobioso sustituyó las iniciales disculpas.

Pero el *caso Floreal* no se paraba en su protagonista directo. Sus ramificaciones salpicaban también a diversas administraciones y a algunos cargos públicos del Ayuntamiento de Santa Cruz. Cuando se citó a declarar a Hermoso, y Juan de la Cruz colocó una y otra vez en todas las casas de Canarias la imagen del alcalde entrando en el Juzgado, comenzaron realmente a preocu-

parse. Pero todavía creían que se trataba meramente de una instrumentación política orquestada por el PSOE para deteriorar la imagen del alcalde y reducir las expectativas electorales de ATI.

Hasta que se produjo la filtración del procesamiento, ni siquiera se habían molestado en colocar al lado de Hermoso a un penalista competente. Hasta entonces habían tirado de Aldo Pérez Duque, un hombre casi de la familia, un personaje de ATI, amigo de todos ellos, pero quizá no la persona adecuada para afrontar un procesamiento con implicaciones netamente políticas. Sería Olarte quien proporcionaría al hombre adecuado.

Olarte se había enterado de la posibilidad de que Hermoso resultara procesado la misma noche del día 28 en que comenzaron a circular los rumores. Llegó a su casa tarde, y se lo contó María Lecuona, su mujer, que había recibido una llamada de un amigo para avisarles. Inmediatamente se puso en contacto con Hermoso y le ofreció su colaboración. Le recomendó a Cristóbal Martell, un prestigioso penalista grancanario, afincado en Barcelona, que ya había trabajado para el propio Olarte en algunas ocasiones. Por ejemplo en la denuncia por desacato presentada contra el director de Canarias 7 justo un par de días antes de la jornada electoral.

Hermoso aceptaría la propuesta de utilizar a Martell como letrado<sup>(1)</sup>. El abogado tenía que ponerse al corriente de la situación sólo en un par de días, porque ese mismo sábado, a las doce del mediodía, Hermoso tenía que presentarse en el Juzgado para que le comunicaran el procesamiento.

El viernes por la noche, con Floreal ya en prisión, la plana mayor de ATI, con Adán Martín al frente y en compañía de los abogados, se reunieron en un despacho del Ayuntamiento de Santa Cruz para tomar decisiones. Hermoso no estaba. Había ido a una cena con un grupo de embajadores al Casino de Tenerife.

Hasta que Adán Martín se pasó por allí a verle y charlar un rato con él, no se enteró de que el secretario general de su partido, tras consultar con Zerolo y José Emilio,

y con algunos otros concejales, había decidido llamar uno a uno a los cargos públicos de ATI para que acompañaran al día siguiente al alcalde a prestar declaración ante el Juez. “Si quieren procesar a Hermoso por el *delito* de haber firmado lo que le puso delante el interventor, tendrán que procesar a todos los alcaldes del mundo, porque todos hacen lo mismo. Tendrán que procesarnos uno a uno”. Ese era el mensaje que querían dar.

Tomaron las decisión de movilizar a su gente a eso de las doce de la noche y sólo les dió tiempo de llamar a algunos alcaldes y concejales. Cuando iban por el cuarto o quinto su sorpresa fue encontrarse siempre con la misma respuesta: “Sí, ya me he enterado. Me ha llamado fulanito. No os preocupéis. Estaremos todos allí mañana. Cuenta conmigo para lo que haga falta”.

La intención inicial de que Hermoso se viera acompañado por un selecto grupo de dirigentes y cargos públicos se vio así sobrepasada por la sorprendente efectividad de *radio macuto*. A las doce de la mañana del día siguiente, una muchedumbre de gentes, literalmente indignadas y enfurecidas por el procesamiento de su alcalde, hacían guardia frente a la puerta del Juzgado, esperando la llegada de Hermoso. Cuando bajó de un coche privado, casi no pudo dar un paso. Cientos de personas, bloqueando completamente la calle frente al edificio Velázquez, le impedían avanzar, obsesionadas por abrazarle, besarle y mostrar activamente su solidaridad. Y si eso fue a la entrada, cuarenta y cinco minutos después, a la salida, la juerga fue aún mayor: frente a las puertas del Juzgado de Instrucción número ocho, celosamente protegidas por el vicepresidente del Cabildo tinerfeño, José Carlos Francisco, y por otro fornido militante de ATI, un espectáculo deudor a medias del fervor solidario y de la indignación esperpéntica se manifestaba sin reparos ante los ojos de los pocos curiosos ajenos a la fiesta: los enfervorizados simpatizantes del alcalde desenterraban su cólera contra el PSOE, al que juzgaban directo responsable del procesamiento, y contra los jueces “que quieren mandar en el país”...

La muchedumbre parecía dispuesta a linchar allí mismo al pobre Francisco Medina, chivo expiatorio que había sacudido, hacía algo más de un año, los polvos que ahora traían estos lodos. Algunos incluso increpaban al juez, pero unas oportunas instrucciones de los dirigentes áticos transformaron las iniciales inyectivas contra Valentín Sanz y Rafael Lis en una mucho más serena petición de “¡¡¡Justicia para Hermoso!!!”, coreada a gritos por los congregados. Era, en fin, como una auténtica pesadilla: ver al alcalde chicharrero, tres veces ganador por mayoría absoluta en su municipio, triunfador como líder de AIC en las elecciones regionales recién celebradas, saliendo del edificio del Juzgado a hombros de una muchedumbre exaltada, dispuesta a acompañarle hasta el fin del mundo: “a la cárcel si hace falta, yo me voy contigo, don Manuel”, gritaba una desaforada señora.

Esa misma mañana, mientras Hermoso era llevado en hombros, ahora hasta su coche oficial, mientras un prudente Valentín Sanz esperaba a que las gentes descongestionaran la calle para irse a su casa, otros sonidos y sus ecos comenzaban a sustituir el regusto amargo y esperpéntico de la bronca mañanera. Eran los sonidos y los ecos de dos declaraciones.

Una había sido realizada por Juan Alberto Martín a un periodista de Televisión Española, asegurándole que el Pacto con ICAN y con los herreños estaba prácticamente firmado: “Tenemos todas las garantías”, había dicho. Su eco era la desazón de uno de los principales miembros de la comisión negociadora socialista, José Juan Rodríguez, que la tarde del sábado sintió por primera vez la tentación de presentar su renuncia como negociador, por no estar de acuerdo con la forma en que el vicesecretario general del PSOE encarrilaba las conversaciones hacia el fracaso.

La otra declaración había entrado en las redacciones por los teletipos de la Agencia EFE, asegurando que el diputado popular grancanario, José Miguel Bravo de Laguna, no descartaba el alcanzar un acuerdo con el PSOE. Su eco era el de un supuesto acuerdo con los socialistas

para nombrar a Bravo de Laguna consejero de Hacienda del Gobierno de Canarias. Precisamente a él, el único político canario caricaturizado en las tiras cómicas de Gallego y Rey en Diario 16. Un político que se hizo famoso en toda la nación al haber sido condenado por un tribunal británico por su demostrada afición a la cleptomanía .

Gritos, sonidos y ecos. Canarias aquél sábado primero de junio era toda una algarabía.

---

<sup>(1)</sup> Paradojas de la vida: yo proporcioné a Manuel Hermoso el letrado que defendería su causa y -al fin y al cabo- su honor. Incluso colaboré como jurista en los trabajos del letrado. Por contra, Manuel Hermoso llevaría al Consejo de Gobierno la propuesta de retirada de las querellas contra Canarias 7, iniciadas por los Servicios Jurídicos del Gobierno, para defender el mío.

---

## 13 Más piezas para el puzzle

---

El sábado uno de junio, los principales dirigentes de ICAN habían convocado un encuentro en Las Palmas, para estudiar las ofertas recibidas: estaban representados en la reunión todos los grupos de la constelación icánica. José Carlos Mauricio y Wladimiro Rodríguez, por ICU; José Mendoza y Oswaldo Brito por Asamblea Canaria Nacionalista; Melchor Núñez por la batasunera Unión Nacionalista de Izquierdas; y Barragán, Miguel Cabrera y Herrera Velázquez por Asamblea Majorera. El consejo político casi en pleno. De momento puestos de acuerdo, pero sólo en la necesidad de ponerse de acuerdo.

En la reunión, los majoreros son los primeros en plantear la posibilidad de un pacto *nacionalista* con el CDS y las AIC. Cuando la posibilidad de ese acuerdo es considerada también por Oswaldo Brito y por algunos sectores de ACN en Gran Canaria, José Carlos Mauricio, que había defendido el acuerdo con el PSOE, cambia radicalmente de estrategia y deja solos a sus colegas de ICU en la defensa a ultranza de un acuerdo con la izquierda.

Y es que José Carlos Mauricio, uno de los políticos más hábiles y ambiciosos de Canarias, viejo luchador antifranquista considerado en las postrimerías de la transición como el delfín de Santiago Carrillo, ha comenzado a

darse cuenta de que los majoreros pueden llegar a romper la coalición si se les presiona demasiado. Para los majoreros, un acuerdo con el PSOE es difícilmente presentable en Fuerteventura, y además, ya llevan muy adelantados sus compromisos con AIC y con el CDS, en negociaciones que han desarrollado por separado, ofreciendo garantías a ambos grupos. El propio Herrera Velázquez, semanas antes de la jornada electoral, se había comprometido con Olarte en prestarle los votos majoreros para la investidura, si fueran necesarios. Aunque una cosa es llegar a un compromiso antes de las elecciones, y otra distinta cumplirlo después.

AM tiene problemas internos tanto para alcanzar un acuerdo con el PSOE como para lograrlo con las AIC y el CDS (el senador Mesa Noda y algunos más son aquí el problema), aunque la posibilidad de un acuerdo *nacionalista* les resulte mucho más atractiva.

Mauricio ha detectado eso, aunque los majoreros no le hubieran puesto al corriente de sus secretas reuniones con Hermoso y de los mensajes cursados a Olarte. Mauricio está dispuesto a cualquier cosa por evitar que le desmonten ICAN, un proyecto que le ha costado grandes esfuerzos y sacrificios llegar a construir. Por eso, y porque el mismo también ha hablado en privado con Luis Hernández y sabe de que va el pastel, acabará apoyando en la reunión la conveniencia de tantear (sólo tantear) las posibilidades de una fórmula de Gobierno nacionalista. No se trata de descartar el acuerdo con el PSOE, sino de abrir otras puertas.

En ICU saben que González Viéitez y Angulo rechazan claramente un pacto con “la derecha representada por las AIC y el CDS”. Pero José Carlos Mauricio puede aceptar mejor esa posibilidad. A fin de cuentas, según su forma de entender las cosas, se trata tan sólo de imitar lo que ya se está experimentando con éxito en el País Vasco, donde gobiernan conjuntamente dos partidos nacionalistas *burgueses*, el PNV y Eusko Alkartasuna, al lado de uno de izquierdas, Euskadiko Ezquerria. Puede ser la manera de que Canarias de el salto desde el siglo XX al XXI, con él -con Mauricio- manejando los hilos del tinglado.



Antonio González Viéitez, el honesto inquisidor, comentará ese mismo sábado con un periodista que él es un tipo disciplinado, un hombre que cree en proyectos y no en personalismos. “Yo no soy miembro del consejo político. En ICU voy a defender mi posición, que es la de un pacto de izquierdas. Pero si pierdo, no voy a obstaculizar nada”, afirma. Y añade: “De lo que puedes estar seguro es de que no me siento en una mesa con ese cabrón de Olarte. Si al final se decide ese pacto, yo me voy tranquilamente a mi casa”.

Viéitez quizá se vaya a su casa, pero Mauricio no tiene la menor intención de hacerlo. Por lo pronto, si se trata de irse a casa de alguien, mejor que sea a casa ajena. Se reunirá nuevamente con Luis Hernández, uno de los negociadores del CDS, con quien había mantenido un encuentro apenas transcurridas 72 horas después de las elecciones. En ese encuentro, Luis Hernández y Mauricio sopesaron la posibilidad de establecer un *pacto nacionalista* en el Gobierno, que podría extenderse, llegado el caso, a algunas corporaciones locales grancanarias, entre ellas el Cabildo ganado nuevamente por Carmelo Artilles.

En la reunión, de la que Olarte fue puntualmente informado por Luis Hernández, se analizó también la principal desventaja de un acuerdo de esas características, que -al bloquear la participación del Partido Popular en el Gobierno, exigencia impuesta por ICAN-, dejaba abandonada a su suerte a la Agrupación Herreña de Tomás Padrón. Ahí necesitaba contar con el PP, para mantener sin conflictos el Cabildo herreño y el Ayuntamiento de Valverde, en los que las candidaturas de Tomás Padrón no habían logrado la mayoría absoluta. Pero el pequeño Padrón ya se estaba trabajando por su cuenta al PP.

Cuando Mauricio abandonó la reunión con Luis Hernández, incluso antes de que se hubiera esbozado la posibilidad de un *pacto nacionalista*, estaba ya pensando en la conveniencia de adelantarse a las posibles presiones de ACN y Asamblea Majorera, guardándose un as en la faltriquera. El as que completaba una jugada destinada a que-

brar la hegemonía del PSOE en Gran Canaria. Al menos en eso, Mauricio y Olarte podían sin duda ponerse de acuerdo.

Pero las piezas del puzzle no habían comenzado a encajar ni por asomo. Por mucho que se barajaran, el paisaje del fondo continuaba sin aparecer. La pieza ICAN, que Mauricio había decidido convertir en decisiva, frente al posicionamiento del PSOE y al acuerdo intuído entre las AIC y el CDS para intentarlo conjuntamente, no era una sola pieza. Eran, al menos, tres piezas distintas -la de ICU, la de ACN y la de Asamblea-, sobre las que Mauricio no tenía completo control. Tampoco lo tenía sobre el herreño Tomás Padrón, el hombre que siempre había llegado a acuerdos con los comunistas, hasta el extremo de integrar algunos en su candidatura al Cabildo.

Pero, sobre todo, había otra pieza, que a lo mejor tampoco era sólo una, que podía ser también decisiva en las negociaciones. Esa pieza era la del Partido Popular, lamándose aún las heridas de su derrota en Canarias, y sometido a la crispación de tener que optar por entrar en el Gobierno de la mano de cualquiera -el PSOE incluido-, o quedarse fuera.

Esa pieza, a la que Fernando Fernández intentaba encontrar acomodo a toda prisa, era la más complicada de encajar: Fernández había anunciado ya su intención de viajar a Madrid para pedir plenos poderes a Aznar, y desde Las Palmas -vía Blas Rosales- se le había intentado bloquear la concesión de plenos poderes. Fernández censuraba a Rosales a sus espaldas, y Rosales se trajinaba el apoyo de la dirección nacional. Madrid acabaría por mandar a Alvarez Cascos a observar sobre el terreno la situación y poner orden. Cascos venía con mucha frecuencia a Canarias, especialmente a Las Palmas. Dicen las malas lenguas que lo pasa muy bien por aquí y que amanece siempre con la aurora.

Pero mientras el secretario general de los conservadores venía o no, la tensión interna en el PP era enorme: o no hablaba nadie, o hablaban todos al mismo tiempo. Sólo Manuel Fernández, ex consejero de Industria y diputado electo por El Hierro, parecía apostar con toda claridad por subsumirse a la estrategia olartiana de negociacio-

nes. El herreño Fernández quería volver a ser consejero. Sólo podía serlo en un acuerdo de centroderecha. Y por ese acuerdo trabajaba en discreto silencio.

La noche del sábado, a última hora, Saavedra y Adán Martín coincidieron en la clausura de las Jornadas Agrarias de Asaga, celebradas en el Liceo Taoro de La Orotava. Leopoldo Cologan intentó que hablaran para forzar ese acuerdo PSOE-AIC con el que sueñan los agricultores. Adán, tradicionalmente muy abierto a Saavedra, sólo habló del procesamiento de Hermoso. Jerónimo comentaría un par de días después a Carmelo y Martín Rivero, directores de los servicios informativos de Radio Club Tenerife, que había encontrado a Adán “disgustado y como distante. Estaba muy frío. No quiso hablar para nada de pactos”. Por lo menos con Saavedra.

Porque los de AIC seguían cerrando el círculo de un pacto nacionalista posible. Hermoso se entrevistó con Oswaldo Brito y lo encontró receptivo a hablar. Muy receptivo, “siempre que el acuerdo sea con ICAN al completo”. El domingo, Hermoso volvió a hablar con los suyos y decidieron apostar por ofrecer a ICAN negociar el acuerdo nacionalista: “Si sale, sale. Si no sale, siempre ganaremos tiempo para negociar un acuerdo de centroderecha y permitir a los majoreros que rompan”. Esa era la estrategia que el lunes, tres de junio, discutirían los negociadores del CDS y las AIC en su primer encuentro formal.

Extremaron las precauciones para que la prensa no pudiera cazarles, y se reunieron en las oficinas de GICSA, una de las empresas de Paco Ucelay. Por las AIC estuvieron el propio Hermoso, Martín Paredes y el anfitrión Ucelay. Por el CDS Julio Bonis, Eugenio Cabrera y Esteban Bethencourt, el alcalde de Valle Gran Rey y diputado gomero por la coalición CDS-AIC, más cerca ya de las posiciones de AIC que de las de su propio partido.

Primero decidieron hacer una oferta a ICAN, para formar un Gobierno nacionalista. El compromiso fue que Hermoso en persona hiciera pública la oferta el día siguiente, martes. Debía plantearse como una oferta formal, y no como un tanteo más entre grupos.

Hermoso planteó de nuevo la urgencia de forzar la integración de los centristas en las AIC. Una fórmula para salvar los problemas reglamentarios podía ser la incorporación de los siete diputados centristas en el grupo parlamentario nacionalista, inmediatamente después de su promesa como diputados, o la creación de un grupo que integrara a ambas fuerzas políticas, bajo la denominación de AIC-Centristas. La decisión sería adoptada políticamente en bloque, pero la solicitud de incorporación debía formularse de uno en uno, individualmente, para cumplir con el Reglamento de la Cámara. Para la transformación de los restos del CDS en la *pata grancanaria* de las AIC, les daban de plazo hasta finales de año. Bonis puso reparos al *timing*, pero no se le dio opción para protestar: "Consúltenlo con su gente y luego nos dicen. Esta es la parte innegociable del asunto".

Con respecto a la presidencia del Gobierno, Martín Paredes se opuso a que Olarte fuera el candidato: "Tiene que ser nuestro", dijo. Julio Bonis protestó: -"Manolo y Lorenzo habían hablado de ese asunto. Ya estaba arreglado".

Hermoso replicó: -"Le dije a Lorenzo que no me oponía a que fuera presidente. Pero parece que mi partido opina otra cosa, y yo sólo soy uno más en el partido. Sólo uno más".

---

## 14 Todos hablan con todos

---

---

Unas horas antes de la reunión entre el CDS y las AIC en las oficinas de GICSA, Lorenzo Olarte había partido para Madrid, acompañado de María Lecuona. Viajó para asistir a la reunión del Comité Nacional de su partido. En un ambiente fúnebre y desangelado, y en ausencia de Adolfo Suárez, que no se molestó en enfrentarse a los suyos para asumir la derrota, el CDS analizó la situación creada por la práctica desaparición del partido en toda la España peninsular. Algunos de los más conocidos dirigentes del CDS, como Eduardo Punset, habían hecho pública ya su intención de abandonar la militancia centrista. Olarte no intervino prácticamente en los debates. A última hora de la noche, conversó un rato con Caso y luego volvió para su hotel.

Esa misma mañana del lunes, el PSOE había hecho llegar a los medios de comunicación una nota interna, distribuida a los cargos públicos y las agrupaciones, en la que se recordaba a los dirigentes socialistas la conveniencia de no ofender al CDS: “una de nuestras normas de comportamiento con otras fuerzas políticas ha sido y sigue siendo el no inmiscuirnos en sus asuntos internos. Dada la situación actual del CDS, puede que alguno de los nuestros sientan la tentación de vulnerarla, por razones de oport-

tunidad política... por tanto, queda prohibido: 1.- hacer referencia pública a tal situación. 2.- Hacer ofertas de captación de cuadros y/o militantes del CDS.”

La nota fue intencionadamente filtrada por el PSOE, como señal de buena voluntad al CDS canario ante las negociaciones que pudieran producirse en los siguientes días, y en las que el PSOE no había descartado en absoluto un posible acuerdo con Lorenzo Olarte, que permitiera *centrar* su proyecto de Gobierno de izquierdas. La nota trataba en realidad de dar respuesta a un documento anterior, facilitado a la prensa por los diputados centristas el Día de Canarias, en la que los siete diputados, en un tono tremendamente agresivo, acusaban al PSOE de querer romper el grupo centrista con filtraciones sobre posibles deserciones, como la alimentada sobre José Miguel Suárez Gil.

Los motivos por los que el PSOE no había desechado de entrada un acuerdo con el CDS eran todavía una incógnita. Mas tarde se sabría de ciertas informaciones llegadas al PSOE canario directamente desde Madrid, según las cuales, los centristas de las islas estaban dispuestos a apoyar con sus votos la investidura de Saavedra. Las informaciones en este sentido llegarían directamente desde las oficinas centrales de la Ejecutiva Federal del PSOE, instaladas en una antigua y remodelada casa de la madrileña calle Ferraz, en la que vivió algunos años el tipógrafo Pablo Iglesias.

Al parecer, la dirección federal del PSOE había recibido un par de días después de las elecciones, garantías por parte de José Ramón Caso, sobre el apoyo de Olarte y sus gentes a la investidura de Saavedra. Caso no hablaba en nombre propio, sino que traía el recado desde Canarias. Al menos eso fue lo que transmitió.

Las garantías de Caso no coincidían en absoluto con el desarrollo de los acontecimientos en las islas, pero la Ejecutiva Regional del PSOE canario, acostumbrada a tomar en serio las instrucciones de su dirección nacional, no las pusieron en duda. Apenas un par de dirigentes del PSOE tinerfeño, que llegaron a tener

conocimiento de las supuestas *promesas* olartianas, prefirieron mantenerlas en cuarentena.

El PSOE, en cualquier caso, continuó la estrategia de aproximación a las fuerzas coaligadas en ICAN, reservando la carta de las *garantías* centristas para una ulterior negociación con ICAN, que permitiera redondear un acuerdo no demasiado sesgado a la izquierda.

El martes por la mañana, con Lorenzo Olarte todavía en Madrid, sometiéndose a un completo chequeo médico, los negociadores del PSOE se reunieron con Tomás Padrón y con ICAN.

La reunión con Padrón fue por la mañana, en el recién inaugurado Hotel Príncipe Paz de la capital tinerfeña. Por parte del PSOE asistieron Juan Alberto y Jota. Duró apenas quince minutos, el tiempo suficiente para que Padrón repitiera la fórmula mágica que venía ensayando desde la noche de las elecciones: “traíganme treinta diputados y entonces yo me sumo al acuerdo”. Cuando Padrón dijo eso, ya sabía que el PSOE lo iba a tener difícil para lograr los treinta diputados, sin contar con los dos mayoreros. Y Padrón sabía que los mayoreros habían contraído otros compromisos. Antes de hablar con los socialistas, el pequeño Padrón se había encontrado con Adán Martín en el Cabildo de Tenerife, y le había comentado que “yo no me muevo hasta que sean treinta. Ni uno menos”.

Por la tarde, el PSOE se reunió con ICAN en el mismo hotel y se acordó iniciar a toda prisa el intercambio de programas y la redacción de un documento que pudiera servir de base para el acuerdo. Fue una reunión provechosa, en la que parecieron quedar despejadas todas las dudas iniciales. Estuvieron por parte de ICAN la práctica totalidad de sus dirigentes, incluyendo a Melchor Núñez, de UNI. Pero faltó algo importante: faltó la presencia de alguien con peso en Asamblea Mayorera. Sólo mandaron a un modesto cuadro intermedio: Marcial Martín. No estuvieron ni Miguel Cabrera, ni Herrera Velázquez, ni el coordinador de Asamblea Mayorera. Barragán disculpó su asistencia al encuentro, alegando que estaba en Madrid, presentando un recurso contra la decisión de la Junta Elec-

toral Regional sobre la Mesa 1-1-A de Pájara, cuyos resultados *robaban* un consejero de Cabildo a AM, que pasaba a manos del PP. No era un consejero necesario para articular el pacto en Fuerteventura, pero Barragán se había desplazado a Madrid, siguiendo la recomendación en ese sentido que le había hecho José María Martín Paredes, uno de los negociadores de AIC: lo importante era evitar que AM quedara excesivamente comprometida por la presencia de sus dirigentes más reconocidos en el acuerdo con el PSOE al que pudiera llegar ICAN.

Al acabar la reunión con ICAN, y tras una rueda de prensa en la que Saavedra anunció que el Pacto de la izquierda (del centroizquierda, lo denominó él) se firmaría el viernes siguiente, el líder socialista se dirigió a un grupo de periodistas para preguntarles si tenían información sobre “desavenencias muy fuertes en la reunión de ayer entre el CDS y las AIC”. Saavedra preguntó también a los periodistas si sabían dónde iba a ser la reunión de ICAN y las gentes de Hermoso. Nadie supo contestarle a ninguna de las dos preguntas. De hecho, nadie tenía conocimiento de que esa tarde fuera a producirse un encuentro entre las AIC e ICAN, que sólo existía en la mente precavida de Jerónimo Saavedra.

Hermoso había anunciado esa misma mañana que las AIC y el CDS querían llegar a un acuerdo conjunto con las fuerzas de izquierda para articular un *Pacto Nacionalista*, pero Oswaldo Brito y José Carlos Mauricio le replicaron que esa oferta no tenía validez ninguna si no contaba con el apoyo de los mismos 23 diputados que ofrecía el PSOE. Saavedra sabía que el CDS y las AIC estaban en negociaciones, aunque creía que iban por mal camino. Aún así, el candidato socialista a la Presidencia regional había interpretado la respuesta oficial de los dirigentes de ICAN sobre la necesidad de que el CDS y AIC negociaran una oferta conjunta, como una *finta* destinada a despistar al PSOE. Y tenía razón en parte.

Aunque sólo en parte: esa tarde no llegó a haber ningún encuentro oficial entre las AIC e ICAN, pero Manuel Hermoso se entrevistó a última hora con Oswaldo Brito



en el despacho de éste. Oswaldo le recalcó que eran imprescindibles los 23 diputados, y el alcalde le aseguró que contaba con ellos. Lo que todavía no estaba decidido entre el CDS y las AIC era el nombre del candidato a la Presidencia: “Pues pónganse de acuerdo”, les dijo Oswaldo.

Tras abandonar el despacho del profesor Brito, Hermoso dirigió su coche hasta *El Cordero Segoviano* un restaurante de Guamasa, en el norte de Tenerife, especializado en gastronomía castellana. Hermoso había quedado para cenar con los majoreros Miguel Cabrera y José Juan Herrera Velázquez. Esa era la reunión que Saavedra había intuído. Y era, también, la reunión más peligrosa para el pacto de izquierdas. Frente a dos mesas, diligentemente juntadas por un camarero, se encontraron los dos majoreros con dos paisanos suyos, el presidente de las AIC, Fonfín Chacón, y el presidente de Independientes de Fuerteventura, Alfredo Alberto, ambos como *introduectores* de Hermoso y Paco Ucelay en la conversación, que habría de resultar decisiva para el posterior desarrollo de los acontecimientos.

Habría de serlo porque esa noche, por primera vez de forma oficial, Cabrera y Velázquez se conjuraron con los representantes de AIC en forzar a ICAN a un acuerdo nacionalista o romper la coalición: “Lo único que hace falta ahora es que ustedes consigan los treinta diputados, ya sea por la vía de un acuerdo con ICAN, que es lo que nosotros preferimos, o por cualquier otro medio”.

La celebración de esa cena, que trascendería al día siguiente a los medios de comunicación, irritando enormemente a Oswaldo Brito y José Carlos Mauricio, fue detectada por una casualidad: un periodista llamó al Hotel Mencey preguntando por el Presidente del Cabildo majorero, Herrera Velázquez. En recepción, tras asegurarle que Herrera no se encontraba en el hotel, preguntaron al periodista: “¿Es usted el señor Montero? Es que nos han dejado un recado urgente para el señor Montero”. El periodista, un hombre de la radio acostumbrado a las reacciones rápidas, mintió y dijo que sí, esperando encontrar al-

guna pista que permitiera confirmar la existencia de un encuentro entre los líderes de AIC y Asamblea Majorera. El recepcionista del hotel le comentó a su interlocutor, en la creencia de estar hablando con Montero, secretario de Herrera, que su jefe estaba en el “Cordero Segoviano”. El resto fue fácil: desde la emisora llamaron preguntando por Manuel Hermoso al restaurante, y -aunque no llegó a ponerse al teléfono- allí confirmaron su asistencia.

Siendo evidente que las AIC habían vuelto a reunirse con Asamblea Majorera, los rumores se dispararon esa noche, alertando entre otros a los dirigentes de ICU y ACN. Oswaldo, muy ofendido, protestaría al día siguiente por los encuentros secretos de AIC con Asamblea Majorera, censurando a Hermoso que intentara *puentear* a los órganos de la coalición de izquierdas. Curiosamente, no se refirió para nada a su propia reunión con el alcalde de Santa Cruz. Es más, desmintió ruidosamente que hubiera llegado a producirse. Pero nadie le creyó: ya comenzaba a verse claro que todos estaban dispuestos a hablar con todos.

---

## 15 Olarte entra en juego

---

A las doce de la noche del martes, mientras Lorenzo Olarte llegaba al aeropuerto Reina Sofía y Hermoso comenzaba a cenar con los majoreros, el calendario de las negociaciones superaba una etapa más: AIC había dado de plazo al PP hasta las veinticuatro horas del día 4 de junio, para que manifestara su intención de participar o no en un gobierno de centroderecha. El PP no contestó. Fernando Fernández diría después que nadie le había comunicado nada, y era verdad: sólo Francisco Alvarez Cascos y Blas Rosales habían sido puestos al corriente de ese plazo. Las peleas internas en el PP para llevarse al agua el gato de la representación en las negociaciones habían dividido al partido conservador hasta el extremo de que ninguno de sus dirigentes sabía nada sobre lo que los otros andaban haciendo.

Jerónimo Saavedra, sin embargo, sí sabía a la perfección lo que pasaba por la cabeza de Fernando Fernández. Ya habían mantenido varias conversaciones telefónicas, y Saavedra había escuchado del ex presidente del Gobierno la oferta de arrinconar a las AIC en el Cabildo de Tenerife y en La Laguna, y la de apoyar con la abstención del PP la investidura saavedrina a la Presidencia. A la primera de las ofertas, Saavedra no le había conce-

dido demasiado crédito. Conocía la obsesión de Fernando Fernández por acabar políticamente con Manuel Hermoso, al que Fernández considera el principal responsable de su caída como presidente del Gobierno. Esa obsesión había llevado a Fernández a cometer algunos importantes errores, como el de reunirse con Francisco Medina y Edmundo González en el despacho de ambos, durante los días críticos en los que se produjo la filtración del procesamiento a Hermoso.

A pesar de todo eso, Saavedra consideraba muy difícil que Fernández lograra forzar a la estructura del PP en Tenerife a una revisión de sus tradicionales planteamientos de no apoyar alternativas de izquierda a gobiernos locales de ATI. La segunda de las ofertas, sin embargo, le parecía menos disparatada: Fernández había logrado conjugar con Bravo de Laguna un *dueto* favorable a las perspectivas socialistas de acceder al Gobierno, y abstenerse en una investidura no es en ningún caso lo mismo que apoyar directamente a un Gobierno.

La mañana del martes 5 de junio, Saavedra se levantó especialmente temprano. Tenía que participar en un programa de Radio Nacional a las ocho y media y salir luego para Madrid, para asistir a la reunión del Comité Federal del PSOE. En Los Desayunos del Mencey, frente a la periodista Chicha Arozarena, aseguraría nuevamente que el acuerdo de izquierdas estaría listo el viernes tras la reunión con ICAN, y volvería a referirse a la posibilidad de ampliar el acuerdo con el CDS. Sin embargo, no sería al CDS al que llamaría al acabar Los Desayunos del Mencey. Llamaría a Manuel Hermoso, y quedaría con él para el viernes de esa misma semana. En aquel momento, el líder socialista pensaba en cerrar el acuerdo con ICAN y luego hacer una oferta formal de integración a las AIC. No al CDS. a las AIC.

Saavedra sabía perfectamente que un acuerdo entre su partido, Iniciativa por Canarias y el CDS, sería rechazado en Tenerife. Un acuerdo de esas características, por más que conviniera enormemente al PSOE, al asegurar una estabilidad parlamentaria fuerte y bloquear la

integración de los centristas en AIC, provocaría la radicalización de los sectores económicos y los medios de comunicación de Tenerife. Era una fórmula que Saavedra únicamente consideraba en última instancia, y sólo como medida para evitar perder el Gobierno. Pero como fórmula no le gustaba ni un pelo.

Durante cuatro años de mandato como presidente regional, Saavedra había tenido que soportar las más feroces críticas desde los medios de comunicación tinerfeños, por haber pactado con la izquierda un programa dirigido contra la línea de flotación de los intereses económicos de Tenerife. La experiencia de la Ley de Aguas, una cesión saavedrina a sus socios comunistas, había arrasado al PSOE tinerfeño, haciendo que perdiera en el 87 tres de los diputados logrados en el 83. Pero ese asunto había sido ya superado. Igual que otros motivos de enfrentamiento con la sociedad tinerfeña: la revisión de la posición comunitaria defendida por el PSOE en la primera legislatura, una revisión que el PSC-PSOE aceptó entre otros importantes motivos cediendo a las presiones de la dirección nacional del Partido Socialista, había logrado quebrar en Tenerife el frente antisocialista, neutralizando la agresividad del sector agrario. Saavedra conocía perfectamente los riesgos de un pacto con ICAN y el CDS, que representaría el regreso a un pasado que el cambio de la estrategia política del PSOE canario y el consenso político de la segunda legislatura habían logrado enterrar.

Quizá por todo ello, Saavedra habló con Hermoso antes de embarcar con destino a Madrid. Quedó con él para el viernes siguiente, día 7 de junio, una vez se hubiera cerrado el acuerdo con ICAN. Creía poder hacer un último esfuerzo para presionar a Hermoso, con el acuerdo de la izquierda en la mano. Ya en el avión, Saavedra leyó en El País las últimas informaciones sobre el escándalo de la financiación ilegal del PSOE y pensó -más allá de la política de pactos- que ese sería el asunto central en los pasillos del Comité Federal del PSOE.

Olarte también leyó esa mañana en los periódicos la tremebunda historia de las empresas vinculadas a la fi-

nanciación del PSOE. Por alguna extraña asociación de ideas recordó entonces las ofertas recibidas desde Madrid, nuevamente vía PSOE, para renunciar a la política activa en Canarias, a cambio de un jugoso retiro como presidente de alguna compañía pública, con veinte millones de pesetas de sueldo anual. Lo suficiente para alimentar una gran familia y continuar pagando los estudios americanos de alguno de sus hijos.

En cenáculos y redacciones se habían barajado -incluso antes de las elecciones- rumores de conversaciones entre José Juan Rodríguez, el secretario de Organización del PSOE, y Julio Bonis, el *número dos* de Olarte, tradicionalmente encargado por este de las *cuestiones delicadas*, en las que habrían salido a relucir ofrecimientos de canonjías y diezmos. Concretamente, se hablaba de las presidencias de Binter, de Unelco y también de la presidencia de las Cajas, una vez se hubiera producido la unificación.

La tercera de las posibilidades llegaba a tentar a Olarte. Volver a la presidencia de la Caja Insular le permitiría saldar algunas cuentas pendientes con antiguos colegas suyos, ahora aupados a altos cargos directivos en la entidad financiera. Le permitiría también seguir haciendo política -y política en serio- desde los despachos de la calle Triana. Eso le apetecía sin duda<sup>(1)</sup>, casi tanto como dar la batalla por mantener la Presidencia del Gobierno: tenía ya 58 años y en alguna ocasión había sentido deseos de retirarse<sup>(2)</sup>. Especialmente en los momentos álgidos del *affaire inmobiliario*, cuando todos los días se desayunaba con alguna sorpresa impresa sobre fondo de colorines en la primera del Canarias 7. El mismo había declarado a Carmelo y Martín Rivero, en una entrevista publicada durante la campaña, que había sentido el deseo de dejarlo todo cuando vio a su hijo de diez años, Jorge, leer en una portada que su padre era “uno de los políticos más deshonestos de Canarias”.

Había, pues, pensado en retirarse<sup>(3)</sup>. Su principal problema era qué hacer con la gente que le había acompañado a lo largo de años en el proceso de construcción de una

alternativa centrista en Canarias. Qué hacer con Julio Bonis, con Luis Hernández, con su equipo de colaboradores...

Aún con esas reflexiones en la cabeza, se reunió para almorzar con Victoriano Ríos, presidente del Parlamento. Había quedado citado con él un par de días antes, con la intención de discutir con el *primer* nacionalista de las AIC, el futuro de un proyecto nacionalista conjunto, que resultara al final la suma del peso de las AIC y del de él mismo. Durante la comida estuvieron tanteando algunas posibilidades y Olarte habló de la ingente cantidad de llamadas que había recibido en los últimos días animándole a reiniciar la andadura de Unión Canaria e integrarse en un proyecto nacionalista que pudiera llegar a convertirse en el principal partido político de las islas: “No puedes imaginarte la cantidad de gente que está ilusionada con esto”, le dijo. “Yo se que tu crees en ese proyecto. Tienes que ayudarme a convencer a tu gente. Los veo muy empeñados en forzar las cosas”. Primero la explicación, luego la petición de apoyo: “Tienes que lograr que me den tiempo para hacerlo de tal forma que no me perjudique. Lo que me perjudique a mí, también os perjudica a vosotros”.

Acabando la comida, alguien trajo unos folios recién mecanografiados<sup>(4)</sup>, que Olarte había redactado unos días antes, de su puño y letra. Olarte se los entregó a Victoriano: “Este es mi compromiso con ustedes. Quiero que lo ojees y me digas lo que opinas. Tu sabes que yo valoro mucho tu opinión”. Luego se despidieron.

Victoriano fue leyendo los seis escasos folios camino de su casa, en su Mercedes oficial de Presidente del Parlamento. Constituían una descripción precisa de un acuerdo de centroderecha, con un reparto de consejerías entre el CDS, las AIC y el Partido Popular. Calcado punto por punto del acuerdo de Gobierno de 1987, que el propio Olarte había articulado hasta convertir a su entonces amigo Fernando Fernández en presidente. Los folios incluían una hipótesis de acercamiento del CDS a las AIC en todas las islas, excepto en Gran Canaria, donde el proce-

so ideado por Olarte resultaba más complejo y alambicado, con la creación de un nuevo partido y un congreso constituyente. Todo estaba perfectamente descrito y detallado. Lo que más llamó la atención de Victoriano Ríos fue que Olarte hubiera dejado el nombre del candidato a la Presidencia en blanco. Dónde Victoriano esperaba encontrar aquellas tres palabras, *Lorenzo Olarte Cullen*, Olarte sólo había escrito unos puntos suspensivos. “¿A qué estará jugando este?”, pensó. Y al pensarlo, sin saberlo estaba coincidiendo en la misma reflexión que se hicieron los negociadores de AIC esa tarde, cuando acudieron en bloque a la reunión convocada en Vistabella.

---

(1) No es cierto que me apeteciera ser presidente de Binter, de Unelco o de la Caja Insular, y -por lo que yo sé-, tales *ofertas* nunca llegaron a ser planteado por José Juan Rodríguez a Julio Bonis. Si se hubieran producido se habrían rechazado tajantemente. Si recuerdo haber escuchado por aquella época, de algún amigo del PSOE, que Saavedra tenía interés en ofrecerme la Presidencia de la Caja Insular. Creo que fue idea suya plantear esa oferta, aunque nunca llegó a materializarse.

(2) y (3) Es cierto que declaré a Carmelo y Martín Rivero que había sentido la tentación de dejarlo todo cuando fui cobardemente atacado por Canarias 7. Pero una cosa es tener una tentación y otra muy distinta ceder a ella. Jamás he pensado en retirarme. Ni lo pensé siendo vicepresidente del gobierno, ni tras las elecciones regionales del 91, ni ahora.

(4) No recuerdo si los folios estaban *recién mecanografiados*. Puede ser, pero -desde luego- habían sido redactados con bastante anterioridad al encuentro con Victoriano Ríos.



---

## 16 Reunión en Vistabella

---

Para despistar a la prensa, pendiente de las reuniones y tejemanejes del pacto, se había dejado caer en algunos medios que el encuentro del CDS con las AIC se celebraría en la sede de Presidencia en la Plaza de los Patos, al terminar el Consejo de Gobierno del día cinco. La cita estaba prevista para las cuatro de la tarde de ese miércoles, 5 de junio. Y la hora se mantuvo, pero cambió el lugar. Olarte no había presidido esa mañana la reunión del Consejo, dejando que lo hiciera Vicente Alvarez Pedreira. El estaba en Madrid, y se trataba, en cualquier caso, de un Consejo absolutamente rutinario.

El que había de ser el primer encuentro importante entre Manuel Hermoso y Lorenzo Olarte se celebró entonces en el palacete de los Losada en la zona residencial de Vistabella, que Saavedra había hecho restaurar y acondicionar en la última etapa de su mandato, para ocuparlo en la segunda legislatura. Saavedra no llegó a estrenarlo nunca, y Olarte, para dar cabida a su enorme familia, había realizado algunos cambios importantes en la distribución y el decorado interior <sup>(1)</sup>. Allí, en ese escenario, se iba a producir la primera reunión clave para encontrar una solución al dilema.

En el salón del chalé de Vistabella, frente a una chimenea de leña, y sentados en varios tresillos forrados con un estampado en tonos naranjas elegido por María Lecona, Olarte reunió a los enviados de AIC -Hermoso, Uce lay, Martín Paredes y Castro Cordobez-, y escuchó la oferta que le habían traído.

Estaban, según le dijeron, dispuestos a cederle la Presidencia del Gobierno, a cambio de que Olarte aceptara la inmediata integración de los siete diputados centristas en el grupo parlamentario de AIC, y se comprometiera a una paulatina absorción de los restos del CDS por la federación nacionalista. La fórmula para hacer viable esa absorción podría estudiarse, y no era necesario que resultara inmediata: “Puedes hacerlo en cuatro meses o en cuatro años, como mejor te resulte”, le dijo Hermoso. Por el contrario, en ningún caso se aceptaba la demora del pase de los diputados al grupo parlamentario de AIC. Esa era la condición *sine qua non* para que Olarte accediera a la Presidencia con los votos de AIC: “No podemos justificar el voto a un candidato que ni siquiera es de nuestro grupo parlamentario. Nosotros hemos ganado las elecciones y tu partido las ha perdido. Con sólo siete diputados no puedes optar a la Presidencia, a menos que te integres”. Esa era la apuesta de AIC. Una forma como otra cualquiera de decirle a Lorenzo Olarte que no se fiaban un pelo de él o de lo que pudiera hacer una vez le dieran los votos para sentarse en el Palacete de San Bernardo.

Olarte valoró la oferta y pidió a los negociadores que le dieran tiempo para discutirla con Julio Bonis y Luis Hernández, que estaban presentes en la reunión, durante unos minutos y en privado. Los de AIC abandonaron el chalé de Vistabella, comprometiéndose a regresar en media hora.

Cuando volvieron encontraron un Lorenzo Olarte distinto y más viejo del que habían dejado sólo cuarenta y cinco minutos antes. Olarte les explicó que no podía aceptar la oferta en las condiciones en que había sido hecha. “Puedo darles mi palabra, puedo firmarles un documento privado, puedo dejar escrita mi renuncia... pero lo que no pue-

do hacer de ninguna manera es hipotecarme ante mi electorado. En Las Palmas no aceptarían de ninguna manera una integración inmediata de mi gente en las AIC. Daría la sensación de que me he vendido por la Presidencia. No, no puedo hacerlo, de ninguna manera.”

Les explicó nuevamente todo lo que ya había hablado con Victoriano Ríos, sin referirse para nada a la conversación mantenida con el presidente del Parlamento, y sin entregarle a Hermoso los papeles que le había pasado a Victoriano. Más tarde, Olarte explicaría a los suyos que no lo había hecho porque prefería entregarlos personalmente al alcalde, para evitar que pudieran circular por ahí y *reventar* la operación que pretendía poner en marcha. Les dijo que estaba no sólo de acuerdo en hacer coincidir su propio proyecto político con el de las AIC, sino que además creía que era la única forma de construir una fuerza nacionalista “equilibrada y con representación en todas las islas”<sup>(2)</sup>.

Por último, y viendo que no les convencía sobre la necesidad de retrasar la integración de los diputados centristas en AIC, planteó la posibilidad de un grupo mixto AIC-Centristas, o de dos grupos parlamentarios con actuación colegiada. Ante una nueva negativa, afirmó estar dispuesto a ceder la Presidencia: “Miren, estoy dispuesto a renunciar. Si eso les convence de que mi intención es confluir con ustedes, yo renuncio a la Presidencia sin apearme del proyecto. Estoy incluso dispuesto a apartarme del Parlamento, si creen ustedes que eso resulta conveniente, y dedicarme exclusivamente a montar un partido nacionalista en Gran Canaria.”

Los negociadores de AIC se quedaron de una pieza. Pero Olarte seguía: “Se que acabaremos coincidiendo en un mismo proyecto político más tarde o más temprano, y se que entonces verán que yo tenía razón en la necesidad de hacerlo de una manera pausada y sin tirar por la borda los votos que tenemos -dijo *tenemos*- en Gran Canaria. Cuenten conmigo para las negociaciones con ICAN, pero no me pidan que desintegre mi capital político y el de mi gente de hoy para mañana, porque eso no voy

a hacerlo.” Con esas palabras y una despedida cortés se acabó el encuentro, no sin antes fijar para el día siguiente, en Las Palmas, el inicio de las conversaciones entre el CDS y las AIC con ICAN.

Manuel Hermoso volvió a su despacho en el Ayuntamiento con la sensación de que el Olarte que acababa de hablarles no era el mismo del que se había despedido cuando abandonaron por primera vez la residencia del presidente, para que los centristas pudieran discutir la oferta de AIC. “Le ha debido pasar algo”, pensó. Y no se equivocaba.

Había ocurrido, en efecto, algo importante. Algo que Olarte y su mujer, María Lecuona, venían temiendo desde hacía algunos días. Algo que había obligado a Olarte retrasar su vuelta a Tenerife desde Madrid durante un día entero. Algo que se había materializado con una esperada llamada telefónica desde Madrid, producida poco antes de que Hermoso y los suyos volvieran a casa de su anfitrión para escuchar la respuesta a su oferta. Una llamada que interrumpió la discusión de Olarte con Julio Bonis y con Luis Hernández.

A eso de las seis y media de la tarde, había sonado el teléfono. María Lecuona lo había descolgado, para evitar que Olarte tuviera que interrumpir el despacho con sus dos colegas de partido. Al otro lado del hilo telefónico estaba Esteban Pérez Almeida, el médico personal de Olarte, un canario afincado en Madrid que desde algunos años atrás se ocupa de mantener más o menos controlada la salud del político centrista. Pérez Almeida había acompañado a Olarte en varios viajes importantes realizados por el Presidente, pegado a sus faldas con el fonendoscopio y el medidor de presión en la maleta<sup>(3)</sup>. Entre eso y el seguimiento de su historial médico, Pérez Almeida conocía a la perfección el estado de salud de su paciente...

Un viejo padecimiento de Olarte, relacionado con un crónico exceso de azúcar en sangre, había hecho que el líder centrista, pocos días antes de iniciarse la campaña electoral en las islas, viajara a Madrid para hacerse un completo chequeo. Aquel chequeo reveló algunos pe-

queños problemas, y Pérez Almeida recomendó a Olarte que no se excediera en la campaña: “Ten mucho cuidado con lo que haces, porque ya no eres un crío”, le había dicho su médico. Olarte no le hizo el más mínimo caso, aunque pasadas las elecciones, precisamente el día antes de la reunión en Vistabella con los áticos, Olarte había aprovechado su viaje a Madrid para repetir el chequeo y hacerse una completa analítica.

El médico tenía ya los resultados de los análisis del martes, y los comentó con María Lecuona: “La analítica de Lorenzo es un desastre: se le ha disparado el azúcar, y la urea, y el colesterol. Tiene los triglicéridos muy altos. No quiero asustarte, pero eso puede significarle una arterioesclerosis o un infarto. Si sigue así está corriendo un riesgo serio. Muy serio, María. Si no me hace caso, yo no estoy dispuesto a seguir atendéndole. No quiero pacientes como él. Ponte seria, María... ponte seria.”

Pero María Lecuona no sabía *ponerse seria* con su marido. Más bien se entristeció. Conociendo a Lorenzo, sabía que era poco lo que podía hacer. Le llamó y le hizo escuchar al médico, durante más de diez minutos. Olarte se enfadó con él por haber comentado el asunto con su mujer: “Te dije que no le comentaras nada. Esto no me ayuda precisamente, Esteban... y tú lo sabes”. Pérez Almeida replicó que estaba hasta las mismas narices de advertirle: “Tú sabrás lo que haces, Lorenzo. Tienes ya casi sesenta años. A tu edad deberías tomarte estas cosas más en serio”.

Antes de incorporarse de nuevo a la reunión con Julio Bonis y Luis Hernández, Olarte habló unos minutos con su mujer, que estaba muy preocupada y algo alterada. Le prometió una vez más que todo cambiaría, que se cuidaría más. Que iba a llevar un régimen de comidas y de sueño absolutamente estricto: “Tienes mi palabra...”, le dijo. “Tranquilízate, que no va a pasar nada. Lo peor ya se ha terminado”. Pero María no le creyó... ¿Cómo iba a hacerlo? Ella sabía perfectamente que lo peor no había pasado.

Quedaban todavía días y días de negociación, y de tensiones y conflictos. Días en los que Olarte intentaría mo-

ver los hilos de su difícil situación para mantenerse. Días de un esfuerzo agotador y continuado...

Cuando Hermoso volvió con los suyos al encuentro de los negociadores centristas, el Lorenzo Olarte que acababa de enfrentarse a su mujer y sus miedos, ese Lorenzo Olarte parecía realmente dispuesto a renunciar a la Presidencia. Al menos eso fue lo que les dijo. Y los de AIC le creyeron.

Pero había otro Lorenzo Olarte al que la idea del retiro no se le había pasado siquiera un momento por la cabeza.

---

<sup>(1)</sup> El palacete de los Losada fue comprado por Jerónimo Saavedra a finales de la primera legislatura, en la convicción de que necesitaría ocuparlo en la segunda, al tener que desplazar el presidente del Gobierno su domicilio oficial a Santa Cruz de Tenerife. Al perder la Presidencia, Saavedra no tuvo oportunidad de estrenarlo, y fue Fernando Fernández quien encargó su remodelación. Mi familia no tuvo necesidad de hacer ninguna obra para ocuparlo.

<sup>(2)</sup> Efectivamente, ese era el planteamiento para un acercamiento de las AIC y los centristas, pero siempre mediante la confluencia y no en virtud de la absorción que algunos pretendían en AIC.

<sup>(3)</sup> El autor introduce aquí mucha *literatura*. El doctor Pérez Almeida es un excelente facultativo y un gran amigo personal. Coincidimos efectivamente en un viaje a Puerto Rico y Venezuela, en el que participaron más de cien personas, y al que yo asistí en mi calidad de presidente del Gobierno.

---

## 17 Hacia la candidatura de Hermoso

---

---

Ya en la tarde noche del miércoles, tras pasar un rato corto en su despacho en el ayuntamiento intentando comprender los motivos de la retirada de Olarte de la carrera por la Presidencia regional, Manuel Hermoso coincidió con Adán Martín en el funeral de un hijo del eurodiputado Arturo Escuder. Pel Escuder, un joven de 29 años, había fallecido en un desgraciado accidente de automóvil un par de días antes. Ni su padre, que asistía a un acto en Isla Mauricio, ni su madre Ana María, que acompañaba al eurodiputado en un viaje más vacacional que político, habían llegado a tiempo de asistir al entierro, a pesar de casi dieciséis horas de vuelo desesperado.

En un ambiente de gran tensión familiar, con los familiares del fallecido destrozados y con toda la clase política, económica y social de la isla de Tenerife, pendiente de ofrecer el pésame a la desgarrada familia de Arturo Escuder, el alcalde prefirió no hablar con Adán de lo sucedido unas horas antes en Vistabella. Apenas cruzó un par de palabras con él y sólo le dijo que al día siguiente salía para Las Palmas para participar en la reunión prevista con ICAN y para entrevistarse con el presidente del PP, el senador José Macías Santana.

Adán Martín abandonó la iglesia de San Francisco y se dirigió al Cabildo. Allí hizo algunas gestiones, relativas sobre todo al procesamiento de Hermoso. Luego, al filo de la medianoche, se presentó en los estudios de Antena 3 en Santa Cruz de Tenerife para participar junto a Toni Bello, concejal del Ayuntamiento de Santa Cruz y uno de los procesados por el caso *Floreal*, en un programa de José María García. El polémico *Butanito* había entrevistado a Edmundo González el día antes, y el abogado se había despachado a gusto, no sólo contra Manuel Hermoso, sino también contra el propio Adán Martín, al que había acusado en las ondas de provocar a la justicia y propiciar una algarada callejera al citar a los dirigentes de ATI frente al juzgado, el día en que Hermoso recibió del juez Valentín Sanz comunicación oficial sobre su procesamiento.

En la emisora, al terminar el programa, le preguntaron a Adán sobre los pactos: “Para pactos estoy yo”, dijo. “Estoy demasiado ocupado con el asunto de Manolo”. Y era verdad: nada más dejar los estudios, cogió su coche y se fue al Hotel Mencey, dónde había quedado con Cristóbal Martell, el abogado que Olarte le había recomendado a Hermoso, para entrevistarse por primera vez con él.

Adán Martín llegó tarde a su cita, como casi siempre. Era ya más de las dos de madrugada y Martell se había acostado, posiblemente harto de esperar durante casi un par de horas. Adán le llamó por teléfono a su habitación, desde la conserjería del hotel: “Martell, soy Adán Martín... disculpa por despertarte y por haberte dado este plantón. Se que te vas mañana y lamento de verdad el retraso...” El abogado se ofreció a bajar al hall del Hotel. Y Adán: “No, hombre no. No hace falta que te vistas. Ponte una bata que yo subo para arriba y charlamos un rato...”. Y así lo hizo.

Esa noche acordaron dos cosas. La primera, recurrir la decisión del juez que obligaba a Manuel Hermoso a presentarse en el juzgado los días uno y quince de cada mes. La segunda, que Martell hiciera unas declaraciones en prensa, para contrarrestar la permanente presencia de Edmundo González en los titulares de los periódicos.



Adán Martín dejó el Hotel Mencey pasadas las tres de la mañana. Intentó localizar a un amigo con el que había quedado esa misma noche en el pub Tasca Tosca de la avenida de Anaga. Cuando llegó, estaba cerrado y el amigo se había ido.

A pesar de la mala noche, se levantó temprano la mañana siguiente. Mientras desayunaba, leyó en la prensa del día seis unas declaraciones de José Miguel Barragán, el coordinador de Asamblea Majorera, afirmando más o menos justo lo contrario de lo que había dicho en las reuniones con el PSOE.

El doble juego de Asamblea Majorera comenzaba a resultar insostenible. A sólo un día de cerrar un acuerdo de principio con el Partido Socialista, Barragán quería dejar claro que el pacto con el PSOE no era precisamente lo que más agradaba a la gente de Asamblea Majorera: “Se nos hace muy cuesta arriba ese acuerdo. Nosotros preferimos un pacto nacionalista”. Era, más o menos, lo convenido con las AIC en la reunión que los dirigentes majoreros habían mantenido días atrás en El cordero segoviano con Hermoso y Francisco Ucelay, y de las que Adán Martín había recibido puntual información.

Asamblea necesitaba una excusa para romper el acuerdo con ICAN, si romperlo fuera absolutamente preciso para evitar que el PSOE volviera a gobernar. Esa excusa sólo podría ser la negativa de ICAN a apoyar un pacto nacionalista con las AIC y el CDS dentro, que Hermoso había anunciado también en la prensa del jueves, respondiendo a la petición expresa que en este sentido le habían hecho Miguel Cabrera y Herrera Velázquez.

Las declaraciones de Barragán no sorprendieron entonces a nadie. Ni a Adán Martín, que sabía se iban a producir, ni al resto de los dirigentes de las AIC, que las habían pactado como contrapartida a su declaración por un acuerdo nacionalista, ni tampoco a los dirigentes del PSOE, demasiado ocupados redactando el documento-programa que habría de intercambiarse esa misma tarde con los líderes de ICAN.

José Juan Rodríguez, encerrado a cal y canto en la sede de la Regional socialista en la chicharrera calle de La Rosa, se pasó la mañana y buena parte de la tarde dictando el documento a una secretaria del partido.

Tampoco hicieron especial efecto las declaraciones de Barragán en las gentes del CDS. Quizá las conocían de antemano. O quizá estaban también demasiado ocupados para enterarse por los periódicos de lo que ellos mismos estaban haciendo. Habían reunido su comité de Federación (el órgano de dirección del CDS en Canarias) en el chalé de Juan de Quesada. Pero antes, en el domicilio particular de Julio Bonis, habían estado preparando la reunión de la tarde, Olarte y los más leales. Se estudiaron distintos escenarios para la supervivencia política del equipo que Olarte había logrado formar en torno a las siglas CDS. Después de mucho debate, y de escuchar a sectores del partido opuestos a gobernar en coalición con las AIC, se optó por un escenario que implicaba un acuerdo de acercamiento pautado a la federación de independientes, pero que pasara por la Presidencia del Gobierno ocupada por Lorenzo Olarte. En caso de que esa tesis no prosperara, se intentaría llegar a acuerdos con el PSOE. Pero la apuesta por las AIC era ya firme. El PSOE quedaba como reserva. Y esas conclusiones del equipo de leales serían exactamente confirmadas por el Comité de Federación.

Definido ese objetivo, se trataba de encontrar una fórmula para arreglar el entuerto organizado por el propio Olarte el día antes en Vistabella, al renunciar explícitamente a asumir la candidatura a la Presidencia regional: "Eso se va a caer por su propio peso. Va a bastar que Mauricio ponga el grito en el cielo si proponen a Hermoso esta tarde", planteó Luis Hernández. Pero no era cierto que fuera a bastar con eso: ya se vería a partir de esa misma noche.

Los rumores sobre la candidatura de Hermoso a la Presidencia habían comenzado a circular a última hora del miércoles, cuando algún dirigente de ATI filtró la negativa de Olarte a aceptar las condiciones de AIC para acceder a San Bernardo.

Bonis creía que había sido Francisco Ucelay el *ronco* que había hablado con la prensa, porque los rumores aparecieron en medios de comunicación de Tenerife. Bonis consideraba a Ucelay un posible candidato a ocupar la Presidencia por las AIC, y temía que pretendiera quemar a Hermoso con los rumores y aparecer entonces como sustituto. Francisco Ucelay, presidente de la Cámara de Comercio de Tenerife y *hombre fuerte* del empresariado tinerfeño, mantenía una vieja amistad con Jerónimo Saavedra, que le había nombrado directamente miembro del Consejo Asesor Económico y Social de la Presidencia durante la primera legislatura. Además, Ucelay se había manifestado en algunas ocasiones como decidido partidario de un acuerdo entre las AIC y el PSOE. Podía ser considerado un enemigo del *pacto nacionalista* con ICAN que comenzaba a definirse como alternativa al pacto de centroizquierda.

Lo que Bonis no sabía, o quizá sí sabía, pero era absolutamente incapaz de entenderlo, es que Ucelay, infinitamente más amigo de Manuel Hermoso que de Jerónimo Saavedra, no tenía la más mínima intención de ocupar la Presidencia. De hecho, su participación en política, nunca demasiado activa, había sido literalmente *forzada* por el propio Hermoso.

En el CDS, sin embargo, no creían demasiado en esas *amistades profundas*. Si creían que era imprescindible ganar tiempo a toda costa: ICAN llevaba ya muy avanzado su acuerdo con el PSOE, mientras las AIC y el CDS no habían despejado todavía algunas de las incógnitas más importantes para lograr sumar los veintitrés diputados. Lo primero era impedir que el acuerdo entre el PSOE e ICAN se firmara con carácter inmediato, y lo segundo retirar a Hermoso de la batallita por la nominación como candidato y forzar la aceptación de Olarte, en las condiciones convenientes para evitar una reacción contraria a esa candidatura en Las Palmas.

Por la tarde, las AIC y el CDS se reunieron en el Hotel Iberia para acordar una estrategia conjunta en la negociación con ICAN. Estuvieron un par de horas, sin que se

discutiera nuevamente la Presidencia, que las AIC daban ya por hecha, una vez retirado Olarte de la carrera. Después de la reunión, Bonis y Hermoso hicieron unas declaraciones conjuntas a los medios de comunicación, sin aclarar tampoco la cuestión de la Presidencia, aunque Bonis reconoció que ese podía ser un obstáculo en las negociaciones.

El encuentro con ICAN que había de producirse unos minutos después no se había hecho público, pero la gente de la prensa estaba muy pendiente. Cuando comenzaron a aparecer los dirigentes de ICAN, los citaron en la suite 1024 del Hotel, un duplex que ocupa parte de las plantas diez y once del hotel, y que el empresario Martín Paredes mantiene permanentemente alquilado para sus citas de negocio en Las Palmas.

---

## 18      **Hotel Iberia, suite 1024**

---

Aquella tarde del jueves 5 de junio, nada más comenzar la reunión del Iberia entre las AIC, el CDS e ICAN, Francisco Ucelay planteó el nombre de Manuel Hermoso como candidato, sin que nadie en el CDS se molestara en llevarle la contraria. No habían acordado hacerlo así en la reunión anterior, pero cuando el nombre del alcalde saltó al ruedo, Julio Bonis se limitó a mirar al techo. El nombre de Hermoso despertó automáticamente las suspicacias de José Carlos Mauricio. Martín Paredes, para evitar que Mauricio pudiera sacar el asunto como elemento a valorar negativamente, se refirió él mismo al procesamiento de Hermoso: “El procesamiento no sólo no es un motivo para que Manolo no sea presidente, sino que lo es para que lo sea”, dijo.

Mauricio volvió a insistir en la dificultad de llegar a un acuerdo sobre esa base, aunque hizo lo posible por quitar dramatismo al momento, asegurando que por su parte no existía ninguna animadversión personal o política contra el alcalde de Santa Cruz, presente en la reunión, y visiblemente enfadado por haberse convertido en el centro del debate.

Mauricio manifestó también su interés por un acuerdo entre fuerzas nacionalistas, pero puso una pega fun-

damental: “Creo que entre ustedes mismos tienen el asunto todavía demasiado verde. Tendrían que aclararse antes de plantearnos seriamente una oferta de Gobierno”. También se habló de la posibilidad de contar con el apoyo del Partido Popular en el Ayuntamiento de Las Palmas y en el Cabildo grancanario, para desplazar al PSOE. Alguien comentó que ese apoyo podía perfectamente producirse.

Por último, Mauricio cometió el que con el transcurso de los días habría de convertirse en su mayor error: se refirió a una llamada telefónica de un alto dirigente del Partido Popular (más tarde se sabría que fue el senador Macías el encargado de hacer esa llamada), en la que los de ICAN habrían recibido garantías por parte del PP para que no se bloquearan las negociaciones del pacto de centroizquierda, aún cuando Asamblea Majorera no quisiera continuarlas. Macías le diría a Mauricio que continuaran negociando con el PSOE, porque el PP estaba dispuesto a apoyar el regreso de Saavedra a la Presidencia, absteniéndose en la votación de la investidura.

Los motivos de una decisión tan *sorprendente* por parte del PP estaban reflejados en un informe elaborado por Bravo de Laguna, y remitido a José María Aznar, en el que se analizaban todos los pactos posibles y se definía como objetivo del PP evitar a toda costa un Gobierno con presencia de los independientes de AIC.

Curiosamente, unos minutos antes de la reunión con ICAN, Hermoso y algunos dirigentes más de la federación nacionalista se habían encontrado con el senador Macías para charlar sobre “un posible acuerdo de centro-derecha”, para el que encontraron a Macías enormemente receptivo. Sin embargo, eso no era suficiente: Macías no representaba al PP, a pesar de ser su presidente regional. Francisco Alvarez Cascos, que había llegado unas horas antes a Las Palmas, traía de Madrid el mandato de responsabilizar únicamente a Fernando Fernández y Bravo de Laguna de las negociaciones. Blas Rosales y el propio Macías, que las AIC habrían preferido de interlocutores, quedaban de momento desplazados.

Hermoso había intentado también hablar con Alvarez Cascos, con el que había mantenido un par de días atrás una conversación telefónica sobre los posibles pactos de gobierno. Pero Alvarez Cascos no participó en el encuentro. La reunión con el PP había sido -como siempre- tumultuosa y reiterativa, y se centró en el análisis de pactos realizado por Bravo de Laguna. Cuando terminó el encuentro Alvarez Cascos se retiró, sin responder a una invitación personal de Manuel Hermoso para encontrarse esa tarde con él. El hombre tenía sus urgencias.

Lo único que sacaron en limpio Hermoso y los suyos de la charla con Macías era que el PP quería a José Sintés de alcalde en Las Palmas, con los votos del CDS y los de ICAN. Pero Hermoso sabía también que el CDS apostaba decididamente por José Vicente León para la alcaldía. “La alcaldía de Las Palmas vale más que un par de consejerías del Gobierno”, se había comentado en la reunión preparatoria del Comité de Federación centrista, celebrada en casa de Julio Bonis. El CDS no contemplaba la posibilidad de ceder al PP una plaza considerada clave. Y esa era la pega principal para que el PP apoyara el desahucio de Mayoral de la alcaldía.

Así se transmitió en la reunión con ICAN en la suite 1024. Lo que no se dijo es que ICAN apostaba por convertir a Pedro Lezcano en sustituto de Carmelo Artilés, y que esa era una de sus condiciones para cerrar un posible acuerdo con el CDS y las AIC.

La reunión del Iberia concluyó más rápido de lo esperado, tras acordarse un nuevo encuentro el sábado por la mañana en Santa Cruz de Tenerife. Los dirigentes de ICAN no se comprometieron a nada, pero actuaron con lealtad para con quienes calificaron en feliz expresión de Mauricio como sus “improbables socios”, advirtiéndoles que continuarían avanzando en su acuerdo con el PSOE, por más que el pacto nacionalista no quedara totalmente deshecho.

Al terminar el encuentro, se habían colocado pocas piedras en la construcción de un posible entendimiento con ICAN. Ese entendimiento, deseado entonces más por el

CDS que por las AIC (en ATI existían todavía serias dudas sobre la conveniencia de prescindir del PP) estaba aún muy lejos de ser una realidad. Primero era necesario cerrar la oferta conjunta AIC-CDS en torno a una candidatura a la Presidencia y un reparto de poder aceptado por ambas fuerzas políticas. Pero además, había que forzar el distanciamiento de ICAN y del PSOE. Y faltaba tiempo para hacerlo: ICAN iba a reunirse al día siguiente, viernes, con el Partido Socialista. Y de ese encuentro iba a salir un acuerdo de principio para la gobernabilidad de Canarias, con Jerónimo Saavedra como presidente indiscutible y aceptado por todas las partes. Eso era ya un hecho. Un hecho que el propio José Carlos Mauricio se encargó de recordar, antes de escabullirse por la puerta del Hotel Iberia. Julio Bonis salió también pitando en un taxi. Martín Paredes evitó a los periodistas que hacían guardia en el hall del hotel escapándose por la puerta de las cocinas.

Mientras se desarrollaba el encuentro entre ICAN, el CDS y las AIC, el PSOE había enviado por fax a Oswaldo Brito y a José Carlos Mauricio sendas copias de su propuesta de programa, y había recibido la contrapropuesta remitida por ICAN. Pero también habían pasado más cosas.

La primera es que Olarte había decidido suspender *in extremis* su asistencia al Corpus de la Orotava, y se había quedado en San Bernardo, por si acaso su presencia en las negociaciones hubiera resultado “absolutamente imprescindible”. No fue así, y Olarte aprovechó para recibir en audiencia a Carmelo Sosa, uno de los empresarios de la *conexión ática* en Las Palmas.

Carmelo Sosa mantuvo un largo encuentro con Olarte, y le explicó que consideraba muy acertado “el giro nacionalista que estás intentando provocar en tu partido”. Sosa, uno de los muñidores de la integración de los alcaldes de IGC en las Agrupaciones Independientes, enfrentado por tanto a Olarte en la etapa previa a las elecciones, se había oído ya que algo podía cambiar en las AIC de Las Palmas. Empeñado desde años atrás en consolidar un proyecto de nacionalismo moderado en Gran Canaria, Sosa ofreció a Olarte sus servicios como *hombre bue-*



no para hacer posible la plasmación de un único partido nacionalista de centro, sobre la base de una confluencia de las AIC y el CDS: “A nosotros (se refería a IGC y al sector empresarial que apoyó en las elecciones al partido de los alcaldes), nos conviene mantener un tiempo nuestra estructura, antes de provocar esa confluencia con el CDS. Y en eso coincidimos plenamente con lo que tu planteas”.

Olarte le explicó su proyecto de rescatar de los archivos del Ministerio del Interior el nombre de Unión Canaria y reconvertir el centrismo en una plataforma nacionalista que pudiera federarse en AIC. “Para eso, puedes contar completamente conmigo”, le dijo Sosa. Y no hablaba exclusivamente por él, desde luego: Sosa abandonó el despacho de Olarte con la sensación de que el proyecto acariciado por él y alguno de sus amigos durante años, comenzaba a tomar cuerpo por primera vez <sup>(1)</sup>.

Inmediatamente después de despedir al empresario, Olarte recibió la llamada telefónica de Julio Bonis, contándole las incidencias del encuentro con ICAN: “Esta noche tenemos que reunirnos”, le dijo. “Mauricio ha despedido al PP”. Y luego: “Tenías razón: Ucelay ha presentado la candidatura de Hermoso”. “Pues peor”, contestó Olarte. Y lo que quería decir y no dijo era “peor para Hermoso”. Peor para Hermoso porque la presentación de su candidatura no iba a resultarle muy positiva al alcalde. Demasiados elementos en contra, como para que Hermoso pudiera llegar a ocupar el despacho en el que Olarte estaba precisamente sentado en esos momentos.

Pero Olarte no deja nada al paio. Por si las moscas, cuando terminó de hablar con Bonis llamó a su consejero de Agricultura, Antonio Castro, el hombre de AIC en La Palma, y después a Dimas Martín, presidente *in peccatore* del Cabildo conejero: “necesito el apoyo de ustedes”, les comentó a ambos: “Las islas tienen que vencer a Hermoso de que es un disparate que se presente”. Tanto Antonio Castro como Dimas Martín le aseguraron que harían lo posible.

Lo que Olarte no supo es que inmediatamente después de hablar con él, Castro llamó a Hermoso para rela-

tarle la conversación. Dimas también, pero no inmediatamente. Primero telefoneó a Martín Paredes. No lo encontró: estaba de juerga en un cabaré, intentando sobreponearse a las tensiones del día. Pero Dimas encontraría a Paredes. Vaya que sí. A primeras horas del día siguiente daría con él sin falta.

Esa noche, Olarte se reunió con un grupo de concejales del PP de Las Palmas, y con Felipe Baeza. Se había citado con ellos en el Reina Isabel de Las Palmas. Estuvo hablándoles de su proyecto nacionalista, y logró despertar el interés de Baeza y de su ex compañero de partido, Claudio Ojeda. Adelina de la Torre, una de las dirigentes del PP grancanario, también pareció enormemente interesada en un proyecto de ese tipo.

La posibilidad de lograr acuerdos concretos en Las Palmas y en el Cabildo, para desplazar al PSOE fue otro de los asuntos que se trataron esa noche. Claudio Ojeda y Adelina de la Torre apostaron decididamente por eso. Pero sólo eran dos. Hacían falta, al menos, tres concejales para arrebatarse la alcaldía de Las Palmas al PSOE, en el caso de que ICAN se prestara a hacerlo.

---

<sup>(1)</sup> El encuentro que se cita con Carmelo Sosa no se produjo, ni ese día, ni nunca. O Pomares ha manejado aquí fuentes interesadas, o confunde nombre y lugar.

Ya entrada la madrugada del viernes 7, después de que Felipe Baeza y sus colegas abandonaran la reunión del Reina Isabel, Olarte siguió reunido en el restaurante La Parrilla con Julio Bonis y Luis Hernández, en plan gabinete de crisis. Bonis explicó nuevamente lo ocurrido en la reunión de las AIC y el CDS con ICAN, y cómo andaban las cosas con la candidatura de Hermoso, que a esas mismas horas comenzaba a ser escupida por las rotativas de los periódicos. Pero Julio Bonis centró la mayor parte de su intervención en un cuidadoso y pormenorizado estudio de los movimientos de José Carlos Mauricio, el dirigente comunista por el que Bonis siente una auténtica obsesión personal.

Bonis se refirió a la indiscreción de Mauricio en la reunión del hotel Iberia, cuando habló de las garantías recibidas por el PP para avanzar en las negociaciones del pacto de centroizquierda. Esas garantías escamaban a Bonis. Y también le escamaba una recientísima llamada de Mauricio a José Vicente de León, asegurándole el apoyo del PSOE y de ICAN para la alcaldía de Las Palmas, si el CDS apoyaba el pacto de centroizquierda. A esos datos, que hacían evidente la posibilidad de un acuerdo en torno al PSOE, había que añadir las informaciones que Baeza y los

suyos habían pasado a Olarte sobre la reunión interna celebrada por el PP. Fue una reunión básicamente amañada, en la que Bravo expuso sus tesis *antinacionalistas*, logrando imponerlas a todo el mundo: el objetivo del PP no era tanto gobernar, como impedir que las AIC estuvieran en el Gobierno.

Vistas así las cosas, Julio Bonis consideraba peligroso cerrar definitivamente el entendimiento con las AIC: “Si ni el PP ni ICAN nos apoyan, acabamos empujando a las AIC a los brazos del PSOE”. Bonis desconfiaba entonces de que las AIC mantuvieran la decisión de avanzar en un proyecto conjunto. El creía necesario evitar cualquier tentación de ruptura por parte de Hermoso y los suyos, y consideraba muy difícil impedir esas *tentaciones* si el PP e ICAN decidían mantenerse al margen del juego. Por eso planteaba lo que definió como *prioridades estratégicas* de la negociación.

La primera de esas prioridades, según dijo, era *serenar* a Mauricio, ocupado de engañar a todo el mundo para que no resultaran evidentes las desavenencias internas en ICAN. La segunda, mantener por todos los medios a Asamblea Mayorera en la negociación con el PSOE, para evitar que el PSOE buscara la vía de las AIC. La tercera prioridad consistía en romper la cerrazón del PP a un acuerdo de centroderecha, enviando los oportunos mensajes a Madrid. Si todo ello se lograba, se prepararía el camino para que Olarte mantuviera la Presidencia, bien en un pacto nacionalista, bien en un pacto de centroderecha.

Luis Hernández, encargado de las primeras negociaciones *directas* con José Carlos Mauricio, se extendió en una larga y agotadora consideración sobre la actitud reacia de ICAN a arriesgar lo ya conseguido con el PSOE: “Podrían apostar por un acuerdo nacionalista, pero sólo si ven que no tienen ninguna posibilidad de cerrar con el PSOE. Si pueden hacerlo, lo van a hacer y a toda prisa. Mauricio se ha dado cuenta de que o lo hacen deprisa o se quedan fuera”.

Deprisa, deprisa, deprisa.... todo iba demasiado deprisa. ¿Cómo frenar las prisas? ¿Cómo retrasarlo todo al

menos hasta el día 15, cuando los pactos en ayuntamientos y cabildos hubieran quedado definitivamente cerrados? ¿Y como hacer bascular el centro de las decisiones desde el PSOE hacia el bloque AIC-CDS? Olarte sabía que si lograba encontrar una respuesta a esas tres preguntas, podría llegar a controlar la situación.

Estuvo dándole vueltas durante unos minutos, en silencio. Luego empezó a hablar: había que tejer una trampa. Una trampa que primero hiciera reflexionar a las AIC sobre los peligros de dar una batalla por la Presidencia del Gobierno, que haría ganar al PSOE los días necesarios para cerrar su propia operación con ICAN. Una trampa que además sirviera para entretener a todo el mundo el mayor tiempo posible y que acabara convirtiéndolo a él, nuevamente a él, en el fiel de la balanza de los pactos. Volvió a callar durante unos instantes. Y luego dijo: “Miren... lo que vamos a hacer es lo siguiente...”, y lo fue contando todo, ante un receptivo Julio Bonis y un sorprendido Luis Hernández, que acabó frotándose las manos: “Si nos sale, si son tan ingenuos que se lo creen, los vamos a tener justo dónde queremos...”, dijo Hernández. Y Olarte: “La gente siempre acaba por creer lo que necesita creer. Saavedra necesita creerse precisamente esto”.

Y eso fue todo. Bueno, eso y que después, a los postres, llegó Vicente Alvarez Pedreira. Pero no le contaron nada.

Esa misma noche, Julio Bonis habló con su amigo Héctor de Armas, directivo de Trasmediterránea que en tiempos de la presidencia saavedrina había desempeñado la portavocía del Gobierno regional. A través de Héctor, Bonis consiguió localizar a Saavedra en su casa de Madrid y le mandó el recado de Olarte. Saavedra llegaba a Las Palmas precisamente la mañana siguiente, tras haber permanecido en Madrid, en la reunión del Comité Federal. Bonis quedó con Saavedra para las cuatro de la tarde, en el domicilio del socialista en Vegueta.

Saavedra participó al día siguiente por la mañana en la reunión del PSOE con ICAN, que había empezado a las nueve y poco en el Hotel Sansofé de Las Palmas.

En la primera fase del encuentro PSOE-ICAN, el ambiente era de absoluta desmoralización en las sedes del PSOE: “los mayoreros nos van a hacer la pirula”, se decía. Y no dejaba de ser cierto.

Pero por la tarde, tras la reunión de Saavedra con Bonis, el ambiente cambió radicalmente y una ola de alegría incontenible comenzó a extenderse entre los socialistas: el pacto estaba hecho, con o sin los mayoreros. Y si estaba hecho sin los mayoreros, eso quería decir que hasta los mayoreros acabarían apoyándolo por no quedarse fuera.

Saavedra había recibido de Bonis una oferta formal del CDS para entrar en negociaciones y constituir un verdadero pacto de centroizquierda, entre ICAN, el CDS y el PSOE. Bonis le había explicado al dirigente socialista que su gente no estaba dispuesta a aceptar las condiciones impuestas por AIC para un pacto, y que Lorenzo podía retirarse si el PSOE le garantizaba una solución económica y la no beligerancia del Canarias 7, con cuyos dueños los socialistas grancanarios mantienen una relación más que cordial.

Bonis trasladaba un mensaje del CDS, y no lo planteaba exactamente en unos términos tan crudos. Pero esa era la lectura que podía hacerse de lo que Julio Bonis había venido a plantear. Lo cierto es que con el ofrecimiento del CDS, Saavedra veía desbloquearse unas negociaciones obligadas por la matemática electoral a un drástico maniqueísmo entre la derecha y la izquierda.

Con la decisión del CDS de iniciar contactos con el PSOE para apoyar el pacto de centroizquierda y ocupar algunas parcelas de Gobierno, el PSOE comenzaba a tener la sartén por el mango. El CDS no renunciaba a continuar negociando con las AIC, había dicho Bonis a Saavedra, pero Saavedra había intuído que ese camino estaba cerrado al no haber aceptado las AIC ofrecer la presidencia a Olarte. La candidatura de Hermoso, anunciada esa misma mañana en los medios de comunicación, había terminado por secar la fuente del entendimiento.

Saavedra conoce a Lorenzo Olarte muy bien, y sabía que Olarte jamás le cedería el poder a Manuel Her-

moso a cambio de nada. Mejor hacerlo a un paisano, a un grancanario dispuesto además a encontrar una solución a los problemas económicos del ex presidente y su gran familia.

Saavedra estaba comenzando a caer en la trampa de creer lo que le convenía creer. Y lo que desde Madrid la Federal del PSOE se empeñaba en hacerle creer: “Puedes negociar con Olarte, Caso nos ha garantizado su apoyo. Es algo seguro. Está desesperado por encontrar una solución personal”.

No pudo resistirse y anunció a sus socios de ICAN que el CDS quería sumarse al acuerdo. Lo comunicó también a los medios de comunicación al mismo tiempo que el cierre del acuerdo con Iniciativa Canaria y con el herreño Padrón, que se enteró por la radio de que él estaba ya apoyando un pacto de centroizquierda, sin que se lo hubieran consultado siquiera.

En la rueda de prensa ofrecida en la cafetería del Hotel Sansofé, la izquierda toda, feliz y sonriente, anunció el cierre de un acuerdo de progreso. Estaba tan cantado que había acudido a cubrir el acontecimiento hasta el director de Canarias 7, José Luis Torró. José Carlos Mauricio y Oswaldo Brito felicitaron el cierre del compromiso con el PSOE, pendiente únicamente de su formalización en el reparto de las consejerías. Barragán permaneció durante toda la rueda de prensa tieso como un palo y sin rechistar. Lo pasó muy mal. Entre las gentes de AM hay una profunda raíz cristiana. Y para los cristianos, aunque sean políticos, mentir es pecado.

Sólo unos minutos antes de que Jerónimo anunciara que el Pacto de centroizquierda era ya un hecho, Lorenzo Olarte marcó el teléfono de Manuel Hermoso para comunicarle que Julio Bonis se había entrevistado con Saavedra. Le salió que ni hecho aposta: no encontró al alcalde, pero dejó recado con su hijo. “Soy Lorenzo Olarte, dile a tu padre que Julio Bonis ha hablado con Saavedra, pero que se trata sólo de hablar. Que no se preocupe. Que ya lo llamaré luego”. Olarte también tuvo la deferencia de llamar a los mayores y a Tomás Padrón. Les dijo lo mismo: “No se preo-

cupen que no pasa nada. Sólo estamos ganando tiempo.”

A Hermoso el recado le llegó tarde, después de que la inmediatez de la radio le hubiera forzado a defender la lealtad de Lorenzo Olarte, a pesar de las certezas de los locutores que le aseguraban que el pacto de la izquierda estaba cerrado y que el CDS había ofrecido sumarse, que era exactamente lo que Jerónimo Saavedra había anunciado en la rueda de prensa, y lo que los periódicos jurarían en primera el día después.

La verdad es que Hermoso las pasó difíciles, con todos los micrófonos reclamándole una palabra -traición- que él mismo tenía en la punta de la lengua. Una palabra que el alcalde se resistió contra todo pronóstico a pronunciar, y que otros de los suyos, consultados también por la radio sin previo aviso, supieron guardarse en la faltriquera del alma: “El CDS está en su pleno derecho de mantener las conversaciones que considere convenientes, igual que hacemos nosotros. Pero ambos estamos trabajando por un mismo acuerdo”. Eso dijeron, más o menos, todos los consultados. La primera fase del asunto se había saldado con enorme prudencia por parte de las Agrupaciones Independientes.



Después de llamar a Hermoso y a sus otros potenciales socios, para ponerles al corriente de la entrevista de Julio Bonis con Saavedra, Olarte se fue con María Lecuona a La Laguna, a participar en un homenaje al obispo Iguacén, en su cincuenta aniversario como sacerdote. Fue en la tarde del viernes 7 de junio. A la salida de la catedral charló apenas unos minutos con Adán Martín, para tranquilizarle sobre el acuerdo PSOE-ICAN y su propia oferta al PSOE: “Déjalos que se lo crean. Se trata sólo de ganar tiempo y esto está hecho”. Y luego, como si no hubiera podido evitarlo: “Pero quiero el poder y libertad para desmontar el CDS a su tiempo y forma. Si no están de acuerdo, tres consejerías con el PSOE tampoco me vendrían mal...”. Lo dijo riéndose, medio en serio, medio en broma. Pero a Adán Martín no le hizo un pelo de gracia. Ni un pelo.

Por eso asistió el presidente del Cabildo tinerfeño a las negociaciones del CDS y las AIC con ICAN, que comenzaban a la mañana siguiente, en el Hotel Mencey. Porque no acababa de fiarse de que Olarte estuviera preparando una de sus trastadas, y porque quería comprobar con sus propios ojos hasta donde estaban dispuestos a llegar los centristas en su pirueta para confundir al PSOE.

La reunión con ICAN dió de sí lo suficiente como para dejar a los nacionalistas de izquierda mucho más confusos de lo que habían estado el día antes, tras la firma del acuerdo de principio con el PSOE. José Carlos Mauricio, convencido ya de que el acuerdo nacionalista podía llegar a plasmarse, e intuyendo la deserción de los majoreros, pasteleó durante la rueda de prensa al referirse al acuerdo alcanzado por el PSOE. Con todo el rigor que le permitía la ocasión, volvió a afirmar que el acuerdo estaba suscrito y pendiente únicamente de ser ratificado por al menos quince de los veintiún miembros del Consejo Político de ICAN. Pero tanto él como Oswaldo Brito abrieron un poco más la rendija de la puerta del acuerdo nacionalista. Apenas un poco, pero lo suficiente como para que se notara la diferencia con respecto al día anterior.

En muestra de buena voluntad, incluso hicieron público y oficial un rumor que había venido extendiéndose en los días anteriores: Fernando Fernández se había dirigido a ellos para montar una *operación de limpieza* en el Cabildo de Tenerife y en La Laguna, destinada a descabalar a ATI de esas corporaciones. Aclararon que se habían negado a discutir siquiera el asunto, por tratarse de una “traposonda política” sin base ni fundamento. Fernández desmentiría la oferta al día siguiente, en unas durísimas declaraciones en las que acusaba de mentiroso a Mauricio y se refería a los dirigentes de AIC calificándoles de “torpes e incompetentes”. Sólo una semana más tarde, los hechos y la cabeza de Elfidio rodando por el salón de la casa de los Adelantados, demostrarían que Fernández si había realizado su oferta.

La tarde del sábado día ocho, nuevamente en el domicilio presidencial en Vistabella, tras la reunión con ICAN, los negociadores de AIC y el CDS se pusieron por fin de acuerdo en el reparto de la herencia y aceptaron nombrar a Lorenzo Olarte albacea del Gobierno. Olarte se comprometía a integrar sus siete diputados en un grupo parlamentario conjunto, CDS-AIC, y a dar -con el tiempo suficiente- los pasos necesarios para que el desguace del CDS y su venta por piezas a las Agrupaciones Indepen-

dientes no resultara traumático para nadie, y especialmente para los 5.342 afiliados que componen el censo del centrismo grancanario<sup>(1)</sup>. Fue en Vistabella dónde se cerró definitivamente la conjura, la trampa olartiana, al acordarse un sutil reparto de los papeles entre el CDS y las AIC para el resto de las negociaciones.

El CDS se encargaría de entretener al PSOE, las AIC de mantener ocupado al Partido Popular, y ambos partidos intentarían llevarse el gato al agua de un acuerdo nacionalista con treinta y un diputados. Si ese acuerdo no prosperaba, ante la posible negativa de ICAN a apoyarlo, el repuesto estaba entonces claro: un pacto de centroderecha con el apoyo herreño y majorero.

Olarte había logrado colocar la pelota de los pactos por primera vez en su propio tejado: las AIC aceptaron no imponer condiciones ni calendario definido para la integración de Olarte y los suyos en la federación. Ahora comenzaba realmente el baile.

Esa misma tarde, mientras un confiado y satisfecho Comité Regional del PSOE aprobaba mantener las negociaciones con ICAN y extenderlas al CDS, así como agradecer a Tomás Padrón su apoyo, Julio Bonis marcaba el teléfono 220055 y hablaba con un redactor de La Provincia, para comunicarle que el CDS había decidido iniciar negociaciones con el PSOE. Cuando la noticia llegó a los miembros del Comité Regional del PSOE, esa misma tarde, fueron muchos los que felicitaron a Jerónimo Saavedra, al que todos veían ya como presidente *in pectore* del Gobierno de Canarias.

La mañana del domingo, siguieron las reuniones, esta vez en Las Palmas: se reunieron primero el PSOE e ICAN para establecer pautas conjuntas en la negociación con el CDS. Luego el CDS se incorporó a los encuentros del hotel Sansofé, y se designaron las comisiones negociadoras y los grupos de expertos para las comisiones técnicas. Olarte y su grupo optarían esa misma tarde por enviar a las negociaciones a afiliados que no estaban al corriente de la conjura. A Toni Rivero y a Lorenzo Suárez se les dijo que había que avanzar *en serio* en las negociaciones. Se les insistió

en que no se descartaba la posibilidad del acuerdo con las AIC, pero tampoco con el PSOE, y que había que avanzar todo lo posible. Y así lo hicieron.

Durante las negociaciones no llegaron a saber que se trataba de una pura finta para ganar tiempo y forzar a ICAN y al PP a reconsiderar sus iniciales posiciones.

Y mientras el CDS entretenía al PSOE, las AIC se aplicaron en convencer al PP. La tarde del domingo, en la 1024 del Hotel Iberia, Hermoso, Ucelay y Martín Paredes, se reunieron con Macías y Bravo de Laguna para un primer tanteo. Bravo, dispuesto a bloquear cualquier entendimiento, puso muy alto el listón negociador. Como contrapartida por el apoyo popular a un Gobierno de centroderecha, pidió tres consejerías, la vicepresidencia del Gobierno, la presidencia del Parlamento, el senador por la Comunidad Autónoma y la presidencia del Cabildo de La Palma. Le dijeron que no continuara. Pero también para Bravo de Laguna se había preparado un buen golpe de efecto: a las siete de la tarde, mientras seguía la reunión en la suite del Iberia, Martín Paredes hizo una llamada telefónica. Como respuesta a esa llamada aparecieron en el hotel una quincena de cargos públicos y orgánicos del PP grancanario. Llegaron Blas Rosales, y Felipe Baeza, y Claudio Ojeda, y Ricardo Rodríguez Martínón, y Adelina de la Torre, y Paco Pepe Manrique... Llegaron todos.

A la habitación dónde los áticos discutían con Bravo y Macías subieron Baeza, Rosales y Rodríguez Martínón. Y en un aparte con Bravo, le explicaron que si Madrid bloqueaba el pacto de centroderecha, habría *movida* en Las Palmas: "Somos el setenta por ciento del PP en Canarias", les dijeron. Y le asustaron tanto, que esa misma noche, Bravo y el resto de los negociadores conservadores se comprometieron a dar una respuesta antes de las doce del día siguiente. Una respuesta que tenía que ser o sí a la negociación en serio, o sí a quedarse fuera del Gobierno. Bravo y Macías dejaron el Iberia con el rabo entre las piernas.

No serían los únicos que tendrían que envainársela en los días siguientes: esa misma tarde, Fernando Fer-

nández había llamado por teléfono a Claudio Ojeda, al que conocía bien de los tiempos en los que ambos estaban en el CDS. Ojeda le habló de la conveniencia de un pacto de centroderecha, y del interés del PP grancanario por cerrar ese acuerdo. Fernández fue categórico: “conmigo que no cuenten, no participaré nunca en ese pacto. Ese sería el *Pacto de la golfada*”.

Fue como consecuencia de esa conversación entre Fernández y Ojeda, y también por la llamada telefónica de Martín Paredes por lo que el grupo de Baeza decidió presentarse en el Iberia “a ver como van las cosas”. Antes de que pasara un día, Fernández comenzaría a hacer declaraciones favorables a un acuerdo de centroderecha. Y es que Baeza y los suyos, con el apoyo *madrileño* de Blas Rosales, se habían movido muy bien.

La noche del domingo, los independientes y los centristas cenaron juntos en el restaurante del hotel Iberia, celebrando los iniciales éxitos de la provechosa jornada del domingo. Hermoso y Ucelay decidieron quedarse en el hotel para esperar la respuesta del Partido Popular, que había de producirse al día siguiente. Hermoso comentó que el pacto todavía tardaría días en materializarse: “yo creo que por lo menos hasta finales de la semana que va del 17 al 23, después de cerrar los ayuntamientos y cuando todos empecemos a estar un poco hartos de esta historia”. Después del café los centristas se fueron a tomar unas copas con el grupo de Claudio Ojeda al hotel Santa Catalina.

Los hilos del engaño se iban tejiendo con precisión milimétrica, mientras el PSOE, todavía *in albis*, celebraba la segura victoria. Una victoria que creía tener amarrada con tres sogas distintas: la soga del apoyo de la izquierda, garantizada por las negociaciones con ICAN y la oferta de la vicepresidencia a Oswaldo Brito; la soga de las garantías ofrecidas por el CDS nacional y por Julio Bonis, para alcanzar un acuerdo en Canarias; y, desde el primer día, la soga del ofrecimiento de Fernando Fernández para evitar a toda costa un gobierno nacionalista, comprometiéndose incluso la abstención de los diputados populares

en la investidura de Jerónimo Saavedra. Una abstención que sólo había de producirse si fuera necesaria para evitar la continuidad de Olarte y Hermoso en el poder.

Frente a ese nudo perfecto de garantías y certezas, era poco lo que las fintas y engaños de la negociación pudieran hacer, creía el PSOE. Pero el nudo estaba resultando ser un nudo gordiano. Y Hermoso y Olarte tenían la espada para cortarlo de un solo tajo.

---

<sup>(1)</sup> Nunca he pretendido desguazar o vender nada, y mucho menos mi partido. Lo que necesitaba era tiempo para poder hacer la reconversión del CDS al nacionalismo, paso previo e inexcusable para una posterior confluencia con las AIC o con otras fuerzas nacionalistas.

Desde la certeza de que el Pacto de centroderecha era el más difícil y complejo, las gentes de AIC intentaron tensar la cuerda el mayor tiempo posible. Con el CDS entreteniéndolo al Partido Socialista, las AIC debían forzar un pronunciamiento del Partido Popular favorable a un acuerdo de centroderecha, que permitiría mantener la negociación con ICAN en igualdad de condiciones. Tanto Mauricio como Oswaldo Brito habían variado sutilmente sus iniciales posiciones de apoyo cerrado al acuerdo con el PSOE. La desconfianza de ICU y ACN para con sus socios majoreros y la entrada del CDS en las negociaciones con el PSOE habían convencido a los dirigentes de ICAN de la necesidad de resituarse en el complejísimo entramado de conversaciones y contactos entre las fuerzas políticas.

La mañana del lunes 10 de junio, llegó el primer pronunciamiento del PP canario, favorable a un acuerdo de centroderecha, siempre y cuando se produjera "un trato más digno que el del 87" eso quería decir que el PP, con los mismos diputados que cuatro años atrás, aspiraban ahora a una mayor presencia en el Gobierno: al menos tres consejerías. El recado lo recibieron Hermoso y Francisco Ucelay en el hotel Iberia, con el aviso de que ese acuerdo, adop-

tado por la dirección regional del partido conservador, estaba aún pendiente de confirmación por parte de Madrid. Blas Rosales salió esa misma mañana con destino a la sede nacional del PP, en Génova 13, comprometiéndose a obtener la confirmación del apoyo de Madrid a un acuerdo antes de que concluyera el día. Ni Hermoso ni Ucelay creyeron que esa confirmación pudiera producirse tan rápidamente, pero el primer paso estaba dado: si Rosales conseguía convencer a la dirección conservadora, y el PP canario entraba en el juego de la negociación con ese nuevo *grupo* que en AIC se comenzaba a definir como “el bloque nacionalista”, el PSOE quedaba a merced de la decisión final de las AIC y el CDS. El proyecto de un Gobierno nacionalista ganaba tiempo, y ese era el inicial objetivo táctico que se había trazado Manuel Hermoso.

El alcalde de Santa Cruz y Francisco Ucelay regresaron ese mismo lunes al mediodía a Tenerife, con la íntima sensación de que las cosas comenzaban a estar encaminadas.

En Las Palmas quedaron los dirigentes y los técnicos del PSOE, de ICAN y del CDS, continuando su ronda de negociaciones en el hotel Sansofé. Las conversaciones para la incorporación del CDS al pacto de centroizquierda diseñado por Jerónimo Saavedra progresaron esa mañana a tal velocidad, que a pesar de las llamadas de Julio Bonis a Manuel Hermoso en los recesos de los encuentros, el nerviosismo comenzó a extenderse. Especialmente en Asamblea Majorera, sorprendida por la brillante interpretación que los técnicos y dirigentes centristas hacían de su papel de negociadores. José Juan Herrera Velázquez llegaría a pedir al acabar la sesión de trabajo de las comisiones técnicas, la tarde del lunes, un compromiso por escrito a Lorenzo Olarte, garantizando que no existía por parte del CDS verdadera intención de pactar con el PSOE. Olarte le envió una nota manuscrita desde el fax de su domicilio de Vistabella, asegurando que jamás apoyaría la investidura de Saavedra. Así de claro.

Herrera necesitaba esa nota para hacer valer sus posiciones en la reunión convocada para esa misma noche



en la Mantilla, en la que los afiliados y cuadros intermedios de Asamblea Mayorera tenían que pronunciarse a favor o en contra de un acuerdo de centroizquierda. Asistieron al tumultuoso encuentro unas 110 personas, de las que casi cien votaron rotundamente en contra de un acuerdo con el PSOE. Tomás Padrón también se había desplazado a Fuerteventura para reforzar con su presencia las tesis de la dirección mayorera, decidida a participar el pacto de Gobierno, pero contraria a hacerlo apoyando al Partido Socialista. Padrón tenía además que terminar de cerrar un acuerdo secreto con los mayoreros, para exigir en el Gobierno, fuera nacionalista o de centroderecha, al menos una cartera para el *lobby* mayorero-herreño. Padrón creía que los mayoreros no querían a un hombre suyo desempeñando esa cartera, porque el mayorero mejor colocado para acceder a ese puesto, Miguel Cabrera, no estaba en condiciones de renunciar a su bien remunerada actividad profesional como arquitecto *oficial* de la isla. Cabrera, además, desde los tiempos del Pacto de Progreso, siempre había evitado que algún compañero suyo pudiera acceder a una Consejería, prefiriendo manejar directamente los hilos con el poder, desde una cómoda independencia del Gobierno. Por eso, el candidato ideal para ocupar un puesto en el nuevo Gobierno era el propio Tomás Padrón, liberado ahora de sus servidumbres al Cabildo herreño. Por eso el pequeño y hábil Padrón no dudó en desplazarse a Fuerteventura aquella noche. Le tentaba la posibilidad de ser consejero de Industria y Energía y *despachar* alguna de sus viejas cuentas pendientes con Antonio Castellano, su jefe en UNELCO.

También Adán Martín estuvo a punto de asistir al encuentro de la Mantilla, aunque al final desistió de hacerlo, siguiendo la recomendación de algún compañero de partido que consideraba *poco diplomático* dejarse ver aquella noche en Fuerteventura, precisamente cuando las negociaciones con el PP acababan de empezar.

El secretario general de ATI se quedó entonces en su despacho del Cabildo tinerfeño, y aprovechó para recibir a una delegación del PP, integrada por su presidente en Tenerife, el empresario Ignacio González, por el diputado

regional y ex consejero Manuel Fernández, y por el cabeza de lista del PP en las elecciones al Cabildo, el abogado Francisco Marcos. En la reunión se pasó revista a la situación municipal, acordándose el apoyo del PP al Ayuntamiento de La Laguna. Se habló también del probable apoyo mayorero a un Gobierno de centroderecha, que era la carta jugada por ATI en sus conversaciones con los conservadores.

Cuando José Carlos Mauricio tuvo conocimiento de lo que había sucedido en la reunión de Asamblea Mayorera, y del casi unánime rechazo a apoyar al PSOE, comenzó a comprender que la ruptura de ICAN podía llegar a consumarse: la única posibilidad de evitar que la coalición de la izquierda saltara por los aires era ganar tiempo también. Para eso se había decidido retrasar la reunión del Consejo Político de ICAN, prevista para el martes 11, hasta el viernes 14, y se había acordado celebrarla en Fuerteventura. Mauricio, haciendo gala del maquiavelismo que le ha hecho famoso como negociador, había decidido que la reunión se celebrara precisamente en la isla mayorera, para que en ella pudieran participar como invitados los dirigentes de AM. Así se conseguía un doble objetivo: primero, que la presencia y participación de una nutrida representación de los mayoreros en el debate, hiciera bascular las posiciones más irreductiblemente antinacionalistas de ICU, colocando la decisión en punto muerto. Mauricio también necesitaba ganar tiempo: sabía que ICAN podía romperse, y sabía igualmente que la única posibilidad de mantener la unidad de la coalición era decantarse por un gobierno nacionalista. Pero hacerlo podía romper su propio grupo, Izquierda Canaria Unida, en el que la inmensa mayoría de los dirigentes, Sanjuan, Fernando González, Wladimiro Rodríguez Brito, Angulo, González Viéitez... eran todos partidarios de un entendimiento de la izquierda.

El segundo objetivo de celebrar la reunión del Consejo Político en Fuerteventura era el de presionar psicológicamente a la dirección de AM para que la ruptura de ICAN no se consumara precisamente en la isla.

El martes, una comisión de ICAN tenía que reunirse por primera vez con las Agrupaciones Independientes para iniciar los contactos con vistas a la firma de un acuerdo de las fuerzas nacionalistas. A través de un amigo común, Mauricio intentó hacer llegar a Adán Martín el mensaje de que en el encuentro entre AIC e ICAN se *tentara* a Oswaldo Brito con algún cargo importante: no en balde, el PSOE había aceptado convertir al profesor lagunero en vicepresidente del Gobierno. Mauricio pensaba que esa oferta podía pesar sustancialmente en las negociaciones, convirtiendo a Oswaldo Brito en el principal defensor de un acuerdo con el PSOE, como efectivamente habría de ocurrir.

Mauricio, en cualquier caso, no estaba decidido aún a nada, excepto a retrasar el desenlace de los acontecimientos. Y a eso se aplicaba.

El martes, a pesar de la intensidad de las negociaciones, fue un día muerto. La comisión técnica del CDS se reunió con la del PSOE y con la de ICAN y se estuvo discutiendo sobre los nueve puntos del programa centrista que el CDS quería incorporar al pacto de centroizquierda. En otras mesas, menos técnicas, también se habló de carteras, llegándose a un acuerdo de principio para que el CDS se quedara con tres, entre ellas las de Economía, *adjudicada* a uno de los negociadores, Luis Hernández. El nivel de entendimiento fue muy alto, y se discutieron con toda precisión asuntos referentes a la distribución de la Mesa del Parlamento y las direcciones de las empresas públicas, de entre las que ICAN había pedido al PSOE la que gestiona la cultura, SOCAEM.

También se reunieron el martes el PSOE y el PP. Lo hicieron en el hotel Príncipe Paz de Santa Cruz de Tenerife. Asistieron por parte conservadora el senador Macías, Ignacio González y Manuel Fernández. Fernando Fernández no participó en el encuentro. Nada más sentarse a hablar, el empresario Ignacio González preguntó cuántas carteras estaba dispuesto a ceder el PSOE al PP. Los negociadores socialistas hicieron por no reír en ese momento... Tanto Juan Alberto Martín como Juan Carlos Alemán y Emilio Fresco habían aceptado participar en una en-

trevista *informal* con los populares, de la que no tenía que salir nada en claro, y menos un acuerdo de Gobierno. Las verdaderas negociaciones con el PP no se estaban desarrollando en torno a esa mesa, aunque los enviados populares no lo supieran. Por eso no había acudido Fernando Fernández...

Ese mediodía, por primera vez y en la sede de ATI, se reunieron las comisiones negociadoras de ICAN y AIC. Oswaldo Brito vetó la presencia del CDS, exigiendo a los centristas que aclararan su posición en las negociaciones con el PSOE. El encuentro se prolongó desde el mediodía hasta bien entrada la tarde, con un receso para comer.

La negativa de ICAN a que el CDS participará en el encuentro conjunto de la calle Galcerán provocó una llamada de Lorenzo Olarte a Francisco Ucelay. Julio Bonis había hecho llegar a Olarte que habían sido las AIC las que no habían permitido la participación del CDS. En la conversación entre Ucelay y Olarte, se despejó el malentendido y se comentó la necesidad de acelerar las negociaciones. Ucelay le dijo a Olarte que la situación de doblez permanente del CDS comenzaba a ser insostenible y estaba perjudicando las negociaciones para un acuerdo *nacionalista*. Olarte coincidió con Ucelay en que el CDS no debía dilatar demasiado los contactos con el PSOE.

No fue la de Ucelay la única llamada recibida por Olarte esa tarde. El senador Macías llamó al menos cuatro veces al chalé de Vistabella. Las tres primeras, Olarte no se puso al teléfono. Sólo a la cuarta llamada, cuando se enteró de que el PSOE y el PP habían mantenido un encuentro (definido como *de tanteo* por el PSOE), Olarte decidió hablar con Macías. Fue sin embargo una conversación muy breve, en la que Macías le comunicó lo mismo que unos minutos antes Blas Rosales había hecho saber a Manuel Hermoso: el ex consejero de Turismo del gobierno de Canarias había logrado hablar con José María Aznar en Madrid, y había recibido el visto bueno de la dirección nacional para negociar un acuerdo de centroderecha. Las gestiones para ganar tiempo daban sus primeros frutos. El rompecabezas comenzaba a encajar.

Ganar tiempo a toda costa, vencer la guerra de los nervios: esa era la consigna. En los cuarteles generales de las AIC y del CDS se tenían indicios suficientes para creer que el Partido Popular y el PSOE se habían comprometido en un acuerdo de beligerancia para frenar las posibilidades del nacionalismo emergente. En los días anteriores habían circulado rumores y comentarios sobre instrucciones recibidas desde la ejecutiva nacional del Partido Popular, respaldando las tesis de un informe enviado por Bravo de Laguna a José María Aznar, en el que se definía como objetivo de la política de Pactos evitar a cualquier precio un Gobierno que permitiera la consolidación de un proyecto nacionalista en Canarias. A ese análisis, correcto desde el punto de vista de los partidos *centralistas*, se sumaba la certeza de que Fernando Fernández estaba dispuesto a utilizar todos los medios a su alcance para consumar su venganza personal contra Hermoso y Olarte, a la que había dedicado todo su tiempo desde la moción de confianza de noviembre de 1988.

Cuando el senador Macías llamó a Lorenzo Olarte por cuarta vez la noche del martes 11 de junio, para asegurarle que Madrid apostaba por una fórmula de centroderecha, Olarte llegó a creer que el pacto con el PP era ya po-

sible. Mientras él daba por prácticamente cerrado un acuerdo de centroderecha, los suyos habían avanzado en la negociación con el PSOE hasta el extremo mismo de estar ya dispuestos a firmar.

La noche del martes, había sido Francisco Rodríguez Batllori el que, desde el Telecanarias, gentilmente cedido por un Juan de la Cruz decidido ya a hacer las maletas, había anunciado que “el acuerdo programático con el PSOE es ya un hecho”. Otro de los dirigentes insulares del CDS, Lorenzo Suárez, al igual que Julio Bonis capitán de Jet-Foil, aseguraría al mediodía siguiente que las fuerzas del centroizquierda, CDS, ICAN y PSOE, habían logrado alcanzar el acuerdo “en más del noventa por ciento de las corporaciones locales e insulares de Canarias”. Y era cierto, además: absolutamente cierto.

Los negociadores centristas se habían reunido con los coordinadores insulares de ICAN y los secretarios generales de las siete agrupaciones insulares del PSOE, para ir cerrando en reuniones monográficas cada una de las candidaturas municipales. Habían quedado pendientes las de Las Palmas y algún Cabildo, pero ninguna de ellas corrían prisa. Los cabildos no tenían que constituirse hasta diez días más tarde, y un recurso contencioso electoral preparado por el CDS había retrasado la toma de posesión de los concejales de Las Palmas hasta el día 5 de julio. Rumores sobre la adjudicación de la alcaldía de Las Palmas a Luis Hernández, con el apoyo del PSOE e ICAN, colocaban al consejero de Economía, también *tocado* para repetir en su puesto, en una excelente posición como negociador.

La fluidez de las negociaciones entre el CDS y los otros socios del pacto de centroizquierda había desarrollado entre los propios negociadores centristas una conciencia de aproximación al PSOE que no se correspondía en absoluto con los solemnes juramentos de Lorenzo Olarte durante la campaña electoral, asegurando que Saavedra jamás sería presidente con sus votos. Pero si la mayoría de los negociadores centristas había terminado por creerse a pies juntillas la comedia bufa montada por

Olarte, Bonis y Hernández; aún más peligrosa para la conjura era la situación de relativo privilegio que Bonis y Hernández habían conseguido al colocarse en el centro del proceso negociador.

La mañana del miércoles, Olarte interrumpió la participación de Bonis en la mesa de negociación municipal, al llamarle por teléfono pidiéndole que dejara de pisar el acelerador del acuerdo con el PSOE. Bonis no hizo declaraciones públicas a partir de ese día. La evidencia de que precisamente los dos hombres más próximos a Olarte comenzaban a creer ellos mismos también en la bondad de un acuerdo con el PSOE, hizo perder los nervios a los socios *menores* del acuerdo nacionalista, y destapó en las AIC la sospecha de que alguien en el CDS no estaba jugando limpio con ellos.

Los majoreros, pieza clave en el esquema de negociaciones diseñado por las AIC y el CDS, no fueron capaces de soportar la situación de tensión y de permanente engaño que comenzaba a resultar evidente para todo el mundo, menos para los socialistas, todavía convencidos de la “transparencia y correctas intenciones” del CDS e ICAN en las negociaciones.

Miguel Cabrera llamó a Tomás Padrón y a Olarte esa tarde, para exigir que el CDS clarificara su posición de una vez por todas. Era el mismo mensaje que había lanzado públicamente Oswaldo Brito (aunque con diferente intención) al negarse a aceptar la participación del CDS en las negociaciones desarrolladas entre AIC e ICAN el día antes.

En esas negociaciones, que siguieron a lo largo de toda la mañana del miércoles, Mauricio intentó provocar la ruptura del entendimiento entre las AIC y el CDS, al plantearse desde ICAN, siguiendo concretas instrucciones suyas, que la presidencia de Olarte era un obstáculo insalvable para cerrar el acuerdo nacionalista. Oswaldo Brito llegó a plantear el nombre de Antonio Castro como posible candidato sustitutorio, pero ni Hermoso ni Ucelay, presentes en la reunión, *picaron* en la añagaza. Ambos aseguraron que la Presidencia de Olarte era innegociable.

Pero el pacto de hierro entre el CDS y las AIC comenzaba a resquebrajarse. Bonis y Hernández acudían día tras día a Lorenzo Olarte con quejas y desconfianzas sobre el papel de las AIC en la negociación con ICAN y el PP, mientras ellos precipitaban el acuerdo con el PSOE. Los empresarios grancanarios habían hecho correr esa tarde la especie de que el pacto de centroderecha entre las AIC, el CDS y el PP, con el apoyo herreño y majorero, estaba ya firmado, especie que llegó a oídos de Jerónimo Saavedra y provocó algunas averiguaciones de la plana mayor del PSOE, acrecentando el rumor en redacciones y mentideros.

Olarte se reunió con Julio Bonis y Luis Hernández en Vistabella, y estuvo discutiendo con ellos durante un buen rato. Ambos creían conveniente no renunciar a la línea de negociación con el PSOE, aún cuando se participara oficialmente en las conversaciones entre ICAN y las AIC. Julio Bonis incluso había hablado con Saavedra esa misma mañana y le había comunicado que el CDS se reuniría con ICAN “en la otra mesa”. Olarte, sin embargo, era partidario de acelerar el acercamiento a las AIC, y retomar las negociaciones con ICAN y el PP, dejando apartada la vía del PSOE: “Los majoreros y los herreños se están poniendo muy nerviosos”, comentó.

A las seis de la tarde, la situación era tan confusa que resultaba aconsejable un nuevo encuentro en la cumbre entre las Agrupaciones Independientes y el CDS, que esta vez cambió de escenario, celebrándose en la Presidencia del Gobierno.

En la reunión de la Plaza de los Patos, Olarte fue incapaz de hablar claramente con sus socios. Explicó que él estaba dispuesto a firmar un documento, comprometiéndose a ambas partes -AIC y CDS- en una negociación conjunta. El documento, que Olarte había preparado, afirmaba que el CDS y las AIC no llegarían a ningún acuerdo de Gobierno por separado, sin el consentimiento de la otra parte. Olarte comentó que si las AIC desconfiaban de él, estaba dispuesto a firmarlo allí mismo <sup>(1)</sup>.

En realidad, no eran las AIC quienes desconfiaban de Olarte, sino Bonis y Hernández los que no se fiaban de



las AIC. Creían que Manuel Hermoso podía verse obligado a llegar a un acuerdo con el PSOE, y creían que el alcalde estaba dispuesto a hacerlo si lo consideraba necesario.

Pero Olarte no planteó su petición de compromiso en esos términos, sino como un ofrecimiento del CDS, para evitar “que vosotros desconfieís de lo que estamos haciendo”. Hermoso le replicó que no habían dudado de su palabra <sup>(2)</sup>, “a pesar de la profundidad de vuestro entendimiento con el PSOE”, y que por parte de AIC no había necesidad de compromiso firmado alguno <sup>(3)</sup>. Olarte no pudo pedirlo entonces: si sus socios se habían fiado de su palabra, habría resultado poco caballeroso exigirles nada por escrito. El conflicto del *papelito*, sin embargo, volvería a aparecer con toda crudeza dos días más tarde.

Durante la reunión en Presidencia, las AIC plantearon al CDS la necesidad de “interrumpir cuanto antes” las negociaciones con el PSOE y sumarse al proceso negociador con ICAN. Olarte, convencido de que había que precipitar acontecimientos, se mostró de acuerdo. Bonis manifestó que había que esperar al Comité de Federación, que tenía que reunirse el viernes por la tarde en Las Palmas, para definir las posiciones negociadoras del CDS y respaldar o no los acuerdos alcanzados con el PSOE. “No se puede esperar tanto, mañana tenéis que estar negociando ya con ICAN”, dijo Hermoso. Olarte le apoyó.

En un receso de la reunión de Presidencia, cuando ya se había acordado que el CDS se sumara a las negociaciones con ICAN, Hermoso llamó por teléfono a la Agencia Ideapress para desmentir los rumores sobre la firma de un pacto de centroderecha y asegurar que las negociaciones con el Partido Popular sólo continuarían una vez se hubiera desechado la posibilidad de un acuerdo con ICAN. También dijo que el CDS comenzaría a participar el día siguiente en las negociaciones conjuntas con Iniciativa Canaria “para llegar a un Gobierno nacionalista”.

Fue Hermoso, pues, quien anunció oficialmente la incorporación del CDS al “bloque nacionalista” de 23 diputados. Al hacerlo, creía estar cerrando cualquier posibilidad

de que Bonis y Hernández volvieran a intentar frenar el proceso de confluencia del CDS y las AIC. Pero se equivocó.

Con su anuncio, lo que logró fue alertar a Jerónimo Saavedra. Desde Las Palmas, tras casi una semana continuada de declaraciones asegurando que el pacto de centroizquierda estaba firmado, el líder socialista declaró a Radio Club Tenerife que daba un día de plazo a ICAN y al CDS para pronunciarse a favor del acuerdo con el PSOE, y que en caso de que no lo hicieran, consideraría rotas las negociaciones para formar Gobierno. “Si no recibimos respuesta inmediata del CDS y de ICAN, estamos dispuestos a abrir otras puertas a la negociación”, aseguró.

Los nervios se habían desatado ya en todas partes.

---

<sup>(1)</sup> Así ocurrió, en efecto. Pero falta decir que exigí que el documento lo firmara también Manuel Hermoso

<sup>(2)</sup> No fue Hermoso, sino Francisco Ucelay, el que intervino entonces. Pomares recoge correctamente lo que Ucelay dijo, aunque lo atribuye a Hermoso.

<sup>(3)</sup> Cuando Ucelay planteó que no era necesario que se firmara nada, tanto Julio Bonis como Luis Hernández comenzaron a desconfiar de su sinceridad pactista. Esa desconfianza se mantuvo en ellos desde entonces hasta el mismo momento en que descubrimos que Ucelay nos había hecho doble juego con el PSOE.

El día 13 iba a ser el gran día: después de múltiples maniobras dilatorias, de reuniones pretendidamente secretas en las que aparecían periodistas y fotógrafos por todas partes, de encuentros hilvanados a golpe de teléfono, por fin el CDS y las AIC se reunían oficialmente con ICAN para comenzar a pasar revista a un proyecto de programa conjunto. En los días previos, las reuniones habían sido de tanteo: habían participado en ellas lo más granado de AIC y de ICAN, y se habían barajado ofertas y contraofertas, vetos a candidatos y promesas de amor eterno. Y ahora, a las doce de la mañana del día 13 de junio, por fin todos ellos alrededor de una mesa, para distribuirse la tarta que las cocinas del pacto acababan de servir.

Se trataba sin duda de un confite singular. Había quedado reflejado en esos prolijos y detallados folios mecanografiados a toda prisa por las secretarías de ATI, en los que se daba buena cuenta de lo que iba a ser el futuro gobierno nacionalista: modificación del Estatuto de Autonomía, para dotarlo de mayores techos competenciales; defensa del Estado Federal como fórmula para vertebrar el Reino de España; diseño de un Estatuto de Neutralidad para las islas; participación del archipiélago (y de una repre-

sentación de ICAN dentro de la representación canaria) en los asuntos internacionales que afecten a las islas... todo un catálogo de excesos por escrito, forzado hasta el último punto y aparte del último párrafo por la presencia en la mesa negociadora de Oswaldo Brito. Y al final del documento, estampadas para la historia, las firmas del profesor Oswaldo, el empresario Ucelay y el capitán Bonis de la Marina Mercante. Un segoviano rubricando de su puño y letra el inicio de una nueva era en las relaciones de Canarias con su metrópoli.

Y más cosas, pero de menor enjundia: tres refundidas carteras para ICAN, en la Administración que habría de pasar a los anales por su intención de enfrentarse a Madrid en un permanente tira y afloja: Economía y Comercio, casi con el nombre de Fernando Redondo colgando de los puntos suspensivos; la de Sanidad, Trabajo y Seguridad Social, para forzar a la izquierda a apoyar el traspaso del Insalud; y la de Política Territorial, con el añadido de Vivienda. Los partidos del *pacto inmobiliario*, AIC y el CDS, querían que su izquierda se mojara el trasero en la planificación del crecimiento... y más: la presidencia de SOCAEM, una exigencia perpetua, también solicitada por ICAN en las negociaciones con el PSOE. Y la vicepresidencia del Parlamento de Canarias... la izquierda vende caro su pellejo. Por lo menos, al mismo precio que Saavedra está dispuesto a pagar.

Cuando se levanta la sesión y cada uno de los grupos negociadores se lleva su fotocopia del documento, el pacto nacionalista está oficiosamente ya hecho. ¡Ja! Tan hecho como estaba el pacto de centroizquierda.

El viernes se han de reunir el Consejo Político de ICAN y el Comité de Federación del CDS para dar el visto bueno. O eso dicen. En realidad, se han de reunir para optar por una de dos: o con el PSOE o contra el PSOE.

En la reunión se acuerda explícitamente no continuar los encuentros con el Partido Popular, hasta tanto no se bloquee la *vía nacionalista*. Los dirigentes de ICAN son contundentes en esta cuestión. A cambio se les exige el más riguroso silencio sobre el documento firmado. Pacto de ca-

balleros...

¿Caballeros? Esa misma tarde, uno de los principales negociadores del PSOE recibe una llamada telefónica de un alto dirigente de ICAN: "Siéntate", le dice, "tengo que leerte algo muy gordo...". Y se lo lee. Palabra por palabra, en conferencia telefónica desde Las Palmas a Santa Cruz de Tenerife, uno a uno, todos los secretos del pacto nacionalista, los epígrafes del documento que sólo unas horas antes ICAN se ha comprometido a mantener en secreto. Mauricio ha hecho sus cuentas y ha decidido que la vía nacionalista es imposible. Se trata ahora de utilizar lo negociado con las AIC para poner al PSOE contra las cuerdas: "¿Queréis esto? Pues si no lo queréis, ya sabéis hasta dónde tenéis que aflojar..." Ese es el mensaje.

Pero no sólo ICAN juega sucio. En cuestión de deslealtades, nadie se lleva el premio gordo en solitario. La piedra está muy repartida: a la hora de comer, Julio Bonis, Antonio Castro Cordobez, José María Martín Paredes y Francisco Ucelay han cruzado las puertas del Hotel Mencey y han subido hasta la habitación 107 del primer piso, dónde mantendrán precisamente el encuentro que se habían comprometido con ICAN a no mantener. En una tensa reunión con Fernando Fernández, Bravo de Laguna y el senador Macías, volverán a retorcer los compromisos de un posible pacto de centroderecha. Escucharán de Fernández sus quejas por las filtraciones a la prensa de "todo lo que se habla en las reuniones, e incluso de lo que no se habla", y descubrirán un Fernández distinto, igualmente hiriente y agresivo, pero dispuesto a llegar a un acuerdo de centroderecha. Fernández es ahora un disciplinado militante conservador, dispuesto a cumplir a rajatabla las instrucciones recibidas de Madrid. No saben todavía que Fernández está grabando en un pequeño cassette todo lo que se habla en la habitación, y que cuando interviene como *hombre del PP* lo hace para que quede constancia en una cinta destinada a ser escuchada por Francisco Alvarez Cascos unos días más tarde.

Los populares piden el oro y el moro, pero eso es lo de menos, son posiciones de partida. Quedan para el lunes

siguiente, cuando se hayan producido las respuestas oficiales del CDS y de ICAN a la oferta de un acuerdo nacionalista

Las gentes de AIC abandonaron el hotel Mencey con la sensación de que algo había cambiado en el Partido Popular. Con la intuición de que Madrid había ordenado un acuerdo con las AIC y el CDS, un acuerdo posible. Pero en realidad, lo que estaba sucediendo era que el PP también estaba ganando tiempo frente a la posibilidad de un acuerdo nacionalista. Y mientras ganaba su tiempo con las AIC y el CDS, Fernández había comenzado a negociar con su paisano Juan Alberto Martín el trueque de las alcaldías.

Esa tarde, mientras Julio Bonis embarcaba en el Jet-Foil con destino a Las Palmas, dónde habría de encontrarse con José Carlos Mauricio, Fernando Fernández declaraba a Diario de Avisos su intención de evitar a toda costa un pacto nacionalista en las islas: “no nos quedaremos quietos”, dijo. Y estaba dispuesto a demostrar que -al menos esta vez- no hablaba en balde.

La mañana del viernes, víspera del gran día de los ayuntamientos, con el pacto nacionalista saludando a los atónitos lectores desde las primeras páginas de los periódicos, José María Benegas llama personalmente por teléfono a Julio Bonis. Durante la crisis del ayuntamiento de Las Palmas, cuando la traición de León Zalve entregó la alcaldía a Emilio Mayoral, Bonis había logrado conectar a través de los buenos oficios de José Ramón Caso con Benegas, punteando a la dirección regional del PSOE canario. Quizá por eso los centristas llegaron a creer en aquella ocasión, enero de 1990, que el acuerdo con el PSOE en Las Palmas era un hecho, y que la censura contra José Vicente León no llegaría nunca a materializarse en su salida de la alcaldía. Entonces se equivocaron, porque el PSOE canario no aceptó las instrucciones de Madrid. Se cuenta en el PSOE que aquella rebeldía acabó por fortalecer la posición de Saavedra en Madrid, y sirvió para convertirle en miembro de la Ejecutiva Federal.

A pesar del fracaso de lo de Las Palmas, la relación entre Benegas y Bonis se había mantenido. Incluso se

habían tropezado alguna vez desde entonces en Madrid, y el centrista gustaba de mimar esa relación, por si fuera menester recurrir a ella en alguna ocasión. Ahora estaba ocurriendo justo lo contrario, y era Benegas quien recurría a Bonis para evitar la consumación del acuerdo nacionalista. Bonis le dio todo tipo de garantías. Pero quizá no fueran suficientes: el PSOE canario recibió también la mañana del viernes precisas instrucciones de Madrid, vía Benegas, para impedir a toda costa un pacto entre las fuerzas políticas de orientación nacionalista y el CDS. “Cueste lo que cueste. Aunque haya que pactar con el mismo diablo”. Y el diablo, con sus cuernos y su rabo, estaba esperando precisamente esa oferta, agazapado en el lagunero Camino de la Manzanilla.

El viernes lo pasó Olarte reunido con Julio Bonis y Luis Hernández. Convocado ya el Comité de Federación para esa tarde, había que tomar en *petit comité* las decisiones oportunas. Por primera vez de forma clara y evidente, Bonis y Hernández plantaron abiertamente cara a su jefe de filas: “No está claro que ATI no nos deje al final con el culo al aire. Están dispuestos a pactar con el PSOE si hace falta”, comentó Bonis. “No han querido firmar un compromiso por escrito. Se han negado. Yo no me fío de ellos”, dijo Hernández... Olarte, quizá desasistido por primera vez, juraba y volvía a jurar que no tenía la menor duda sobre el comportamiento de las AIC: “Han mantenido hasta el final la palabra. No tengo ningún motivo para creer que quieran engañarme...”. Pero Bonis insistía: “No podemos presentarnos ante el Comité de Federación sólo con palabras. Que te lo den por escrito...”.

A las ocho de la noche, Olarte localizó desde el Palacete de San Bernardo a Manuel Hermoso en el Cabildo de Tenerife. Julio Bonis habló con Francisco Ucelay, también en el Cabildo de Tenerife. Acababa de terminar otro acto de homenaje al obispo Iguacén, en su despedida del Obispado, y la plana mayor de la Agrupación tinerfeña había asistido al homenaje, celebrado en el salón de sesiones del Cabildo.

Cuando Bonis logro hablar con Ucelay, lo hizo a través del teléfono del despacho de la Presidencia del Ca-

bildo. En la habitación se encontraban también Adán Martín y Manuel Hermoso. Bonis le explicó a Ucelay que necesitaban un compromiso por escrito. Ucelay comenzó a endemoniarse: “¿Qué compromiso...? ¿Os parece poco compromiso lo que ya hemos hecho? ¿Os parece poco haber firmado lo de ICAN?”. Bonis le explicó que ese papel era necesario para evitar una posición favorable al acuerdo con el PSOE en la reunión del Comité de Federación.

Y Ucelay: “¿Pero quien va a apoyar eso?”

Julio Bonis: “Yo mismo soy partidario de un acuerdo de centroizquierda”.

Ucelay tiró el auricular del teléfono sobre la mesa... se volvió hacia Adán Martín, y en voz alta, de forma que resultara audible al otro lado de la línea telefónica, lo dijo: “A ver... que alguien hable con el godo éste... a ver que carajo es lo que quieren ahora. Yo no hablo ni un minuto más con este tío...”

Adán Martín cogió el teléfono: “Bueno... ¿Qué es lo que pasa ahora?”

Bonis, algo encolerizado: “Necesitamos un papel con un compromiso... un papel...”

Al final, tras un buen rato buscando a las nueve de la noche alguien que supiera manejar la máquina eléctrica de la Presidencia del Cabildo, se mecanografiaron varios compromisos. No sólo para el Gobierno, sino también para los ayuntamientos. Un acuerdo de no pactar sin la autorización expresa de los otros. Se enviaron por fax a San Bernardo<sup>(1)</sup>, y cuando llegaron, Olarte los cogió y partió para la sede del CDS en Juan de Quesada. Llegó muy tarde. Casi con cuatro horas de retraso sobre el horario previsto para iniciar la reunión en la que el CDS tenía que pronunciarse por el centroizquierda o el acuerdo nacionalista.

Le esperaban, encerrados en un despacho, Julio Bonis, Jesús Morales, Eugenio Cabrera y Luis Hernández. Bonis había estado llamando a Mauricio, reunido en Fuerteventura en el Consejo Político de ICAN, para asegurarse que el CDS no se pronunciaría hasta que lo hiciera ICAN. Mauricio lo mandó cortesmente a la mierda: “Hagan us-



tedes lo que más les apetezca... pero ICAN no se define hasta que lo hagan ustedes”.

Cuando Olarte llegó, estaban en Juan de Quesada, muertos de aburrimiento y contando chistes por los pasillos, todos los miembros del Comité de Federación, menos uno: Julio Fajardo, concejal de La Laguna. Olarte no dio entonces demasiada importancia a esa ausencia. Se sentó en la presidencia de la larga mesa de reuniones y observó uno por uno a los miembros de la dirección del partido. Mientras hacía mentalmente las cuentas de los seguros y los dudosos, alguien cerró la puerta de la sala.

---

<sup>(1)</sup> Los fax se entrecruzaron. Yo envié el firmado por mí a Hermoso, vía Cabildo de Tenerife, y Hermoso me envió a mí, a San Bernardo, el que firmó él. En ambos documentos, Hermoso y yo jurábamos por nuestro honor no incumplir el compromiso de no pactar con terceros, sin el consentimiento previo y expreso de las dos partes.

El sábado, día 15 de junio, las gentes pudieron leer en los periódicos las resoluciones del Consejo Político de ICAN y del Comité de Federación del CDS. ICAN se pronunciaba unánimemente por impedir un gobierno de centroderecha en Canarias (era un pronunciamiento tan evidente que nadie lo había solicitado, excepto Mauricio a los majoreros), pero mantenía su indefinición sobre el pacto nacionalista, exigiendo al CDS que se aclarara de una vez por todas. La petición al CDS llegaba apenas unas horas tarde: el CDS se había aclarado precisamente escasos minutos después de que terminara la reunión de la izquierda. A regañadientes y con la boca pequeña, pero finalmente algo habían dicho en claro los centristas: algo así como París bien vale una misa. París era San Bernardo, y la misa era de requiem al acuerdo con el PSOE...

Con la decisión del Comité de Federación del CDS, la pelota quedaba bailando de pronto sobre el tejado de un acuerdo de las fuerzas nacionalistas. Pero eso no era todo: el PSOE tenía ya la rotunda evidencia de que a pesar de las promesas y las garantías, lo que había hecho durante casi una completa semana de intensas negociaciones con el CDS, había sido interpretar el papel de burlador burlado. En cuanto al PP, el anuncio de pacto na-

cionalista ponía los pelos de punta a Fernando Fernández, que podía aparecer ante Madrid no sólo como el responsable de que los conservadores no hubieran crecido en Canarias, sino también como culpable de que quedaran fuera del Gobierno.

Sin embargo, y sobre la misma marcha, el PSOE y el PP iban a cogerse el desquite esa mañana. La constitución de ayuntamientos se convirtió en una auténtica sangría para las expectativas de poder de las AIC y sus socios potenciales. Un acuerdo cerrado pocos minutos antes de la constitución de La Laguna, convirtió a José Segura en alcalde del municipio. Pedro González, enemigo irreductible del ex presidente del Cabildo tinerfeño, hizo valer sus condiciones, y los socialistas no pudieron evitar firmar un documento por el cual la continuidad de Segura al frente de la alcaldía quedaba absolutamente en manos del cosmoartista y sus caprichos. Cuando Segura y Domingo Perera, número dos del PSOE en La Laguna, abandonaron la reunión que habría de convertir al primero en alcalde, Pedro González exigió la firma de un documento por el cual Segura sería sustituido como edil principal en el plazo de cuatro meses por Luis Balbuena, un respetado cuadro del PSOE que había desempeñado la cartera de Educación en el Gobierno saavedrino. Aún a pesar de una condición tan draconiana, los socialistas aceptaron el acuerdo: el objetivo de barrer a ATI del paisaje político de Tenerife se había convertido en prioritario. Juan Alberto Martín y Juan Carlos Alemán habían diseñado esa estrategia, y no estaban dispuestos a retroceder ante nada, ni siquiera ante el ridículo de uno de los suyos, con tal de plasmarla. Segura fue el primero en caer en la trampa de su propia ambición de convertirse en alcalde lagunero.

Por golpear a ATI, el PSOE y el PP llegaron a extremos inauditos: Los cuatro concejales socialistas de la Victoria apoyaron a los dos populares, convirtiendo en alcaldesa del municipio a la conservadora Maria Luz Goya, en detrimento del alcalde *natural* y cabeza de la lista más votada, el ático Alfonso Fernández García. Sólo unas

horas antes de que eso ocurriera, Fernando Fernández le había llamado por teléfono: “Alfonso, tu y yo somos viejos amigos. Quiero que no te preocupes, porque mi gente va a votarse a sí misma. No vas a tener ningún problema.” Mientras Fernández hablaba con él, el presidente del PP tinerfeño, Ignacio *Vultesa* González, intentaba negociar con Adán Martín la cabeza del alcalde ático a cambio de apoyar a Elfidio Alonso en La Laguna. Adán Martín no aceptó el trueque.

El acuerdo entre el PP y el PSOE en contra de los posibles socios del pacto nacionalista se hizo extensivo a toda la provincia tinerfeña. Los conservadores permitieron a Manuel Barrios repetir como alcalde de Arona, tras haberle denunciado ante los tribunales. Juntos, socialistas y populares sacaron de la alcaldía a Froilán Hernández, alcalde ático de Granadilla. En el Hierro, intercambiaron las alcaldías de Frontera y Valverde, la primera para el PSOE con apoyo del PP y la segunda para los conservadores gracias al apoyo socialista. Tomás Padrón perdió los dos únicos municipios de la isla.

Lo más dramático fue, en cualquier caso, lo ocurrido en Santa Cruz de La Palma. El alcalde comunista, Antonio Sanjuán, vio perder la alcaldía en un sorprendente acuerdo de última hora pactado entre el PSOE y el Partido Popular para convertir a un joven abogado de derechas, Carlos Cabrera, en primer edil de la capital palmera. Durante casi doce años, Sanjuán había gobernado el municipio con el apoyo de los socialistas, y lo vio perder merced a una inesperada traición de sus ex colegas de Comisión de Gobierno.

Algo había ocurrido, sin duda, para que la *tenaza* perfectamente montada por el PSOE y el PP funcionara en todos y cada uno de los lugares dónde pudo aplicarse. El PSOE intentaría explicar luego algunos acontecimientos puntuales en indisciplinas de sus concejales, que habrían actuado por libre o siguiendo “criterios generacionales”, en opaca expresión del socialista Santiago Pérez. En realidad, el PSOE se había prestado al juego diseñado por Fernando Fernández para hacer patente su

capacidad de maniobra y reventar cualquier posibilidad de acuerdo nacionalista.

Fernández volvía a convertirse en el mejor muñidor de la trampa y el cambalache, con una jugada ensayada con éxito cuatro años atrás, cuando siendo presidente del CDS entregó el ayuntamiento de Adeje a los socialistas para *escarmentar* a ATI en las negociaciones del primer Pacto Canario. Dejando de lado cualquier consideración ideológica, y en uno de sus característicos análisis de poder puro y duro, Fernández convirtió la mañana del sábado y los pactos municipales en su mejor tarjeta de presentación para ser convidado al banquete del pacto regional. Madrid podía permitirle que *jugara* con alguno de los múltiples ayuntamientos de Tenerife, pero no con el Gobierno de Canarias, y él lo sabía. Por eso puso en práctica un juego perfecto y bien instrumentado, que le permitiera cobrarse algunas pequeñas venganzas con aquellos adversarios áticos y centristas con los que Madrid le había condenado a entenderse. Maniobrero como él sólo, hizo su juego y le salió bien. Sin duda le salió muy bien.

En ATI se enteraron de que Elfidio perdía La Laguna prácticamente mientras ocurría. Por sólo un voto de diferencia y a pesar del apoyo secreto de una concejal popular que desobedeció las instrucciones de su partido, el sabandero Elfidio perdió en pocos minutos el reino que ATI le había construido a lo largo de cuatro años. Una rabia incontenible se apoderó de los principales dirigentes independientes al tener constancia fehaciente de la jugada, que sólo comenzaron a intuir minutos antes del inicio del pleno municipal. Una rabia dirigida no tanto contra el equilibrista Fernández, del que se esperaba alguna actuación sorpresa, sino contra Oswaldo Brito, que a lo largo de las negociaciones para el Pacto de Gobierno había dado todo tipo de garantías de que su grupo, ICAN, se apoyaría a sí mismo, permitiendo la continuidad de Elfidio en La Laguna.

Aquella mañana del sábado, Hermoso y Adán Martín, encerrados junto a algunos compañeros en el despacho de Adán en el Cabildo tinerfeño, sintieron como el

proyecto político de la fusión Santa Cruz-Laguna, el proyecto de la gran capital tinerfeña por el que habían trabajado en los últimos años, podía desmoronarse en tan sólo un instante. Perdida la alcaldía lagunera y la posibilidad de convocar el referéndum para la fusión, el gran proyecto estratégico de ATI quedaba pendiente de un sólo hilo, aquel que asegurara, al menos, la presencia de AIC en el futuro Gobierno regional.

Adán Martín, asumió la pérdida de La Laguna como una responsabilidad propia: “me he fiado demasiado de estos hijos de puta”, comentó con sus colaboradores: “pero esto va a hacer que aprenda algo. Seguro que algo voy a aprender”. Y cuando decía eso estaba pensando en la necesidad de amarrar hasta el último de sus cabos la negociación del Gobierno, y exigir del CDS una disciplina negociadora que el CDS había roto en todos y cada uno de los lugares donde el apoyo centrista habría resultado imprescindible para materializar alcaldías de ATI <sup>(1)</sup>. A fin de cuentas, si La Laguna se había perdido por un voto, ese voto había sido el de Julio Fajardo, dirigente del CDS incluido en las planchas del PMI de Pedro González. El mismo Julio Fajardo que no asistió la noche antes al Comité de Federación centrista, porque ya se sentía desvinculado de la suerte de los suyos. El mismo Julio Fajardo que la tarde del sábado, según los teletipos de las agencias de noticias, se había convertido en sujeto de un expediente disciplinario abierto por el CDS por su *traición lagunera*.

En la provincia de Las Palmas no se produjeron grandes sorpresas: Luis Hipólito Hernández perdió la alcaldía de Arucas y fueron pocos los que derramaron lágrimas por ello. El propio Saavedra llamó por teléfono a Julio Bonis <sup>(2)</sup> para comentarle que el PSOE no consideraba ese asunto una declaración de guerra. Luis Hipólito había adquirido un enorme peso específico en la política gran-canaria desde el sólido delfinato en el que Carmelo Artilles le había colocado. Reducir su protagonismo era reducir el de Carmelo Artilles, y esa era una de las asignaturas en las que el profesor Saavedra se aplicaba con esfuerzo desde hacía algunos meses.

Con la alcaldía de Las Palmas bloqueada hasta el 5 de julio por el recurso centrista, las grandes *apuestas* municipales fueron la de Telde, dónde ACN e ICU lograron después de múltiples tiras y aflojas acompasar el ritmo y repartirse la herencia como buenos hermanos, y el ayuntamiento de San Bartolomé en Lanzarote, donde el CDS intentó una trapisonda contra el PIL que fue contestada con otra aún más gorda. En Fuerteventura, y después de tensas negociaciones entre José Juan Herrera, Martín Paredes y Fonfín Chacón, IF acordó renunciar a la alcaldía de Tuineje, que el PSOE le había ofertado a cambio de dejar a Asamblea Mayorera fuera.

Los pactos municipales habían hecho correr más sangre de la prevista <sup>(3)</sup>. Fue como un “quítate tú para ponerme yo”, que hizo rodar las cabezas de casi todos los alcaldes que no habían logrado la mayoría absoluta. Pero la sangre de los alcaldes serviría para ligar aún más en una determinada dirección la salsa del pacto: la traiciones de ICAN en La Laguna hizo pensar a los áticos que si Oswaldo era tan poco de fiar como Fernández, mejor adelantar por Fernández, que al menos estaba sometido al control de una dirección nacional favorable a un acuerdo que dejara al PSOE fuera. Los pactos municipales habían sido entonces, a pesar de la tenaza del PP y el PSOE, o quizá como consecuencia directa de esa tenaza, el disparo de salida de la carrera del centro-derecha.

La tarde del sábado, con la resaca de los pactos municipales haciendo estragos entre el personal, hubo algunos cruces de llamadas. Olarte llamó a Hermoso para disculparse por la actuación de Julio Fajardo en La Laguna y a Dimas Martín para justificar la trapisonda centrista de San Bartolomé. Pero hubo llamadas mucho más importantes. Entre otras, las que preparaban la que habría de ser la reunión más secreta de todas las celebradas durante esos días. La única que por estricto compromiso de los presentes, no llegó a filtrarse nunca a la prensa. La reunión decisiva entre los mayoreros, Olarte y Hermoso.

---

<sup>(1)</sup> Se trata, sin duda, de una gran exageración: únicamente ocurrió en La Laguna que un concejal vinculado al CDS impidiera a ATI conseguir la alcaldía. Por otra parte, Julio Fajardo estaba ya lejos de la disciplina centrista, como se demostraría más tarde, tras su abandono del CDS.

<sup>(2)</sup> Cuando Saavedra habló con Julio Bonis fue incapaz de disimular su enorme satisfacción por la caída de Luis Hipólito.

<sup>(3)</sup> Si corrió más *sangre* de la prevista. Concretamente, la de todos los alcaldes o candidatos a alguna alcaldía que se habían presentado a las elecciones en Gran Canaria bajo las siglas de AIC.



---

## 25 La reunión más secreta

---

Los trajo Martín Paredes. Los trajo a todos en el mismo avión desde el aeropuerto de Fuerteventura: el diputado Miguel Cabrera, el candidato a la alcaldía de Puerto del Rosario, y Domingo de León, enemigo declarado del reciclado al socialismo Eustaquio Santana, y José Juan Herrera, mandamás de la tropa, y Carlos González, el médico de Jandía, uno de los hombres claves de AM... Tomás Chochó, el otro diputado, no pudo asistir por estar de viaje. Allí estaban, sentados en torno a la mesa de reuniones del Consejo Político de ATI, frente por frente a Manuel Hermoso y a Lorenzo Olarte.

Esa era, sin duda, lejos de los micrófonos y los flashes de los fotógrafos, un domingo 16 de junio, con los periodistas de día libre, la reunión clave. La segunda parte de la conjura necesaria para dejar fuera del poder regional al PSOE y capaz de convertir a los independientes de AIC y sus múltiples novios adheridos en un gran partido nacionalista. Una reunión destinada a agotar las dudas que pudieran existir y planificar una estrategia que obligara a ICAN a apartarse del PSOE.

Paredes había explicado a los suyos que con los majoreros no habría ningún problema. Incluso había sacrificado las posibilidades de que su gente de IF rascara al-

go más de poder en la Maxorata, para hacer posible el acuerdo definitivo. Pero en AIC no todos estaban convencidos: “Paredes es demasiado confiado”, decían. Y en el CDS no se fiaban ni un pelo de las intenciones mayores. Los habían visto sentarse al lado de Mauricio en las mesas negociadoras con el PSOE y desconfiaban de sus silencios. Sólo Olarte tenía la certeza íntima de que la cuerda no iba a romperse por Fuerteventura. Olarte había cuidado con mimo el jardín majorero, y en los últimos meses de su mandato había desarrollado una estrategia de choque destinada a generar lealtades entre los hombres de AM. Algunos de los amigos de Herrera, como *los Berrieles*, una importante familia de Fuerteventura, bailaban en la cuerda de Olarte. Eran su *seguro* para la candidatura presidencial.

Sin embargo, en el CDS persistían las dudas: la alcaldía de Las Palmas, que Saavedra y Mauricio le habían ofrecido a Luis Hernández, y la posibilidad de participar en el reparto de la tarta del Cabildo grancanario, ofrecida por Carmelo Artilles, había comenzado a hacer caer a Julio Bonis y Luis Hernández en la trampa que ellos mismos habían tejido al PSOE. El avance de las negociaciones en la mesa de centroizquierda había puesto sobre el asador toda una serie de ofertas difícilmente superables en cualquier acuerdo en el que la gran tajada para el centrismo sería la Presidencia para Olarte, y sólo algunas migajas para sus hombres. Julio Bonis y Hernández, a pesar del acuerdo del Comité de Federación centrista del viernes, habían continuado sus contactos con un PSOE cada vez más cabreado por la estafa: se justificaban a sí mismos como negociadores anunciando que habían dimitido como tales por no contar con el apoyo de los suyos, juraban su buena fe al negociar con el PSOE, e incluso se atrevían a ir más lejos. En una conversación telefónica de Luis Hernández con Jerónimo Saavedra, el todavía consejero de Economía aseguró al dirigente socialista que nada estaba todavía cerrado: “Hay que tener paciencia, esto lo arreglamos al final”. Pero el PSOE ya no creía en nada, más que en avanzar su propio acuerdo con ICAN y

conseguir ese voto herreño que Tomás Padrón se había comprometido a entregar al primero que sumara treinta.

Por eso, en la reunión del domingo en Galcerán, el primer objetivo de todos los presentes era arrancar a los majoreros el compromiso cerrado de que jamás, ocurriera lo que ocurriera, AM apoyaría un Gobierno presidido por Saavedra. De eso dieron suficientes garantías. Explicaron que sólo existían problemas por parte del grupo cristiano del senador Gerardo Mesa, en el que se encontraban también Marcial Morales y Barragán, precisamente tres de los cuatro miembros de AM en el Consejo Político de ICAN. Según explicaron Herrera y los suyos, ninguno de ellos representaba el verdadero poder interno en AM, un poder que esa tarde de mediados de junio se había desplazado casi en pleno a Santa Cruz de Tenerife para cerrar el trato con Olarte y Hermoso. Los majoreros comentaron que al estar la representación en el Consejo Político de ICAN -con la excepción de Miguel Cabrera- en manos del sector menos reacio a un acuerdo de izquierdas, tenían que ganar tiempo convocando a las bases del partido en Fuerteventura. Durante años, el funcionamiento de Asamblea Majorera se había basado en una suerte de asamblearismo a ultranza que había sido el principal atractivo de un grupo con vocación populista. Ese funcionamiento asambleario había ido cediendo paso a una mayor concentración de la toma de decisiones en la dirección insular de AM, en la que la presencia de los sectores cristianos era superior a su peso específico en el partido. Herrera había decidido tras las elecciones revitalizar el asamblearismo majorero y colocar las decisiones más importantes en manos del colectivo de afiliados, en el que los contrarios a cualquier entendimiento con el PSOE eran aplastante mayoría.

Herrera, en cualquier caso, seguía siendo partidario de un acuerdo nacionalista, como la práctica totalidad de los majoreros. Para ellos, era el acuerdo más fácil y más ventajoso. El que menos riesgos comportaría para la unidad interna de su partido, y el que permitiría mantener el tipo en ICAN, evitando la apertura de un nuevo *frente ideológico* en

su propio territorio. Pero si ese acuerdo no era posible, si Mauricio y Oswaldo Brito no conseguían inclinar la balanza de ICAN a favor de la presidencia de Olarte y el pacto nacionalista, Herrera y su grupo juraban que apostarían antes por un acuerdo de centroderecha que por entregar el poder al PSOE. El PSOE se había convertido en el principal adversario a combatir en Fuerteventura: “O ellos o nosotros”, era la consigna más repetida en las filas majoreiras. Y esa era la clave del compromiso final adoptado por los dirigentes majoreiros con Hermoso y Olarte: “Tengan la certeza de que el PSOE no gobernará en Canarias con nuestros votos. Si se cierra nacionalista, mejor. Si no se puede, apoyaremos centroderecha.”.

Antes de terminar la reunión, uno de los dirigentes de AIC comentó que el principal obstáculo con el que se habían encontrado a la hora de avanzar en el acuerdo nacionalista con ICAN eran las enormes pretensiones de Oswaldo y Mauricio. No sabía si ambos utilizaban las ofertas de un PSOE dispuesto a entregar hasta la camisa por recuperar el poder, como arma para enturbiar y hacer imposibles las negociaciones, o si realmente esas ofertas eran sólidas. Hermoso creía, porque el propio Mauricio se lo había hecho llegar, que el principal escollo era el ego personal de Oswaldo, al que el PSOE le había garantizado la vicepresidencia del ejecutivo. Pero le costaba pensar que un “auténtico nacionalista” pusiera sus pretensiones personales por encima de “un proyecto como el que les hemos ofrecido”.

Herrera manifestó entonces que las ofertas del PSOE no eran más que palabras. No se había llegado a cerrar nada aún. Preparó una pequeña trampa para la reunión que el lunes siguiente habían de tener todos juntos con Oswaldo y con Mauricio. En esa reunión, un Paredes cómplice en la trampa, debía preguntar a Mauricio o a Brito por los concretos ofrecimientos del PSOE en consejerías y otros apartados de la negociación, para permitirle a él, a Herrera, descubrir que no había nada realmente pactado, y que la oferta socialista hasta ese momento era sólo agua de borrajas. En la reunión *global* del día siguiente, lunes,

teóricamente secreta, Mauricio llegará a la sede de Galcerán para encontrarse con una cuadrilla de periodistas. Eso le molestará. También le molestará que los negociadores del CDS y de las AIC planteen la necesidad de revisar algunas situaciones creadas en los ayuntamientos. Con algo de cinismo contestará que “nosotros estamos dispuestos a reconsiderar todos los ayuntamientos, independientemente de lo que suceda con el Gobierno de Canarias, pero aquí hemos venido a hablar del Gobierno”. Más tarde, unos minutos después de que Adán Martín saliera al hall de la sede ática para servirse uno de los cafés preparados pacientemente por Cristina, la secretaria de ATI, Paredes preguntará a Mauricio por los ofrecimientos del PSOE, respondiendo a una mirada de Herrera. Mauricio se referirá a varias Consejerías, entre ellas la de Obras Públicas, y a la Vicepresidencia del Gobierno. Y entonces Herrera le desautorizará claramente y con cierta agresividad en la voz: “Eso no es cierto. Yo no tengo constancia de que el PSOE nos haya ofrecido la Vicepresidencia ni Obras Públicas...”, y luego.... “¿Porque no te aclaras de una vez y nos dices si realmente quieres un Gobierno nacionalista? Ya esta bien de hacernos perder el tiempo...”. Será el momento más tenso de las negociaciones: Mauricio ve descubierto su juego por uno de sus hipotéticos socios en ICAN. Por una vez en su vida, el comunista se quedará frío sin saber que contestar.

Al terminar la reunión, Oswaldo Brito abandonará la sede de ATI con Mauricio y otros compañeros. Frente a una zapatería cercana a la Plaza Weyler, a sólo unos pasos de la sede de ATI, dará rienda suelta a su disgusto con los mayoreros: “Ya está bien de esto, ya esta bien... ¿Pero estos tíos a que juegan? Que hagan lo que les de las gana. Pero yo no aguanto más”. Mauricio intentará serenarle sin mucho éxito.

Sólo unos minutos antes de que Oswaldo y Mauricio salieran a la calle, Fernando Fernández convocó una rueda de prensa para anunciar su intención de avanzar en un pacto de centroderecha y anunciar la primera reunión oficial conjunta con el CDS y las AIC para esa tarde. Cu-

riosamente, esa reunión, acordada en conversaciones telefónicas el domingo por la tarde, tenía que haberse mantenido en secreto. Hermoso creía poco serio anunciar mantener públicamente negociaciones con el Partido Popular sin haber dado por concluidas las ya en curso con ICAN.

Pero Fernández no comete un desliz al anunciar el inicio de las negociaciones para un acuerdo de centroderecha. Fernández lo que hace es colocarse en el mismo centro del juego y reclamar sobre sí la atención de un sector de la población tinerfeña que ha condenado al PP por sus chalaneos municipales<sup>(1)</sup>. Fernández lo que hace al anunciar su intención de cerrar un acuerdo con el centro y las AIC y al aclarar que las reuniones para ese pacto ya se están produciendo, es recordar que además del acuerdo de izquierdas, rechazado por la opinión pública de Tenerife y del acuerdo nacionalista, temido como la sarna desde Madrid, existe una tercera vía, la única que permite al PP seguir en el juego, y que es la que él quiere liderar: la vía de la reedición del Pacto Canario.

---

<sup>(1)</sup> A pesar de las acusaciones de ATI contra nosotros, Fernando Fernández fue el verdadero responsable de que los socialistas consiguieran la alcaldía de La Laguna. Los votos de los concejales del PP convirtieron a José Segura en alcalde.

En la barra del bar del Hotel Mencey estaba Leopoldo Cologan, presidente de ASAGA, pidiendo unos güisquis para unos colegas de la federación de agricultores que venían de celebrar en grupo la integración comunitaria. Era la tarde noche del lunes 17 de mayo, y Cologan podía estar más que satisfecho: después de casi seis años de batalla, el objetivo que se había marcado al hacerse cargo de ASAGA se había cumplido precisamente unas horas antes, cuando el Comité de Representantes Permanentes de la Comisión Europea, reunido en Bruselas, había acordado la plena integración de Canarias en la Comunidad. Cologan, quizá por primera vez en años con una copas de más, festejaba el momento más esperado: "Esto ha salido cojonudo", le decía a un amigo. Y añadía: "Para bordarlo sólo faltaría que el PSOE y las AIC se pusieran de acuerdo de una vez".

El PSOE y las AIC: en la mente de un importantísimo sector del empresariado tinerfeño, y fundamentalmente de la patronal agraria, ese era el único acuerdo de Gobierno lógico. En los últimos años, y bajo la presión de una Administración central decidida a uniformizar, las tesis comunitarias del PSOE canario se habían modificado hasta confundirse plenamente con las de AIC, partidaria de

la plena integración de Canarias en Europa y de la defensa de los interés agrarios de Tenerife y La Palma. Durante ese proceso, que había durado casi cuatro años, el pragmático Cologan había acabado por trabar una relación profunda y estable con la mayoría de los negociadores comunitarios de la Administración española. A través de ellos, su acercamiento al PSOE canario se había convertido en algo natural. Y el PSOE, consciente del papel desarrollado por los agricultores tinerfeños en las *batallas del agua* y en las guerras comunitarias durante la conflictiva presidencia saavedrina, se había dejado querer, e incluso había sacado algún partido de ello. En las elecciones generales de 1989, Cologan había apostado moderadamente por el PSOE, y de entre las gentes del PSOE, por la candidatura al senado de José Segura Clavell, responsable del área de estudios del PSOE y uno de los artífices del cambio de posición comunitaria del PSOE. Cientos de agricultores de las pequeñas y grandes cooperativas de Tenerife habían visto con sorpresa cómo días antes de las elecciones generales, los burócratas de las cooperativas les entregaban la papeleta de José Segura, con su puño y su rosa, y algunos pensaron que algo raro debía estar ocurriendo con los "de Santa Cruz" para que se pidiera el voto a la izquierda.

Sin embargo, ese apoyo casi personal a Segura Clavell, que Segura había sabido compensar desde el Senado asumiendo un discreto papel como portador de recados de los agricultores a Madrid y viceversa, no se había reproducido en las elecciones regionales y locales. Una cosa es pedir el voto para Segura, y otra muy distinta pedirlo contra Manuel Hermoso. Tras los resultados del 26 de mayo, Cologan había visto materializarse la peor de sus pesadillas, tras haber estado convencido durante los meses previos a las elecciones de que el acuerdo entre el PSOE y las AIC era un hecho.

La pesadilla era ese Gobierno de centroizquierda, integrado por el PSOE, ICAN y el CDS, que los últimos días había anunciado con cierta precipitación el propio Saavedra. Cologan había expresado su protesta por ese acuer-



do y había intentado reunir a áticos y socialistas con escaso éxito. Finalmente, de perdidos al río, había aceptado convertirse en la *muleta* tinerfeña del PSOE en ese acuerdo: Saavedra, consciente de las dificultades que un pacto de centroizquierda, netamente *canarión* iba a tener en Tenerife, había ofrecido a ASAGA la Consejería de Agricultura. Durante días habían discutido los agricultores esa posibilidad, e incluso se había barajado el nombre de Pedro Galván, un cualificado empleado de Asaga, hijo del Galván Bello que muchos años atrás, desde la Presidencia del Cabildo de Tenerife, llegó a representar casi paradigmáticamente lo mejor de la burguesía tinerfeña. En Asaga, sin embargo, la posibilidad de que uno de los suyos asumiera *directamente* una Consejería en un Gobierno de mayoría socialista, se había considerado *excesiva*. Fue entonces cuando el nombre de José Segura volvió a aparecer en reuniones y comidas, y cuando Cólogan hizo saber su propuesta a Jerónimo Saavedra.

Demasiado ocupado andaba Cólogan celebrando la decisión del COREPER para darse cuenta de que el rumbo de los acontecimientos había variado sustancialmente en los dos o tres días anteriores. Después del viraje del CDS, Saavedra ya no era el candidato más seguro o con más posibilidades de convertirse en presidente. Era sólo uno más de los que andaban en danza. La Consejería de Agricultura para José Segura había dejado de ser la magnífica posibilidad ofrecida por los agricultores a su *mejor hombre en el PSOE*, para que su sucesión al frente de la alcaldía de La Laguna por Luis Balbuena no resultara la indigna consecuencia de un capricho de Pedro González, sino una necesidad de Gobierno.

Demasiado pendiente de la última decisión comunitaria, pues, Leopoldo Cólogan, para percibir que sólo a unos metros de su gúisqui con hielo y agua sin gas, el viraje a un Gobierno de centroderecha estaba ya materializándose.

La reunión del PP, las AIC y el CDS había comenzado a las ocho y poco de la tarde en la habitación 107 del Hotel Mencey, alquilada por Martín Paredes para que los negociadores de las AIC y el CDS pudieran reunirse con

cierta privacidad con el senador Macías, Bravo de Laguna y Fernando Fernández, los enviados del PP. Por parte del CDS habían acudido Jesús Morales y Eugenio Cabrera. Julio Bonis no había aparecido, representando nuevamente su papel de *castigado* por haber hecho demasiadas migas con el PSOE. Las AIC habían enviado a Adán Martín, al propio Paredes, A Antonio Castro y a Gregorio Guadalupe... Paco Ucelay se había negado a asistir al encuentro, para evitar tropezarse con Fernando Fernández. Un par de días antes había tenido con él un *incidente telefónico*. Tras la primera reunión mantenida por las AIC con el PP, la tarde del día 13, le había llamado para hablar de las posibilidades de un acuerdo de centroderecha y para convocarle a la reunión del lunes. Al terminar la conversación, le exigió absoluta confidencialidad sobre lo tratado: "De esto ni una palabra a nadie. No conviene que los de ICAN sepan que mantenemos las conversaciones paralelamente", le dijo.

Y Fernández: "Yo no mantengo secretos. Si quieren negociar conmigo tiene que ser con luz y taquígrafos. Y además, quiero que sepas que he grabado esta conversación." Ucelay le colgó el teléfono.

Era cierto que Fernández había grabado la conversación: se la pasó personalmente en un casete de mano a algún periodista, muerto de risa. Ucelay se enteró por el propio periodista del asunto y explicó en ATI que él no volvería a sentarse nunca en una mesa con Fernando Fernández. Y lo cumplió, al menos durante las negociaciones.

En la habitación 107, se avanzó a una impresionante velocidad, cerrando la mayoría de los asuntos que habían quedado pendientes el día 13. Se tenía que acordar definitivamente el reparto del Gobierno, con tres consejerías para el PP, más la vicepresidencia del parlamento, para el palmero José Luis González, una única consejería para el CDS, más la presidencia del Gobierno, y el resto para las AIC, que tendrían que *repartir* con los majoreros si fuera necesario. Y en esos momentos todos los reunidos ya sabían que iba a ser necesario: los majoreros Herrera y Domingo de León esperaban pacientemente

en la barra del bar del Mencey a que la reunión terminara, para que Eugenio Cabrera o Paredes les informaran de lo ocurrido en el encuentro. También esperaba, en otra habitación del hotel, y oculto a la mirada de los periodistas, el alcalde de Santa Cruz. se había refugiado en el dormitorio de Martín Paredes a leer los periódicos y seguir "de cerca" los acontecimientos. En realidad, había acudido al Mencey para participar en el encuentro, en el que también se esperaba a Olarte. Cuando se supo que Olarte no iba a acudir a la cita, Hermoso consideró conveniente no aparecer tampoco. Esperó en la suite de Martín Paredes un par de horas, hasta estar seguro de que las cosas marchaban correctamente. Luego se fue discretamente a su casa.

Mientras, en la reunión, el debate se alargaba más de lo esperado y tuvieron que encargar sucesivas tandas de sangüiches. Un camarero del servicio de habitaciones llevó a la 107 hasta veinticuatro bocadillos para matar el hambre de los contertulios. Cuando pasó la cuenta, la factura era de 24.995 pesetas. Adán Martín protestó, pero acabó firmando la nota: "Cuando esto (se refería al Hotel Mencey) era del Cabildo, no se robaba tanto", comentó. Entre bocata y bocata, se habló del asunto de La Laguna, y los del PP plantearon la posibilidad de una renegociación: esa renegociación exigiría de las AIC y del CDS un compromiso escrito de apoyar la investidura de José María Aznar en 1993. Ese compromiso, que se incluiría como anexo no oficial al pacto, y que majoreros y herreños no tendrían que firmar, había sido la clave para despejar la principal incógnita de los negociadores de AIC y el CDS. Durante los primeros días de acercamiento al PP, áticos y centristas habían mantenido serias reservas sobre la *lealtad* de Fernández en las negociaciones, hasta que comenzaron a recibir mensajes por distintas vías (Otero Novas, Martín Villa, el propio Alvarez Cascos), sobre la *seriedad* de las intenciones populares al cerrar un acuerdo de centroderecha. Génova había diseñado todo un proceso negociador en las Comunidades Autónomas, que pasaba por apoyar gobiernos de centroderecha con el

compromiso de que los socios de esos Gobiernos apoyaran a Aznar en su posible investidura en 1993. Así se estaba haciendo en Navarra, y en Valencia, y en otros lugares, y así se tenía que hacer en Canarias. Por eso se había modificado la actitud de Fernando Fernández y se habían acelerado las conversaciones.

Con la garantía de Madrid... ¿Quién podía temer a Fernando Fernández? Una nueva pirueta lo habría dejado definitivamente fuera del juego. El Fernández que ahora negociaba con ellos era un hombre de partido, decidido a cerrar el acuerdo que sus jefes madrileños le habían pedido que cerrara. Un Fernández que había logrado convertirse en mano derecha de Alvarez Cascos y que -se decía en ambientes del PP- aspiraba a abandonar la política canaria y hacer carrera en Las Cortes tras las legislativas.

Con o sin la moderación de Fernández, el reparto del pastel gubernamental había llegado a un punto crítico: Eugenio Cabrera se resistía a aceptar una solitaria Consejería de Trabajo para el CDS. No tenía instrucciones al respecto, decía. Y era verdad: Olarte no le había explicado que la cuota de poder asignada al CDS se limitaba a la Presidencia y Trabajo. Hermoso se había comprometido con Olarte a *colocar* en los departamentos que el reparto adjudicara a las AIC a todas las personas que Olarte quisiera salvar de la quema centrista. La necesidad de compensar a los suyos era una de las cuestiones que Olarte había defendido con mayor ahínco en las regulares conversaciones que mantenía con Hermoso: "Mi gente está muy inquieta y necesito vuestro apoyo para evitar más tensiones". Los de AIC le habían garantizado ser generosos.

Aún así, Eugenio Cabrera abandonó la reunión cariacontecido y preocupado. Su rostro serio y cansado era la representación gráfica de lo que estaba a punto de comenzar a ocurrir en el CDS.

Martes 18 de junio. Así estaba el patio: ICAN había vuelto a reunirse con el PSOE, tras cambiar levemente su comisión negociadora. Se habían encontrado nuevamente en el Hotel Sansofé de Las Palmas, el PSOE había puesto por escrito en el tapete la Vicepresidencia, la Consejería de la Presidencia (sin el departamento de Justicia), la de Turismo y Transportes, la de Sanidad y Trabajo para los herreños y la de Obras Públicas para los majoreros. Mejor oferta imposible. ICAN dijo que sí, por supuesto, pendiente nada más que de confirmación por el Consejo Político que habría de celebrarse el viernes. Asamblea Majorera, según garantizó Mauricio a los medios de comunicación, sería respetuosa con la decisión mayoritaria de ICAN.

Mauricio explicó también que el acuerdo con AIC y el CDS era inviable, y calificó el asunto de "pacto encubierto del centroderecha", al que no podía apoyarse desde opciones de izquierda. Lamentó profundamente que los negociadores de AIC no hubieran querido negociar "en serio". Y debió sentirse feliz, porque el centroizquierda, tras la actitud demostrada esa misma mañana por Herrera, Barragán y Cabrera, era ya posible. Con esos datos en la mano, Juan Alberto Martín declaró por tercera vez desde las elecciones que el Pacto de centroizquierda era ya un hecho.

Saavedra, sin embargo, no dijo nada. Esta vez dejó hacer a Juan Alberto con la prensa mientras el rumiaba en silencio y hacía sus propias cuentas. Porque una cosa era obstaculizar el matrimonio oficial con la izquierda, y otra muy distinta creer en la monogamia, cuando se tiene la sensación de que alguien puede ponerte los cuernos al primer descuido. Tras el envite del CDS, Saavedra había llegado a la conclusión de que filtrar con otras posibilidades no sólo no era éticamente desdeñable, sino incluso muy conveniente y necesario.

Unos días antes, el mismo día de la *gamberrada* de Fernández a Ucelay, cuando le grabó una conversación telefónica y se dedicó a hacerla escuchar a los periodistas, Saavedra y el presidente de la Cámara de Comercio de Tenerife habían conectado por teléfono. Ucelay le había comentado que en las AIC estaban "un poco hartos" de tanto pasteleo negociador y de tanta pirueta, y se había lamentado, como quien reflexiona en voz alta, de que fuera tan difícil llegar a aquel acuerdo *lógico* entre el PSOE y las AIC que meses antes de las elecciones, cuando el procesamiento de Hermoso ni tan siquiera se vislumbraba en el horizonte, todos -y el primero el propio Saavedra- daban por hecho inmediatamente después de las elecciones. Ucelay, que no hablaba exclusivamente por boca propia, se dejó caer con la conveniencia de no cerrar definitivamente las puertas y tantear las posibilidades de un acuerdo.

Esa oferta era precisamente la que Saavedra esperaba: quedó con Ucelay en enviarle a Juan Alberto Martín para que se entrevistara con algún representante de las AIC y se discutiera inicialmente sobre programas. El envío de las AIC sería José Miguel González, consejero de Hacienda y uno de los discretos protagonistas de las negociaciones. En las AIC, la decisión de iniciar contactos con el PSOE se había tomado en un reservadísima reunión, en la que participaron únicamente cuatro o cinco de los dirigentes de la coalición independiente: lo sabían Hermoso, José Emilio García Gómez, Adán Martín, Paredes y el propio Ucelay. Luego, cuando se habló con Saavedra, el asun-

to se corrió un poco más, pero se mantuvo en secreto en un círculo muy restringido.

El encuentro *programático* entre Juan Alberto Martín y José Miguel González demostró que no existían grandes diferencias entre ambas fuerzas políticas, y que el único asunto difícil de resolver era la reforma del Estatuto de Autonomía, con la que el PSOE no estaba de acuerdo. Tras esa reunión, celebrada en los primeros días de la semana del 17 al 23, tenía que celebrarse otra, también con el máximo sigilo, a la que debía acudir el propio Saavedra a su regreso de un viaje a Madrid para participar en la Ejecutiva Federal que se ocupó del *caso Filesa*.

Sin embargo, Saavedra cometió una indiscreción. Cediendo a las presiones de algunos de sus compañeros, aceptó filtrar a la prensa de Tenerife la existencia de conversaciones con las AIC. Algunos en el PSOE no eran partidarios de entrar en el juego de rumores y contrarumores que se había abierto en los últimos días, pero Juan Alberto Martín fue muy insistente. Creía que la filtración de encuentros entre el PSOE y las AIC rompería la unidad de acción de las AIC y el CDS. José Juan Rodríguez, al que se encargó de propagar los rumores en este sentido, se negó a hacerlo.

Fue entonces cuando el propio Saavedra llamó al director de un medio de comunicación de Tenerife para advertirle de los contactos "de momento no oficiales, meramente privados", dijo, que había mantenido con Ucelay. A crear nuevos rumores se prestaron Juan Alberto Martín y Juan Carlos Alemán que llegaron a referirse a una entrevista privada de Saavedra y Ucelay en el domicilio de Saavedra en Vegueta. Al enterarse de los rumores, Ucelay montó en cólera y desmintió rotundamente incluso la conversación con Saavedra: en ATI habían acordado negarla hasta la misma evidencia. La indiscreción frustró un encuentro que efectivamente tendría que haberse producido en Las Palmas y que no llegó a materializarse.

Si se materializó, sin embargo, el tercer encuentro oficial de los negociadores del centroderecha: fue en el hotel Reina Isabel, y esta vez participaron Olarte y Manuel

Hermoso, además de la plana mayor del CDS y los tres negociadores populares. Fue el miércoles 18, y en la reunión se dejó listo para la firma el documento del Pacto de centroderecha y sus anexos supersecretos. Antes de reunirse con Fernández, Bravo y Macías, Olarte y Hermoso mantuvieron una reunión cerrada para ponerse de acuerdo en la estrategia a seguir delante de Fernando Fernández.

La mañana siguiente, los periódicos iban a montar un buen cirio: La Provincia publicaba el acuerdo secreto firmado por las AIC y por el CDS, en el que se aseguraba la confluencia de ambos grupos en un proyecto nacionalista. Era el documento que Oswaldo Brito había exigido para sentarse a negociar con ambas fuerzas políticas, y que había sido leído unos días antes por un dirigente de ICAN a un cualificado miembro de la ejecutiva regional del PSOE. Junto a la publicación del documento, el desmentido oficial de uno de sus firmantes: Julio Bonis. El no había firmado ese papel en el que se diseñaba el desmontaje del CDS y su conversión en un partido nacionalista federado en las AIC. La firma que aparecía al pie del mismo, junto a la bien legible de Paco Ucelay, no era la suya. Bonis decía la verdad y mentía al mismo tiempo: no era su firma aquél garabato bajo su nombre, no lo era. Pero aquel garabato lo había hecho él. Vaya si lo había hecho.

El Diario de Avisos abría también a seis columnas, destapando el secreto acuerdo de La Laguna para retirar a Segura de la alcaldía, tres meses más tarde. Uno de los protagonistas del acuerdo, Oswaldo Brito, negó también radicalmente la existencia de cualquier compromiso en ese sentido. Un compromiso refrendado por los negociadores de ICAN con su visto bueno, y que Pedro González guardaba desde el sábado en su caja fuerte. Un documento que el pintor lagunero no había enseñado siquiera a Ambrosio Jiménez, el empresario que financió la creación de la Plataforma Municipal Independiente para asegurar la continuidad de Elfidio Alonso, y que el día de la elección de Segura llamó casi llorando a Elfidio para asegurarle que Pedro González le había traicionado: "No entiendo porque ha hecho esto, no lo entiendo, de verdad", le dijo.



También Canarias 7 anunciaba algo a toda plana. Aseguraba que los majoreros habían asistido a la reunión del centroderecha la noche anterior en el Reina Isabel. No era verdad, pero tampoco era necesario que asistieran para estar plenamente al corriente de lo tratado en ella.

Esa misma mañana, después de leer todas esas noticias en la prensa, Fernando Fernández hizo unas declaraciones para el TeleCanarias, en las que aseguró que el centroderecha contaba con el apoyo majorero. Luego habló con un periodista al que confesó que estaba "dispuesto a castigar al PSOE". Por último, Fernández se vio con Adán Martín y juntos terminaron de dar el visto bueno al documento que habían terminado de elaborar la noche antes. Fernández partió entonces para Madrid, acompañado por Macías y por Bravo, para discutir el borrador de acuerdo con sus jefes.

Martín Paredes salió en otro avión para seguir sus pasos y *controlar* los movimientos de Fernández en Génova 13. Paredes se hospedó en el Meliá Castilla y dedicó toda la tarde del miércoles a intentar averiguar donde se habían escondido los populares, sin éxito. Hizo decenas de llamadas a los hoteles de Madrid, sin detectar su presencia en ninguno de ellos. Desde Tenerife recibió el recado de que Fernández no había ido a Madrid, que luego se demostró ser falso. Cuando los nervios comenzaban a flaquearle, le llamaron desde Génova para darle la primera confirmación de que Fernández y los suyos se habían entrevistado con Aznar y el pacto había sido refrendado por la dirección nacional del PP.

Un poco antes, Herrera llamó a Lorenzo Olarte para explicarle que en Asamblea Majorera la posición favorable al centroderecha avanzaba a su ritmo, pero que iba a necesitar tiempo. Le pidió también que intentaran silenciar a Fernández porque declaraciones como las que había realizado en la tele "nos complican las cosas con las bases". Después Herrera llamó a Tomás Padrón para ofrecerle también su garantía de que la reunión de la Coordinadora Insular de AM, que se tenía que celebrar esa noche en Gran Tarajal, se manifestaría claramente en contra de cualquier tipo de apoyo al PSOE.

Inmediatamente después de hablar con Herrera, Padrón recibió una nueva llamada telefónica, ésta de Juan Alberto Martín, para pedirle que asistiera al día siguiente a una reunión conjunta con ICAN para cerrar públicamente con los treinta y un votos el pacto de centroizquierda. Padrón fue claro con él: "Mira, los de ICAN todavía no se han aclarado: yo no veo por ningún lado que tengáis los treinta votos que os he pedido. Habrá que esperar al viernes, y entonces ya veremos si tenéis treinta o sólo veintiocho". Juan Alberto se despidió malhumorado.

Como consecuencia de las llamadas de Herrera a Olarte y a Tomás Padrón, y no sin antes recibir confirmación de Paredes desde Madrid, Manuel Hermoso haría sus propias declaraciones a la prensa, afirmando que el Pacto de centroderecha era ya un hecho, y que todos los partidos implicados en el acuerdo esperaban contar con el apoyo mayorero. Hermoso puso mucho cuidado en sus declaraciones para que AM no apareciera como implicada en el acuerdo, sino como invitada a participar en la gobernación de las islas: "desearíamos contar con su apoyo", fue la expresión utilizada.

En principio, sólo tenían que haber estado los diecisiete miembros de la coordinadora insular, reunidos a últimas horas de esa noche del 19 al 20 de junio, en la sede social de Asamblea Majorera en Gran Tarajal. Pero había más gente. Herrera había decidido que la reunión fuera abierta a los afiliados para así "escuchar las opiniones de todos". Al final, no sólo fueron las opiniones sino también los votos. Los votos de una aplastante mayoría, que se manifestó radicalmente en contra de cualquier pacto que significara apoyar al Partido Socialista. Los cristianos se quedaron solos.

Pero no bastaba: el ovillo majorero no había comenzado todavía a desenredarse. Durante años y años, una práctica pragmática basada en la defensa de intereses de grupo, y un discurso populista y demagógico, habían logrado hacer de Asamblea Majorera un entramado de colectivos y capillas anclados en la permanente esquizofrenia de elegir entre un lenguaje de izquierdas y una práctica si no conservadora, sí netamente moderada. Los negocios e inversiones inmobiliarias de alguno de sus más destacados dirigentes, junto al radicalismo a ultranza de personajes como el senador Lalo Mesa, habían acabado por agotar el resuello electoral de aquel proyecto de la izquierda

independiente que fue AM, sometiendo al grupo insularista a una permanente marea de conflictos internos, escisiones y personalismos. Los resultados electorales, aún suponiendo un importante retroceso para AM, habían provocado la paradoja de convertir el voto de sus dos únicos diputados en el fiel de la balanza de los pactos, y había despertado entre las bases una sensación de dominio y poderío olvidada desde hacía ya mucho tiempo.

Entre las bases había dos tendencias. Una muy mayoritaria, partidaria de pasar al PSOE la factura por haber crecido a costa de los tráfugas de AM, y otra, minoritaria, identificada con el sector cristiano próximo a Oswaldo Brito y José Mendoza, que apostaba por un acuerdo ideológico. Los comunistas y socialistas históricos de Asamblea Mayorera hacía tiempo que habían abandonado la militancia, bien para satisfacer sus ambiciones personales al sol del PSOE, bien para superar el desencanto dedicándose a sus propios asuntos.

Esas eran las bases. Entre los dirigentes el fenómeno era distinto: el presidente del Cabildo, José Juan Herrera hacía la cuenta de la vieja del político de gestión: 400 millones para la Maxorata con el Pacto de Progreso saavedrino; 5000 millones con el Gobierno de centroderecha de Olarte. Miguel Cabrera, arquitecto que había sabido sacar un buen provecho del crecimiento urbanístico surgido al calor de los años buenos del turismo y de la inversión oficial, hacía otras cuentas. Las cuentas del corazón y la cartera con las que José Carlos Mauricio le recriminaría un par de días después la ambigüedad de una postura que de puro ambigua resultaba evidente.

Con el pacto de centroizquierda, AM conseguía la Consejería de Obras Públicas. Pero esa consejería -la más inversora de todas iba a seguir de todas formas en manos de un hombre de la isla con el pacto de centroderecha, ocupada por Fonfin Chacón. Con el pacto de centroderecha, sería por tanto Obras Públicas para IF, más la que pudiera tocarle a Asamblea (se había negociado la reconvertida cartera de Industria, Energía y Aguas), más la seguridad de alguna dirección general importante. Más mi-

llones entrando en Fuerteventura y repartiéndose por los caminos, los pueblos y los bolsillos de la isla. Las garantías ofrecidas por un pacto de centroderecha las daba también un acuerdo nacionalista. Pero ese era el pacto que Mauricio y Oswaldo Brito, obsesionados con sus propias parcelas de poder en un gobierno de mayoría socialista, habían decidido dinamitar.

Para los dirigentes majoreros, la apuesta comenzaba ya a estar clara. Al menos para la mayoría: había que desenredar el ovillo de las palabras izquierdistas, deshacerse del lenguaje pretendidamente progresista, hasta llegar a el corazón de piedra donde habitaban los intereses de la isla y de sus gentes. Allí, en el mismo centro del ovillo, estaba la decisión a adoptar. Pero las frutas tardan en madurar, y había que seguir los pasos adecuados. Uno de ellos era lograr que Tomás Padrón, precipitara las cosas en el momento preciso. Si el conjunto de las fuerzas del centro y la derecha sumaban treinta votos, AM no tendría más remedio que apoyar un gobierno de ese tipo, para "desbloquear la situación". Herrera habló con Padrón para relevarle del compromiso adquirido entre los herreños y los majoreros para actuar conjuntamente: "Si tú te adelantas nos haces un favor". No sólo a él. Ese adelanto se lo estaban solicitando igualmente Olarte y Hermoso, para lograr los treinta a toda prisa.

Tras la conversación con Herrera, Tomás Padrón recibió una llamada de Salvador Lachica, redactor de la Agencia Ideapress. Lachica preguntó al herreño si pensaba mojarse en el pacto de centroderecha, y Tomás le contestó: "¿Mojarme? Ya nos hemos mojado. Ahora vamos a empaparnos hasta los mismos huesos." El periodista: "¿Y qué van a pedir? ¿Aguas?". Y Padrón: "Sí, Aguas hasta callarnos, e Industria y Energía, que ahora van juntas".

El jueves 20, por la tarde, los nervios habían comenzado a hacer estragos entre las gentes del PSOE e ICAN. Mauricio, conociendo ya el pronunciamiento de la Coordinadora Insular majorera y sabiendo que ese pronunciamiento contrario a un acuerdo con el PSOE se reproduciría en la Asamblea de esa noche, desbarró en los perió-

dicos insultando a sus socios a los que acuso de ser "los únicos que todavía creen en un pacto nacionalista". Paradojas del destino, Mauricio tendría que comerse sus palabras al día siguiente, al apostar el también por esa fórmula, como único mecanismo para evitar la total descomposición y ruptura de ICAN. Por su parte, Juan Alberto Martín fue más cauto: "hay que esperar al viernes", dijo. "Todavía no esta todo claro".

Nada claro, desde luego. Y menos en el PSOE. Mientras algunos se decantaban por un pacto entre socialistas, ICAN y el PP, otros estaban apostando todavía por romper el acuerdo entre el CDS y las AIC, utilizando para ello las armas del rumor y la intoxicación. Eran armas muy efectivas, especialmente ante la situación de postración en que la duda sobre la *lealtad de las AIC* había colocado a Julio Bonis y Luis Hernández.

El vicesecretario general del PSOE tenía un as guardado en la manga, dirigido precisamente a la línea de flotación del CDS grancanario. Fue otro as importante para ligar un juego favorable, que el PSOE perdió en la primera mano de la partida por farolear en exceso. Para la tarde del día siguiente, viernes, se había acordado en secreto un nuevo encuentro con las AIC, al que esta vez estaba previsto que asistiera Jerónimo Saavedra, a su regreso de participar en Madrid en la reunión de la Ejecutiva Federal que había adoptado camufladas medidas disciplinarias contra Carlos Navarro, responsable de las finanzas del grupo socialista, y contra Guillermo Galeote, apartado provisionalmente y por decisión expresa de Felipe González de la dirección del área económica del PSOE.

Saavedra tenía que reunirse con Ucelay y otros cuantos en el hotel Botánico del Puerto de la Cruz. Nadie los echaría de menos esa tarde, en la que se estaban constituyendo todos los Cabildos menos el de La Palma, pendiente de un recurso electoral interpuesto por API. Con toda la clase política regional paseando por los salones de los palacios insulares, Saavedra y Ucelay podrían avanzar en la negociación de un acuerdo alternativo al de centroizquierda y al de centroderecha. Pero alguien volvió a ir-

se de la lengua. El PSOE apostó nuevamente por crear un conflicto interno entre las AIC y el CDS, y se filtró que la reunión estaba a punto de producirse. El propio Juan Alberto Martín presumió ante los micrófonos de la existencia de encuentros. En AIC negaron radicalmente que esos encuentros se hubieran producido, e incluso garantizaron que era imposible que siquiera se hubieran planteado. Mientras los *filtradores* oficiales del PSOE aseguraban a los periodistas que Saavedra y Ucelay estaban reunidos en algún lugar de Tenerife, Saavedra entretenía la tarde del viernes su espera en el aeropuerto de Gando, con su avión bloqueado por una amenaza de bomba.

Algunos días más tarde, un dirigente independiente bromearía sobre la oportunidad de aquella amenaza de bomba, que había impedido la celebración de un encuentro deseado secreto por las AIC y que el PSOE se había empeñado en hacer público. Alguien comentó entonces: "Seguro que lo de la bomba se le ocurrió a alguno de los nuestros". Y otro alguien, sentencioso: "Sería a Luis Mardones. Anda muy entretenido últimamente con eso de los tanques y los aviones de Muniesa, y una bomba más o menos no debe preocuparle". Hubo risas. Y es que el diputado Mardones, el hombre que con su voto hizo posible en el 89 la investidura de Felipe González, el único de los dirigentes de AIC que desde siempre había apostado por un entendimiento con el PSOE, llevaba ya algún tiempo merodeando en las trastiendas de la Corte en torno a un poderoso e influyente consulting de imagen, Muniesa, Lozano y Asociados, relacionado con la promoción y venta legal de armamento español a países del tercer mundo.

Pero no, no había sido Mardones. La inexistente bomba que bloqueó a Saavedra en Las Palmas mientras los suyos alardeaban de su encuentro con las AIC, debió tener otro origen muy distinto.

La bomba que si existía realmente, había estallado la noche antes, jueves 20 de junio, nuevamente en escenario majorero. Por una aplastante mayoría de más de 150 votos frente a sólo diez en contra, la Asamblea Insular de AM, reunida en el salón de Santiago, un merendero es-

pecializado en bodas y banquetes del pago de Casillas del Angel, había aprobado rechazar cualquier entendimiento con el PSOE, decantándose rotundamente por un pacto nacionalista. Para lograr este parcial milagro, Carlos González, el influyente médico de Jandía, movilizó hasta el último de sus leales, y lo mismo hicieron Cabrera y Herrera. Cabrera llegó a afirmar en la asamblea que al PSOE "hay que negarle el pan y la sal". Herrera fue más prosaico y se limitó a piropear a Lorenzo Olarte y a celebrar las inversiones de los últimos años: "Si Olarte nos ha metido todos esos dineros estando nosotros en su oposición... ¿que no hará si estamos con él en el Gobierno?", preguntó al máximo órgano político de Asamblea.

Al final, de acuerdo con lo pactado con Olarte y con Hermoso, el pronunciamiento fue por un Gobierno nacionalista. Sabiendo que Mauricio había declarado esa misma mañana que tal acuerdo era sólo una tapadera de la derecha, Herrera y los suyos esperaban que el Consejo Político de ICAN proclamara al día siguiente la ruptura de la unidad de la izquierda. Y ese era el segundo paso previsto. Un paso que significaba libertad de acción para AM y significaba también desenrollar definitivamente el ovillo. O eso creían, y al creerlo se equivocaban. Todavía no sabían con quien se estaban jugando el futuro: no se habían enterado aún de lo que significa tener enfrente a José Carlos Mauricio.



Bien, bien, bien... había que imaginar la situación: José sé Carlos Mauricio, tras conocer la decisión de los majoreros de no apoyar un pacto con el PSOE, mirando fijamente a los ojos <sup>(1)</sup> a sus tres interlocutores favoritos en el Consejo Político de ICAN, los majoreros Mesa, Barragán y Morales, intentando venderle una decisión mayoritaria que no compartían. Y mirando por el ojo de la nuca la sonrisa beatífica de Miguel Cabrera, representante del verdadero poder majorero, al que esa misma mañana ha acusado desde las páginas de la prensa de debatirse entre su corazón y su cartera. Bien, bien... vaya escena.

La reunión de ICAN comenzó a celebrarse a las cinco de la tarde del viernes 21 de junio, en el hotel Iberia de Las Palmas. Oficialmente, el debate duró apenas dos horas y media, y sirvió para diseñar un cambio radical de estrategia: ICAN, apremiada por la posición majorera de no apoyar al PSOE, apostaba por reiniciar los contactos con las AIC y el CDS en busca de un pacto de Gobierno, pero lo hacía al mauriciano modo: poniendo condiciones insalvables. La primera era exigir la presidencia del Parlamento de Canarias para el comunista Sanjuán, al que un disparatado acuerdo entre el PP y el PSOE había privado de la alcaldía de Santa Cruz de la Palma. La segunda

era considerar abierto de nuevo el proceso negociador, que sólo unos días antes ICAN había dado por definitivamente cerrado, al entender que un pacto nacionalista era un pacto del "centroderecha encubierto".

Para el PSOE, y por si fuera necesario, también un recado envenenado: arreglar el asunto de La Palma o arriesgarse a perder la alcaldía de Las Palmas y lo conseguido en el Cabildo grancanario, dónde esa misma tarde Carmelo Artilles había aceptado entregar una modesta vicepresidencia tercera al nacionalista Pedro Lezcano. Donde las dan las toman <sup>(2)</sup>.

Los acuerdos habían sido adoptados por unanimidad, con el apoyo de los representantes majoreros y sólo dos abstenciones: las de la UNI de Melchor Núñez, poco inclinada a acuerdos con la representación política de la burguesía, se vistiera o no de nacionalismo, y la de Roque Aguairo. Tras la tensa reunión, en la que Mauricio logró mantener la unidad a costa de malabarismos sin cuento, el propio Mauricio por ICU, José Mendoza por ACN y Barragán por AM se enfrentaron a una rueda de prensa ofrecida en el salón San Telmo del hotel Iberia. Mauricio, visiblemente malhumorado, lee un comunicado conjunto elaborado por la representación de todos los partidos que componen ICAN, e intenta justificar como puede el radical cambio de rumbo que la izquierda acaba de protagonizar. Él será el único que conteste a los periodistas. Ante la pregunta de uno de ellos, que quiere saber si mantiene su opinión de que AM debe decidir entre el corazón y la cartera, se negará a contestar alegando que el redactor trabaja para un medio de comunicación que defiende el pacto de centroderecha. Sólo pedirá disculpas al terminar la rueda de prensa, y abandonará el hotel exaltado y tenso.

Los resultados del encuentro del Consejo Político de ICAN estaban siendo seguidos con suma atención en las filas de AIC y el CDS: en un despacho del Cabildo de Tenerife, reunidos Adán Martín, Victoriano Ríos, Hermoso y José Emilio García Gómez, el anuncio radiado de la pirueta mauriciana desconcierta a Hermoso: "Pero este... ¿qué es lo que quiere ahora éste?", se pregunta. Y al-

quien le contesta: "Mandar, lo que quiere es mandar a costa de lo que sea..."

Se equivocan. En realidad, Mauricio no cree ni una palabra de lo que ha dicho a los medios de comunicación: para él, el pacto con las fuerzas nacionalistas no es posible. Tras sus declaraciones contra el "chalaneo negociador" Mauricio apuesta con la boca chica por un acuerdo nacionalista y explica que ahora ese acuerdo ya no es una forma de "encubrir un gobierno de centroderecha", ni la demostración de que en quienes lo apoyan "pesa más la cartera que el corazón". Pero lo hace porque no tiene otro remedio, aún a sabiendas de que despertará críticas durísimas.

Mauricio está empeñado en construir un proyecto político que vertebre y aglutine a la izquierda canaria. Su esfuerzo por unificar las corrientes de la izquierda regional es un esfuerzo necesario para la clarificación del complejo mapa político de las islas. El cree que su obligación es consolidar ICAN y mantenerla a toda costa, ya sea en el poder o en la oposición. Como viejo marxista, curtido en los envites del desguace del PC, sabe que la historia no se acaba mañana. Por eso, al continuar las negociaciones con AIC y el CDS, en realidad lo que hace es intentar mantener su propia coherencia interna: en las reuniones del Consejo Político ha descubierto que no cuenta ya con Asamblea Mayorera. Lo había intuído al descubrir durante el rodaje de las negociaciones que el componente izquierdista en AM es sólo residual. Pero tiene perfectamente claro que no va a ser él quién rompa con Asamblea y precipite la descomposición de ICAN. De ninguna manera: algunos de los cuadros mayoreros (el senador Gerardo Mesa, Marcial Morales, José Miguel Barragán, Rosa María Mesa), son gentes de la izquierda con peso e influencia en Fuerteventura y le resultan vitales para consolidar territorialmente su proyecto de una nueva izquierda en las islas. Mauricio sabe perfectamente que AM acabará entrando en un Gobierno en el que ICAN no va a estar. Por eso, apuesta decididamente por alimentar las contradicciones internas entre la tropa mayorera. Si ICAN va a estar en la oposi-

ción, si ICAN va a perder a los majoreros, al menos hay que intentar no perderlos a todos.

Lo que Mauricio intenta al plantear el viraje a un acuerdo nacionalista es ganar tiempo y desatar las contradicciones internas en AM. Cree posible la escisión de su grupo *cristiano*, y para justificar esa escisión y crear la base social de ICAN en Fuerteventura, es para lo que cede en el Consejo Político. Sabe que los sectores *inmobiliarios* de AM, los que controlan el partido, están apostando decididamente por apoyar un acuerdo de centroderecha, y espera que entonces se consume la ruptura. Su único objetivo es salvar lo que pueda.

Aunque algunos intentarán que ni eso consiga.

Esa misma tarde, Hermoso hará unas declaraciones poniendo a caldo de pota a su pretendido colega: "Estamos dispuestos a seguir tanteando un acuerdo nacionalista, pero no desde luego con un tramposo como Mauricio en la Comisión negociadora", dirá el alcalde. No será el único que esa tarde castigue con toda dureza el viraje del dirigente comunista. Juan Alberto Martín arremeterá también contra él. Y seguirá haciéndolo en la reunión de la ejecutiva del PSOE, que se celebrará el día siguiente en el hotel Punta del Rey de Las Caletillas, una vieja urbanización turística cercana a Santa Cruz de Tenerife. En la reunión de los dirigentes socialistas, en un ambiente de franca desolación, acrecentado aún más por la asistencia esa misma mañana de algunos de los miembros de la ejecutiva al entierro de Jesús Torres, un histórico pero joven activista del PSOE tinerfeño, Juan Alberto irá decantando ante sus colegas de dirección el catálogo de las traiciones: engañados por el CDS, vendidos a última hora por Mauricio... la única alternativa es intentar un acuerdo con las AIC. Explica los escasos contactos secretos mantenidos esos días con Ucelay y José Miguel González y apuesta por hacer un último esfuerzo. Coincide en esa reflexión con Jerónimo Saavedra, presente en la reunión y un tanto alicaído. El mismo Saavedra que unos minutos antes ha aparecido por las pantallas de televisión, con ojeras y la tez gris, sin maquillar para las cámaras, ase-

gurando que la única alternativa que queda es la de un acuerdo con las AIC.

El ambiente es más bien patético en la reunión del PSOE. Nadie acierta a explicar como el Gobierno, tan seguro hasta hace sólo escasos días, se ha escapado de las manos. Por los altavoces del hall del hotel, una canción de Luz Casal añade melancolía al momento: "estoy loca por tener ganas de volver...", canta la tonadillera, mientras Saavedra y José Juan Rodríguez abandonan la sala dónde se ha reunido la Ejecutiva para explicar a los periodistas los acuerdos adoptados. "Loca por tener ganas de volver...". Casi un tango.

Pero si el ambiente es patético en la reunión tinerfeña del PSOE, en la reunión grancanaria del Pacto de centroderecha, dónde se tenía que firmar oficialmente el acuerdo definitivo del PP, las AIC y el CDS, la situación está adquiriendo tintes surrealistas.

Julio Bonis y Luis Hernández se han presentado en el salón San Telmo, donde les esperan Bravo de Laguna, Macías, Fernando Fernández, Manuel Hermoso y Martín Paredes. Parecen llegar de una excursión. Piden conocer el documento, y al descubrir que en él se hace referencia a una consejería -la de Educación- para los herreños, comienzan a poner pegas: "Nosotros no teníamos conocimiento de esto. Tenemos que consultarlo con Lorenzo". La consulta con Olarte se ha convertido en una de las técnicas dilatorias más utilizadas por los negociadores centristas. En realidad, se trata de forzar nuevamente las cosas hasta el último extremo: si los herreños tienen una consejería, el CDS exige dos. La reunión comenzó a envenenarse. Hermoso tuvo que abandonar el encuentro antes de que se diera por finalizado, para embarcar en el Jet-Foil de las seis de la tarde y llegar a tiempo de participar en el Consejo Político de ATI, convocado para esa tarde a las ocho en Santa Cruz de Tenerife. Dejó Las Palmas convencido de que el acuerdo se rubricaría apenas unos minutos después. Pero no fue así. A pesar de las llamadas de Bonis a Olarte, los centristas no se dieron por satisfechos. Pidieron un receso y se les concedió de plazo has-

ta las doce de la noche para que hicieran las consultas necesarias y firmaran de una vez. Y no ellos. Quien tenía que firmar era Jesús Morales, presidente regional del CDS. Pero nadie sabía en ese momento dónde diablos se había metido Jesús Morales. Se tardaría un día entero en lograr que apareciera.

---

<sup>(1)</sup> No recuerdo ninguna ocasión en la que José Carlos Mauricio haya mirado directamente a nadie a los ojos. No se caracteriza precisamente por eso. Pero yo no estaba presente ese día en la reunión que se cuenta. A lo mejor ocurrió así...

<sup>(2)</sup> Cuando Carmelo Artilles ofreció la vicepresidencia a Pedro Lezcano, lo hacía a costa de dejar colgado al CDS, que durante toda una legislatura le había apoyado. Luego sucedió que Artilles perdió la Presidencia como consecuencia de un acuerdo entre los centristas, Ican y el Partido Popular. Eso demuestra que es cierto que donde las dan, las toman.

Lo había explicado John Kenett Galbraith en su Teoría de la tecnoestructura: en las economías desarrolladas, el empresario tiende a controlar cada vez menos la dirección de su empresa, en beneficio de los altos ejecutivos". Algo así le estaba ocurriendo a Lorenzo Olarte en su particular empresa política. Empeñado en no mojarse directamente en las negociaciones con el resto de las fuerzas políticas para aparecer intocado el día de su investidura como presidente, había delegado casi absolutamente el desarrollo de las negociaciones en Julio Bonis y Luis Hernández. Pero los aprendices de brujo intentaron superar al maestro.

A las siete y poco de la tarde de aquél sábado 22 de junio, cuando los negociadores centristas abandonan el hotel Iberia con sus papeles, dio comienzo una frenética pugna telefónica entre ellos y Olarte y entre Olarte y los independientes: Olarte intentó primero convencer a Martín Paredes de que tenía serios problemas con su partido: "esta distribución es nueva y me pone las cosas muy difíciles". Era cierto: entregar una consejería como la de Educación a los herreños, precisamente la de mayor presupuesto de la Comunidad, parecía casi un insulto al CDS, condenado a conformarse con la solitaria Consejería de

Trabajo y Función Pública. "Si vais a soltar Educación, queremos que sea para nosotros", habían dicho Bonis y Hernández. Pero las AIC no iban a soltar nada. El ofrecimiento de la Consejería de Educación a Tomás Padrón era una pura entelequia, destinada a premiar el comportamiento de Padrón, que esa misma mañana, siguiendo instrucciones de Olarte y de Hermoso y tras consulta con los mayoreros, había hecho unas declaraciones a la prensa escrita (ojo, sólo a la prensa escrita, no a la radio), cis-cándose en Mauricio y apostando por un pacto de centroderecha "para salvar la situación" creada por la decisión de ICAN. Padrón no hizo sus declaraciones en radio siguiendo la recomendación de Herrera. Para los mayoreros era vital no precipitar acontecimientos. Esa noche se iba a celebrar una nueva reunión de Asamblea Mayorera, en la que se esperaba lograr un pronunciamiento de las bases contrario al acuerdo de centroderecha, pero matizado y justificado por la insuficiencia de diputados que apoyaban esa opción. El voto de Padrón, el voto número treinta, debía aparecer en los periódicos el mismo domingo, un día antes de la definitiva reunión de AM, el lunes por la noche, sólo horas antes de la constitución del Parlamento de Canarias. El anuncio del *descuelgue* de Padrón a favor del centroderecha debía servir para terminar de inclinar la balanza mayorera a favor de un desbloqueo necesario.

Se lo había explicado con toda claridad a Padrón. "Que tus declaraciones apostando por un gobierno de centroderecha aparezcan después de que hayamos celebrado la Asamblea".

Padrón, tras hablar con Herrera y con Olarte había aceptado romper su compromiso de no apoyar ningún Gobierno que no contara con treinta diputados. Para hacerlo, se amparó en lo que definió como "una jugada de José Carlos Mauricio" para obligar a todos a votar un presidente comunista en el Parlamento de Canarias. Y para justificarse ante los suyos necesitaba una Consejería fuerte, bajo *control* herreño. Se pacto con él entregarle la de Educación, a cambio de que mantuviera en el cargo a Juan Manuel García Ramos. García Ramos es un hombre sin carné políti-



co, pero vinculado a las AIC, cuya teórica independencia había resultado muy útil durante el conflicto universitario para sustituir a un Enrique Fernández Caldas absolutamente *quemado* por su propia gente, manteniendo la Consejería en la órbita de las AIC. La decisión de adjudicar a los herreños la Consejería de Educación era, pues, una mera cuestión formal. Con *disciplina* herreña o sin ella, el control seguiría siendo de Hermoso y los suyos.

Y en el CDS lo sabían. Lo sabía Olarte, que se pasó la tarde del sábado amagando telefónicamente a las AIC con la amenaza de revueltas de su equipo más cercano, y lo sabían Bonis y Hernández, que sin embargo intentaron tensar hasta el mismo punto de ruptura la cuerda del reparto gubernamental. Olarte confesaría un par de días después a un dirigente de las AIC que el objetivo había sido *asustar* al Partido Popular. Pero no parecía muy probable. Más probable resultaba que sus gentes le hubieran realmente colocado en una situación límite, forzándole a intervenir.

Quizá midieron mal sus fuerzas. Con la oferta realizada a las AIC por Jerónimo Saavedra esa misma tarde, pidiendo reconducir las negociaciones para un acuerdo estable entre los nacionalistas de Hermoso y el PSOE, las posibilidades de presión del CDS se desvanecían. Les quedaba salvar la honra con una triste pataleta, y en ella se aplicó Bonis, quizá intentando ganar tiempo para la negociación paralela que él y Luis Hernández mantenían con Mauricio para el ayuntamiento de Las Palmas.

Alrededor de las diez de la noche, Olarte llamó por teléfono a García Gómez, reunido en el Consejo Político de ATI con Hermoso y con todos los cargos públicos y orgánicos del Partido y le dijo que ya estaba arreglado, que su gente estaba pacificada, que se firmaría esa misma noche: se estaba intentando localizar a Jesús Morales, que al parecer había salido desde Lanzarote para Las Palmas para llegar a tiempo de estampar su firma.

A las doce, en la suite 1024 del Iberia, la habitación de Martín Paredes y uno de los cuarteles generales de las negociaciones, se esperaba aún a Jesús Morales. Nuevas lla-

madras, al filo de los nervios, garantizaron que Morales había perdido el avión pero que no había ningún problema... Olarte personalmente dió garantías de que la firma se produciría a las diez de la mañana: “Dar por firmado el acuerdo, darlo por firmado. No va a haber ningún problema. Jesús estará ahí mañana por la mañana...”

Pero el primer asomo de desconfianza había comenzado a echar raíces entre las gentes de AIC. Por si las moscas, esa noche Ildfonso Chacón habló telefónicamente con Juan Alberto Martín. El presidente de las AIC se daba por enterado de la oferta del PSOE para iniciar negociaciones. Las fintas de la muchachada olartiana habían logrado enfadar seriamente a los independientes y el acuerdo, prácticamente ultimado, podía torcerse en el último momento.

Esa misma noche, mientras la gente de Olarte forcejeaba con las AIC para retrasar la firma definitiva del acuerdo del *bloque nacionalista* y la derecha, un Manuel Hermoso tenso y preocupado por la inesperada demora en la firma del acuerdo, explicó en el Consejo Político de ATI que las cosas estaban todavía en el aire.

El alcalde llegó a las ocho menos cuarto a Galcerán, y tras una breve introducción del secretario general, Adán Martín, dando cuenta de cómo se habían desarrollado los pactos municipales, comenzó a hablar exactamente a las nueve en punto. Durante casi tres horas comentaría a los suyos, los pasos de las negociaciones, uno a uno, ilustrando a su gente sobre los tiras y aflojas desarrollados a lo largo de los días. Contó los encuentros con los majoreros y las garantías recibidas para hacer posible, en su tiempo y forma, el apoyo de AM a un pacto de centroderecha. Explicó porqué se había realizado la *generosa* oferta de la Presidencia a Lorenzo Olarte, y los miedos y las dudas del CDS que tanto habían obstaculizado el proceso negociador. Se detuvo en una larga reflexión sobre los esfuerzos realizados para alcanzar un acuerdo nacionalista, y en la forma en que Mauricio y Brito lo habían bloqueado para hacer prevalecer sus intereses personales en un acuerdo con el PSOE. Consideró positivamente el cam-

bio producido en el Partido Popular y se refirió a los contactos directos con Madrid que habían garantizado la solidez de ese acuerdo. Y en ese acuerdo se seguía. Había sido el reciente cambio de ICAN apostando nuevamente por un pacto nacionalista el que había colocado todo nuevamente en el punto de partida, pero ya era muy difícil volverse atrás. Pidió también perdón a los suyos por no poder contarlos todo, porque “todavía estamos en un momento muy delicado”, y al hacerlo se estaba disculpando por no confesar los últimos encuentros con el PSOE que todos los *enterados* se habían comprometido a guardar en el más riguroso de los secretos. Y hasta a negarlos si fuera necesario.

Por fin, entró en el meollo de la situación: “El pacto no está todavía firmado. Parece ser que Olarte lo admite tal y como está, pero su gente se le resiste. No podemos esperar más. Si no se firma inmediatamente, rompemos. Pero si se rompe, el CDS es el que más tiene que perder, y espero que ellos lo consideren”. Y más, lo más gordo, casi como una conclusión: “No hemos olvidado la primera conversación que se mantuvo con Saavedra, cuando nos dijo que estaba dispuesto a pactar con nosotros en solitario. El Gobierno que estamos intentando formar va a ser un Gobierno mucho más complicado que el que nos ha ofrecido el PSOE. El Gobierno con el PSOE sería quizá el mejor para la estabilidad de Canarias, pero éste es el más adecuado para el proyecto político nacionalista, porque nos permite contar con una presencia sólida en Las Palmas... Hoy el PSOE está prácticamente en las gradas y nosotros en la arena. He estado preocupado hasta que he escuchado a Saavedra decir que de esta situación no se sale sin un acuerdo con nosotros. Ahora, si Olarte no consigue hacer que los suyos firmen, seguimos en buena situación, porque nos queda el PSOE...”

Ya para acabar, se votaron las posibilidades de Gobierno. Primero: agotar la opción de centroderecha. Si no salía, intentar un Gobierno nacionalista. Si tampoco se alcanzaba, la opción PSOE. Alguien, un alcalde de pueblo, preguntó si con Saavedra de presidente. Y Hermoso:

“Ese es el punto de partida de los socialistas. Si llegamos a negociar en firme con el PSOE, nuestros negociadores harán todo lo que puedan...”. Y eso fue todo. Eso y aplausos y vítores.

Para rematar, cuando la mayoría de los alcaldes y cargos públicos abandonaron la sede de Galcerán, un grupito de selectos tuvo conocimiento de la gran noticia: la vicepresidencia sería en el Gobierno de centroderecha para Manuel Hermoso. Una forma de garantizar el liderazgo tinerfeño y el *reparto del territorio* entre Olarte y Hermoso, de colocar en la alcaldía a José Emilio García Gómez con el tiempo suficiente de volverse simpático a las gentes, y también de *presionar* ante el procesamiento de Hermoso por el *caso Floreal*. No es lo mismo juzgar a un alcalde que al vicepresidente del Gobierno de Canarias. Y un compromiso: “Esto tiene que quedar absolutamente en secreto. Absolutamente. No puede saberlo nadie”.

Secretos entre políticos: la reunión acabó en la madrugada del sábado al domingo. Diario de Avisos publicaría el gran secreto en su edición del lunes 24.

Desde las diez de la mañana de aquél domingo, 23 de junio, José María Martín Paredes esperó inútilmente la llegada de Jesús Morales al hotel Iberia. Los que sí aparecieron fueron los negociadores del Partido Popular, José Miguel Bravo y el senador Macías, bastante nerviosos por la ausencia de Jesús Morales. Fernando Fernández se había olvidado algo y no se molestó siquiera en acudir. Paredes y Fonfin Chacón consiguieron a duras penas convencer a los populares para que firmaran el documento. Después, a eso de las once y un par de minutos, el propio Paredes llamó por teléfono a Olarte a su residencia de Vistabella para pedirle una explicación por la incomparecencia del CDS.

Olarte le comentó, muy apurado, que Jesús Morales había vuelto a perder el avión. Y Paredes: “No se que está pasando Lorenzo, pero si Jesús no está aquí a las siete de la tarde, si no viene en el próximo vuelo de Lanzarote, esto ya no tiene arreglo”. Colgó el teléfono y llamó a Juan Alberto Martín, movido por una sorda indignación. Le comentó que el límite era hasta las siete de la tarde, y que si a esa hora no firmaba el CDS, las AIC abrirían la negociación con el PSOE.

Después de localizar a Jesús Morales y comprometerle personalmente para que participara en la firma del Ibe-

ria, Olarte habló con Julio Bonis y le exigió también su presencia. A las tres de la tarde, embarcó en Los Rodeos en el vuelo 132 de Binter con destino a Las Palmas. Durante la escasa media hora del viaje, el presidente en funciones pensaba seguramente en la enorme resistencia que se había desatado en su partido. Bonis y Luis Hernández, y el propio presidente regional, Jesús Morales, habían adoptado en los últimos días una posición sustancialmente ambigua, que Olarte creía fruto de la necesidad de ganar tiempo en las negociaciones con Mauricio para la alcaldía de Las Palmas.

Esa misma mañana del domingo, Bonis había intentado quemar los últimos cartuchos de la negociación con ICAN, sin éxito alguno. Sólo después de llegar a un bloqueo en las negociaciones con los comunistas, y ante la amenaza de dar por cerrada la vía del acuerdo de centroderecha, Bonis y su gente aceptaron participar en la firma. Llegaron a las siete en punto de la tarde. Y se firmó en el Hotel Iberia, en un ambiente de cierta tensión entre los representantes de AIC y del CDS, únicos presentes a esa hora. Olarte se dejó fotografiar con los suyos en el acto de la firma, para reforzar la imagen de unidad en el cierre del acuerdo. Pero nadie las tenía en esos momentos precisamente muy claras.

La noche antes, mientras concluía la reunión del Consejo Político de ATI, la gente de Asamblea Majorera había vuelto a reunirse en Casillas. La única información que se tuvo del encuentro la brindó un teletipo de la Agencia EFE que aseguraba que los majoreros habían votado por unanimidad no aceptar un acuerdo de gobierno de centroderecha entre las AIC, el CDS y el PP. Ese había sido el voto de las cerca de doscientas personas que asistieron a la reunión convocada por la dirección de AM en el salón Santiago, *especializado en bodas y tenderetes*.

Pero habían sucedido más cosas: unas de ellas, que los majoreros comenzaban un tibio desmarque de ICAN, precisado por la airada dimisión de Miguel Cabrera como integrante del Consejo Político de la coalición izquierdista, por entender, con un día de retraso, que José

Carlos Mauricio le había insultado al referirse a su cartera. Ese desmarque se desprendía también de la información de EFE en la que se aseguraba que Herrera Velázquez había cuestionado a Mauricio por dirigirse a las AIC y el CDS a través de los periódicos para convocar nuevas negociaciones. “Hay que hacer esa oferta de manera oficial”, había dicho Herrera. Y también había dicho que ICAN debía explicar la decisión de romper las negociaciones con el PSOE como una resolución del conjunto de la coalición y no como una exigencia de AM. Los primeros y débiles síntomas de la ruptura del grupo insularista mayorero comenzaban a percibirse. Pero no era suficiente.

No lo era, porque más allá de las notas oficiales, algo inesperado había ocurrido: a pesar del refuerzo de Independientes de Antigua, un grupo municipal en la órbita de AM que había sido invitado a participar en la reunión de Casillas personalmente por el propio Herrera, y a pesar de la *movilización general* de las huestes del médico de Jandía, de Cabrera y de Marichal, el presidente Herrera y los suyos no habían sido capaces de hacerse con el control de la reunión. Muy al contrario, Lalo Mesa, Barragán y otros cuantos plantaron rotundamente cara a las pretensiones del *sector inmobiliario*, convenciendo a las bases de la inconveniencia de un acuerdo con la derecha. Herrera, ante las brillantes y vehementes intervenciones de sus colegas de partido, no tuvo los redaños de someter a votación el apoyo al centroderecha. Quizá -a pesar de la amplia mayoría a su favor-, el presidente del Cabildo mayorero pensó que podía perder la votación, o quizá, y eso es más probable, ante las amenazas del sector cristiano, que amagó por primera vez y de forma clara con la posibilidad de una escisión, tuvo miedo de ser el responsable directo de una ruptura definitiva del partido.

Fuera por lo que fuera, la reunión mayorera del sábado no había servido precisamente para tranquilizar los ánimos de los firmantes de un acuerdo de centroderecha que -pendiente sólo de la firma de Tomás Padrón- contaba ya con los treinta votos suficientes para bloquear cualquier otra alternativa de Gobierno. Treinta votos justos. Su-

ficientes para convertir a Olarte en Presidente, pero no para desbloquear la elección del Presidente del Parlamento de Canarias, que había de producirse reglamentariamente por mayoría absoluta.

Faltaba, pues, al menos un voto. El voto o los votos mayoreros que Martín Paredes fue a buscar esa noche a Fuerteventura, cuando dejó el hotel Iberia con los cuatro folios del documento firmado ya, al cuarto intento, por todos los partidos del centro y la derecha.

Al llegar a Puerto del Rosario, lo primero que hizo Paredes fue mantener una larga conversación con Fonfín Chacón, que había regresado de Las Palmas sólo unas horas antes. Paredes sabía ya, como tantos otros, lo que había ocurrido la noche del sábado en Casillas del Angel, y sabía también que Herrera no las tenía todas consigo para cumplir sus compromisos con las AIC y el CDS. Comentó con Fonfín la posibilidad de tener que reabrir las negociaciones con el PSOE si Herrera no ofrecía garantías para el pleno del martes, en el que había de elegirse al presidente del Parlamento. Fonfín se mostró reacio: a pesar de haber hablado con Juan Alberto Martín para darse por enterado de la oferta de negociación de la ejecutiva socialista, Fonfín se sentía comprometido por su firma como presidente de las AIC al pie del acuerdo con el CDS y el PP.

Paredes, sin embargo, parecía estar más dudoso. Por eso, cuando terminó de hablar con Fonfín, fue a ver a Herrera, y con él estuvo hasta las dos de la madrugada, encerrado en el despacho de la Presidencia del Cabildo. Participaron en ese encuentro, uno de los más dramáticos entre Independientes de Fuerteventura y Asamblea Mayorera, Domingo de León y Tomás Chocho. A Paredes le acompañó Alfredo Alberto, presidente de IF.

Cuando Paredes entregó a Herrera el pacto de centroderecha, el mayorero manifestó una cierta sorpresa al ver la firma de Julio Bonis en el documento. Comentó que la tarde del sábado, Bonis le había llamado para asegurarle que el CDS no iba a firmar. O al menos, no todavía. Bonis le había comentado que el acuerdo de centroderecha



no era posible. También se lo había dicho José Carlos Mauricio, que había hablado con él antes de la última reunión de Casillas, para advertirle que Bonis y Luis Hernández estaban a punto de abandonar a Lorenzo Olarte para apoyar un acuerdo de centroizquierda con el PSOE. Herrera le dijo a Paredes que aún a pesar de esos datos, él había intentado forzar las cosas en la Asamblea del sábado, pero que los cristianos conocían por Mauricio la posibilidad de que una parte del CDS terminara por apoyar al centroizquierda y que eso le había impedido apostar más fuerte.

Paredes fue contundente: “Eso son coñas marineras... aquí están las firmas de todos. Sólo faltáis vosotros, y no se puede esperar más. Tenéis de tiempo hasta el lunes...”. También le recriminó que no le hubiera llamado el sábado por la noche para comentarle lo sucedido en la reunión de Casillas, tal y como habían quedado... y le exigió el compromiso de apoyar a Victoriano Ríos desde la primera votación. Herrera le pidió tiempo: “Va a ser imposible sacar esto el lunes. Podemos esperar un par de días y luego, si se produce un bloqueo sistemático, nosotros apoyamos a Victoriano”. Paredes le explicó con toda claridad que las AIC no estaban de ninguna manera dispuestas a tolerar un castigo continuado a Victoriano Ríos. Le dijo que si AM insistía en apoyar la candidatura mauricina de Antonio Sanjuán, Asamblea quedaría fuera del Gobierno: “Tenéis sólo una posibilidad. O el martes apostáis por Victoriano y por el acuerdo de centroderecha en la primera votación, o no hay nada que hacer”, dijo. Y Herrera, como justificando lo que ya veía venir: “Está muy difícil, nuestra gente anda aferrada a la votación de una mesa nacionalista”.

Herrera llamó desde el mismo despacho, y en presencia de Paredes, a José Mendoza, dirigente de ACN, para explicarle las últimas partes de un guión que en ICAN no conocían. Mendoza seguía pensando que el Gobierno de centroderecha era imposible.

Cuando Paredes y Herrera se despidieron, quedaron para verse el lunes siguiente, antes de que Paredes vol-

viera a salir para Tenerife. Pero esa noche, al volver a su casa, el vicepresidente de las AIC estaba ya casi convencido de que todo podía romperse. El retraso en la firma del acuerdo de centroderecha, las ambigüedades del CDS y las amenazas de Fernando Fernández que había asegurado que si AM no apoyaba, él consideraba roto el pacto, hacían muy difícil que el acuerdo que había de convertir a Olarte en presidente, pudiera llegar a plasmarse desde la votación del martes. Si así no ocurría, el hombre de AIC en la *provincia oriental*, el empresario Paredes, habría perdido la gran apuesta realizada desde el primer día de las negociaciones, cuando aseguró a Hermoso que Fuerteventura haría posible la continuidad del centroderecha en Canarias. Y lo que podía ocurrir era justo lo contrario... Fuerteventura iba a convertir los cuatro folios del pacto de centroderecha en papel mojado. Inútil papel mojado.

24 de junio, San Juan. Allí estaban. En el Jardín Inglés del Alcázar de Sevilla, soportando cuarenta grados a la sombra, la mayoría de los alcaldes recién estrenados, y Felipe González y sus ministros, y también los presidentes de las comunidades autónomas, los toreros, las aristócratas, las gentes de la cultura, la información, el deporte, la empresa, la farándula, la ciencia y el trabajo. Todos reunidos para celebrar por primera vez en tierra andaluza la onomástica del rey Juan Carlos. Estaban todos menos Lorenzo Olarte. Olarte había decidido quedarse en casa para vigilar de cerca los movimientos de los suyos, de sus socios y de los contrarios. Demasiados movimientos para coordinarlos todos...

Esa mañana, el Diario de Avisos había abierto su edición a cuatro columnas anunciando el secreto acuerdo alcanzado por el *petit comité* de ATI para convertir a Manuel Hermoso en su vicepresidente. Olarte se vio sorprendido por la noticia. No le había agradado enterarse, y menos aún descubrir que a lo largo de esa mañana la noticia acabaría por ser confirmada tácitamente por Adán Martín y algunos otros áticos de pro, en sus declaraciones a las emisoras de radio.

Pero Olarte no era el único disgustado por una información que revelaba a las claras la intención de las AIC de montar un Gobierno paralelo en Tenerife. No, no era el único disgustado. En las propias AIC, algunos de los principales dirigentes de la coalición nacionalista que no pertenecen a la Agrupación Tinerfeña, entre ellos Dimas Martín y Antonio Castro, manifestarían en conversaciones privadas su sorpresa por el asunto. Tampoco Adán Martín y Hermoso se sintieron satisfechos por la filtración. Un periodista que llamó a Adán escucho de sus labios la confirmación del enfado: “no es bueno que esto se haya sabido tan pronto. Va a poner más nervioso a Olarte, y a Manolo no le conviene *quemarse* antes de tiempo”.

Esa tarde, mientras los dirigentes del PSOE volvían a encontrarse en el Príncipe Plaza, para estudiar el reparto de carteras en un más que hipotético gobierno con las AIC, Hermoso explicaría ante la gente de la Mesa Federal de las AIC los motivos de su candidatura, y explicaría también que todo estaba pendiente de la reunión de los majoreros esa tarde. Esa tarde iba a ser la reunión definitiva, y de lo que en ella sucediera iba a depender el futuro del Gobierno de centroderecha. Un futuro que en las AIC comenzaba a verse más bien del color del asfalto.

Poco antes de comenzar la reunión de la Mesa Federal de las AIC, Tomás Padrón había firmado por fin el documento del *pacto de solidaridad* del centroderecha. Genio y figura siempre, había elegido como lugar para la firma oficial y definitiva del acuerdo, una discreta estancia de su propio hotel en Tenerife, una modesta residencia de la Plaza de la Candelaria que Padrón utiliza invariablemente, a la que tuvieron que desplazarse los negociadores de todos los partidos. Al estilo Padrón, el pacto que había de gobernar las islas durante cuatro años terminó de firmarse oficialmente en el comedor de una residencia de tres estrellas.

Al concluir el acto de la firma, los presentes intercambiaron frases esperanzadas sobre la actitud de los majoreros esa misma tarde, nuevamente en Casillas. Pero de poco iban a servir las esperanzas.

Unas horas más tarde, en otro hotel tinerfeño, no tan modesto como el de Padrón, un grupo de diputados socialistas, convencidos ya de la inevitabilidad de su derrota, charlaban en torno a unos vasos de güisqui sobre la *traición* del CDS y de Mauricio.

Tano Navarro, diputado grancanario, vicepresidente del Parlamento regional y miembro de la ejecutiva canaria del PSOE, se quejaba de la *ingenuidad* que había caracterizado a los socialistas en las negociaciones, y manifestaba su sorpresa ante las actitudes de los majoreros que habían impedido un acuerdo de centroizquierda. “Puedo entender que haya diferencias, puedo entender que decidan apostar por otro tipo de pactos... pero lo que nunca voy a aceptar es que hoy esté charlando amigablemente con Miguel Cabrera y mañana él pueda decir que a los socialistas hay que negarles el pan y la sal”, se lamentaba amargamente. “Siempre he pensado que por encima de la política deben estar las personas”, decía.

En esas reflexiones andaba cuando apareció por allí Martín Paredes. Paredes acababa de recibir una llamada de un *infiltrado* que había colado en la reunión de Casillas. Le había dado buenas noticias, que Paredes comentó al apesadumbrado vicepresidente del Parlamento. Según su contacto en la cita de los asamblearios majoreros, Herrera estaba en esos momentos defendiendo el pacto de centroderecha y no se esperaban sorpresas que pudieran llegar a modificar lo previsto. Navarro y él estuvieron charlando un buen rato de cosas intrascendentes. A las dos de la madrugada, a ellos y a los dos o tres rezagados que quedaban en el bar del hotel Mencey se les indicó con elegancia que había que cerrar. Navarro y Paredes se acomodaron entonces en uno de los sillones del hall del hotel Mencey a esperar la llamada del *infiltrado*. Durante la espera estuvieron comentando el *chalanceo* de las negociaciones y el continuo pasteleo al que las indefiniciones de AM, de ICAN y del CDS habían llevado el proceso negociador: “desde luego, hemos dado un espectáculo vergonzoso... esto ha sido una auténtica porquería”, comentaba Tano Navarro. Y Paredes, cómodamente instalado en

el espíritu de confraternización que siempre surge cuando se juntan copas y madrugada: “sí, chico, sí. Lo cierto es que aquí los únicos que hemos actuado con seriedad hemos sido nosotros y el PSOE”. Y en esas estaban, echándose mutuamente piropos y hablando de lo bueno que sería para Canarias un Gobierno entre el PSOE y las AIC, cuando uno de los conserjes de guardia se acercó a Paredes y le dijo que tenía una llamada: “cójala usted en recepción, porque la telefonista ya no está”.

Paredes se acercó al mostrador de recepción y estuvo hablando con su desconocido informador durante dos o tres minutos. Cuando volvió al sofá del hall, su cara parecía mucho más seria que apenas unos minutos antes. “¿Qué ha pasado?”, preguntó Navarro. Y Paredes: “Estos tíos que dicen que no votan a Victoriano mañana, que van a bloquear y vuelven a reunirse el jueves a ver que hacen... desde luego, esto es ya demasiado. Canarias pendiente de que cien tíos decidan el Gobierno cuando a ellos les convenga...”.

Y Navarro: “No, si lo mejor va a ser que hagamos nosotros el Gobierno”.

Y Paredes: “¿Hablas en serio? Porque si hablas en serio y nos ponemos de acuerdo, yo soy capaz de firmar ahora mismo...”.

Medio en broma comenzaron allí mismo a repartirse la tarta. Primero el Parlamento de Canarias, con una mesa semiinstitucional que sólo dejaba a ICAN fuera, como castigo por pastelear con el PSOE y con las AIC. Después, el juego de las carteras: la Presidencia para Jerónimo Saavedra, la vicepresidencia para las AIC. Para el PSOE Economía e Industria, Política Territorial, Educación, Servicios Sociales y Sanidad y Trabajo, con Areas Infradotadas. Para las AIC Hacienda, Agricultura, Turismo, transportes y Medio Ambiente, la Consejería de la Presidencia y Obras Públicas. Paredes insistió en que Obras Públicas tenía que venir con Vivienda y con Gestur. Tano Navarro amagó una protesta: “Lo de Gestur yo no estoy autorizado a aceptarlo. Este esquema lo acepta el PSOE sin duda. Es el que hemos estado discutiendo precisamente

esta tarde. Pero lo de Gestur yo no sé si...”. Habían comenzado de guasa, y ya estaban hablando medio en serio. Le pidieron papel a un despistado que andaba por allí. Escribieron entonces en un papel rallado, bajo el logotipo de una tienda de ordenadores, la distribución de carteras bajo el título de “Pacto General entre las AIC y el PSOE”, y lo firmaron. Paredes lo firmó casi sin mirarlo. Tano Navarro lo leyó un par de veces e insistió: “Oye... que yo esto de Gestur no sé si el partido lo va a aceptar...”. Y Paredes: “déjate de rollos, que esto va en serio. Tú despierta a los tuyos que yo voy a llamar a los míos”. Se levantó y llamó por teléfono a Fonfín Chacón, y después a Manuel Hermoso, y a José Miguel González, y a Paco Ucelay... y Hermoso llamó a Adán Martín, y otros llamaron a José Emilio García Gómez. Pero García Gómez no supo nada de lo que estaba pasando esa noche. Tenía el teléfono estropeado.

Tano Navarro, por su parte, prefirió no llamar a nadie. Eran algo más de las tres de la madrugada, y Saavedra debía estar durmiendo. Prefirió irse a tomar unas copas con unos amigos al Tosca, un local de la Avenida de Anaga... no llegó a tomarse en serio el asunto ni por un momento. Esa noche, ya en las últimas copas en el Tosca, comentó con un grupo de afiliados de IGC que Paredes estaba un poco loco...

El loco Paredes sí se había tomado el asunto en serio. Tan en serio, que esa misma noche, cuando la gente a las que había llamado comenzaron a aparecer por el Hotel Mencey, a eso de las tres y media, y cuando el conserje abrió la puerta de la habitación 107 para que pudieran reunirse, Paco Ucelay estaba haciendo lo que Navarro no llegó a hacer. Estaba despertando con una llamada telefónica a Jerónimo Saavedra. El dirigente socialista se había acostado hacía ya un rato, tras asistir en un lujoso restaurante del norte de Tenerife, El faisán Azul, a la celebración del santo de su colega Juan Albero Martín.

Cuando Ucelay le despertó para contarle lo ocurrido con Asamblea Majorera, Saavedra se ofreció a reunirse con los áticos a primeras horas del día siguiente, antes incluso de que comenzara el pleno del Parlamento. Sería a

las nueve de la mañana. Preguntó dónde podía celebrarse la reunión con cierta intimidad. Y Ucelay, dudando... “Bueno, ahora no sé. Vamos a hacer lo siguiente: mañana te llama Manolo a las ocho y media y te dice dónde. ¿Te parece bien?”

Y Saavedra: “Por mí no hay problema”.

Ucelay se despidió, Saavedra apagó la luz y siguió durmiendo tan tranquilo.

Vaya, vaya, vaya... al final iba a sonar la flauta.





que Ucelay, menos disciplinado que Hermoso, no había logrado despertarse esa mañana. No llegó por tanto a participar en la reunión convocada por él. Sí estuvieron, sin embargo, José Miguel González, Martín Paredes y Manuel Hermoso: los tres enviados de AIC para dar carta de formalidad a los encuentros con el PSOE. Por parte socialista acudieron Saavedra y Juan Alberto Martín. La reunión duró algo más de hora y media y estuvieron analizando a toda prisa los programas, siguiendo en la línea de trabajo que ya habían abierto en una reunión anterior el propio Juan Alberto Martín y José Miguel González. En cuanto al programa, la única pega planteada por el PSOE volvió a ser la Reforma del Estatuto. Policía y Televisión, dos de los aspectos estrella del programa electoral nacionalista, pasaron sin el más mínimo problema: el PSOE se comprometió incluso a abrir las cámaras de la televisión estatal a los independientes. Se aseguró que las cosas cambiarían con la salida de Juan de la Cruz de la dirección regional de Televisión Española. Alguien dió el nombre de Alicia Fernández como posible sustituta del más *breve* de los directores del Ente en Canarias.

En cuanto al reparto de carteras, se siguió el esquema que habían desarrollado entre bromas y copas la noche antes Tano Navarro y Martín Paredes. Aunque hubo un par de cambios importantes: Economía se adjuntó a Hacienda, departamento que había de recaer en manos de AIC. A Trabajo, prevista para el PSOE, se le encajó Función Pública. También se decidió compartir algunas áreas en Educación, adjudicada al PSOE.

La reunión dio de sí lo suficiente como para llegar a un principio de acuerdo. Sólo Manuel Hermoso esbozó tímidamente la conveniencia de esperar a que se produjera la primera votación negativa de la mesa: “Estamos comprometidos con el centroderecha hasta esa votación. Si los mayoreros no apoyan, entonces será otra cosa”. Pero se trataba de una simple formalidad. Ya sabían que los mayoreros no iban a apoyar. Lo sabían perfectamente, al igual que sabían que el acuerdo de GICSA iba a ir a misa un par de horas más tarde.

Se despidieron cortesmente y llegaron en dos grupos diferentes al viejo conservatorio de Teobaldo Power, donde aún faltaban unos minutos para que diera comienzo la sesión. Después de la solemne promesa de los diputados, el presidente de la mesa de edad del Parlamento, el propio Victoriano Ríos, dio paso a la votación para elegir al Presidente. Para elegirse a sí mismo.

Uno a uno, sus señorías, entre ellos veinticinco recién llegadas, con las galas domingueras y la medalla de diputado colgando del cuello, fueron depositando en la urna colocada frente a Victoriano Ríos las papeletas. Hubo risas cuando el secretario de la mesa de edad llamó a votar a Doña Teresita del Niño Jesús, nueva diputada socialista por Gran Canaria y -cosas de la vida- prima de uno de los negociadores de AIC, el escurridizo e inevitable Paredes.

Al concluir la votación, y a pesar de que el resultado estaba cantado, se hizo el silencio más absoluto en la Cámara. Victoriano Ríos agito las papeletas dentro de la urna con la maestría de un consumado binguero. Luego fue extrayéndolas parsimoniosamente y colocándolas en tres montones. El más grande, con treinta votos, era el montón con su nombre. Luego estaba el de Juan Alberto Martín, con 23 papeletas, y con sólo siete, el del alcalde Sanjuán, presentado por los icánicos a la desesperada.

Siete votos, pues, para Sanjuán: los mayoreros habían cumplido la palabra dada a Mauricio. Y era a partir de entonces cuando todo podía ocurrir.

Juan Alberto Martín, en su calidad de portavoz del PSOE, pidió un receso hasta la tarde, pero Victoriano Ríos, que no había sido avisado por los suyos de lo que se estaba cocinando en las trastiendas, programó la siguiente votación para las dos de la tarde.

Fue entonces cuando se generalizó el ambiente de tensión. Nadie, ni siquiera los diputados del PSOE y de las AIC, estaba al corriente de lo que había pasado esa mañana en las oficinas de GICSA. Para todo el mundo, miembros del Gobierno, diputados, directores generales, militantes de los partidos y empresarios invitados, periodis-

tas y curiosos, se abría la incógnita de qué podría ocurrir a las dos de la tarde. Se cruzaban apuestas: desde los que opinaban que Cabrera y Chocho no votarían en la segunda a Sanjuán, hasta los que susurraban por las esquinas que el CDS iba a romperse en siete pedazos.

Olarte, encerrado a ratos en el despacho con el que cuenta en el Parlamento, y a ratos reunido en los pasillos con Julio Bonis y con Luis Hernández, tampoco estaba informado del secreto encuentro de esa mañana entre las AIC y el PSOE. Quizá por eso, después de la primera votación, seguía sintiéndose presidente, aunque a medida que pasaban los minutos, podía verse en su rostro como la duda iba instalándose en su conciencia. Por fin, después de intentar localizar a Hermoso, que había desaparecido de escena, aceptó a propuesta de Bonis forzar un encuentro de los diputados del CDS con el PSOE, para ofrecerse a reconstruir el Pacto de centroizquierda. Todos los diputados del CDS, excepto el propio Olarte y Eugenio Cabrera, al que no le gustó nada la faena, se reunieron con Tano Navarro y Juan Alberto Martín para plantear la posibilidad de resucitar el acuerdo. Juan Alberto y Tano habían hablado también con Mauricio, y éste les había asegurado que estaba dispuesto a participar en el centroizquierda, pero que tenía que esperar hasta el jueves. Le dijo también que los mayoreros podían hacer lo que quisieran, que al resto de ICAN lo que hicieran o no les importaba ya una higa.

Con esa información, Navarro llamó por teléfono a las oficinas de GICSA. Allí estaban, nuevamente reunidos, Saavedra, José Juan Rodríguez (se había enterado tarde del encuentro con las AIC) y Emilio Fresco, con Hermoso, Adán Martín, Paredes y Ucelay. Ucelay ya había logrado despertarse. Ante el anuncio de que el CDS había iniciado las conversaciones con el PSOE, el propio Hermoso decidió dar por zanjada la cuestión y cerrar el acuerdo que permitiría volver a Saavedra a la Presidencia del Gobierno. Se acordó apoyar una mesa de la que quedarían fuera el Partido Popular e ICAN, con la Presidencia para Victoriano Ríos, la vicepresidencia primera para Tano

Navarro, la segunda para Eugenio Cabrera, y las secretarías para el PSOE y las AIC. Posteriormente, AIC renunciaría a su secretaría para asegurar la presencia del Partido Popular y lograr así que la mesa quedara más *institucional*. Sin embargo, a ICAN se la dejaría fuera del negocio, como *castigo* conjunto de los nuevos gobernantes a los devaneos mauricianos.

Antes de abandonar la reunión, Hermoso insistió en la conveniencia de no hacer público el acuerdo, y de presentarlo únicamente como un pacto para la Mesa de la Cámara, que abría -eso sí- la posibilidad de “sentarse a hablar con el PSOE”. Ucelay insistió en la necesidad de retrasar al menos una semana la firma del acuerdo definitivo, para que los áticos pudieran *venderlo* a la sociedad tinerfeña, y para ofrecer a los ciudadanos la sensación de que no se había tratado de un acuerdo precipitado. Después de un mes entero de continuos cabildeos y fulanismos por parte de todo el mundo, los dirigentes de las AIC andaban aún preocupados por la sensación que se pudiera ofrecer a la ciudadanía: eso se llama tener moral.

Decidieron, pues, sobre la marcha, constituir dos tipos de comisiones negociadoras, una política y otra técnica, que habrían de encargarse del estudio del programa conjunto -“un programa de Gobierno elaborado y muy detallado”, sentenció alguien- y de la solución de los problemas de encaje. Hermoso planteó también que él se sentía en la obligación de ofrecer al CDS una participación en el Gobierno resultante, si el CDS estaba dispuesto a aceptarla. Jerónimo Saavedra no puso ninguna objeción. Sólo cara de sorpresa.

Para terminar, decidieron anunciar tras la elección de la Mesa el inicio de las primeras conversaciones oficiales entre el PSOE y las AIC para esa misma tarde.

Cuando los áticos y Paredes regresaron al Parlamento, sólo unos minutos antes de que la hora prevista para la segunda votación de la Mesa, los rumores de una inmediata fuga de diputados centristas se habían disparado. En el marasmo de comentarios desquiciados que se había apoderado del ambiente, circulaba ya un cierto run-

run sobre la posibilidad de que las AIC y el PSOE decidieran llegar a un acuerdo para desbloquear la elección de la mesa e incluso para constituirse en Gobierno. José Carlos Mauricio, consultado al respecto por algún periodista, negaba radicalmente esa posibilidad: “El PSOE no puede hacerlo. No puede. Saavedra no va a hacer eso”, decía. “Si lo hace se condena para siempre en Las Palmas”. Un diputado de ICAN que había escuchado a Mauricio comentar la imposibilidad del acuerdo, aseguró un rato después que “en mi vida he visto a Pepe Carlos tan excitado”.

Mauricio no era, en cualquier caso, el único que estaba nervioso. Hasta el propio Olarte había terminado por perder los nervios con los comentarios que le llevaban unos y otros. Nervioso por los rumores de *fugas centristas* y disgustado con la actitud de AIC <sup>(1)</sup>, no paraba de ir de un lado a otro por los pasillos, criticando agriamente la *cobardía* de las gentes de AIC. Hermoso había hablado con él por la mañana y le había dicho que no iba a tolerar que se *quemara* a Victoriano Ríos. “No entiendo que le puede pasar a Victoriano por esperar un par de votaciones más”, comentaba Olarte, “a mí llevan machacándome desde hace tres años y he aguantado lo que ha hecho falta. Y no ha pasado nada”. Lo que Olarte no sabía es que Victoriano había pedido a Hermoso personalmente no ser presentado a la reelección como Presidente del Parlamento. Pensaba que una triple votación negativa podía ser interpretada por la opinión pública como una reprobación directa a su gestión como presidente de la Cámara en la pasada legislatura, y no quería sufrir ese trance. Al final, al negarse Hermoso a aceptar su sustitución, Victoriano le había arrancado al alcalde la promesa de que se haría lo posible por evitarle el descredito público de un rechazo continuado, que además podría llegar a hacer perder a las AIC la Presidencia de la Cámara Legislativa. “Haré lo imposible”, le había dicho Hermoso.

Y lo imposible se había hecho: el último pacto de los que el alcalde habría querido, el pacto que más problemas le podía crear a él y a su partido en Tenerife, el

acuerdo de Gobierno que el Consejo Político de ATI había dejado sólo un par de días antes como *recurso final*, había tomado cuerpo y era ya un hecho, por más que Hermoso se resistiera a terminar de creerse del todo.

Justo cuando comenzó a sonar el primer timbrado de Victoriano Ríos llamando a los diputados para la segunda votación, Hermoso localizó a Olarte en la puerta del despacho de Presidencia y se precipitó gesticulando hacia él, con aspecto sombrío. Olarte lo introdujo en el despacho, con cara de pocos amigos. Hermoso fue muy rápido. Apenas tardó medio minuto en explicar a Olarte que las AIC habían llegado a un acuerdo para que el PSOE apoyara la elección de Victoriano. No le dio opción a Olarte más que para esbozar una protesta: “Se podía haber esperado... podíais haber esperado”, dijo. Y Hermoso: “no podíamos arriesgarnos a perder la Presidencia, no ha habido otra forma...”

El timbre llamando a votar sonó por segunda vez. Ambos salieron del despacho, Olarte como descompuesto, las ojeras muy acusadas, y un rictus de desagrado en los labios, pero sin que la más mínima reacción delatara ansiedad. Hermoso caminó un par de metros hasta una de las puertas de acceso del salón de sesiones sin levantar la vista del suelo. Entraron en la sala de Plenos y ocuparon sus escaños: Manuel Hermoso justo detrás de Lorenzo Olarte.

Durante unos minutos, mientras se comenzaban a cantar los nombres de los diputados llamándoles a votar, Olarte no reaccionó. Parecía como algo ido, concentrado en masticar un chicle que últimamente lleva siempre en la boca por recomendación de su médico. Jugó durante un par de minutos con la papeleta de votación con el nombre del Presidente del Parlamento y le hizo unas extrañas señales con la cabeza a Julio Bonis. Después miró perdidamente alrededor suyo, hasta que sus ojos se detuvieron en los de Jerónimo Saavedra, sentado enfrente de él, separado apenas por dos metros de alfombra. Jerónimo Saavedra le sostuvo la mirada, y parecía como si sonriera, pero no lo estaba haciendo: en realidad no movía ni

un músculo. Solo le mantenía la mirada. Fue entonces cuando Olarte volvió la cabeza hacia atrás, para observar a Hermoso. Durante un breve instante, con un gesto casi de súplica, intentó sin éxito retener la mirada del alcalde. La mirada suplicante fue transformándose en asombro. Giró la cabeza algo más de noventa grados y volvió a encontrarse, exactamente dónde la había dejado, con la mirada de Saavedra.

Entonces lo entendió.

---

<sup>(1)</sup> Sería mucho más exacto decir que estaba *disgustado* por los rumores de fugas centristas y *nervioso* con la actitud de AIC. Eso define mi estado de ánimo de aquellas horas mejor que si se utilizan los términos cambiados.



---

## 34      Un pacto de caballeros

---

Olarte fue quizá el primero en darse cuenta de lo sucedido. Pero no fue el único: tras la elección de Victoriano Ríos, y a medida que se iban produciendo las votaciones de los restantes miembros de la mesa, las personas presentes en el salón de sesiones del Parlamento de Canarias comenzaron a percibir que algo fundamental había cambiado en el paisaje del pleno. La satisfacción evidente de los socialistas, el acento triste y apesadumbrado de las gentes del CDS, la actitud esquiva de los hombres de las AIC... pero sobre todo, por encima de cualquier otro detalle, el aspecto que ofrecían los dos *perdedores menores* de aquel día, José Carlos Mauricio y Fernando Fernández.

Con unos reflejos propios de sus mejores momentos, Mauricio no espero ni tan siquiera a que acabaran de elegirse todos los miembros de la Mesa. Aún no se había producido la votación de María Teresa Noreña, una profesora de La Laguna, como secretaria primera, cuando Mauricio, apenas al filo de la elección de Victoriano Ríos, ya declaraba la guerra al Partido Socialista y anunciaba *gravísimas* consecuencias para el PSOE en el Ayuntamiento de Las Palmas y en Gran Canaria. Algunos pudieron creer entonces que se trataba de una nueva baladronada de Mauricio. Pero

iba en serio. Y no era para menos: había llegado a Tenerife con la certeza de que si lograba amarrar a Cabrera y Chochó, los dos diputados mayoreros, el Gobierno de centroizquierda era ya un hecho. Las conversaciones con Julio Bonis y Luis Hernández, y la convicción íntima de que Saavedra no se aliaría jamás con las AIC, habían determinado toda su estrategia. Y ahora, lo que se había convertido en cierto era la peor de sus pesadillas.

Igual le había ocurrido a Fernando Fernández: sus amenazas advirtiendo de que no respetaría el pacto de centroderecha si los diputados mayoreros no lo apoyaban desde la primera de las votaciones el acuerdo entre el CDS, las AIC y el PP, había sido uno de los factores determinantes de la precipitación de AIC al cerrar en sólo escasas horas el *pacto de caballeros* con el PSOE. Un pacto que colocaba al PP en la peor de las situaciones posibles: ahora, tras su personal derrota en las elecciones, Fernando Fernández tendría que presentarse en Madrid con las manos vacías y sin ninguna explicación para justificar la exclusión del Partido Popular del Gobierno. Durante meses y más meses, las AIC y el CDS habían proyectado a la dirección nacional del partido conservador que Fernando Fernández sería un obstáculo para el éxito de las negociaciones, y Fernández sabía que algunos de sus compañeros de partido en Canarias, desahuciados por él en la confección de las listas, esperaban un momento así para comenzar a pasar la factura. Era lógico que Fernández no pudiera sentirse precisamente satisfecho con los resultados. Aún así, desde el preciso momento en que comprendió que con la nueva situación Olarte perdía la Presidencia, una sonrisa adolescente y franca se instaló en su rostro y no lo abandonó hasta últimas horas de la tarde. Allí estaba esa sonrisa casi insultante, incluso cuando declaró ante los periodistas que él sabía que en la actitud de AIC durante las negociaciones había habido “gato encerrado”. ¿Gato encerrado? Lo que había habido era más bien una auténtica jaula de tigres y leones devorándose unos a otros. Y Fernández había sido uno de ellos.

Con el apoyo declarado del PSOE a la candidatura de Victoriano, todo eso había cambiado. Y el cambio se ma-

terializó apenas en unas horas, cuando los jerifaltres áticos y sus asociados se reunieron por primera vez oficialmente con Jerónimo Saavedra y los socialistas en la 107 del Hotel Mencey.

A partir de ahí, todo fue cosa de algo menos de una semana: el tiempo necesario y más que suficiente para montar una tediosa y formal escenografía de debates internos, preparación de programas, comisiones técnicas y políticas... toda la parafernalia de oficio y seriedad querida por el PSOE y necesitada por las AIC para hacer posible en Tenerife la presentación pública de un acuerdo que convertía a Saavedra en presidente con los votos de sus más recalcitrantes adversarios. Justo la semana que Ucelay había pedido en la segunda reunión de GICSA. También en el calendario Francisco Ucelay logró salirse con la suya.

El *acuerdo de caballeros* tardo en gestarse exactamente el tiempo transcurrido desde aquella llamada nocturna del presidente de la Cámara de Comercio de Tenerife a Saavedra, en la víspera de la sesión plenaria, hasta el lunes siguiente, cuando Fonfín Chacón, Saavedra y Tomás Padrón refrendaron ante una numerosa compañía los setenta y pico folios del programa de Gobierno.

Pero en esa semana sucedieron cosas importantes. Quizá la más dramática de todas ellas fue el encuentro privado entre Manuel Hermoso y Lorenzo Olarte. Se produjo el miércoles 26 de junio, un día después de la sesión plenaria, y los dos protagonistas lo calificaron con el mismo adjetivo: gélido.

Ese miércoles, al mediodía, y después de que Hermoso hubiera intentado infructuosamente ponerse en contacto con Olarte, el todavía presidente en funciones aceptó citarse con el alcalde en la sede de Presidencia en la Plaza de los Patos. Hermoso habría preferido una entrevista más íntima, quizá en la residencia personal de Olarte, y por eso se había pasado la mañana llamando a Vistabella. Olarte, sin embargo, se había negado durante varias horas a ponerse al teléfono: era una suerte de respuesta al retraso de Hermoso en hablar con él, que llegó a resultarle humillante.

La noche del martes, cuando ya habían pasado algunas horas desde la elección de Victoriano Ríos, dos periodistas de Radio Club Tenerife, Carmelo y Martín Rivero, hablaron con Lorenzo Olarte y lo encontraron “muy dolido” por la falta de atención demostrada por Hermoso para con él. Olarte les dijo que no entendía cómo Hermoso no le había dado siquiera una explicación, y comentó molesto que la ausencia de esa explicación “sólo puede ser producto de la falta de coraje de Hermoso”.

La última conversación que ambos habían mantenido se había desarrollado durante un escaso medio minuto en el despacho de la Presidencia en el Parlamento, y desde entonces, mientras todo el mundo daba por hecho el pacto entre las AIC y el PSOE, Olarte no había escuchado directamente de su socio y amigo los motivos del viraje de las AIC al optar por apoyar a Jerónimo Saavedra.

Por eso, en respuesta al mutismo del alcalde la tarde del martes, Olarte hizo esperar a Hermoso durante toda la mañana del miércoles. Finalmente, cuando se encontraron, Olarte mantuvo una actitud seca y cortante, que el alcalde justificaría ante algunos de sus colegas de partido -Adán Martín y José Emilio García Gómez- explicando que “si esto me hubiera pasado a mí, yo habría estado infinitamente menos sereno”.

Hermoso cometió además una torpeza en ese encuentro: llevado quizá por el deseo de hacerse perdonar su *traición*, se ofreció como mediador para encontrar una solución de tipo personal a Lorenzo Olarte. Se encontró con una respuesta desagradable, que le impidió siquiera plantear la posibilidad de profundizar en el modelo de partido nacionalista conjunto que Olarte y Hermoso habían diseñado durante las largas negociaciones, y que era uno de los asuntos que el alcalde quería dejar abierto. Apenas fue capaz de esbozar una tímida propuesta para asumir la participación del CDS en el Gobierno naciente: “Lorenzo, si vosotros queréis, estamos dispuestos a colocar a vuestra gente en nuestras consejerías...”, fue todo lo que dijo. No preciso ni a cuanta gente ni en calidad de qué.

Olarte no quiso comprometerse. Contestó que tenía que esperar a la reunión del Comité de Federación del CDS para discutir allí la oferta realizada por las AIC inmediatamente después de la sesión plenaria para integrar al CDS en el Gobierno. En cualquier caso, no se manifestó especialmente interesado en que su gente participara en un Gobierno presidido por Jerónimo Saavedra. Sabía ya que la propuesta de Hermoso para hacer un Gobierno de 47 diputados había sido aceptada por el PSOE como si se tratara de una “cuestión interna” de las AIC, sin especial entusiasmo. El propio Saavedra había comentado que no consideraba la participación del CDS en su Gobierno ni necesaria ni políticamente relevante, pero que las AIC podían hacer con sus consejerías lo que les viniera en gana...

Esa misma tarde, en el Comité de Federación del CDS, reunido en Santa Cruz de Tenerife, y en un ambiente tormentoso y duro, la respuesta a la oferta de las AIC sería tajante: el CDS se sentía traicionado por sus socios áticos, consideraba impresentable cualquier acuerdo para participar en un Gobierno con el que se manifestaba disconforme y anunciaba su inmediato paso a la oposición. Eugenio Cabrera Montelongo, centrista mayorero y vicepresidente segundo de la Mesa de la Cámara, que había almorzado ese mediodía con Victoriano Ríos, llegó con retraso a la reunión del Comité de Federación, porque anduvo toda la tarde buscando un dentista que le aliviara un tremendo flemón. A pesar de la demora, no se sintió sorprendido por los acuerdos que se fueron adoptando. Unas horas antes había comentado con Victoriano Ríos la conveniencia de evitar que el Partido Popular e ICAN se convirtieran en las únicas voces de la oposición...

El jueves, después de haber publicado todos los periódicos de Canarias la intención del CDS de pasar a la oposición, los mayoreros de AM anunciaban su buena disposición para apoyar un acuerdo de centroderecha. Llegaban tarde. Cuarenta y ocho horas y un *pacto de caballeros* demasiado tarde.

---

## 35 Nacionalismo de bolsillo

---

Fue una semana endemoniada. Pero no lo pareció: después de más de un mes de locura y disparate, las negociaciones entre el PSOE y las AIC avanzaron sin problemas con un calendario preciso y una disciplina castrense. La Agrupación Herreña de los Padrones no se molestó siquiera en participar en las negociaciones. Se limitó a pedir un par de cambios en el organigrama del Gobierno y la atribución de proponer al Consejero de Turismo: se trataba de reproducir la misma finta que habían planteado en el acuerdo de centroderecha. El consejero propuesto por ellos sería Miguel Zerolo, un hombre de las AIC. Y se sabía desde el primer momento, pero a Padrón le venía muy bien mantener el tipo ante su gente y ante la opinión pública de las islas con el camelo de la Consejería que supuestamente había logrado arrancar en las negociaciones.

El *Pacto de Estabilidad* (o *de hormigón*, en interpretación de Tomás Padrón), se firmó el día uno de julio, en el Hotel Mencey. Se trataba de un enciclopédico pero poco práctico esfuerzo por detallar todas las acciones que habría de abordar el nuevo ejecutivo. Un ejecutivo que a pesar de los calificativos con los que la prensa tinerfeña recogió su constitución, no debería presumir en exceso de la larga vida que le aguarda. En algunos casos ocurre lo que ase-

gura aquel refrán: dime de qué presumes y te diré de que careces.

La propia longitud del texto elaborado por las comisiones técnicas era ya un mal síntoma sobre la desconfianza inicial con la que los dos principales socios del acuerdo, el PSOE y las Agrupaciones Independientes, concurrían a la histórica alianza. Los documentos programáticos firmados con anterioridad por ambos partidos (primero por los socialistas con Iniciativa Canaria y después por las AIC con el CDS y el PP) resultaron ser mucho más breves y sucintos, pero no necesariamente por ello, menos comprometedores para los firmantes.

Algunos de los muchos dirigentes de AIC y del PSOE reunidos en el Mencey para asistir al parto de la nueva mayoría, sin ser excesivamente maliciosos, podían perfectamente pensar que se había optado por un programa artificialmente *hinchado* para así ocultar mejor su falta de definición en las principales batallas que habían enfrentado durante toda la legislatura anterior a los áticos y los socialistas.

La mayoría de los asuntos realmente claves quedaban reflejados en un par de líneas lo suficientemente ambiguas, como para permitir a los pactantes la posibilidad de condicionar la ejecución de esas cuestiones a posteriores acuerdos.

De esa forma, la primera nota destacada de un documento de sesenta y una páginas era que, a pesar de su prolija redacción, dejaba totalmente en el aire algunas de las principales cuestiones de discrepancia. Problemas políticos de gran calado, que habían provocado la ruptura del Gobierno de Olarte y la *expulsión de los populares* en la segunda legislatura, como el de la televisión autónoma, no quedaban recogidos con claridad en el programa, supeditándose su estudio y puesta en marcha a la viabilidad económica. Tanto como un *ya veremos*.

El documento del Pacto de Estabilidad dejaba a las AIC la posibilidad de intentar crear la televisión, alegando para ello la presencia de ese asunto en el Pacto de Gobierno firmado con los socialistas, pero al mismo tiempo,

permitía a los socialistas agarrarse a los inevitables números rojos del proyecto para resistirse a su puesta en marcha, ofertando a cambio la utilización compartida de la segunda cadena de la tele nacional. El pozo sin fondo en el que se habían convertido tanto la propia televisión estatal como las autonómicas, ahondado desde la irrupción de los canales privados, iba ya a constituir un serio hándicap para la creación de esa Televisión Canaria que las AIC habían defendido arduosamente en la segunda legislatura. Pero dos años antes de la firma del Mencey se había dejado pasar una oportunidad histórica que ahora iba a resultar muy difícil retomar.

Conscientes de eso, el único párrafo del acuerdo de Gobierno referido a la televisión se había ubicado, casi a escondidas, al final del apartado de Cultura, revelando las intenciones del PSOE de pasar de puntillas sobre el asunto. Y las AIC habían cedido.

Motivos de orden económico también iban a pesar sobre la creación de la *Guanchaina*, la policía autonómica, igualmente recogida en un minúsculo párrafo del apartado sobre Inseguridad Ciudadana, y condicionada su constitución a que esta “se estimara necesaria”.

Otro componente *nacionalista* del programa de gobierno había que buscarlo en el apartado de Relaciones Institucionales, donde se hablaba de “estudiar la posibilidad de reformar el Estatuto de Autonomía”. Estudiar... posibilidad... no había, por tanto, el más mínimo compromiso cerrado con el PSOE en uno de los aspectos centrales del programa electoral de las AIC. El PSOE seguiría teniendo en sus veintitrés votos la fuerza parlamentaria necesaria e imprescindible para poder acometer la reforma del Estatuto.

Tampoco ninguna referencia *nacionalista* a las Bases Económicas del REF, la gran asignatura pendiente y de urgente examen de la tercera legislatura. Una asignatura despachada con sólo tres párrafos nada comprometedores, colocados en el apartado de Economía y Hacienda. O no se había querido entrar en el debate sobre las bases del REF en la mesa negociadora y se había optado por reco-



ger cuatro generalidades, o se pretendió llegar a un acuerdo detallado que no fue posible y se decidió eludir completamente el asunto para que el programa de gobierno no fuese un pie forzado a la hora de batallar con la Administración central.

Todas estas cuestiones eran, sin duda, la piedra de toque sobre el pretendido color nacionalista del futuro gobierno. Por todo eso, con el acuerdo alcanzado y rubricado ceremoniosamente la tarde del uno de julio por Ildelfonso Chacón, Jerónimo Saavedra y Tomás Padrón, parecía quedar demostrado que la influencia ideológica de las Agrupaciones Independientes había sido irrelevante en las comisiones técnicas. Y era cierto: el PSOE había desplazado a las comisiones técnicas a lo mejor de su gente, Augusto Brito, García Déniz, Emilio Fresco, para controlar ferreamente el documento programático.

Las AIC habían preferido jugar otro juego bien distinto. Dejando voluntariamente aparcado su propio programa de gobierno y sus folclóricas apuestas electorales, mandaron a las comisiones técnicas a un par de abogados y economistas novatos recién salidos de las Juventudes de ATI, y ellos se dedicaron a forzar a través de José Miguel González con toda la presión posible el reparto del poder con el PSOE. Para Hermoso y Adán Martín, que asumieron su papel en el debate político del programa, lo importante no era la televisión, ni la policía, ni la reforma del Estatuto. Lo vital era asegurar el control sobre el reparto territorial de las inversiones, un aspecto sobre el que el propio programa no llegó a clarificar nada, pero que quedó cerrado por detrás de las mesas de negociación, en las aguas del acuerdo en corto y la componenda en las que Ucelay patroneaba sin tropiezo. Después de dos meses de marear la perdiz, Ucelay había conseguido lo que personalmente se había propuesto desde el principio. Convertir a Saavedra en presidente cautivo de su propio Gobierno, y a él y los suyos en dueños y señores del Presupuesto. Ese era ahora el juego de las AIC, y a él se entregaron con esforzado tesón. Al PSOE le dejaron el consuelo ideológico de haber barrido del mapa las pretensiones nacio-

nalistas de sus nuevos socios. Un premio para Saavedra en Madrid, por haber logrado contener y axfisiar la crecida nacionalista en Canarias, y la recompensa de los cuartos para Hermoso y los suyos en Canarias: una buena fórmula, la del nacionalismo del bolsillo <sup>(1)</sup>.

Los detallados listados de actuaciones en los diferentes sectores y subsectores económicos cuidadosamente recogidos en el programa de Gobierno tenían, eso sí, la virtud de un buen manifiesto electoral. Sobre todo en la medida en que tales manifiestos se conciben como la panacea capaz de abordar y resolver todos los problemas. Bajo la aparente concreción de los cientos de medidas sectoriales contempladas por los negociadores <sup>(2)</sup>, se olía una evidente falta de credibilidad. Porque el costo económico de aplicar el acuerdo y sus múltiples medidas y actuaciones habría superado con mucho el billón de pesetas que podrían llegar a manejarse en cuatro años desde el futuro Gobierno de Canarias.

Los firmantes podrían aducir lo contrario, en la medida en que no se cuantificaban el gasto o la inversión para cada área, pero, desde la sensatez, harían falta tres o cuatro billones de pesetas para realizar las transformaciones propuestas. Un ejemplo paradigmático era la ausencia absoluta de cuantificación en materia de vivienda, una cuestión que había sido manoseada por el PSOE durante la campaña electoral, y criticada por las AIC. García Gómez, en los agitados días de la campaña, había sido preguntado por un periodista sobre la propuesta socialista de construir diez mil viviendas y había contestado irónicamente: "nosotros no jugamos a las casitas". Ahora, en el programa de Gobierno, si parecían prestarse al juego: no se daba ni una miserable cifra, pero en materia de Vivienda se citaban todas las actuaciones posibles y hasta las inimaginables.

Con el programa de Gobierno entre el PSOE y las AIC ya firmado, con Olarte y sus gentes comenzando a instalarse en la oposición parlamentaria, quedaba sólo resistir el embate de la opinión pública, y especialmente de la opinión pública de Las Palmas. Al apostar por el pacto

con los áticos y sus socios, Saavedra colocaba al PSOE grancanario en una situación verdaderamente dramática: merced a una operación a la desesperada<sup>(3)</sup> montada por Mauricio y el CDS, la presidencia de Cabildo y la alcaldía de Las Palmas, que el PSOE había logrado recuperar año y medio antes gracias a la traición del tráfuga Zalve, cambiarían ahora sin duda de inquilinos. Un esperpéntico y rocambolesco acuerdo entre ICAN, el CDS y el Partido Popular, desenterraba formalmente el hacha de guerra contra el insularismo ático. En realidad, se trataba más bien de liquidar un asunto interno: Mauricio había iniciado una compleja estrategia de castigo al PSOE, presentada públicamente como una forma de *Salvar Gran Canaria*, pero destinada a resituar a los perdedores sobre el terreno del poder político y ofrecerles además el control de algunas parcelas del poder económico y financiero grancanario.

Por primera vez en la historia de la región, comunistas y derecha se ponían de acuerdo con el centro para desenterrar al PSOE de las corporaciones públicas. Y el PSOE no podía ni siquiera quejarse: había hecho lo mismo sólo un par de días antes, llegando a acuerdos con el PP en La Laguna y La Palma: ahora iba a probar la misma medicina.

---

(1) En mi opinión, este análisis es excelente. El más acertado de todo el libro. Pomares nos hace en pocas líneas la mejor explicación política del acuerdo que ha convertido a Jerónimo Saavedra en presidente del Gobierno de las AIC, e identifica a Francisco Ucelay como inspirador, ideólogo y beneficiario del mismo.

(2) Curiosamente, las medidas sectoriales reflejadas en el programa del Pacto, fueron las de mi programa y mi Gobierno, aunque eso pasó bastante desapercibido.

(3) La *operación* en el Cabildo y el Ayuntamiento de Las Palmas no fue a la desesperada, como se describe. Estaba preparada desde al menos un mes antes.

Comenzó siendo el viejo y típico run-run de las redacciones: Mauricio y el CDS habían invitado al PP a sumarse a una operación para hacerle la pirula al PSOE en el Ayuntamiento de Las Palmas y el Cabildo grancanario. Del run-run se pasó de forma casi imperceptible a las declaraciones públicas de Mauricio, y un día, inesperadamente, el documento del pacto para *Salvar Gran Canaria* comenzó a ser escupido por los faxes. Mauricio lo había hecho. Planeando sobre el cabreo generalizado en la isla por el acuerdo entre el PSOE y las AIC, y moviéndose en el tramo corto, había logrado meter en un mismo saco a populares, centristas y comunistas. El pacto tripartito del CDS, ICAN y el PP, convertía al poeta Lezcano en candidato alternativo a Carmelo Artilles para el Cabildo, y establecía una singular distribución de poder en el Ayuntamiento de Las Palmas, con alcaldes rotatorios.

El viernes, 5 de julio, el centrista José Vicente León se convertía en el primero de esos tres alcaldes. Tras un año y medio de ostracismo personal en el municipio, León resultó elegido edil principal con los votos de 19 de los 29 concejales de la corporación. El pacto implicaba la rotación de la singular *troika* organizada por José Vicente León, José Sintés y Mauricio, para asegurar durante cuatro

años la gobernabilidad de la ciudad más importante de las islas. Con ese acuerdo, el PSOE permanecería como única oposición municipal, a pesar de haber sido la candidatura socialista, con gran diferencia, la más votada en las elecciones municipales. Emilio Mayoral, alcalde casi por accidente gracias a las felonías del *primo Zalve*, perdía la oportunidad de refrendar con el apoyo de las urnas lo que había ganado como consecuencia de una tragico-media familiar de envidias, celos y traiciones <sup>(1)</sup>.

El acuerdo establecía el compromiso del CDS y de León para ceder a principios de octubre del 92 la alcaldía al candidato del PP, José Sintés. Mauricio se había colocado en último de la lista en el reparto, para acceder finalmente a la alcaldía de la ciudad en el último tramo de la legislatura.

La constitución del Pleno del Ayuntamiento de Las Palmas transcurrió tal y como tenía previsto el pacto tripartito, que Mauricio quiso bautizar como de *centro-izquierda* y el PP y los socialistas prefirieron etiquetar desde el primer día como de *centro-derecha*. Poco antes del mediodía, el alcalde en funciones de la ciudad, Emilio Mayoral, entregaba el bastón de mando a José Vicente León en medio de fuertes aplausos de buena parte del centenar largo de espectadores que habían acudido al Salón Dorado del edificio de la Plaza Santa Ana.

A la normalidad de un acto que amenazaba crispación, contribuyeron los diez concejales socialistas que en todo momento se mostraron serenos. El nuevo alcalde les ofreció en su discurso la incorporación a las tareas de gobierno. Pero esa oferta era sólo una cuestión de buenos modales: no fue repetida ni por Sintés, ni por Luis Hernández, ni por el propio Mauricio. Se trataba únicamente de un nuevo intento de León por presentarse ante la ciudadanía de Las Palmas como un *hombre bueno*: él podía permitirse ese pequeño lujo personal, pero su partido y sus nuevos socios no estaban precisamente por la labor de mimar al Partido Socialista. El mismo Mauricio puntualizó la *generosidad* del nuevo alcalde al acusar al PSOE de haber puesto en marcha prácticas no democráticas para

asegurarse el poder en la constitución de los ayuntamientos. Veinte días después de aquel 15 de junio en el que el PSOE se había apoderado con malas artes de La Laguna, Santa Cruz de Las Palmas y un montón de pequeños ayuntamientos de todas las islas, los socialistas, dijo, “no pueden reprochar el acuerdo de gobierno de la capital gran canaria”.

Mauricio intentó justificar como pudo la aberración de un pacto de gobierno cuyos perfiles ideológicos habían comenzado a crearle ya serios problemas en su propio partido, ICU, y en Iniciativa Canaria. Calificó el pacto tripartito para el ayuntamiento y el cabildo como un acuerdo para la “unidad democrática” y recorrió hacia atrás el calendario de la historia municipal para situarse en las postimerías de la primera corporación de la Democracia, allá por el año 82. Recordó la moción de censura presentada por el PSOE y la UCD contra el alcalde upecero Manuel Bermejo, otro extraño *matrimonio por interés*, que sirvió para llevar a la alcaldía al socialista Juan Rodríguez Doreste. Doreste únicamente contaba con tres concejales de una corporación de veintisiete: “la historia se repite”, dijo Mauricio, y lo que quería realmente decir, en un mensaje dirigido tanto a sus compañeros de ICU como a sus nuevos socios y adversarios, era algo así como que “quien esté libre de pecado, que tire la primera piedra”.

¿La primera piedra?

Ya no quedaban piedras para tirarse. Las negociaciones habían agotado prácticamente el material, el PSOE y las AIC recogieron el que quedaba para hacer fraguar su *pacto de hormigón*, y ahora Mauricio había recogido en Gran Canaria hasta el último de los cantos rodados para hacer con ellos su propia morterada y atarla al cuello de ATI, a la que Mauricio consideraba principal responsable de su propio fracaso.

“Yo odio el insularismo”, confesaba por los pasillos de las casas consistoriales a todo aquel que quisiera oírle. Para Mauricio, el pacto tripartito grancanario tenía la dimensión añadida de ser la base de un nuevo gobierno de *salvación*, un gobierno regional sin las AIC, capaz de librar a Las

Palmas del castigo supuestamente infringido por los insularistas durante la legislatura recién terminada. “ATI aplastó a esta ciudad”, dijo Mauricio, y ni uno solo de sus nuevos aliados centristas en el ayuntamiento y en el cabildo, ninguno de los hasta ayer socios de AIC, se ruborizó siquiera un poco.

Lo cierto es que Mauricio lograba con la firma del acuerdo algo más que ser alcalde un día remoto. Lograba pasar la factura que había prometido cobrarle a Saavedra por su alianza con las AIC (“el que pacta con ATI lo paga”, había dicho), y al tiempo conseguía presentarse ante la opinión pública grancanaria como un defensor de la isla frente a las *agresiones tinerfeñas*. El regionalista Mauricio se metamorfoseaba en una nueva operación de cirugía estética en un *insularista* que odia el insularismo...

El CDS también obtenía algo importante del acuerdo tripartito: lograba, habiéndolo perdido casi todo, el pájaro en mano de la alcaldía para José Vicente León, y lograba también participar en una distribución de poder en el Cabildo que entregaba al control centrista la Consejería de Economía. Y esa era, sin duda, una de las claves fundamentales de la operación que había de convertir a Pedro Lezcano en presidente insular.

Para el CDS, barrer al PSOE de los principales ayuntamientos de la isla<sup>(2)</sup> y acceder al poder compartido en el Cabildo, en castigo por su *matrimonio* con los áticos, significaba algo más que obtener una inmediata y satisfactoria venganza por su exclusión del Gobierno regional. Significaba deteriorar la imagen de Saavedra ante su único electorado personal -el grancanario-, y crearle problemas con las bases del PSOE en la isla, que habrían de pagar en sus carnes el precio de la Presidencia saavedrina. Significaba además situarse en posición de iniciar el *ajuste de cuentas* contra el poder socialista en Gran Canaria, y comenzar a preparar el definitivo recambio del director general y principal *factotum* de la Caja Insular de Ahorros, Juan Francisco García González, el viejo enemigo de Lorenzo Olarte.

García González había logrado resistir numantina-mente al frente de la Caja Insular durante dos años y me-

dio de mandato olartiano, gracias a sus excelentes relaciones con el Cabildo grancanario y los ayuntamientos socialistas. Frente al apoyo de ayuntamientos y cabildo, las sucesivas *operaciones* montadas por Olarte y Luis Hernández desde la Consejería de Economía para privar a García González de su enorme poder en Triana, un poder que había permitido al director general de la Caja convertirse en muñidor de operaciones económicas, políticas y periodísticas destinadas a favorecer a sus amigos e incordiar a sus enemigos.

Con el control de Las Palmas y del Cabildo, Olarte creía estar en condiciones de cumplir una lejana promesa que se había hecho a sí mismo el día de su toma de posesión como presidente del Gobierno y que ahora podía comenzar a materializarse tras el cambio del mapa político local <sup>(3)</sup>.

Si la consigna repetida por los líderes de la *conspiración* que había de acabar con el poder del PSOE en las corporaciones grancanarias era la de *salvar la isla* de las posibles trapisondas de un Gobierno con muy escasa representación grancanaria, detrás de esa consigna se percibía con claridad el pulso abierto por un lado entre el PSOE y su mejor y más servil socio financiero, y por otro por el resto de las fuerzas políticas de la isla.

Con ese escenario, Jerónimo Saavedra se enfrentó el sábado seis de julio al Comité Regional de su partido. Lo habían convocado en el hotel Maritim de Los Realejos, y se esperaba que fuera un Comité *caliente*, en el que los socialistas grancanarios habrían de pedir cuentas a su jefe de filas por haberlos dejado abandonados en su camino de regreso a San Bernardo y por haber permitido que el pacto entre las AIC y el PSOE encerrara a Saavedra en la jaula de oro de la Presidencia regional, aislándolo de todo poder político y económico en Gran Canaria. Sin embargo, quienes esperaban una reunión tumultuosa y complicada, se quedaron con las ganas.

Ya aureolado Saavedra por los privilegios de su cargo aún sin estrenar, tanto la Ejecutiva como el Comité Regional discurrieron por el trillado camino del análisis y



el debate político. Durante el cónclave, Mayoral asumió con dignidad su rol de mártir de la causa y mereció el mayor aplauso de todas las intervenciones. Artilles no tuvo el valor de hacer públicas las críticas al liderazgo saavedrino que privadamente había transmitido durante los días previos al sábado, cuando tras buscar sin éxito entre los consejeros del Cabildo a los tres tráfugas necesarios, descubrió que su sillón corría realmente peligro. El presidente del Cabildo prefirió limitarse a esbozar alguna tímida reflexión sobre el futuro del socialismo grancanario. La única voz realmente disidente fue la del ex alcalde de Arucas, Luis Hipólito Hernández, que tuvo una intervención plagada de rencor y lástima por sí mismo. No encontró eco suficiente: Saavedra, aún desde su dorada jaula, había comenzado a tensar las riendas del control del partido. A mediados de la semana siguiente, tras el debate de su investidura, remarcaría la faena.

---

(1) Algunas veces, Roma sí paga: Zalve sería recompensado con un nombramiento como Director General de Relaciones Institucionales. Saavedra se lo llevó a San Bernardo nada más estrenar su Gobierno.

(2) El PSOE sólo consiguió mantenerse en los ayuntamientos grancanarios en los que obtuvo mayoría absoluta: en Agaete, en Gáldar y en Ingenio.

(3) El objetivo último de la operación era -y sigue siendo- relegar al PSOE al puesto de segunda fuerza política en la isla de Gran Canaria.

---

## 37      Adiós a (casi) todo eso

---

Se limitó a leer el Programa de Gobierno<sup>(1)</sup>. Eso fue todo. Apenas una introducción de dos folios y un epílogo para recordarse a sí mismo en el discurso de investidura del año 83, cuando aseguró que “Canarias es posible”. Tenía que repetirlo. Tenía que hacerlo para contestar de alguna manera al griterío de Las Palmas: “sepan, Señorías, que jamás monopolizaré la defensa de una isla, e igualmente rechazaré toda sospecha de desprecio o agresión a cualquier otra”. Ese era todo el mensaje personal encerrado en la tediosa lectura del programa del *Pacto de Hormigón* presentado ocho días antes a los medios de comunicación.

Eso fue el martes nueve de julio. El miércoles, se inició el debate y Saavedra pareció recuperar por momentos la frescura de antaño. Fue un debate soso y aburrido. Después de mes y medio de negociaciones y tanteos, la clase política de las islas parecía haber perdido el fuelle. Los grupos de la oposición se centraron en la crítica de las contradicciones del nuevo Gobierno PSOE-AIC, mientras Saavedra asumía la responsabilidad de todas las áreas de Gobierno, incluidas las de AIC. Saavedra no sólo respondía de este modo a las *dudas* de Oswaldo Brito sobre la cohesión interna del nuevo Gobierno, sino que intentaba sentar de forma clara y definida sus reales de pre-

sidente. Brito había dicho que Canarias quería “un Gobierno solidario y corresponsable, y no lo hemos visto en el programa ni en su discurso”. Si no lo había visto en el programa, era lógico que tampoco estuviera en el discurso: se trataba del mismo texto. El candidato se manifestó dispuesto a ejercer su responsabilidad como coordinador de la actuación de las consejerías.

Saavedra procuró a lo largo de todo el debate mantener un tono moderado y poco beligerante, renunciando incluso a contestar agriamente a las acusaciones para él más dolorosas. Quizá pretendía asumir nuevamente el papel reinante que caracterizó sus anteriores mandatos. Nada de bronca, nada de tensión: debate dialéctico y pretensión de altura. El Saavedra perdido volvía a tomar cuerpo, cuatro años después de su retirada de San Bernardo.

La oposición se dividió en dos tácticas: mientras el PP y los coaligados de ICAN perseguían desenmascarar las contradicciones entre el PSOE y las AIC, Olarte insistió en una denuncia constante sobre las escasas innovaciones contenidas en el programa del Gobierno a estrenar. El todavía presidente en funciones parecía querer demostrar ante las dos Cámaras, la legislativa y la de televisión, que el Gobierno saavedrino sólo tendría que recorrer el trillado camino despejado por él mismo.

Por lo demás, poca cosa: el debate entre los socialistas e ICAN, se centró en una pobre intervención del portavoz socialista, Juan Alberto Martín, que se ofreció a corregir el dislate de Santa Cruz de La Palma. Explicó que todo había sido un error de *comunicación* con los concejales palmeros, y a duras penas no se puso colorado: él personalmente había trazado la estrategia de Santa Cruz de La Palma y él personalmente había pedido a los concejales socialistas que cambiaran su voto a favor de Carlos Cabrera, el alcalde popular. Ahora, en la tribuna de oradores, responsabilizaba a sus mandados del error cometido y se comprometía a arreglarlo. Ese arreglo, sin embargo, no podía producirse a cambio de nada. Pidió a ICAN en contrapartida por devolver la alcaldía a Sanjuán,

la revisión de posiciones, en una clara y evidente invitación a cambiar la supervivencia de Artilles en el Cabildo gran-canario por la de Sanjuán en la capital palmera. El chala-neo al que Saavedra se había referido tan críticamente el día antes, no había terminado aún.

Por eso, Oswaldo Brito, más moral que la Unión Deportiva, se mostró personalmente dispuesto a renegociar los pactos. Pero puso una condición insalvable. El profesor Brito pasará a la historia de las negociaciones como el hombre de las condiciones insalvables: exigió para revisar la situación creada en Gran Canaria un acuerdo global para la gobernación regional. Hubo muecas y amagos de risas en los escaños de los áticos y sus socios.

Pero todo eso eran sólo fintas y más fintas: el debate que todo el mundo esperaba con morbosa fruición no se había producido todavía. Comenzó con la segunda intervención de Olarte. Faltando sólo un par de horas para ceder los presidenciales trastos, Olarte decidió reestrenar su vieja vocación de parlamentario en un fuego cruzado dirigido precisamente contra el candidato. Olarte, al despedirse de la Presidencia regional, aprovechaba sus últimos cartuchos para presentarse a la afición como político gran-canario. Aprovechó para esa presentación la oportunidad que le había brindado una torpe alusión que esa misma mañana había hecho Juan Alberto Martín al referirse al Gobierno de Olarte como al “camarote de los hermanos Marx”. “Los hermanos Marx fueron tres”, dijo Olarte. (En realidad fueron cuatro, hasta que uno de ellos decidió abandonar la tropa. Olarte lo recordaría después para permitirse una nueva intervención). “Y si fueron tres, como los socios del centroderecha, habría que preguntarse cual de los tres hermanos eran las AIC, que ahora van a ser colegas suyos”. Continuó con guasa, preguntándose a sí mismo: “¿Serán las AIC el mudo...?” Y se contestó acto seguido: “El mudo, desde luego que no. El mudo será usted, señor Saavedra”. Y por si eso hubiera sido poco, bordeó el desafío: “Usted va a ser un florero en San Bernardo. Y dentro del florero, una rosa. Pero no se preocupe, porque la rosa no ha de marchitarse, que ya se encargarán sus so-

cios de regarla con agua del Pinalito". Del Pinalito, dijo. No de Firgas.

Hasta ahí había llegado: Olarte, mientras dejaba caer uno a uno los proyectiles contra Saavedra, comenzaba a retomar el pulso de su discurso como dirigente insular. Con los dos pies fuera ya de la Presidencia, aparecía Olarte ante su público como un político dispuesto a hacerse a golpes un sitio de privilegio en la creciente marea del malestar gran-canario. Esa y no otra iba a ser la apuesta. La apuesta que había forzado la constitución del Ayuntamiento de Las Palmas hasta la esquizofrenia de la triple alcaldía, para mantener en manos del CDS al menos dieciséis meses de poder municipal. Una apuesta que había que forjar antes del congreso regional del CDS, convocado para allá por el mes de octubre, para evitar la fuga de los centristas hacia el PSOE, y que había que reforzar con una operación más amplia, destinada a mermar todo el poder posible al socialismo en Gran Canaria.

Hacer todo eso, definiendo para ello un nuevo mapa político en Canarias... pero no ya aquél mapa que se había comenzado a dibujar casi un año atrás en Fuerteventura, y en La Palma, y en La Gomera, en Gran Canaria con la frustrada *operación alcaldes*, en las largas reuniones de unos y otros... no aquel mapa que no llegó nunca a cuajar en el momento crítico por las avaricias propias y los miedos ajenos.

No. No ese mapa, sino un mapa nuevo, que ahora habría que trazar desde abajo hacia arriba y no al revés, convirtiendo los restos del CDS en un nuevo Centro Canario, creado a imagen y semejanza de aquella Unión Canaria fundada y soñada por Olarte. Un mapa nuevo, en fin, más previsible que hipotético, más probable que posible, en el que el incansable Olarte, apenas recuperado de la más estúpida de sus derrotas, intentaría volver a situarse nuevamente en el centro, contando ahora sólo con sus propios y exclusivos medios...

La operación del gran partido nacionalista capaz de vertebrar los contrastes no socialistas de la región en un único proyecto político, había sido abortada unos segun-

dos antes de su parto, y ahora había que empezar de cero. Una compleja tarea, dificultad más aún tras la *traición* ática a aquél compromiso de *lealtad eterna* redactado simultáneamente en el despacho de la Presidencia del Cabildo de Tenerife y en San Bernardo, y enviado de fax en fax sólo unas horas antes de que el Comité de Federación del CDS decidiera interrumpir las negociaciones con el PSOE para articular el Gobierno de centroizquierda.

Si las cosas hubieran ocurrido de una forma distinta, tal y como Olarte y Hermoso habían previsto en sus primeros encuentros después de la noche electoral, todo habría sido más sencillo.

Pero la historia no se escribe despacio: el desmarque mayorero y las prisas de AIC habían precipitado una solución que impedía el cierre de la operación nacionalista del centro desde el poder regional. La investidura de Saavedra -cuarenta síes, diecisiete noes, dos abstenciones y un gomero ausente- se había convertido en la expresión matemática del fracaso del proyecto nacionalista. O al menos, de su retraso *sine die*.

Al dejar la Presidencia, Olarte tendría que decir adiós a todo eso. ¿A todo? Bueno... el dilema seguía abierto... ahora había que mantener en la misma balsa los escasos restos del naufragio, sumar nuevas voluntades e imitar la historia hasta calcarla y repetirla. Copiar de Hermoso su éxito, y si no su lenguaje, sí al menos su juego de intereses en la raíz misma de la isla. Proyectar ese juego en la conciencia de la sociedad gran Canaria hasta hacerlo comprensible tras cuatro años de discurso regional. Fundar un pequeño partido independiente, heredero de los restos abrasados del CDS, y con alguna ramificación en el resto de las islas (así había comenzado ATI su carrera hacia el poder regional), y crecer. Crecer sobre el vacío de los unos y el cabreo de los otros... acometer un nuevo, quizá inútil esfuerzo.

¿Y después? Después, si la suerte sonríe a los constantes, habría dos opciones. La primera, llegar a ser el recambio de las AIC en un Gobierno con el PSOE, aportando a ese Gobierno la esencia misma de la razón gran-

canaria. La crisis de credibilidad del PSOE en Las Palmas podía continuar siendo artificialmente alimentada hasta forzar un viraje que algunos pocos en el PSOE gran-canario comenzaban ya a pedir. Esa era la opción del desprecio. La opción de la venganza contra Hermoso.

Pero había otra opción.

Y esa otra consistía en mantener el tipo y continuar apostando desde Gran Canaria por un proyecto independiente. Una apuesta casi dramática por reconstruir desde la oposición el proyecto político del Centro Canario, independiente y nacionalista, mientras otro centro, también independiente, también nacionalista, pero más sólido tras el triunfo electoral, más implantado, más influyente y más poderoso, compartía con el PSOE las tareas de Gobierno. Si decidía optar por no rendirse, Olarte tendría que volver a recorrer los caminos de una nueva travesía del desierto, sin más equipaje que su memoria. Y tendría que hacerlo en solitario, cuestionado por parte de los suyos, y sin apoyo alguno de las AIC. Al menos hasta el momento adecuado.

Quizá cuando una nueva cita electoral obligue a las Agrupaciones Independientes a volver la vista hacia la isla redonda para recordar su absoluta falta de presencia política. Quizá en vísperas de las elecciones generales, cuando el premio posible de una minoría canaria en el Congreso sea acicate suficiente para arriesgarse al olvido.

Era esa, sin duda posible, la opción que Olarte seguía manteniendo instalada en la parte de su razón que no había cedido al impulso del rencor: romper con los menores traumas posibles con un CDS en franco proceso de desintegración nacional, crecer desde una plataforma propia, netamente olartiana, y confluir con las AIC en un proyecto de convergencia que ahora podría ser de fuerzas políticas autónomas, cada una con su propia identidad y electorado. La posibilidad de una fusión de partidos quedaba ya definitivamente descartada. Si acaso, el modelo que Pujol y los suyos habían logrado establecer en Cataluña. Algo así como una Convergencia i Unió canaria que agrupara a las AIC y al proyecto de Olarte con indepen-

dencia partidaria pero compromisos electorales que pudieran en su día servir de base a nuevas mayorías. Un compromiso capaz de atraer al común corral a la fauna nacionalista dispersa por la sopa de letras partidaria de la islas.

Pero todavía, entre las despedidas de rigor, a la puerta misma del edificio de la calle Teobaldo Power, sede del Parlamento regional, mientras Olarte cedía por primera vez su coche oficial a Jerónimo Saavedra, presidente recién investido... todavía era demasiado pronto para pensar en el futuro.

Todo iba a ser cuestión de tiempo: tiempo para evitar la desbandada que ya comenzaba a insinuarse en esa sorprendente ausencia de Esteban Betencourt, el diputado gomero mitad CDS, mitad AIC que no quiso votar contra Saavedra e hizo prudente mutis por el foro. Tiempo para evitar las tentaciones de Bonis, Morales y Hernández por entregarse con armas y equipo al PSOE a la primera ocasión favorable. Tiempo para restañar las heridas, olvidar las traiciones, perdonar las afrentas... o para todo lo contrario.

Punto y final. Con Saavedra presidente en San Bernardo y Hermoso ejerciendo en Los Patos, los flecos pendientes del reparto del poder entre las distintas familias de AIC y el equipo de Saavedra, eran sólo fuegos de artificio para entretener los últimos días de resaca de una opinión pública curada de todo espanto.

Cuarenta y cinco días después de las elecciones, los ciudadanos de Canarias supieron que el viejo y denostado sistema les había dotado por fin de un nuevo poder.

El Gobierno estaba cerrado.

Pero el dilema seguía abierto.

---

(1) En realidad, lo que Saavedra hizo fue limitarse a reproducir literalmente, y en voz alta, el documento del Pacto de Gobierno entre las AIC, el PSOE y la Agrupación Herreña. Parece ser que así se lo exigieron sus nuevos socios, y él lo aceptó.



---

# Índice

---

## Prólogo

Pomares y el primer dilema del nacionalismo canario, por Manuel Hermoso Rojas . . . . .11

1. Parador nacional, punto cero . . . . .	15
2. Nuestro hombre en Lanzarote . . . . .	23
3. Montando la <i>operación alcaldes</i> . . . . .	28
4. Olarte se queda solo . . . . .	35
5. La conexión empresarial . . . . .	41
6. El comienzo de la ruptura . . . . .	47
7. Empieza el baile . . . . .	53
8. La resaca del triunfo . . . . .	58
9. Marcando posiciones . . . . .	64
10. Cabreo en Galcerán . . . . .	70
11. Olarte se desata . . . . .	75
12. El griterío . . . . .	81
13. Más piezas para el puzzle . . . . .	87
14. Todos hablan con todos . . . . .	93
15. Olarte entra en juego . . . . .	99
16. Reunión en Vistabella . . . . .	105
17. Hacia la candidatura de Hermoso . . . . .	111
18. Hotel Iberia, suite 1024 . . . . .	117
19. Se teje la trampa . . . . .	123
20. Los hilos del engaño . . . . .	129
21. Mareando la perdiz . . . . .	135
22. Guerra de nervios . . . . .	141
23. Función de vísperas . . . . .	147
24. Sangre y salsa: la tenaza popular . . . . .	154
25. La reunión más secreta . . . . .	161
26. ¿Quién teme a Fernando Fernández? . .	167
27. Noviazgos y filtreos . . . . .	173
28. El ovillo majorero . . . . .	179

<b>29.</b>	<b>Mauricio en el filo de la navaja</b>	<b>.185</b>
<b>30.</b>	<b>Olarte en apuros</b>	<b>.191</b>
<b>31.</b>	<b>Papel mojado</b>	<b>.197</b>
<b>32.</b>	<b>La noche del crack</b>	<b>.203</b>
<b>33.</b>	<b>El pleno del infarto</b>	<b>.209</b>
<b>34.</b>	<b>Un pacto de caballeros</b>	<b>.217</b>
<b>35.</b>	<b>Nacionalismo de bolsillo</b>	<b>.222</b>
<b>36.</b>	<b>Saavedra en la jaula de oro</b>	<b>.228</b>
<b>37.</b>	<b>Adios a (casi) todo eso</b>	<b>.234</b>
	<b>Índice</b>	<b>.241</b>



